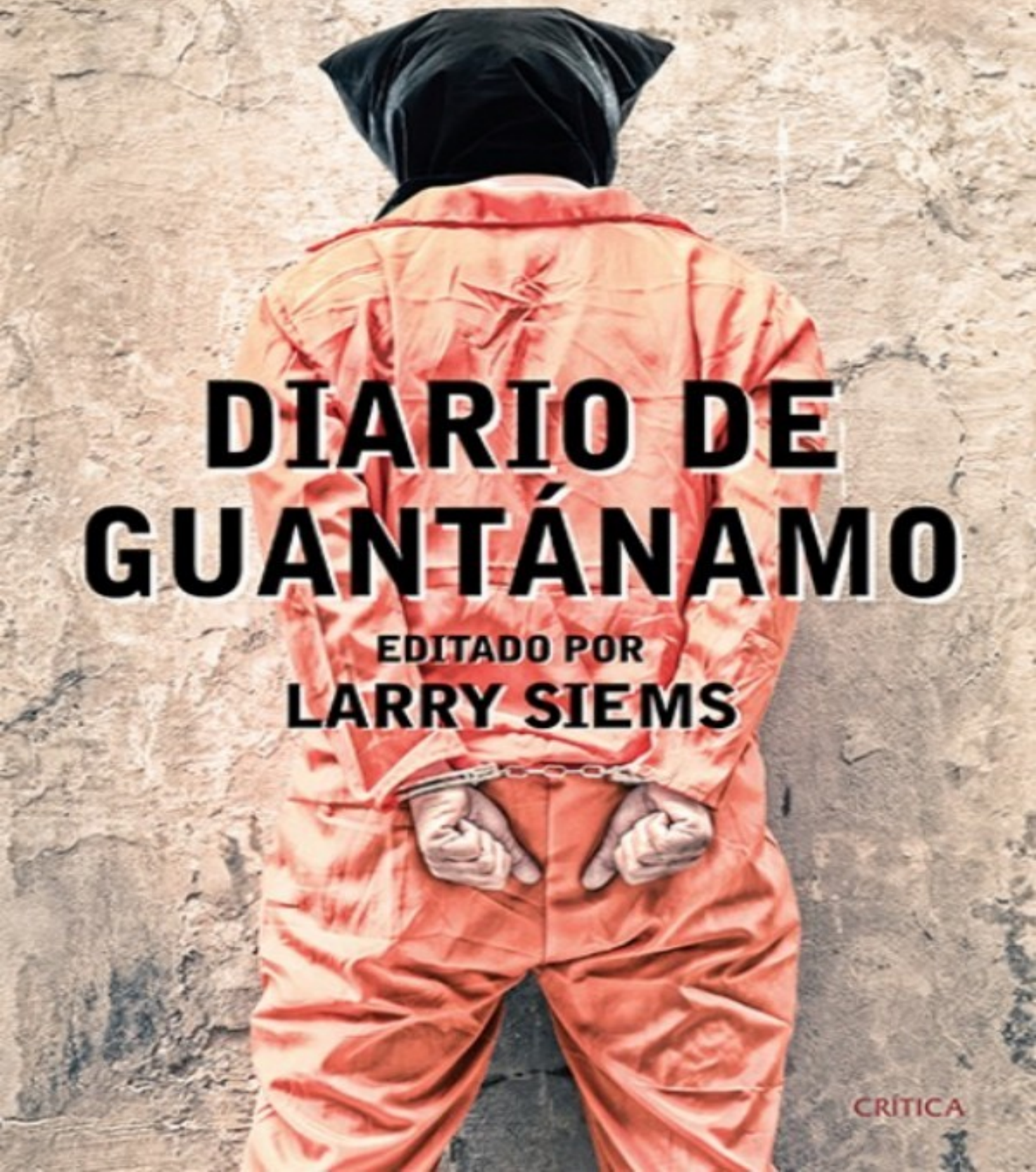
MOHAMEDOU OULD SLAHI



DIARIO DE GUANTÁNAMO

EDITADO POR
LARRY SIEMS

CRÍTICA

shonted "Sit down! cross your legs!", I didn't understand the last part but they anyway crossed my legs. "Head down!" pushing my head against the rear end of another detainee like a chicken. A female voice was shouting all the way to the camp "No Talking", and a male voice "Do not talk", and an Arabic translator "[1.3 redacted]", "[1.3 redacted]", "Keep your head down", I was completely annoyed by the American way of talking, I hoped I had the option not to listen to those guards, and stayed that way for long time before I got cured by meeting other good American people. Although I was thinking at giving orders with two different way "DO NOT TALK" or "No talking". It was interesting. Now, the chains in my ankles cut the blood off to my feet. My feet became numb. I heard only moaning and crying of other detainees. Beating was the order of the trip. I was not spared, the guard kept hitting me on my head, and squeeze my neck against the rear end of the other detainee. But I don't blame him as much as I do the poor, and painful detainee, who was crying, and kept moving, and so ~~rose~~ raised my head. Detainees told me ~~so~~ that we took a flying during the trip, but I didn't notice.

~~UNCLASSIFIED~~

~~UNCLASSIFIED~~

you keep me in jail so why should I cooperate? I said so not knowing that Americans use torture to facilitate interrogation. Of course, I was very tired from being taken to interrogation every day. My back was just conspiring against me. I sought Medical Help, "you're not allowed to sit for so long time" said the [redacted] physiotherapist "Pls, tell my interrogators so b/c they make sit for long hours almost every day", "I will write a note but I can not sure whether it will have effect" She replied. Feb 03 [redacted] washed his hands off me, "I am going to leave but if you're ready to talk about ~~any~~ your telephone conversations request me. I'll come back" he said, "~~Be sure~~ I assure you that I am not going to talk about anything unless you answer my question - Why I am here?". [redacted] asked me to dedicate an English copy of Koran to him, which I happily did, and off he went. I never heard about [redacted] after that, [redacted] and I to "not" working together but he was an overbearing person. I don't think in a negative way. [redacted] just had tons of reports with all kind of evil theories. The so mis-mash of what-ifs was mainly fueled with prejudices, ~~and~~ hatered, and ignorance toward the Islamic Religion. "I am working on showing you

~~UNCLASSIFIED~~

DIARIO DE GUANTÁNAMO

Mohamedou Ould Slahi

Editado por Larry Siems

CRÍTICA

Contenido

Cronología de una detención
Notas sobre el texto, censura y comentarios del editor
Introducción por Larry Siems

Capítulo 1. Jordania — Afganistán — Centro
de Detención de Guantánamo

ANTES

Capítulo 2. Senegal — Mauritania
Capítulo 3. Mauritania
Capítulo 4. Jordania

GTMO

Capítulo 5. GTMO I
Capítulo 6. GTMO II
Capítulo 7. GTMO III

Nota del autor
Agradecimientos
Acerca del autor

Mohamedou dedica su obra a la memoria
de su difunta madre, Maryem Mint El Wadia,
y manifiesta que sin Nancy Hollander y sus colegas
Theresa Duncan y Linda Moreno tal dedicatoria
no hubiera sido posible.

CRONOLOGÍA DE UNA DETENCIÓN

Enero de 2000	Después de 12 años de estudiar, vivir y trabajar en el extranjero, principalmente en Alemania y brevemente en Canadá, Mohamedou Ould Slahi decide regresar a Mauritania, su país natal. En el trayecto es detenido dos veces a instancias de los Estados Unidos –primero por la policía senegalesa y después por las autoridades mauritanas– e interrogado por agentes del FBI en relación con la denominada Conjura del Milenio para atentar contra el aeropuerto de Los Ángeles. Las autoridades lo liberan el 14 de febrero de 2000 al concluir que no hay fundamentos para implicarlo en la conjura.
2000-otoño de 2001	Mohamedou vive con su familia y trabaja como ingeniero electrónico en Nouakchott, Mauritania.

29 de sept. de 2001	Mohamedou es detenido y retenido dos semanas por las autoridades mauritanas; es interrogado otra vez por agentes del FBI sobre la Conjura del Milenio. Es puesto en libertad por las autoridades de Mauritania, que declaran públicamente su inocencia.
20 de nov. de 2001	La policía mauritana va a la casa de Mohamedou y le piden que los acompañe para continuar el interrogatorio. Él acepta voluntariamente, y los sigue en su coche hasta la comisaría.
28 de nov. de 2001	Un avión de entregas especiales de la CIA transporta a Mohamedou desde Mauritania hasta una prisión en Amman, Jordania, donde es interrogado durante siete meses y medio por los Servicios de Inteligencia jordanos.
19 de julio de 2002	Otro avión especial de la CIA saca a Mohamedou de Amman; lo desnudan, le vendan los ojos, le ponen un pañal, lo encadenan y lo trasladan a la base aérea militar de los Estados Unidos en Bagram,

	Afganistán. Los sucesos contados en el *Diario de Guantánamo* comienzan con esta escena.
4 de agosto de 2002	Después de dos semanas de interrogatorio en Bagram, Mohamedou es trasladado en un avión militar, junto con otros 34 prisioneros, hasta Guantánamo. El grupo es instalado a su llegada el 5 de agosto de 2002.
2003-2004	Interrogadores militares estadounidenses someten a Mohamedou a un “plan especial de interrogatorio”, que es personalmente aprobado por el secretario de Defensa Donald Rumsfeld. Su tortura incluye meses de aislamiento extremo, una retahíla de humillaciones físicas, psicológicas y sexuales, amenazas de muerte, amenazas a su familia, y una simulación de secuestro y entrega.
3 de marzo de 2005	Mohamedou solicita a la justicia estadounidense que se le aplique el recurso de habeas corpus.
Verano de 2005	Mohamedou escribe a mano las 466 páginas que compondrían este libro en su celda de aislamiento de

	Guantánamo.
12 de junio de 2008	El Tribunal Supremo de los Estados Unidos establece en *Boumediene v. Bush 5-4* que “Los detenidos de Guantánamo tienen el derecho de impugnar su detención mediante el procedimiento de habeas corpus”.
Agosto-dic. de 2009	James Robertson, juez del Tribunal Federal de los Estados Unidos, atiende la solicitud de habeas corpus de Mohamedou.
22 de marzo de 2010	El juez Robertson concede el habeas corpus a Mohamedou y ordena que se le ponga en libertad.
26 de marzo de 2010	La administración del presidente Barack Obama presenta un recurso de apelación.
5 de nov. de 2010	El Tribunal de Apelaciones de Circuito del Distrito de Columbia devuelve el caso de habeas corpus de Mohamedou al Tribunal Federal para una nueva audiencia. El caso está todavía pendiente.

Presente

Mohamedou permanece en la misma celda de Guantánamo en la que tuvieron lugar muchos de los hechos narrados en este libro.

NOTAS SOBRE EL TEXTO, CENSURA Y COMENTARIOS DEL EDITOR

Este libro es una versión del manuscrito de 466 páginas que Mohamedou Ould Slahi escribió a mano en su celda de la prisión de Guantánamo en el verano y otoño de 2005.

Se ha editado dos veces: primero por el Gobierno de los Estados Unidos, que añadió más de 2 500 barras negras de censura, y después por mí. Mohamedou no pudo participar en estas ediciones ni responder a ellas.

A pesar de ello, siempre ha confiado en que su manuscrito llegaría al público lector –está directamente dirigido a nosotros, y en particular a los lectores estadounidenses– y ha autorizado explícitamente esta publicación y su formato editorial, con el entendido y expreso deseo de que el proceso editorial debe llevarse a cabo de manera que transmita fielmente el contenido y cumpla el objetivo del original. Él me confió la realización de su deseo, y eso es lo que he intentado hacer al preparar este manuscrito para la imprenta.

Mohamedou Ould Slahi escribió sus memorias en inglés, su cuarta lengua, que adquirió en su mayor parte cuando fue detenido por los Estados Unidos. Él mismo hace referencia a esto a lo largo del libro, no sin cierta gracia. La escritura en inglés fue un acto significativo y un gran logro en sí mismo. De igual forma, la elección del inglés crea o contribuye a crear algunos de los efectos literarios más importantes de este trabajo. He contabilizado un vocabulario de algo menos de 7 000 palabras –un léxico tan rico como el que las épicas homéricas despliegan–. Lo hace de tal manera que, en ocasiones, se hace eco de aquellas narraciones, como

cuando repite fórmulas para fenómenos y hechos recurrentes. Y lo hace, como los creadores épicos, de forma que consigue transmitir una enorme urdimbre de acciones y emoción. En la presente edición he procurado preservar por encima de todo este sentimiento y hacer honor a los actos del autor.

Al mismo tiempo, el manuscrito que Mohamedou se propuso componer en su celda en 2005 es un borrador incompleto y en ocasiones fragmentario. En algunas secciones la prosa se percibe más pulida y en otras la escritura parece más precaria pero es más precisa; por ellas se puede deducir que hubo borradores anteriores. En otras partes el escrito tiene más la extensión y la premura de un primer boceto. Hay evidentes variaciones en la aproximación narrativa. La narración es lineal en las partes que relatan los hechos más recientes –como podría esperarse dada la intensidad de los acontecimientos y la proximidad de los personajes que está describiendo–. Incluso, la forma general del trabajo queda sin resolver, con una serie de retrospectivas de los sucesos que preceden a la narrativa central, añadidas al final.

Para abordar estos retos, como cualquier editor que busca satisfacer las expectativas del autor de que los errores y distracciones se vean minimizados y acentuados la voz y el enfoque, he editado el manuscrito en dos niveles. Paso a paso, esto ha significado principalmente regularizar los tiempos verbales, el orden de las palabras y algunas locuciones extrañas, y de vez en cuando, por claridad, consolidar y reordenar el texto. También he incorporado los anexos retrospectivos a la narración principal y he reestructurado el escrito totalmente, proceso por el que un trabajo cercano a las 122 000 palabras se redujo a solamente algo menos de 100 000 en esta versión. Estas decisiones editoriales fueron mías, y solo me cabe esperar que gocen de la aprobación de Mohamedou.

A lo largo de este proceso tuve que enfrentarme con algunos desafíos específicamente relacionados con las censuras que hizo el gobierno estadounidense a su edición del manuscrito. Estas censuras son cambios que ha impuesto al texto el mismo gobierno que persiste en controlar el destino de su autor y que ha empleado el secreto como una herramienta esencial de ese control durante más de 13 años. Como tales, las barras negras sobre la

página funcionan como recordatorios visuales de la situación en curso del autor. Al mismo tiempo, deliberadamente o no, la censura sirve a menudo para dificultar el sentido de la narración, desdibujar los contornos de los personajes y oscurecer el tono abierto y accesible de la voz del autor.

Cualquier proceso de edición de un texto censurado, que depende de una lectura detallada, conlleva un esfuerzo para ver más allá de las barras negras y de las enmiendas. Los comentarios que aparecen al pie a lo largo del texto son una especie de crónica de ese esfuerzo.

Estas notas representan conjeturas que se derivan de las partes censuradas, y se basan en el contexto del que surgen las censuras, en documentos que se mencionan en algún otro lugar del manuscrito y que ahora son fuentes públicamente conocidas de información sobre el calvario de Mohamedou Ould Slahi y acerca de los incidentes y hechos que este registra en su diario. Esas fuentes incluyen documentos desclasificados del gobierno obtenidos mediante demandas y pleitos al amparo de la Ley de Libertad de Información, reportajes y trabajos de diferentes escritores y periodistas de investigación, así como exhaustivas investigaciones del Ministerio de Justicia y del Senado de los Estados Unidos.

En estos comentarios no he intentado reconstruir el texto original censurado o develar material reservado. En cambio, he procurado presentar la información que con más verosimilitud corresponde al texto oculto, que es una cuestión de dominio público o que es evidente tras una lectura cuidadosa del manuscrito, y cuando pienso que es determinante para que el texto sea legible y tenga mayor impacto. Si hubiera algún error en estas conjeturas, la responsabilidad es exclusivamente mía. Ninguno de los abogados defensores con acreditaciones de seguridad ha revisado estos materiales introductorios o notas al pie, ni ha contribuido a ellos de ninguna forma, ni confirmado o refutado mis conjeturas. Ninguna persona que haya tenido acceso al manuscrito no censurado ha revisado estos materiales introductorios o notas al pie, ni ha contribuido a ellos de alguna forma, ni confirmado o refutado mis especulaciones.

Es así como muchos de los retos que ha supuesto la impresión de este extraordinario trabajo son resultado directo del hecho de que el gobierno de los Estados Unidos siga manteniendo bajo régimen de censura el trabajo del

autor sin haber dado una explicación satisfactoria hasta la fecha. Esa censura le impide a Mohamedou Ould Slahi participar en dicho proceso. Deseo que llegue el día en que salga libre y podamos leer este trabajo en su totalidad tal y como él lo hubiera publicado. Mientras tanto, espero que esta versión haya conseguido el objetivo del original, incluso cuando nos recuerda, en casi todas sus páginas, lo mucho que nos queda por saber.

INTRODUCCIÓN
por Larry Siems

En el verano y comienzos del otoño de 2005, Mohamedou Ould Slahi escribió un borrador de 466 páginas y 122 000 palabras en su celda de aislamiento en el Campo Eco de Guantánamo.

Lo escribió en fascículos, empezando poco después de que finalmente pudo entrevistarse con Nancy Hollander y Sylvia Royce, dos abogadas de su equipo jurídico de voluntarios. Todas las páginas que escribió fueron clasificadas desde el primer momento bajo los estrictos protocolos del régimen de censura de Guantánamo y todas las secciones nuevas se entregaban al gobierno de los Estados Unidos para su revisión.

El 15 de diciembre de 2005, tres meses después de haber firmado y puesto fecha a la última página del manuscrito, Mohamedou interrumpió su testimonio durante una audiencia de la Junta Administrativa de Revisión (ARB) para aclararle a la mesa directiva:

> Solo quiero decir aquí que he escrito un libro recientemente mientras estaba aquí en la cárcel sobre toda mi historia, ¿de acuerdo? Lo envié para su publicación al Distrito [de] Columbia, y cuando esté publicado les aconsejo, chicos, que lo lean. Una pequeña advertencia. Es un libro muy interesante, creo.[1]

Pero el texto de Mohamedou no fue publicado. Se marcó como "SECRETO", una clasificación de la información utilizada para la que pudiera causar graves daños a la seguridad nacional si llegara a hacerse pública, y como "NOFORN", que significa que no puede compartirse con ningún

servicio de inteligencia nacional o extranjero. Se depositó en unas instalaciones seguras cerca de Washington, D.C., con acceso solo para las personas con una autorización de seguridad y con una justificación oficial. Los abogados de Mohamedou han llevado adelante trámites y pleitos durante más de seis años para que el manuscrito saliera a la luz pública.

Durante aquellos años el gobierno de los Estados Unidos publicó miles de documentos secretos sobre el tratamiento dado a los prisioneros detenidos a raíz del ataque terrorista del 11 de septiembre de 2001, en gran medida forzado por las demandas de la Unión Estadounidense de Libertades Civiles amparadas por la Ley de Libertad de Información. Muchos de esos documentos daban a entender el calvario de Mohamedou, primero en las manos de la CIA y después en las de los militares estadounidenses de Guantánamo, donde un Equipo de Proyectos Especiales lo sometió a uno de los interrogatorios más obstinados, deliberados y crueles de su historial. Unos pocos documentos contenían también algo más: muestras de las palabras de Mohamedou.

Una de estas muestras estaba escrita de su puño y letra en inglés. En una breve nota fechada el 3 de marzo de 2005 escribió: “Hola. Yo, Mohamedou Ould Slahi, preso en el Centro de Detención de Guantánamo como ISN #760, por la presente solicito el habeas corpus”. La nota terminaba simplemente: “No he cometido crímenes contra Estados Unidos, ni Estados Unidos me acusa de crimen alguno; por ello solicito mi liberación inmediata. Para más detalles sobre mi caso, será un placer comparecer en futuras audiencias”.

Otro documento escrito a mano, también en inglés, era una carta a su abogada, Sylvia Royce, con fecha del 9 de noviembre de 2006, en la que bromeaba: “Me pides que escriba todo lo que he dicho en los interrogatorios. ¿Estás en tu sano juicio? ¿Cómo podría reproducir un interrogatorio que ha durado los últimos siete años ininterrumpidamente? Es como preguntarle a Charlie Sheen cuántas citas con mujeres ha tenido”. Y continuó:

> Te proporciono todo (casi) en mi libro al que el gobierno te prohíbe el acceso. Iba a entrar en mayores detalles pero me figuré que era fútil.

Para abreviar, podrías dividir el tiempo en dos grandes fases.

1) Pretortura (quiero decir que no pude resistir): Les dije toda la verdad, que no he hecho nada contra su país. Duró hasta el 22 de mayo de 2003.

2) Era postortura: cuando mis frenos se desataron. Les dije que sí a todas las acusaciones que me hicieron. Incluso escribí la confesión infame en la que planeaba atentar contra la Torre CN en Toronto, basándome en los ///////// consejos de S.S.G. Solo quería que me dejaran tranquilo. No me importa todo lo que he estado en la cárcel. Mi fe me reconforta.[2]

Los documentos también incluyen un par de transcripciones del testimonio jurado de Mohamedou antes de que se realizaran las Juntas de Revisión de los Detenidos en Guantánamo. La primera –y la primera muestra de su voz en los documentos– es de su vista ante el Tribunal de Determinación del Estatuto de los Combatientes (CSRT); la fecha es del 8 de diciembre de 2004, justo meses después de que el "interrogatorio especial" terminara. Incluye este diálogo:

P: ¿Puede responder a la primera alegación de que es usted miembro del movimiento Talibán o Al-Qaeda?

R: No tengo nada que ver con el movimiento Talibán o Al-Qaeda. Fui miembro en Afganistán en los años 91 y 92. Después me marché de Afganistán. Rompí toda mi relación con Al-Qaeda.

P: ¿Y nunca le ha dado dinero o algún tipo de ayuda desde entonces?

R: Nada en absoluto.

P: ¿Alguna vez reclutó gente para ellos?

R: No, para nada; no intenté reclutar para ellos.

P: Usted dijo que fue presionado para admitir que estuvo involucrado en la Conjura del Milenio, ¿cierto?

R: Sí.

P: ¿A quién le hizo esa confesión?

R: A los estadounidenses.

P: ¿Y qué quiere decir con presionado?

R: Su señoría, no deseo hablar sobre esta cuestión de la naturaleza de la presión si no tengo que hacerlo.

Presidente del Tribunal: No tiene que hacerlo; solo queremos asegurarnos de que no fue torturado o coaccionado para decir algo que no fuera cierto. Por esta razón se le está haciendo esta pregunta.

R: Ya han averiguado que no estuve implicado en tan horrible ataque; sí admito que fui un miembro de Al-Qaeda, pero no deseo hablar sobre esto. Gente inteligente vino y analizó esto y consiguieron la verdad. Es positivo para mí decir la verdad, y la información se verificó. Yo dije que no tuve nada que ver con esto. Pasé el polígrafo, y me dijeron que no tendría que hablar más de esto. Me dijeron que por favor no hablara más sobre este asunto, y no habían vuelto a sacarme este tema desde hace un año.

P: Es decir que no sufrió ningún tipo de abuso de las autoridades estadounidenses.

R: No deseo responder a esta pregunta; no tengo que hacerlo, si no me obligan a ello.[3]

La otra transcripción es de la audiencia de la Junta Administrativa de Revisión de 2005, en la que él anunció que había escrito este libro. Pasó un año desde la audiencia ante el CSRT, en el cual finalmente se le permitió ver a los abogados, y en el que de cierta manera encontró la distancia y el vigor para escribir su experiencia. Entonces habla libremente sobre su odisea, sin rabia o temor, sino con un tono cargado de ironía e ingenio. “Era muy estúpido –dice Mohamedou de una de las amenazas de su interrogador–, porque dijo que iba a traer a personas de raza negra. Yo no tengo ningún problema con las personas de raza negra: ¡la mitad de mi país es población negra!”. Otro interrogador de Guantánamo, conocido como Mr. X, se cubría de la cabeza a los pies, “como en Arabia Saudita se cubren las mujeres”, con “guantes, guantes de O.J. Simpson en sus manos”. Sus respuestas son muy ricas en detalles, con los que busca deliberadamente un efecto y un sincero objetivo. “Por favor –le dice a la Junta–, quiero, chicos, que entiendan mi historia, ¿de acuerdo? Porque da exactamente igual si me liberan o no. Tan solo quiero que se entienda mi historia”.[4]

No tenemos un registro completo del esfuerzo de Mohamedou por contar su historia a la Junta de Revisión en aquella sesión. Precisamente, cuando empieza a describir lo que experimentó en Guantánamo durante el verano de 2003, “el equipo de grabación empezó a fallar”, señala una acotación en negrita en la transcripción. En cuanto a la sección extraviada, en la que “el detenido habla de cómo fue torturado mientras estaba en el GTMO por diversos individuos”, el documento muestra en su lugar “una colección de mil fallas de sonido recogidas por la Junta”:

> El Detenido comenzó a hablar de un supuesto abuso sexual que recibió de una mujer conocida por él como ///////////. El detenido intentó explicarle a la Junta las acciones de ///////////, pero se sintió consternado y visiblemente abatido. Explicó que había sufrido violación y que, aunque le gustan las mujeres, no le gustó lo que /////////// le hizo. El Presidente percibió que el Detenido estaba afligido y le dijo que no era necesario que les contara la historia. El Detenido lo agradeció y decidió no profundizar en la supuesta agresión de ///////////.
>
> El Detenido dio información detallada sobre el supuesto maltrato de ///////// y de ///////////. El Detenido afirma que ////////// y ////////// entraron a una habitación con las caras tapadas y empezaron a golpearlo. Lo golpearon tan fuerte que ////////// se sintió mal. A /////////// no le gustó el trato que el Detenido estaba recibiendo y se compadeció de él. Según el Detenido, ///////// estaba llorando y les decía a /////////// y /////////// que pararan de pegarle. El Detenido quiso mostrar a la Junta sus cicatrices y dónde estaban las heridas, pero la Junta no quiso verlas. La Junta se muestra de acuerdo en que esta es una recapitulación fiel de la parte de la cinta estropeada.[5]

Solo tenemos estas transcripciones porque, en la primavera de 2006, un juez federal que presidía una demanda presentada por Associated Press sobre el Derecho a la Libertad de Información (FOIA) ordenó su desclasificación. El caso también obligaba al Pentágono, cuatro años después de que abriera Guantánamo, a publicar una lista oficial de los hombres que retenía en las instalaciones. Por primera vez los prisioneros tenían nombres y los nombres tenían voz. En las transcripciones de sus vistas secretas, muchos de los prisioneros contaban historias que desmentían las afirmaciones de que en el campo de detención cubano había "lo peor de lo peor", hombres tan peligrosos que serían capaces de "roer las líneas hidráulicas de la parte posterior de un C17 para abatirlo", como decían las famosas declaraciones del general militar que lo presidía cuando los primeros prisioneros llegaron al campo de prisioneros en 2002.[6] Muchos, como Mohamedou, pusieron por primera vez sobre la mesa el tema del trato recibido cuando estaban bajo custodia de los Estados Unidos.

El Pentágono redobló la jugada. "Los detenidos en Guantánamo son personas peligrosas que entrenan terroristas, fabrican bombas, se inmolarían como bombas humanas –fue la declaración de un portavoz militar cuando las transcripciones se hicieron públicas–. Y sabemos que están entrenados para mentir, para conmovernos con su situación y para presionar al

gobierno de los Estados Unidos”.[7] Un año más tarde, cuando el Ejército publicó los informes de las sesiones de la Junta Administrativa de Revisión de Guantánamo de 2006, la transcripción de Mohamedou había desaparecido. Aquella transcripción está todavía reservada.

El manuscrito de Mohamedou finalmente fue sacado a la luz pública, y un miembro de su equipo jurídico pudo entregármelo en un disco, con la etiqueta de “Manuscrito Slahi–Versión No Confidencial”, en el verano de 2012. Por aquel entonces, Mohamedou había estado una década en Guantánamo. Un juez federal le había concedido el habeas corpus dos años antes y ordenado su puesta en libertad, pero el gobierno de los Estados Unidos apeló la sentencia y el Tribunal de Apelaciones regresó su solicitud al Tribunal Federal del Distrito para una nueva audiencia. El caso está todavía pendiente.

Mohamedou permanece hasta el día de hoy en la misma celda de aislamiento en la que escribió el *Diario de Guantánamo*. Considero que he leído todo lo que se ha hecho público sobre su caso, y no encuentro por qué fue llevado a Guantánamo.

***

Mohamedou Ould Slahi nació el 31 de diciembre de 1970 en Rosso, entonces un pequeño pueblo y ahora una pequeña ciudad sobre el río Senegal, en la frontera septentrional de Mauritania. Tenía ocho hermanos mayores; tres más vendrían posteriormente. La familia se mudó a Nouakchott, la capital, cuando Mohamedou estaba terminando la escuela primaria. Su padre, un comerciante nómada de camellos, murió poco después. Esta circunstancia y el evidente talento de Mohamedou deben de haber conformado su sentido de responsabilidad en la familia. Su padre le había enseñado a leer el Corán, que había memorizado siendo un adolescente, y en la preparatoria fue un buen estudiante, con una capacidad notable para las matemáticas. Una reseña de 2008 en *Der Spiegel* describe a un muchacho con pasión por el futbol y especialmente por la Selección

Alemana –pasión que lo llevó a solicitar y ganar una beca de la Carl Duisberg Society para estudiar en Alemania–. Como la revista relata, fue un salto enorme para toda la familia:

> Slahi tomó un avión hacia Alemania un viernes de finales del verano de 1988. Era el primer miembro de la familia en ir a la universidad –nada más y nada menos que en el extranjero– y el primero en volar en un avión. Desconsolada por la marcha de su hijo predilecto, la despedida de su madre fue tan emotiva que Mohamedou titubeó brevemente antes de entrar en el avión. Al final, los otros lo convencieron de que se fuera. "Iba a salvarnos económicamente", dice hoy su hermano Jahdih.[8]

En Alemania, Mohamedou estudió un curso de ingeniería electrónica, con las miras puestas en una carrera profesional en informática y telecomunicaciones. Sin embargo, interrumpió sus estudios para participar en una causa que estaba atrayendo a hombres jóvenes de todo el mundo: la insurgencia contra el gobierno comunista en Afganistán. En aquellos días no había restricciones ni prohibiciones para participar en actividades de esta índole, por lo que muchos jóvenes como Mohamedou viajaron fácilmente a ese país. Era una causa que Occidente, y en particular los Estados Unidos, apoyaban activamente. Unirse a la lucha requería entrenamiento, así que a comienzos de 1991 Mohamedou asistió durante siete semanas al campo de entrenamiento de Al-Farouq, en Khost, e hizo un juramento de lealtad a Al-Qaeda, el responsable del campamento. Recibió entrenamiento en armas ligeras y en morteros, las pistolas en su mayoría de fabricación soviética, las granadas, recordaba en 2004 en la vista para el Informe del Estatuto de los Combatientes celebrada en los Estados Unidos.

Mohamedou retomó sus estudios después del entrenamiento; pero a principios de 1992, con el gobierno comunista al borde del colapso, regresó a Afganistán. Se alistó en una unidad comandada por Jalaluddin Hakkani que se dirigía a sitiar la ciudad de Gardez. Esta cayó tras muy poca resistencia tres semanas más tarde de la llegada de Mohamedou. Kabul cayó muy poco después y, como Mohamedou explicó en la sesión ante el CSRT, la causa enseguida se enturbió:

> Justo después de la caída de [los] comunistas, los propios muyahidines empezaron a emprenderla contra ellos mismos para ver quién detentaría el poder; las diferentes facciones empezaron a luchar unas contra otras. Yo decidí marcharme porque no quería luchar contra otros musulmanes, y no entendía las razones para hacerlo; ni aún hoy veo una razón para luchar por la presidencia o vicepresidencia. Mi objetivo era solamente luchar contra el agresor, principalmente los comunistas, que prohibían a mis hermanos practicar su religión.

Aquello marcó el punto final de su compromiso con Al-Qaeda, ha insistido siempre Mohamedou. Como le dijo al presidente en su audiencia del CSRT:

> Mire, yo era consciente de que estaba luchando con Al-Qaeda, pero entonces Al-Qaeda no le había declarado la Guerra Santa a los Estados Unidos. Nos dijeron que lucháramos con nuestros hermanos contra los comunistas. A mediados de los noventa querían declararle la guerra a los Estados Unidos, pero yo personalmente no tuve nada que ver con aquello. Yo no me uní a ellos con esa idea; ese es su problema. Estoy totalmente fuera de este asunto entre Al-Qaeda y Estados Unidos. Tienen que resolver este conflicto por ellos mismos; yo soy completamente ajeno a este problema.[9]

De vuelta en Alemania, Mohamedou se instaló en la vida que él y su familia en Nouakchott habían proyectado. Terminó su curso de ingeniería electrónica, su joven mujer mauritana se reunió con él, y la pareja vivió y trabajó en Duisberg gran parte de los años noventa. Durante aquel tiempo conservó amigos y se mantuvo en contacto con los compañeros de la aventura en Afganistán, algunos de los cuales mantenían lazos con Al-Qaeda. Él también tuvo relación directa con un relevante miembro de Al-Qaeda, Mahfouz Ould al-Walid, también conocido como Abu Hafs al-Mauritani, quien fue miembro del consejo Shura de Al-Qaeda y uno de los más antiguos asesores teológicos de Osama Bin Laden. Abu Hafs es primo lejano de Mohamedou, y también concuño, gracias a su matrimonio con la hermana de la esposa de Mohamedou. Los dos tuvieron contacto telefónico ocasional mientras Mohamedou estuvo en Alemania –una llamada de Abu Hafs, empleando el teléfono satelital de Osama Bin Laden, alertó a la

Inteligencia alemana en 1999–, y por dos veces Mohamedou ayudó a Abu Hafs a transferir 4 000 dólares a su familia en Mauritania con motivo de la festividad del Ramadán.

En 1998, Mohamedou y su mujer viajaron a Arabia Saudita para peregrinar a La Meca. Aquel mismo año, al no poder asegurarse la residencia permanente en Alemania, Mohamedou siguió una recomendación de un amigo de carrera y solicitó el estatus de inmigrante en Canadá; se mudó a Montreal en 1999. Vivió por un tiempo con su antiguo compañero de clase, y más tarde en la gran mezquita Al-Sunnah de Montreal, donde, como hafiz (alguien que ha memorizado el Corán), fue invitado a dirigir a los oradores del Ramadán cuando el imán estaba de viaje. Antes de un mes de llegar a Montreal, un inmigrante argelino y miembro de Al-Qaeda llamado Ahmed Ressam fue arrestado al entrar a los Estados Unidos con un coche cargado de explosivos para llevar a cabo un atentado en el Aeropuerto Internacional de Los Ángeles el día de Año Nuevo, como parte de un plan que vino a conocerse como Conjura del Milenio. Ressam había residido en Montreal. Abandonó la ciudad antes de que Mohamedou llegara, pero había estado en la mezquita Al-Sunnah y tenía conexiones con muchos de los que Mohamedou llamó los “malos de la clase” en la sesión con el CSRT.

El arresto de Ressam hizo saltar la chispa de una profunda investigación de la comunidad musulmana inmigrante en Montreal, y de la comunidad de la mezquita Al-Sunnah en particular, de modo que Mohamedou fue interrogado por primera vez en su vida sobre sus posibles conexiones con los terroristas. La Real Policía Montada Canadiense “vino y me interrogó”, atestiguó en la audiencia de la Junta Administrativa de Revisión de 2005:

> Me atemorizaron. Me preguntaron si conocía a Ahmed Ressam. Les dije “No”. Y después me preguntaron si conocía a ese tipo, y les dije “No, no”. Estaba tan asustado que temblaba… No estaba acostumbrado a esas cosas; era la primera vez que me interrogaban, y solo quería evitar todo problema y asegurarme de que decía la verdad. Pero me miraban de una forma muy desagradable. Está bien que te observen, pero no ver a la gente que te está observando. Fue muy burdo, pero ellos querían transmitirme el mensaje de que “te estamos vigilando”.

En Mauritania, la familia de Mohamedou estaba alarmada. “¿Qué estás haciendo en Canadá? –recuerda que le preguntaron–. Les dije que solo buscaba trabajo. Y mi familia decidió que tenía que volver a Mauritania porque ‘este hombre debe de estar metido en malos ambientes y queremos salvarlo’”. Su ahora exmujer telefoneó en nombre de la familia para informarle que su madre estaba enferma. Estas fueron sus palabras ante la Junta de Revisión:

> [Ella] me llamó. Estaba llorando, y me dijo: “O me llevas a Canadá o vienes tú a Mauritania”. Yo le dije: “Ey, tranquila. Yo no quería una vida así en Canadá, no podía disfrutar de mi libertad, y no es divertido que te vigilen. No me gustaba Canadá, y le dije: “El trabajo es muy duro aquí”. Partí el viernes 21 de enero de 2000; tomé un vuelo de Montreal a Bruselas, y enseguida a Dakar.[10]

La odisea que llegó a ser el *Diario de Guantánamo* comienza con ese vuelo.

Empieza aquí porque desde ese momento una sola fuerza determina el destino de Mohamedou: los Estados Unidos. Geográficamente, lo que llama *gira mundial interminable* abarcará 20 000 millas en los siguientes 18 meses, empezando con lo que se suponía era una vuelta a casa y terminando con su naufragio en una isla del Caribe, a 4 000 millas de su hogar. Por el camino se le retendrá e interrogará en cuatro países, a menudo con la participación estadounidense y siempre a instancias de los Estados Unidos.

Esta es la descripción de la primera de esas detenciones, en un eje cronológico que el juez federal James Robertson incluyó en la orden –desclasificada en 2010– con la que concede el habeas corpus a Mohamedou:

Ene 2000	Voló de Canadá a Senegal donde sus hermanos se reunieron con él para llevarlo a Mauritania; él y sus hermanos fueron detenidos por ////////// autoridades, e interrogados sobre la Conjura del Milenio. Un

	estadounidense vino y tomó fotos; entonces, alguien, que él supuso era estadounidense, lo trasladó en avión a Mauritania, donde las autoridades mauritanas lo siguieron interrogando sobre la Conjura del Milenio.
Feb 2000 14/2/2000	Interrogado por /////// re Conjura del Milenio. ////////////// lo liberó, concluyendo que no había fundamento para pensar que estuviera involucrado en la Conjura del Milenio.

"Los mauritanos me dijeron: 'Ya no te necesitamos, márchate. No tenemos interés en ti' ", recuerda Mohamedou al describir aquella liberación en la vista de la ARB. "Les pregunté que qué pasaba con los estadounidenses. Me dijeron: 'Los estadounidenses continúan diciendo que eres un contacto, pero no nos dan ninguna prueba, así que ¿qué podemos hacer?'".

Pero, como el juez Robertson registra en su cronología, el gobierno mauritano convocó otra vez a Mohamedou, a pedido de los Estados Unidos, poco después de los ataques terroristas del 11-S:

21/9/2001	Arrestado en Mauritania; las autoridades le dijeron ////////////////////////////////////// arresto porque estaba presuntamente implicado en la Conjura del Milenio.

12/10/2001	Mientras estaba detenido, los agentes registraron su casa, requisando cintas y documentos.
15/10/2001	Puesto en libertad por //////// autoridades.[11]

Entre estos dos arrestos en Mauritania, incluyendo los interrogatorios de agentes del FBI, Mohamedou llevaba una vida sorprendentemente normal y satisfactoria, teniendo en cuenta el nivel de vida en su país. Trabajaba como técnico informático y electrónico, primero para una empresa de suministros médicos que también proporcionaba servicios de internet, más tarde para una empresa familiar de negocios de importación también de diversos giros. Pero ahora estaba nervioso. A pesar de que estaba libre y "había vuelto a la vida", como explicó a la ARB,

> Pensé que tendría un problema con mi empresa y que no me readmitirían por ser sospechoso de terrorismo, y dijeron que se harían cargo de esto. Delante de mí, que estaba [allí] sentado, el más alto responsable de la Inteligencia en Mauritania llamó a mi jefe y le dijo que yo "era una buena persona, no tenemos ningún problema con [él], y lo arrestamos por una razón. Teníamos que hacerle unas preguntas; le hemos hecho esas preguntas, y está listo para marcharse, así que lo puedes volver a contratar".[12]

Su jefe lo readmitió, y justo un mes más tarde el trabajo de Mohamedou lo llevaría al palacio presidencial de Mauritania, donde estuvo un día preparando la actualización del sistema telefónico e informático del presidente Maaouya Ould Sid'Ahmed Taya. Cuando regresó a su casa, la Policía Nacional apareció de nuevo para decirle que era necesario interrogarlo una vez más. Les pidió que lo esperaran mientras se bañaba. Se vistió, agarró sus llaves –fue voluntariamente, conduciendo su propio coche hasta la Jefatura de Policía– y le dijo a su madre que no se preocupara, que estaría pronto en casa. Sin embargo, esta vez desapareció.

Durante casi un año se le hizo creer a su familia que estaba bajo custodia mauritana. Su hermano mayor, Hamoud, visitaba regularmente la cárcel para llevarle ropa limpia y dinero para la comida. Una semana después de que Mohamedou se entregara, un avión especial de la CIA se lo había llevado a Jordania; meses más tarde, los Estados Unidos lo habían sacado de Amman y entregado en la Base Aérea de Bagram en Afganistán. Unas semanas más tarde llegaba a Guantánamo. Todo este tiempo su familia estuvo pagando su manutención en la cárcel de Nouakchott; todo este tiempo los oficiales de la prisión se estuvieron embolsando el dinero. Finalmente, el 28 de octubre de 2002, Jahdih, el hermano menor de Mohamedou, que había asumido la posición de este ganándose el pan de la familia en Europa, tomó el *Der Spiegel* y leyó que su hermano para entonces "había estado durante meses entre rejas en el Campo de Prisioneros Estadounidense de Guantánamo".

Jahdih enfureció –no a causa de los Estados Unidos, recuerda, sino de las autoridades locales que habían estado asegurando a la familia que tenían a Mohamedou y que estaba a salvo–. "Esos policías son mala gente, ¡son unos ladrones!", le gritaba a su familia cuando les habló para darles la noticia. "¡No digas eso!", le contestaron atemorizados y colgaron el teléfono. Les volvió a llamar y repitió sus palabras. Le volvieron a colgar.

Jahdih todavía vive en Düsseldorf. El año pasado nos vimos varias veces para comer en un restaurante marroquí en Ellerstrasse, un centro neurálgico para la comunidad norafricana de la ciudad. Jahdih me presentó a varios de sus amigos, sobre todo jóvenes marroquíes, muchos de ellos ahora ciudadanos alemanes, como Jahdih. Entre ellos hablaban árabe, francés y alemán; conmigo, al igual que Jahdih, chapurreaban el inglés, riéndose unos de otros de sus errores. Jahdih contó un chiste de inmigrantes, en árabe para sus amigos y después traducido para mí, sobre una prueba de inglés para candidatos a trabajar en un hotel. Se le pregunta al aspirante: "¿Qué dices si quieres llamar a una persona para que venga?". "Por favor, venga aquí", responde. "¿Y qué le dices si quieres que se vaya?". El candidato se detiene, entonces se le iluminan los ojos. "Voy afuera y le grito: '¡Por favor, venga aquí!'".

En Düsseldorf, Jahdih y yo estuvimos toda una comida clasificando y etiquetando fotografías de hermanos, cuñados y cuñadas, sobrinos y sobrinas, muchos de los cuales vivían en la casa familiar intergeneracional de Nouakchott. Durante su sesión ante el CSRT de 2004, Mohamedou explicó su falta de interés en Al-Qaeda después de salir de Alemania diciendo: "Tenía una gran familia que alimentar; había cien bocas que alimentar". Era una exageración, pero quizá sí era la mitad. Ahora es Jahdih quien carga con buena parte de esa responsabilidad. Dado que el activismo es un asunto arriesgado en Mauritania, también ha asumido el liderazgo en la lucha por la liberación de Mohamedou. En nuestra última comida juntos, vimos videos de You Tube sobre una manifestación que ayudó a organizar en Nouakchott el año anterior fuera del Palacio Presidencial. El orador más importante era un ministro del Parlamento, señaló.

Unos días antes de mi visita a Jahdih, habían concedido a Mohamedou realizar una de las dos llamadas anuales a su familia. Las llamadas se organizan bajo los auspicios del Comité Internacional de la Cruz Roja, y conectan a Mohamedou con la casa familiar en Nouakchott y con Jahdih en Alemania. Jahdih me dijo que había escrito recientemente a la Cruz Roja solicitando que el número de llamadas se aumentara a tres al año.

La primera de estas llamadas tuvo lugar en 2008, seis años y medio después de la desaparición de Mohamedou. Un reportero de *Der Spiegel* presenció la escena:

> A mediodía de un viernes de junio de 2008, la familia Slahi se reúne en las oficinas de la Cruz Roja Internacional (IRC) en Nouakchott, la capital mauritana. Su madre, sus hermanos y hermanas, sobrinos y sobrinas y tías llevan túnicas sueltas como para una celebración familiar. Han venido para hablar por teléfono con Mohamedou, su hijo desaparecido. Las Fuerzas Especiales Conjuntas de Guantánamo han dado su aprobación, con la IRC en el papel de intermediaria. El suelo de piedra está cubierto con espesas alfombras y las cortinas de colores suaves se hinchan en las ventanas de la oficina de la Cruz Roja Internacional.
>
> "Hijo mío, hijo mío, ¿cómo te encuentras?", le pregunta su madre. "Qué alegría oírte". Rompe a llorar al escuchar la voz de su hijo por primera vez en más de seis años. El hermano mayor de Mohamedou habla con él durante 40 minutos. Slahi le dice a su hermano que se encuentra bien.

> Quiere enterarse de quién se ha casado con quién, cómo están sus hermanos y quiénes han tenido hijos. "Era mi hermano, el hermano que conocí. No ha cambiado", dice Hamoud Ould Slahi después de la conversación.[13]

Según me cuenta Jahdih, las conversaciones siguen siendo más o menos las mismas cinco años después, aunque dos cosas han cambiado. Las llamadas actualmente son vía Skype, por lo que pueden verse unos a otros. Y ahora falta la madre de Mohamedou y Jahdih. Murió el 27 de marzo de 2013.

***

El editorial que encabeza el *New York Daily News* del 23 de marzo de 2010 se titulaba "Mantén la puerta de la celda cerrada: Apelación a una resolución indignante de un juez para liberar a un matón del 11-S". Empezaba así: "Es increíble pero cierto: un Juez Federal ha ordenado la puesta en libertad de Mohamedou Ould Slahi, uno de los principales cabecillas de los ataques del 11-S, un hombre considerado un detenido de alto nivel en Guantánamo".

Se trataba del fallo, entonces todavía reservado, del juez James Robertson o "Memorando para la concesión del Habeas Corpus a Mohamedou", a la solicitud que Mohamedou había escrito a mano en su celda del Campo Eco cinco años atrás. Sin conocer la resolución, ni los informes legales, ni las vistas judiciales que resultaron de ella, el equipo de redacción del periódico se anticipó a declarar que un juez estaba dejando que se marchara "un terrorista con la sangre de 3 000 personas en sus manos". Y añadió, retorcidamente, que era "un hombre probablemente culpable pero cuya culpabilidad no estaba probada más allá de toda duda razonable debido a los escrúpulos ante una confesión obtenida mediante un trato duro". Tras afirmar que Mohamedou fue "presionado con la dureza apropiada después del 11-S" y que este trato volvía a su país más seguro, los editores urgían a la administración Obama a apelar la orden, y

remataban: “¿Qué prisa había en la liberación? El juez podría haber esperado, tendría que haber esperado a que el país entendiera por qué esto tenía que pasar antes de poder ejercer su autoridad legal”.[14]

Dos semanas más tarde, el tribunal desclasificó una versión censurada de la orden del juez Robertson. Una sección de la opinión que resume los argumentos del gobierno para mantener a Mohamedou en Guantánamo incluía una nota al pie que hubiera sorprendido a los lectores del periódico: “El gobierno sostuvo primero que Salahi era susceptible de ser detenido por ‘apoyar el 11-S’ siguiendo la norma jurídica de la AUME,* pero ahora ha abandonado esta teoría; reconociendo que Salahi probablemente ni siquiera conocía los ataques del 11-S”.[15]

Ciertamente, llamar a Mohamedou “matón del 11-S” podría ser ir demasiado lejos. También es excesivo, como quiera que se considere, decir que hay “prisa por liberar” merced a una orden judicial que pone en libertad a un hombre nueve años después de haber sido detenido. Pero hay una verdad en el fondo del editorial del *Daily News* –y en mucha de la cobertura mediática sobre el caso Mohamedou–: la confusión. Esos nueve años ya son 13, y el país no parece estar ahora más próximo a entender el caso de Mohamedou de lo que lo estaba cuando el juez Robertson, el único que ha revisado su caso, ordenó su libertad.

Una cosa queda clara después de leer el informe disponible: la detención de Mohamedou por los Estados Unidos no comienza con el alegato de que fue uno de los principales cabecillas del 11-S. Cuando fue interrogado por los agentes del FBI a su vuelta de Mauritania en febrero de 2000, y de nuevo unas semanas después de los ataques del 11-S, la atención estaba puesta en la Conjura del Milenio. Lo mismo motivó igualmente su traslado a Jordania: “Los jordanos estaban investigando mi participación en la Conjura del Milenio –le dijo Mohamedou a la Junta Administrativa de Revisión en 2005–. Ellos me dijeron que lo que les preocupaba especialmente era la Conjura del Milenio”.

Para cuando la CIA trasladó a Mohamedou a Jordania, Ahmed Ressam había estado cooperando durante meses con el Departamento de Justicia de los Estados Unidos, y para cuando la CIA recogió a Mohamedou ocho meses más tarde, Ressam había atestiguado en dos juicios sobre terrorismo para

proporcionar los nombres de más de 150 personas implicadas en el terrorismo contra el gobierno de los Estados Unidos y el de otros seis países. Algunas de esas personas estaban detenidas en Guantánamo, y el gobierno estadounidense ha utilizado las afirmaciones de Ressam como pruebas contra ellos en sus casos de habeas. No así con Mohamedou. Ressam "claramente no consigue implicar a Salahi", señala el juez Robertson en su dictamen sobre el habeas.

La CIA lo hubiera sabido. La agencia también hubiera sabido si los jordanos hubieran desclasificado alguna información que conectara a Mohamedou con la Conjura del Milenio, con los ataques del 11-S o con cualquiera otra conjura terrorista. Pero la CIA parece que nunca proveyó información de su interrogatorio en Amman a la acusación en Guantánamo. En una entrevista en 2012 con el Proyecto de Historia Oral de la Razón de Estado de la Universidad de Columbia, Stuart Couch, el marine asignado para crear un caso de acusación contra Mohamedou en Guantánamo, dijo que la CIA no le enseñó ningún informe de inteligencia propio, y que la mayoría de los informes que la agencia compartió con él procedían de los interrogatorios de Mohamedou en Guantánamo. "Había estado detenido durante seis meses. Ellos sabían que yo llevaba la acusación. Sabían que se trataba de un caso muy importante. Si hubiéramos descubierto conexiones con el 11-S, íbamos a ir por la pena de muerte".

"Por lo tanto, algo tiene que haber pasado", conjetura Stuart Coach en aquella entrevista. "Slahi estaba bajo arresto de la CIA, y tenían que pensar que contaban con toda la información posible sobre él, o la información que tenían no daba un resultado relevante, y de alguna manera lo dejaron al control de los militares estadounidenses en Bagram, Afganistán".[16]

Hay un pasaje escalofriante en *Actividades de Interrogatorio de Contraterrorismo y Detención, septiembre de 2001-octubre de 2003*, el informe de investigación del inspector general de la CIA de 2004, uno de solo dos pasajes no censurados en una sección censurada de cuatro páginas del informe titulado *Resultado final*. Dice,

> El número de detenidos de la CIA es relativamente pequeño en comparación con los detenidos por el Ejército. Aun así, la agencia, como el Ejército, tiene interés en la disposición de los detenidos, y en particular en aquellos que, de no estar aislados, sería probable que hubieran divulgado información sobre las circunstancias de su detención.[17]

A principios de 2002 ni siquiera la familia de Mohamedou sabía que él estaba en Jordania. Muy poca gente sabía que los Estados Unidos estaban llevando a cabo un Programa de Entrega, Detención e Interrogatorio, y que lo estaba haciendo con el apoyo no solo de antiguos aliados como el Servicio de Inteligencia de Jordania, sino también con la cooperación de amigos discutibles. Mauritania era uno de ellos. En 2002, Ould Taya, el presidente mauritano y gobernante por varias décadas, estaba en la mira internacional por un informe sobre los derechos humanos de su país, e internamente por su cercana cooperación con la política antiterrorista de los Estados Unidos. La prensa se sintió atraída por el hecho bastante controvertido de que Slahi hubiera sido interrogado por agentes del FBI en su propio país. ¿Qué hubiera pasado de volver al país a mediados de 2002 contando que había sido devuelto a los estadounidenses sin procedimientos de extradición, violando explícitamente la protección constitucional mauritana; que la CIA lo había entregado secretamente a Jordania, y que había sido interrogado durante meses en una prisión jordana?

En cualquier caso, nada indica que cuando un C-17 del Ejército estadounidense hizo tierra en Guantánamo con Mohamedou y otros 34 prisioneros el 5 de agosto de 2002, el mauritano de 31 años fuese un detenido de alto nivel. Se hubiera sabido, de haberlo sido: un artículo publicado en *Los Angeles Times* dos semanas después de su llegada, titulado "Ningún líder de Al-Qaeda se encuentra en la bahía de Guantánamo, Cuba", citaba fuentes del gobierno que decían que no había "peces gordos" detenidos allí, y que los cerca de seiscientos detenidos en la isla no eran "en la dirección ni en la estructura de control del nivel suficiente como para ayudar a los expertos del contraterrorismo a develar la célula y el sistema de seguridad de Al-Qaeda".[18] Por las mismas fechas, una intervención secreta de la CIA en las instalaciones se hacía eco de estas conclusiones. Cuando los periodistas visitaron el campo en agosto de aquel año, el comandante de

Operaciones de Detención de Guantánamo les dijo que sus propios oficiales uniformados estaban cuestionando la continua referencia a los detenidos como “combatientes enemigos”, en lugar de darles la categoría de prisioneros de guerra protegidos por la Convención de Ginebra. La solución del Pentágono fue sustituir a aquel comandante y dar carpetazo a las operaciones de inteligencia en el campo de prisioneros.

Casi de inmediato surgió un cisma entre los interrogadores militares y los agentes del FBI y de las Fuerzas Especiales de Investigación Criminal (CITF) que habían estado usualmente dirigiendo las entrevistas de los prisioneros en Guantánamo. En septiembre y octubre, pasando por encima de las fieras objeciones de los agentes del FBI y de las CITF, el Ejército estableció su primer Equipo de Proyectos Especiales y desarrolló un plan por escrito para el interrogatorio del prisionero saudí Mohammed al-Qahtani. El plan incluía algunas de las “técnicas de interrogación intensa” que la CIA había estado empleando durante varios meses en su propia cárcel clandestina. El plan se implementó intermitentemente a lo largo del otoño con la autorización firmada del secretario de Defensa Rumsfeld. En seguimiento de sus directivas, los interrogadores militares sometieron a Al Qahtani a un régimen de 24 horas de privación extrema del sueño, música alta y ruido de fondo, temperaturas congelantes, posiciones estresantes y un abanico de humillaciones físicas y sexuales. Todo ello como parte de un desgarrador bombardeo de cincuenta días que comenzó en noviembre.

Fue entonces, mientras planeaba sobre el campo la batalla por los métodos de interrogación, cuando emergió una conexión entre Mohamedou Ould Slahi y los secuestradores del 11-S. “El 11 de septiembre de 2002 los Estados Unidos arrestaron a un hombre con el nombre de Ramzi Bin al-Shibh, que se dice es el hombre clave en los ataques del 11 de septiembre”, relató Mohamedou en su vista ante la ARB en 2005.

> Es exactamente un año después del 11 de septiembre, y desde su captura, mi vida cambió drásticamente. Me identificó como al que vio en octubre de 1999, lo que es cierto: él estuvo en mi casa. Dijo que yo le aconsejé ir a Afganistán a entrenarse. Bien, entonces su interrogador //////////

del FBI le pidió que se aventurara a decir qué clase de persona era yo. Dijo: "yo creo que es un operativo de Osama Bin Laden, y sin él yo nunca hubiera estado implicado en el 11 de septiembre".[19]

Bin al-Shibh había sido el objetivo de una cacería humana internacional desde el 11-S por su supuesto papel de coordinador de la "célula Hamburgo" de secuestradores. Se le puso bajo custodia de la CIA inmediatamente después de ser capturado en un tiroteo en la periferia de Karachi, y retenido primero en la "prisión oscura" de la CIA en Afganistán y después, a lo largo del otoño, en una prisión cercana a Rabat, Marruecos. Durante un interrogatorio en una de estas instalaciones, Bin al Shibh contó que en una ocasión se encontró con un extraño en un tren en Alemania, en el que él y dos amigos hablaban de la yihad y de su deseo de viajar a Chechenia para unirse a la lucha contra los rusos. El extraño les sugirió que contactaran con Mohamedou en Duisberg, y cuando lo hicieron, Mohamedou los alojó una noche. La Comisión 11-S registró aquellos interrogatorios en los informes de inteligencia: "Cuando llegaron, Slahi explicó que era difícil llegar a Chechenia en aquel momento porque se estaba deteniendo a muchos viajeros en Georgia. Les recomendó que en su lugar fueran por Afganistán, donde podrían entrenarse para la yihad antes de viajar a Chechenia".[20]

Bin al-Shibh no afirmó que Mohamedou lo enviara a Afganistán para formar parte de una conjura contra los Estados Unidos. El teniente coronel Couch, que vio el informe de inteligencia de Bin al-Shibh, recuerda en la entrevista de 2012: "No oí ninguna mención de que fuera para atacar a América. Nunca oí que Ramzi Bin al-Shibh hubiera dicho: 'Le dijimos lo que queríamos hacer', y que él dijera: 'Allí es donde tienes que ir a entrenarte'. Era más bien algo como 'Allí es donde puedes recibir entrenamiento'".[21] Durante el procedimiento de habeas corpus de Mohamedou, el gobierno de los Estados Unidos no alegó que este hubiera persuadido a aquellos hombres a unirse a la organización de Bin Laden; más bien, el gobierno arguyó que al proponerles que siguieran un entrenamiento en Afganistán –algo que Mohamedou había aprendido como necesario para unirse posteriormente a la lucha contra los rusos– actuaba en

general como reclutador de Al-Qaeda. El juez Robertson no estuvo de acuerdo, al encontrar que lo único que mostraba el informe era que "Salahi proporcionó alojamiento a tres hombres por una noche en Alemania, que uno de estos hombres era Ramzi Bin al-Shibh, y que entre ellos discutieron sobre la yihad y Afganistán".[22]

Stuart Couch recibió los informes de inteligencia de Bin al-Shibh cuando se le asignó el caso de Mohamedou en el otoño de 2003. Los informes, y el encargo en sí mismo, tenían particular importancia para el antiguo piloto de la Marina: su amigo íntimo Michael Horrocks, un compañero piloto de reabastecimiento aéreo, fue el copiloto del vuelo de United Airlines que los secuestradores del 11-S usaron para derribar la Torre Sur del World Trade Center. Aquel suceso propició su retirada del servicio. Se unió al equipo de acusadores de la comisión militar de Guantánamo con un objetivo, como explicó en una reseña del *Wall Street Journal* en 2007: "poder atrapar a los tipos que atacaron a los Estados Unidos".[23]

Muy pronto se puso a buscar en pilas de informes de inteligencia de otra fuente, del mismo Mohamedou, cuyo interrogatorio lo estaban vendiendo los interrogadores militares como el de mayor éxito en Guantánamo. Esos informes no contenían información sobre las circunstancias del interrogatorio, pero él tenía sus sospechas. Le habían dicho que Mohamedou formaba parte de los "Proyectos Especiales". Había vislumbrado, en su primera visita a la base, a otro prisionero encadenado al suelo en una cabina de interrogatorio vacía, quien se movía de atrás a adelante bajo una intensa luz estroboscópica y un retumbante ruido de metal pesado. Ya había visto este tipo de cosas antes: como piloto marine había soportado una semana de técnicas como estas en un programa que prepara a los pilotos estadounidenses para enfrentar una eventual captura y tortura.

Sus sospechas se confirmaron cuando el investigador del teniente coronel, un agente de los Servicios de Investigación Criminal de la Marina (NCIS), logró entrar a los archivos de los interrogadores militares. Esos archivos incluían la Memoria para el Informe Diario del Equipo de

Proyectos Especiales, una descripción detallada de los interrogadores, no solo de lo que se decía en cada sesión, sino también de cómo se extraía la información.

Estos informes siguen siendo reservados, pero están resumidos en la *Investigación sobre el Tratamiento de los Detenidos bajo Custodia Estadounidense* (2008) y en la propia revisión que el Departamento de Justicia llevó a cabo en 2008 sobre los interrogatorios en Guantánamo, Afganistán e Irak. Estos informes documentan un "interrogatorio especial" que sigue un segundo y meticuloso plan, aprobado por Rumsfeld y desplegado casi exactamente como Mohamedou lo describe en el *Diario de Guantánamo*. Había dos documentos entre los específicamente descritos en estos informes que, cuando los descubrió a principios de 2004, convencieron a Stuart Couch de que Mohamedou había sido torturado.

El primero era una supuesta carta del Departamento de Estado que Mohamedou había recibido en agosto de 2003, con la que claramente se pretendía aprovechar la estrecha relación de Mohamedou con su madre. En este informe, la Comisión de Servicios Armados del Senado describe "una carta ficticia que había sido esbozada por el jefe del Equipo de Interrogación para informar [a Mohamedou] que su madre había sido detenida, que sería interrogada, y que si no colaboraba podría ser trasladada al GTMO. La carta indicaba que ella sería la única mujer en 'un ambiente carcelario solo de hombres'".

El segundo era un intercambio de correos electrónicos del 17 de octubre de 2003 entre un interrogador de Mohamedou y un psiquiatra militar estadounidense. En él, la comisión encontró que el interrogador "afirmaba que 'Slahi me dijo que oye voces' ahora… Está preocupado y sabe que esto no es normal… Por cierto, ¿le pasa esto a las personas que tienen muy pocos estímulos externos como la luz del día, la interacción humana, etcétera? Suena un poco escalofriante". El psicólogo respondió: "la privación sensorial puede causar alucinaciones, normalmente visuales en lugar de auditivas, pero nunca se sabe… En la oscuridad creas cosas a partir de lo poco que percibes…".[24]

En una entrevista de 2009, el teniente coronel Couch describe el impacto causado por estos descubrimientos:

> Justo en medio de este momento, cuando había recibido esta información del agente de los NCIS –los documentos, el membrete del Departamento de Estado– y me encontraba al final de esto, escuchando toda esta información, leyendo toda esta información, meses y meses y meses de pelearme con este asunto, yo estaba en la iglesia ese domingo, y había un bautizo. Llegamos a la parte de la liturgia en la que la congregación repite –estoy parafraseando, pero la esencia es– que "respetamos la dignidad de todo ser humano y buscamos la paz y la justicia sobre la Tierra". Y cuando dijimos esas palabras aquella mañana había muchas personas en aquella iglesia, pero yo podría haber estado solo allí. Me pareció increíble, sí señor, ahí está. No se puede venir aquí un domingo, y como cristiano, compartir esta creencia en la dignidad de todo ser humano y decir que vas a buscar la justicia y la paz sobre la Tierra, y continuar con la acusación utilizando ese tipo de testimonios. Y en ese momento supe lo que tenía que hacer. Tenía que tomar partido.[25]

Stuart Coach se retiró del caso de Mohamedou, y de cualquier esfuerzo por acusarlo ante una comisión militar.

No se ha redactado nunca una hoja de cargos contra Mohamedou Ould Slahi en Guantánamo; no se ha nombrado ninguna comisión militar de defensa para el caso, y parece que no ha habido más intentos de preparar un procedimiento judicial. El editorial del *Daily News* que condena la decisión de habeas corpus del juez Robertson lo atribuye a "escrúpulos" ante el uso de "una confesión obtenida mediante un trato duro"; pero no está nada claro que el interrogatorio brutal de Mohamedou en Guantánamo arrojara alguna evidencia de que estuviera metido en actividades terroristas o criminales. En su vista ante la ARB en 2005 dijo que había confesado bajo tortura; los interrogadores, por su parte, tal vez no tuvieron en cuenta lo que sabían que eran confesiones inducidas. Lo que habían divulgado en los informes de inteligencia emborronados consistía, en cambio, en palabras de Stuart Coach, en una especie de "Quién es quién en Al-Qaeda en Alemania y en toda Europa".[26]

Puesto que el trato extremo que recibió se menciona a menudo como un indicador de su culpabilidad, esos informes de inteligencia han venido a servir como una especie de prueba a posteriori de que Mohamedou debe estar entre los implicados. Incluso, ha insinuado Stuart Couach, su conocimiento parece haber sido algo mejor que el de sus interrogadores. El

antes responsable de la acusación puntualizaba en la entrevista de 2012: "Pienso, si recuerdo bien, que muchos de ellos ya eran conocidos por los Servicios de Inteligencia cuando lo estaban interrogando", y añade:

> Tengo que ser claro en algo. Cuando lees los informes de inteligencia dejados por Slahi, no se inculpa a sí mismo en nada. La única forma en la que se compromete es por su conocimiento de aquellas personas. No se inculpa a sí mismo en ningún tipo de lo que podría considerar acción manifiesta como parte de la conspiración de Al-Qaeda para atacar a los Estados Unidos el 11-S.[27]

Tampoco parece que los Servicios de Inteligencia norteamericanos hayan desenterrado ninguna otra cosa que implique a Mohamedou en otras conjuras o ataques terroristas. En una entrevista de 2013, el coronel Morris Davis, que llegó a ser jefe de la Acusación para la Comisión Militar de Guantánamo en 2005, describe un desesperado intento, casi dos años después de que Stuart Couch abandonara el caso de Mohamedou, por encontrar algún tipo de cargo contra Mohamedou. Su verdadero objetivo en aquel momento no era Mohamedou, quien por aquel entonces apenas contaba en el seguimiento del proceso, sino el prisionero que el Ejército había trasladado a la celda junto a la de Mohamedou para mitigar los efectos de su tortura y los casi dos años de confinamiento. Sin embargo, ese prisionero no aceptaría una negociación de los cargos a no ser que Mohamedou recibiera una oferta similar. "Teníamos que montar algo así como un pacto similar para Slahi", dijo el coronel Davis en aquella entrevista, "lo que significaba que teníamos que encontrar *algo* de lo que poderlo acusar, y ahí es donde estábamos teniendo verdaderos problemas".

> Cuando Salahi llegó, creo que la sospecha era que habían agarrado a un pez gordo. Me recordaba a Forrest Gump, en el sentido de que había muchos acontecimientos considerables en la historia de Al-Qaeda y el terrorismo, y ahí estaba Salahi merodeando en algún lugar de la escena. Estuvo en Alemania, en Canadá, en diferentes lugares que parecían sospechosos, y eso les hizo creer que era un pez gordo; pero cuando hicieron el esfuerzo de analizarlo a fondo no llegaron a la misma conclusión. Recuerdo que, algo después de llegar allí, a comienzos de 2007, teníamos una reunión importante con la CIA, el FBI, el Departamento de Defensa y el Departamento de Justicia, y tuvimos una sesión informativa de los investigadores que trabajaban en el caso Salahi, y su conclusión era que había mucho ruido y pocas nueces.[28]

Cuando la petición de habeas corpus de Mohamedou llegó ante el Tribunal Federal en 2009, el gobierno de los Estados Unidos no trató de argumentar que fuera una figura de mucha relevancia en Al-Qaeda o que hubiera intervenido en algún plan o ataque de Al-Qaeda. Según escribió el Tribunal de Apelaciones del Circuito del Distrito de Columbia en el correspondiente informe del caso,

> Los Estados Unidos buscan detener a Mohamedou Ould Salahi basándose en que era "parte de" Al-Qaeda, no porque luchara con Al-Qaeda o sus aliados contra los Estados Unidos, sino porque hizo un juramento de lealtad a la organización, se asoció con sus miembros y los ayudó de varias maneras, incluyendo el hospedaje de sus líderes y recomendando a los aspirantes yihadistas operativos conocidos por Al-Qaeda.[29]

Cuando el juez Robertson atendió la solicitud de Mohamedou en 2009, los tribunales del distrito que dirigían los casos de Habeas Corpus de Guantánamo estaban juzgando la cuestión de si los solicitantes eran considerados como parte de Al-Qaeda basándose en que el gobierno pudiera demostrar que la persona fuese un miembro activo de la organización en el momento de ser detenida. Mohamedou ingresó en Al-Qaeda en 1991 y fue entonces cuando juró lealtad a la organización, pero se trataba de una Al-Qaeda muy diferente, prácticamente una aliada de los Estados Unidos. Mohamedou ha mantenido siempre que la caída del gobierno comunista de Afganistán marcó el final de su participación en la organización. En los procesos judiciales de habeas corpus, el gobierno insistió en que sus contactos e interacciones ocasionales con su concuño y primo Abu Hafs y un puñado de amigos y conocidos que habían seguido activos en Al-Qaeda demostraban que también él aún era parte de la organización. Mientras que unas pocas de esas interacciones suponían posibles gestos de apoyo, ninguna, indicó Robertson, se elevaba a la categoría de apoyo material y criminal al terrorismo. En general, los contactos con estas personas fueron tan esporádicos "que se dirigen a respaldar la sumisión de Salahi en su intento de encontrar un equilibrio –evitando relaciones cercanas con miembros de Al-Qaeda, pero al mismo tiempo intentando evitar situarse como un enemigo".

La decisión del juez Robertson de conceder el habeas corpus a Mohamedou y de ordenar su libertad llegó en un momento crucial: el 1 de abril de 2010 el gobierno de los Estados Unidos había perdido 34 de 46 casos de habeas. En las apelaciones de muchos de estos casos, el gobierno persuadió al Tribunal de Apelaciones del Circuito del Distrito de Columbia de que aceptara una norma más flexible para juzgar si un solicitante era "parte de" Al-Qaeda. Ahora, como explica el Tribunal de Apelaciones al revocar la orden del juez Robertson y devolver el caso al Tribunal de Distrito para una nueva vista, el gobierno ya no tenía que demostrar que un prisionero de Guantánamo estuviera llevando a cabo órdenes o directrices de Al-Qaeda en el momento de su detención.

Según su parecer, el Tribunal de Apelaciones fue cauteloso al definir "la naturaleza precisa del caso del gobierno contra Salahi". "El gobierno no ha imputado criminalmente a Salahi por proporcionar apoyo material a los terroristas o a 'la organización terrorista extranjera' Al-Qaeda", enfatiza el tribunal. "Tampoco –añade– pretende detener a Salahi bajo la AUMF basado en que ayudó en los ataques del 11 de septiembre o en que 'de manera deliberada apoyó materialmente' a las fuerzas asociadas con Al-Qaeda 'en sus hostilidades contra socios de los Estados Unidos'". Más bien, en la segunda vista del caso de Mohamedou ante el Tribunal Federal, el gobierno volverá a aducir que la comunicación esporádica de Mohamedou con miembros activos de Al-Qaeda en los años noventa significa que él también seguía siendo miembro. Bajo la nueva norma, el tribunal escribió: "incluso aunque las conexiones de Salahi con estos individuos no prueban que él era 'parte de' Al-Qaeda, esas conexiones vuelven más probable que Salahi fuese miembro de la organización cuando fue capturado, y de este modo sigue siendo relevante para determinar si es susceptible de ser detenido".

Irónicamente, cuando un tribunal de distrito vuelva a oír el caso, es de esperar que el gobierno tenga que enfrentarse a preguntas sobre la que siempre ha sostenido como la más peligrosa de esas conexiones: la relación de Mohamedou con su primo y concuño Abu Hafs. Como miembro del consejo Shura de Bin Laden, los Estados Unidos ofrecían una recompensa de 5 millones de dólares por su cabeza a finales de los noventa, una cifra que aumentó hasta los 25 millones de dólares después de los ataques

terroristas del 11 de septiembre de 2001. Sin embargo, desde hacía años los Estados Unidos sabían que Abu Hafs se oponía a estos ataques. La Comisión 11-S informó que incluso “escribió un mensaje a Bin Laden fundamentando su rechazo a estos ataques en el Corán”. Tras los ataques, Abu Hafs dejó Afganistán y marchó a Irán, donde las autoridades iraníes lo tuvieron bajo una forma suave de arresto domiciliario durante más de una década. En abril de 2012, Irán repatrió a Abu Hafs a Mauritania. Se le tuvo dos meses en una prisión mauritana, durante los cuales supuestamente se reunió con una delegación internacional que incluía estadounidenses, condenó los ataques del 11-S y renunció a sus lazos con Al-Qaeda. Fue puesto en libertad en julio de 2012 y ha vivido desde entonces como un hombre libre.

***

No he visto a Mohamedou Ould Slahi. No me he comunicado con él de ninguna manera, aparte de enviarle una carta de presentación cuando se me pidió que ayudase a llevar a la imprenta este manuscrito –una carta que no sé si llegó a recibir.

En una ocasión solicité encontrarme con él antes de enviar el trabajo completo para asegurarme de que le daba el visto bueno a mi edición. La respuesta del Pentágono fue breve y categórica. “No es posible visitar o comunicarse con ningún detenido de las instalaciones de Guantánamo, a menos que usted sea abogado representante del detenido”, escribió un miembro del departamento de Relaciones Públicas. “Como sabe, los detenidos están bajo la Ley de Guerra. Además, no sometemos a los detenidos a la curiosidad pública”.

La expresión “curiosidad pública” procede de uno de los pilares de la Ley de Guerra, la Convención de Ginebra de 1949 Relativa al Tratamiento de los Prisioneros de Guerra. El Artículo 13 de la Convención, “Tratamiento Humano de los Prisioneros”, dice:

> Los prisioneros deben ser tratados humanitariamente en todo momento. Cualquier acto ilícito u omisión por parte de la Potencia Detenedora que cause la muerte o ponga en grave peligro la salud del prisionero de guerra estando bajo su custodia estará prohibido, y se considerará una violación de la presente Convención…
>
> Los [P]risioneros deben estar protegidos en todo momento de actos de violencia o intimidación y contra insultos y curiosidad pública.
>
> Están prohibidas cualesquiera medidas de represalia contra los prisioneros de guerra.

Yo había propuesto una reunión confidencial, siguiendo estrictos protocolos de seguridad, para garantizar que la versión editada del trabajo de Mohamedou –un trabajo que escribió específicamente para el público lector– representa con exactitud el contenido y la intención original. Durante años, este trabajo ha sido retenido bajo un régimen de censura que no siempre ha servido a los objetivos de Ginebra.

La censura ha sido completa en los Estados Unidos desde el primer momento tras las operaciones de detención del 11-S. Se ha hecho con un propósito, no una sino dos veces: primero, para abrir un espacio para el maltrato de los prisioneros, y segundo, para ocultar que ocurrían esos abusos. En el caso de Mohamedou Ould Slahi, esos maltratos incluyen desaparición forzosa, detención arbitraria e incomunicación, tratamiento cruel, inhumano y degradante, y tortura. Lo sabemos gracias a un registro documental que estuvo también rigurosamente reservado durante años.

No sé hasta qué punto los intereses personales e institucionales para encubrir estas agresiones puedan haber contribuido a que Mohamedou continúe en prisión. Lo que sí sé, con base en los cinco años que he empleado leyendo informes sobre este caso, es que las explicaciones vagas y cambiantes de mi gobierno no me han convencido de por qué está en Guantánamo, como tampoco me han convencido las afirmaciones de aquellos que defienden una detención de 13 años, ya que es casi seguro o probable que él sea esto o aquello. Mi propio sentido de la justicia me dice que las preguntas sobre lo que sea o no sea, y sobre por qué debe permanecer detenido en Cuba, deberían haberse respondido hace largo tiempo. Y así hubiera sido, creo yo, si este *Diario de Guantánamo* no hubiera estado durante tanto tiempo oculto.

Cuando Mohamedou escribió el manuscrito de este libro hace ahora nueve años, en la misma celda donde habían sucedido muy poco tiempo atrás algunas de sus escenas más horripilantes, se encomendó una tarea. “Solo he escrito lo que he experimentado, lo que he visto y lo que he aprendido de primera mano”, explica casi al final. “He intentado no exagerar, no omitir detalles. He intentado ser lo más justo posible con el gobierno de los Estados Unidos, con mis hermanos y conmigo mismo”.

Eso es, según he visto, exactamente lo que ha hecho. La historia que cuenta está bien confirmada por los informes desclasificados; demuestra una y otra vez ser un narrador fiable. Es verdad que no exagera; el informe contiene torturas y humillaciones no incluidas en el libro, y muchas de las que incluye las reproduce con considerable discreción. Incluso cuando los acontecimientos que cuenta llegan al extremo, su narración es temperada y directa. Los horrores de estos hechos hablan por sí mismos.

Esto es así porque su verdadero interés está siempre en los dramas humanos de estas escenas. “La Ley de la Guerra es dura”, escribe Mohamedou al empezar. “Si algo bueno tiene la guerra, es que saca lo mejor y lo peor de las personas: algunas intentan usar la ilegalidad para dañar a los demás, y otras intentan reducir al mínimo el sufrimiento”.

Mientras hace una crónica de su viaje a través de las oscuras regiones del programa de detención e interrogatorios de los Estados Unidos posteriores al 11-S, mantiene su atención en los interrogadores y guardias, en sus compañeros detenidos y en sí mismo. En su deseo de “ser justo”, como él dice, da cuenta del amplio contexto de miedo y confusión en el que interactúan todos estos personajes, y de las fuerzas sociales e institucionales que configuran esas interacciones. Pero también ve la capacidad de cada personaje para moldear o suavizar la acción, e intenta entender a las personas, sin importarle su cargo, su uniforme o su condición, como protagonistas por derecho propio. Al hacerlo así, acaba transformando incluso la situación más inhumana en una serie de intercambios entre personas individuales, en ocasiones desgarradoramente íntimos.

Este es el mundo secreto de Guantánamo –un mundo de brutalidades premeditadas desde el principio y de eventuales humillaciones, pero también un mundo de actos paliativos y amabilidad, de reconocimientos y

agradecimientos, de mutua curiosidad y de incursiones arriesgadas a través de profundas divisiones–. Dice mucho de la personalidad y humanidad de Mohamedou que haya intentado experimentar todo esto a pesar de los cuatro años del trato más arbitrario imaginable y en medio de uno de los interrogatorios más horrendos de Guantánamo. Dice incluso más de su destreza como escritor que fuera capaz, tan poco después de la más traumática de estas experiencias, de crear a partir de ellas una narrativa que pretende ser, a la vez, condenatoria y redentora.

Pero no es esto lo que más me impresionó, como escritor y como lector, cuando abrí por primera vez el documento con el texto escrito a mano del *Diario de Guantánamo*. Lo que me cautivó fueron los personajes y las escenas sacadas de lugares distantes de Guantánamo: El infortunio de un polizón en una prisión senegalesa. Una puesta de sol en Nouakchott tras una tormenta de arena del Sáhara. Un desgarrador momento de nostalgia durante la llamada al rezo del Ramadán. La aproximación al aeropuerto sobre los barrios de chabolas de Nouakchott. Una pista de aterrizaje con lluvia helada en Chipre. La calma adormilada de la alborada en un avión especial de la CIA. Aquí es donde reconocí a Mohamedou el escritor, su perspicaz mirada para los personajes, su extraordinario oído para las voces, la forma en que sus recuerdos se inspiran en información que registran los cinco sentidos, la forma en que accede a un completo registro emocional, en sí mismo y en los demás. Tiene las cualidades que más valoro en un escritor: un conmovedor sentido de la belleza y una aguda ironía. Tiene un fantástico sentido del humor.

Todo esto lo realiza en inglés, su cuarta lengua, una lengua que estaba llegando a dominar mientras escribía el texto. Esta hazaña da testimonio de la destreza y fascinación por las palabras que lo han acompañado toda la vida. Mas también entronca, parece claro, con una determinación para implicarse y encontrarse con su entorno en sí mismo. En un primer nivel, llegar a dominar el inglés en Guantánamo significaba ir más allá de la traducción y la interpretación, más allá de la necesidad de la presencia de una tercera persona, y abre la posibilidad de que todo contacto con sus captores pudiese entenderse como un intercambio personal. En otro nivel, significaba el descifrado y comprensión de la lengua del poder que controla

su destino –un poder de asombrosa influencia y alcance, como vívidamente lo ilustra la odisea de 20 000 millas de detención e interrogatorio que vivió. De este compromiso nace un trabajo verdaderamente excepcional. Por una parte, es un espejo en el que he reconocido, por primera vez en todo lo que he leído sobre Guantánamo, aspectos de mí mismo, tanto en los personajes de mis compatriotas como en aquellos a los que mi país mantiene en cautiverio. Por otra, supone un reflejo de un imperio con una magnitud y un impacto que pocos de nosotros, que vivimos en su interior, entendemos completamente.

Por el momento, este poder todavía controla la historia de Mohamedou.

Está presente en estas páginas en la forma de los más de 2 600 recuadros negros de la censura. Las partes censuradas no únicamente ocultan elementos importantes para la acción. También desdibujan los principios que guían a Mohamedou y su objetivo elemental, reduciendo la franqueza con la que se dirige a su propio caso y oscureciendo sus esfuerzos para distinguir a sus personajes como individuos, algunos inocentes, algunos culpables, y ante todo una compleja y cambiante combinación de las dos cosas.

Y esto está presente, sobre todo, en un encarcelamiento prolongado y sin apenas explicación. Hace 13 años Mohamedou dejó su hogar en Nouakchott, Mauritania, y condujo su coche hasta la Jefatura de Policía de su país para ser interrogado. No ha regresado. Para el sentido colectivo de la Historia y la Justicia, se nos debe hacer entender más claramente por qué no ha sucedido aún y qué va a pasar a continuación.

En Guantánamo hay muchas preguntas sin respuesta. Pero ahora que tenemos el *Diario de Guantánamo*, ¿cómo no resolver al menos las preguntas del caso de Mohamedou?

Cuando lo hagamos estoy convencido de que regresará a casa. Cuando eso suceda, las partes censuradas serán completadas y el *Diario de Guantánamo* se reeditará, modificará y actualizará tal y como él lo hubiese querido. Y seremos libres para ver el *Diario de Guantánamo* como lo que definitivamente es: un registro de la odisea de un hombre a través de un mundo cada vez más ansioso y transfronterizo, un mundo en el que las fuerzas que conforman nuestras vidas son incluso más distantes y

clandestinas, en el que los destinos están determinados por poderes con un alcance aparentemente infinito, un mundo que amenaza con deshumanizarnos pero que no logra deshumanizarnos –en pocas palabras, una épica de nuestro tiempo.

Notas

1 Transcripción, audiencia de la Junta Administrativa de Revisión para Mohamedou Ould Slahi, 15 de diciembre de 2005, p. 18. La transcripción de la JAR está disponible en http://dod.mil/pubs/foi/operation_and_plans/Detainee/csrt_arb/ARB_Transcript_Set_8_20751-21016.pdf, pp. 184-216.

NOTA DEL EDITOR SOBRE LA INTRODUCCIÓN: Ninguno de los abogados de Mohamedou Ould Slahi que tuvieron autorizaciones de seguridad han revisado esta Introducción, ni han contribuido a ella de ninguna manera, y tampoco han confirmado o negado nada contenido en ella. Tampoco nadie que haya tenido acceso al manuscrito no redactado ha revisado esta Introducción, ni ha contribuido a ella de ninguna forma, ni ha confirmado o negado nada contenido en ella.

2 Carta a la abogada Sylvia Royce, 9 de noviembre de 2006, http://online.wsj.com/public/resources/documents/couch-slahiletter-03312007.pdf

3 Transcripción, audiencia del Tribunal de Revisión del Estatus de Combatientes para Mohamedou Ould Slahi, 8 de diciembre de 2004, pp. 7-8. La transcripción del TREC está disponible en inglés en http://online.wsj.com/public/resources/documents/couch-slahihearing-0331 2007.pdf

4 Transcripción de la JAR, pp. 14, 18-19, 25-26.

5 Transcripción de la JAR, pp. 26-27.

6 Sesión informativa del Departamento de Defensa, secretario Rumsfeld y general Myers, 11 de enero de 2002, http://www.defense.gov/transcripts/transcript.aspx?transcriptid=2031

7 Comunicado de prensa del Departamento de Defensa, 3 de abril de 2006, http://www.defense.gov/news/newsarticle.aspx?id=15573

8 John Goetz, Marcel Rosenbach, Britta Sandberg y Holger Stark, "From Germany to Guantanamo: The Career of Prisoner No. 760", *Der Spiegel,* 9 de octubre de 2008, http://www.spiegel.de/international/world/from-germany-to-guantanamo-the-career-of-prisoner-no-760-a-583193.html

9 Transcripción del TREC, pp. 3-4.

10 Transcripción de la JAR, pp. 15-16.

11 Resolución, Mohammedou Ould Salahi v. Barack H. Obama, No. 1:05-cv-00569-JR, pp. 13-14. La resolución está disponible en http://www.aclu.org/files/assets/2010-4-9-Slahi-Order.pdf

12 Transcripción de la JAR, p. 19.

13 Goetz *et al.*, "From Germany to Guantanamo".

14 "Keep the Cell Door Shut: Appeal a Judge's Outrageous Ruling to Free 9/11 Thug", Editorial, *New York Daily News*, 23 de marzo de 2010, http://www.nydailynews.com/opinion/cell-door-shut-appeal-judge--- outrageous-ruling-free-9-11-thug-article—1.172231

15 Resolución, p. 4.

16 The Reminiscences of V. Stuart Couch, marzo 1-2, 2012, Columbia Center for Oral History Collection (en adelante citado como CCOHC), pp. 94, 117, http://www.columbia.edu/cu/libraries/inside/ccoh_assets/ccoh_10100507_transcript.pdf

17 Oficina del Inspector General de la CIA, "Counterterrorism Detention and Interrogation Activities, septiembre de 2001 a octubre de 2003", 7 de mayo de 2004, p. 96, El informe de la OIG de la CIA está disponible en htttp://media.luxmedia.com/aclu/IG_Report.pdf

18 Bob Drogin, "No Leaders of Al Qaeda Found at Guantanamo", *Los Angeles Times*, 18 de agosto de 2002, http://articles.latimes.com/2002/aug/18/nation/na-gitmo18

19 Transcripción de la JAR, pp. 23-24.

20 Comisión Nacional sobre los Ataques Terroristas en los Estados Unidos, The 9/11 Commission Report pp. 165-166. El informe de la Comisión del 11-S está disponible en http://govinfo.library.unt.edu/911/report/911Report.pdf

21 Entrevista del CCOHC con V Stuart Couch, p. 90.

22 Resolución, p. 19.

23 Jess Bravin, "The Conscience of the Colonel", *Wall Street Journal*, 31 de marzo de 2007, http://online.wsj.com/news/articles/SB117522970433735515 5

24 Comité de Servicios Armados de los Estados Unidos, "Inquiry into the Treatment of Detainees in U.S. Custody", 20 de noviembre de 2008, pp. 140-141. El informe del Comité está disponible en http://www.armed-services.senate.gov/imo/media/doc/Detainee-Report—Final-April-22-2009.pdf

25 Transcripción de la entrevista con el teniente coronel para *Torturing Democracy*, http://www2.gwu.edu/~nsarchiv/torturingdemocracy/interviews/stuart-couch.html

26 Bravin, "The Conscience of the Colonel".

27 Entrevista de la CCOHC con V. Stuart Couch, p. 95.

28 Coronel Morris Davis, entrevista llevada a cabo por Larry Siems, *Slate*, 1 de mayo, 2013, http://www.slate.com/articles/news_and_politics/foreigners/2013/04/mohamedou_ould_slahi_s_guant_namo_memoirs_an_ interview_with_colonel_morris.html

29 Resolución, *Salahi v. Obama*, 625 F.3d 745, 746 (D.C. Cir. 2010). La decisión está disponible en http://caselaw.findlaw.com/us-dc-circuit/1543844.html

30 *Ibidem*, pp. 750, 753.

* La AUFM, o Autorización para el Uso de la Fuerza Militar, es la ley del 14 de septiembre de 2001 bajo la cual opera Guantánamo. Autoriza al presidente "a utilizar toda la fuerza necesaria y apropiada en contra de aquellas naciones, organizaciones o personas que él determine planearon, autorizaron, llevaron a cabo o brindaron apoyo en los ataques terroristas ocurridos el 11 de septiembre de 2001, o que dieron asilo a dichas organizaciones o personas, con el fin de impedir cualquier acto futuro de terrorismo internacional en contra de los Estados Unidos por parte de dichas naciones, organizaciones o personas".

1

Jordania – Afganistán – Centro de Detención de Guantánamo

Julio de 2002 — febrero de 2003

El equipo de estadounidenses queda al mando … Llegada a Bagram … De Bagram al Centro de Detención de Guantánamo … El nuevo hogar … Un día en el paraíso, el siguiente en el infierno

/ / / / / / / / / / /, julio/ / / / , 2002, 10 de la noche.[1]

La música estaba apagada. Las conversaciones de los guardias se desvanecían en el aire. La camioneta estaba atestada.

Me sentí solo en la camioneta fúnebre.

La espera no duró mucho. Sentí la presencia de gente nueva, un grupo silencioso. No recuerdo ni una palabra de todo lo que vino a continuación.

Una persona estaba quitando las cadenas de mis muñecas. Primero una mano: otro tipo agarraba esa mano y la doblaba, mientras un tercero iba poniéndome nuevos grilletes más firmes y más pesados. Ahora tenía las manos esposadas delante de mí.

Alguien empezó a desgarrar mi ropa con algo parecido a unas tijeras. Sentía algo así como ¿qué demonios está pasando? Empecé a preocuparme por un viaje que ni quería hacer ni había iniciado. Otra persona lo decidía todo por mí; excepto tomar decisiones, tenía todos los problemas del mundo. Muchos pensamientos pasaban fugazmente por mi cabeza. Los pensamientos optimistas proponían: *Quizá estás en manos de los estadounidenses; pero no te preocupes, solo quieren llevarte a casa y cerciorarse de que todo se hace en secreto*. Los pesimistas decían: *¡Estás jodido! Los estadounidenses tratan de echarte la culpa de alguna fregadera. Te llevan a las cárceles de los Estados Unidos para el resto de tu vida*.

Me desnudaron. Fue humillante, pero el vendaje en los ojos me libró de la desagradable visión de mi cuerpo desnudo. Durante todo el proceso, el único rezo que podía recordar era la oración de la crisis: *¡Ya hayyu! ¡Ya kayyum!* La estuve murmurando todo el tiempo. Siempre que me he encontrado en una situación similar, podría olvidar todas las oraciones excepto la oración de la crisis, que aprendí de la vida de nuestro Profeta, que la paz sea con él.

Uno de ellos me puso un pañal alrededor de mis partes íntimas. Solo entonces estuve totalmente seguro de que el vuelo se dirigiría a los Estados Unidos. Entonces empecé a convencerme a mí mismo de que “todo va a salir bien”. Mi única preocupación era que mi familia me viera en televisión en una situación tan degradante. Estaba tan flaco. Siempre lo he sido pero nunca *tanto*: mi ropa de calle me quedaba tan amplia que parecía un saco.

Cuando el equipo de estadounidenses terminó de ponerme las ropas que habían traído para mí, un tipo me quitó la venda por un momento. No pude ver mucho porque apuntó con una linterna hacia mis ojos. Estaba envuelto de la cabeza a los pies por un uniforme negro. Abrió la boca y sacó la lengua, gesticulando, para que yo hiciera lo mismo, una especie de prueba de ahh que hice sin resistencia. Vi parte de su pálido brazo con vello rubio, lo que daba consistencia a mi convicción de estar en las manos del Tío Sam.

Me retiraron el vendaje. En todo momento escuchaba el ruidoso sonido de los motores; estoy casi seguro de que algunos aviones despegaban mientras otros aterrizaban. Sentí cómo mi avión “especial” se aproximaba,

o la camioneta se aproximaba al avión, no recuerdo más. Pero sí recuerdo cuando un escolta me sacó de la camioneta, pues no había espacio entre la camioneta y las escaleras del avión. Estaba tan exhausto, enfermo y cansado que no podía caminar, lo que forzó al escolta a empujarme escaleras arriba como a un cuerpo sin vida.

En el avión hacía mucho frío. Me tumbaron en un sofá y los guardias me encadenaron, muy probablemente al suelo. Sentí cómo me ponían una cobija encima, que, aunque era muy fina, me reconfortó.

Me relajé y me dejé llevar por mis sueños. Pensé en diferentes miembros de mi familia que tal vez no volvería a ver. ¡Qué triste sería! Estaba llorando en silencio y sin lágrimas; por alguna razón derramé todas mis lágrimas al principio de la expedición, que fue como el límite entre la vida y la muerte. Deseé ser mejor con los demás. Deseé ser mejor con mi familia. Lamenté todos los errores cometidos en mi vida, ante Dios, ante mi familia, ¡ante cualquier persona!

Estaba pensando sobre la vida y las prisiones estadounidenses. Pensaba en los documentales que había visto sobre sus cárceles y la dureza con la que tratan a sus prisioneros. Deseaba ser ciego o tener algún tipo de discapacidad para que me llevaran a una celda de aislamiento y me dieran un trato humano y protección. Estaba pensando: *¿Cómo sería la primera vista con el juez? ¿Tengo alguna oportunidad de tener un proceso adecuado en un país tan lleno de odio contra los musulmanes? ¿Estoy condenado incluso antes de tener la opción de defenderme a mí mismo?*

Me sumergí en estos dolorosos sueños bajo la calidez de la cobija. De vez en cuando me punzaba el dolor de las ganas de orinar. El pañal no funcionaba conmigo: no lograba convencer a mi cerebro de que dejara en paz a mi vejiga. Cuánto más lo intentaba, más se obcecaba. El guardia seguía vertiendo tazas de agua en mi boca, lo que empeoraba mi situación. No había otra, o tragas o te ahogas. Estar sobre un costado me estaba matando, pero cualquier intento de cambiar de posición terminaba en fracaso, porque una mano fuerte me regresaba a la misma posición.

Podría asegurar que iba en un avión grande, lo que me llevó a pensar que el vuelo iba directo a los Estados Unidos. Pero después de unas cinco horas el vuelo empezó a perder altitud y suavemente rodó sobre una pista de

aterrizaje. Entendí que los Estados Unidos están algo más lejos que eso. ¿Dónde estamos? ¿En Ramstein, Alemania? ¡Sí! Esto es Ramstein: en Ramstein hay un aeropuerto militar estadounidense para los vuelos en tránsito de Medio Oriente; vamos a parar aquí para reabastecernos de combustible. Pero tan pronto como el avión tomó tierra, los guardias cambiaron las cadenas metálicas por otras de plástico que me cortaban los tobillos dolorosamente en el corto trayecto hacia un helicóptero. Uno de los guardias, mientras me sacaba del avión, me palmeó en el hombro como diciendo "vas a estar bien". En medio de la agonía en que me encontraba, este gesto me dio esperanzas de encontrar aún algunos seres humanos entre las personas que estaban encargándose de mí.

Al salir el sol, la pregunta me asaltó de nuevo: *¿Dónde estoy? Sí, estoy en Alemania: es julio y el sol sale pronto*. Pero ¿por qué Alemania? ¡No había cometido crímenes en Alemania! ¿En qué mierda me habían metido? Y aun así, el sistema legal alemán era una mejor opción con mucho; conozco los procedimientos y hablo el idioma. Aún más, ese sistema es, en cierto modo, transparente y no hay sentencias de doscientos o trescientos años. No tenía mucho que temer: un juez alemán me verá y me mostrará lo que quiera que el gobierno haya lanzado contra mí, y después me enviará a una prisión temporal hasta que se decida mi caso. No seré sometido a tortura y no tendré que ver los rostros diabólicos de los interrogadores.

Después de diez minutos, el helicóptero aterrizó y me llevaron a una camioneta, con un guardia en cada lado. El conductor y el copiloto hablaban en una lengua que no había escuchado nunca. Me dije: *¿Qué diablos están hablando? ¿Filipino, a lo mejor?* Pensé en las Filipinas porque estoy enterado de la amplia presencia del ejército norteamericana allí. Oh, sí, son las Filipinas: ellos conspiraban con los Estados Unidos y me echaban mierda encima. ¿Qué me preguntaría su juez? Por entonces, tan solo quería llegar y mear, y después de aquello que hiciesen lo que les pareciera. ¡Por favor, lleguemos ya! ¡Después de eso, mátenme si quieren!

Los guardias me sacaron de la camioneta después de cinco minutos y pareció que me colocaban en una sala. Me obligaron a arrodillarme e inclinar la cabeza: tuve que permanecer en esa posición hasta que me agarraron. Gritaban: "No te muevas". Antes de preocuparme por nada más,

oriné de la manera más impresionante desde que vine al mundo. Fue tal el alivio, que sentí que me liberaban y me enviaban de vuelta a casa. De pronto, mis preocupaciones se esfumaron y sonreí por dentro. Nadie se dio cuenta de lo que hice.

Alrededor de un cuarto de hora más tarde, algunos guardias me jalaron y me arrastraron a una habitación en la que evidentemente habían “procesado” a muchos detenidos. Una vez que entré en la habitación, me quitaron el capuchón. Oh, las orejas me dolían horrores, y también la cabeza; de hecho, todo mi cuerpo conspiraba en mi contra. Apenas podía mantenerme en pie. Los guardias empezaron a despojarme de las prendas, y pronto estuve allí, de pie, como mi madre me trajo al mundo. Estaba allí por primera vez delante de soldados estadounidenses, no en la televisión: esto era real. Reaccioné de la manera más común, cubriendo mis partes íntimas con mis manos. También con calma empecé a recitar despacio la oración de la crisis, *¡Ya hayyu! ¡Ya kayyum!* Nadie me obligó a dejar de rezar; sin embargo, uno de los policías militares me estaba mirando fijamente con ojos llenos de odio. Más tarde me ordenaría dejar de mirar alrededor de la habitación.

Un / médico me hizo una revisión rápida, después de la cual me cubrieron con ropas afganas. ¡Sí, ropas afganas en las Filipinas! Por supuesto, estaba encadenado, las manos y los pies atados a la cintura. Es más, tenía las manos metidas en manoplas. ¡Listo para la acción! ¿Qué acción? ¡Ni idea!

El grupo de escolta me llevó vendado a una habitación vecina para el interrogatorio. En cuanto entré en la habitación, varias personas empezaron a gritar y a tirar cosas pesadas contra la pared. Entre el tumulto pude distinguir estas preguntas:

¿Dónde está Mulla Omar?

¿Dónde está Osama Bin Laden?

¿Dónde está Jalalu din Hakani?

Un rápido análisis pasó por mi cabeza: los individuos mencionados en esas preguntas estaban gobernando un país, ¡y ahora son un montón de fugitivos! Los interrogadores se olvidaron de un par de cosas. Primero, me acababan de informar de las últimas noticias: Afganistán está siendo

ocupada pero no se ha capturado a las personas de alto nivel. Segundo, me entregué más o menos cuando empezaba la lucha contra el terrorismo, y desde entonces había estado en una cárcel jordana literalmente apartado del mundo. Por lo tanto, ¿cómo esperaban que supiera que los Estados Unidos ocupaban Afganistán, abandonada a su suerte una vez que sus líderes habían huido, como para saber dónde estaban ahora?

Humildemente respondí:

—No lo sé.

—¡Eres un mentiroso! —vociferó uno de ellos en un árabe entrecortado.

—No, no estoy mintiendo, me capturaron y todo eso, y solo conozco a Abu Hafs… —dije, en un rápido resumen de toda mi historia.[2]

—Deberíamos interrogar a estos hijos de puta como hacen los israelíes.

—¿Qué hacen? —preguntó otro.

—¡Los desnudan y los interrogan!

—Tal vez deberíamos hacerlo —propuso otro. Todavía había sillas volando alrededor y golpeando las paredes y el suelo. Yo sabía que se trataba solamente de una demostración de fuerza y del establecimiento del miedo y la ansiedad. Me dejé llevar, e incluso me sacudí más de lo necesario. No podía creer que los estadounidenses torturasen, incluso habiéndolo considerado una posibilidad remota.

—Te interrogaré después —dijo uno, y el intérprete estadounidense repitió lo mismo en árabe.

—Llévalo al hotel —dijo el interrogador. Esta vez el intérprete no tradujo.

Así transcurrió el primer interrogatorio. Antes de que se acercara el escolta, muerto de miedo, intenté comunicarme con el intérprete.

—¿Dónde aprendiste un árabe tan bueno? —le pregunté.

—¡En Norteamérica! —respondió, halagado. En realidad, no hablaba bien el árabe; solo estaba tratando de hacer amigos.

El grupo de escoltas me sacó de allí. “Hablas inglés”, dijo uno de ellos con un fuerte acento asiático.

“Un poco”, respondí. Se rio, así como su compañero. Me sentí como un ser humano llevando una conversación informal. Me dije: *Fíjate qué amables son los estadounidenses: te van a llevar a un hotel, te van a*

interrogar un par de días, y después a casa sin mayor incidente. No hay por qué preocuparse. Los norteamericanos solo quieren comprobarlo todo, y puesto que eres inocente, eso es lo que van a averiguar. Por el amor de Dios, estás en una base en Filipinas; aunque sea un lugar al borde de la legalidad, solo es temporal. El hecho de que uno de los guardias sonase asiático reforzó mi creencia errónea de estar en las Filipinas.

Pronto llegué no a un hotel, sino a una celda de madera sin baño ni lavabo. A juzgar por el modesto mobiliario –un fino y avejentado colchón y una vieja cobija–, podría decirse que había estado alguien allí. En cierta manera, me sentía feliz por haber dejado Jordania, el lugar del desorden; pero estaba preocupado por no haber podido rezar y quería saber cuántos rezos me había saltado durante el viaje. El guardia de la celda era un / / / / / / / / blanco, pequeño, escuálido, hecho que me tranquilizó; durante los últimos ocho meses solamente había estado a cargo de hombres grandes y musculosos.[3]

Le pregunté a / / / / / / / / por la hora y / / / / / / / me dijo que eran más o menos las 11, si recuerdo bien. Tenía una pregunta más.

—¿Qué día es hoy?

—No sé; aquí todos los días son lo mismo —/ / / / / / / respondió. Me di cuenta de que había preguntado demasiado; se suponía que / / / / / / / / no debía decirme ni la hora, como sabría más tarde.

Encontré un Corán cuidadosamente colocado sobre unas botellas de agua. Me di cuenta de que no estaba solo en la cárcel, que con certeza no era un hotel.

Resultó que me habían llevado a una celda equivocada. De pronto, vi el pie curtido de un detenido cuyo rostro no podía ver porque estaba cubierto con una bolsa negra. Pronto aprendería que las bolsas negras se ponían en la cabeza para velar los ojos y que no fueran reconocibles, incluyendo el que escribe. Sinceramente, no quería ver la cara del detenido, no fuera a ser que estuviera dolorido o sufriendo, porque odio ver a la gente sufrir, me enloquece. Nunca olvidaré los gemidos y los lamentos de los pobres detenidos en Jordania cuando estaban sufriendo tortura. Recuerdo que tenía

que taparme las orejas con las manos para no oír más los gritos, pero, entre más lo hacía, más oía el sufrimiento. Era horrible, incluso peor que la tortura.

El guardia / / / / / / / junto a mi puerta detuvo al grupo de escoltas y organizó mi traslado a otra celda. Era igual que la celda en la que acababa de estar, pero estaba en la pared de enfrente. En la habitación había una botella de agua medio llena, cuya etiqueta estaba escrita en ruso; ojalá hubiera sabido ruso. Me dije a mí mismo: *¿Una base estadounidense en las Filipinas, con botellas de agua de Rusia? Los Estados Unidos no necesita suministro de Rusia y, además, geográficamente no tiene sentido. ¿Dónde estoy? ¿Tal vez en una antigua república soviética, como Tajikistán?* ¡No había manera de averiguarlo!

La celda no estaba equipada para resolver las necesidades naturales. Era imposible lavarse para la oración y, además, estaba prohibido. No tenía ni idea de cuál era la Kibla o dirección a La Meca. Hice lo que pude. El vecino de al lado tenía problemas mentales; gritaba en una lengua con la que no estaba familiarizado. Más tarde me enteré de que era un líder talibán.

Más adelante ese día, 20 de julio de 2002, los guardias me sacaron para las labores oficiales rutinarias, huellas, altura, peso, etcétera. Me ofrecieron a / / / / / / / / / / / como intérprete. Obviamente, el árabe no era la lengua materna de / / / / / / . / / / / / / / me enseñó las normas: no hablar, no rezar en voz alta, no lavarse para la oración y otros cuantos noes en el mismo sentido.[4] El guardia me preguntó si quería usar el baño. Pensé que se refería a un lugar en el que pudiera bañarme. “Sí”, dije. El baño era un barril lleno de desperdicios humanos. Era el baño más asqueroso que había visto nunca. Los guardias debían vigilarte mientras hacías tus cosas. No podía comer la comida –la comida en Jordania era mejor por mucho que las frías raciones militares que me daban en Bagram, así que realmente no necesitaba usar con frecuencia el baño. Para orinar usaría las botellas de agua vacías que tenía en mi habitación. La situación en lo referente a la higiene no era precisamente perfecta; alguna vez, cuando la botella se llenaba, seguía haciéndolo en el suelo, asegurándome de que el líquido no llegase hasta la puerta.

Durante las siguientes noches de aislamiento, tuve un guardia muy divertido que estaba intentando convertirme al cristianismo. Disfrutaba de las conversaciones, aunque mi inglés era muy básico. Mi compañero de conversación era joven, religioso y vital. Le gustaba Bush (“el verdadero líder religioso”, según su opinión); detestaba a Bill Clinton (“el infiel”). Amaba el dólar y odiaba el euro. Llevaba siempre encima una copia de la Biblia y cada vez que tenía oportunidad me leía historias, muchas de las cuales eran del Antiguo Testamento. No las habría podido entender si no hubiera leído la Biblia en árabe varias veces –sin olvidar que las versiones de esas historias no difieren en mucho de las que están en el Corán.

No intenté discutir con él: estaba encantado de tener a alguien con quien hablar. Los dos estábamos totalmente de acuerdo en que las escrituras religiosas, incluyendo el Corán, deben de haber venido de la misma fuente. Resultó ser que el conocimiento que el temperamental soldado tenía de su religión era muy superficial. De todos modos, me divertí teniéndolo de guardia. Me cedía más tiempo en el baño, e incluso miraba para otro lado cuando utilizaba el barril.

Le pregunté por mi situación. “No eres un criminal, porque a los criminales los ponen en el otro lado”, me dijo, gesticulando con las manos. Pensé en aquellos “criminales” y me figuré un puñado de jóvenes musulmanes y en lo dura que debía de ser su situación. Me sentí mal. Más tarde acabé por ser trasladado a aquellas celdas de “criminales” y me convertí en un “criminal de alta prioridad”. De algún modo, me sentí avergonzado cuando el mismo guardia me vio más tarde con los “criminales”, después de que me había dicho que me iban a liberar como mucho en tres días. Actuó con normalidad pero allí no tenía mucha libertad para hablarme sobre religión porque había numerosos compañeros. Otros detenidos me dijeron que tampoco era malo con ellos.

***

La segunda o tercera noche / / / / / / / / / me arrastró fuera de la celda y me llevó a un interrogatorio, donde el mismo / / / / / / / / / / / / árabe ya había tomado asiento. /

/ /
/ /
/ /
/ / / / / / / / / / / / / / /. Se diría que era el hombre adecuado para el trabajo; era el tipo de hombre al que no importaba hacer el trabajo sucio. Los detenidos en Bagram lo llamaban / / / / / / / / / / / / / / / / / / / ; supuestamente, era responsable de torturar incluso a individuos inocentes que el gobierno ya había liberado.[5]

No hacía falta que / / / / / / / / / / me esposara porque yo estaba encadenado las 24 horas del día. Dormía, comía, usaba el baño completamente engrilletado de pies y manos. / / / / / / / / / / abrió un archivo / y empezó a través del intérprete. / / / / / / / / / / / / me hacía preguntas generales sobre mi vida y mi origen. Cuando me preguntó “¿Qué idiomas hablas?”, no creyó mi respuesta. Se reía con el intérprete diciendo: “Ajá, ¿hablas alemán? Espera, vamos a comprobarlo”.

De repente / la habitación /
/ /
/ /. No había confusión posible, él estaba /
/ /
/ /
/ /
/ /
/ /
/ /
/ /
/ /
/ /.[6]

“Ja Wohl”, contesté. / / / / / / / / / / / / / / / / / / no era / / / / / / / / / / / / / / / / / / / pero su alemán era bastante aceptable, teniendo en cuenta que estuvo / /
/ /
/ /
/ /

/ /. Le confirmó a su compañero que mi alemán era “/ ”.

Ambos me miraron con respeto después de aquello, aunque ese respeto no era suficiente para librarme de su / / / / / / / ira.

/ /, “Wharheit macht frei, la verdad te hace libre”.

Cuando les oí decir aquello, supe que la verdad no me haría libre, porque “Arbeit” no liberó a los judíos. La máquina propagandística de Hitler solía tentar a los judíos con el eslogan “Arbeit macht frei”. El trabajo te hace libre, pero el trabajo no liberó a nadie.

/ / / / / / / / / / / / / / tomó notas en su pequeño cuaderno y abandonó la habitación. / / / / / / / / / / / / / / / / me envió de vuelta a mi cuarto y se disculpó por /.[7]

—Siento tenerte levantado hasta tan tarde.

—¡No hay problema! —/ / / / / / / / / contestó.

Después de varios días de aislamiento me trasladaron con la población reclusa general, pero solo pude verlos porque me pusieron en un estrecho pasillo con alambre de púas entre celdas. Me sentía fuera de la cárcel y gritaba y le daba gracias a Dios. Después de ocho meses de aislamiento total, vi a otros compañeros detenidos más o menos en mi situación. Detenidos “malos” como yo, que estaban encadenados 24 horas al día y puestos en el pasillo, donde todo guardia o detenido los pisoteaba al pasar. El lugar era tan estrecho que la alambrada de púas estuvo molestándome los diez días. Vi que a / lo alimentaban contra su voluntad; estaba en una huelga de hambre de 45 días. Los guardias le gritaban y él estaba devolviendo un trozo de pan seco entre las manos. Todos los detenidos parecían bastante deteriorados, como si se les hubiera quemado y hubieran resucitado después de varios días, pero la de / era una historia completamente diferente: era todo huesos sin carne. Me recordaba a las imágenes que se ven en los documentales sobre los prisioneros de la Segunda Guerra Mundial.

A los detenidos no se les permitía hablar entre ellos, pero nos entreteníamos mirándonos unos a otros. El castigo por hablarse era colgar al recluso de las manos con los pies apenas tocando el suelo. Vi a un detenido afgano que se desmayó un par de veces estando colgado de las manos. Los médicos lo "reanimaron" y lo volvieron a colgar. Otros presos tenían más suerte: se les colgaba por un cierto tiempo y después se les soltaba. Muchos trataban de hablar mientras estaban colgados, lo que hacía que los guardias redoblaran el castigo. Había un compañero afgano muy mayor que supuestamente había sido arrestado para conseguir a cambio a su hijo. El tipo tenía problemas de salud mental, y no podía parar de hablar porque no sabía dónde estaba, ni por qué. No creo que entendiera lo que pasaba alrededor, pero los guardias seguían colgándolo diligentemente. Era tan lastimoso. Un día uno de los guardias le zarandeó la cara, y lloró como un bebé.

Nos tenían en seis o siete celdas con alambre de púas con el nombre de operaciones llevadas a cabo contra los Estados Unidos: Nairobi, U.S.S. Cole, Dar es-Salam, y así sucesivamente. En todas las celdas había un detenido llamado *Inglés* que, benévolamente, la hacía de intérprete para traducir las órdenes a sus compañeros. Nuestro Inglés era un caballero de Sudán llamado / . Tenía un inglés muy básico, por lo que me preguntaba en secreto si yo hablaba inglés. "No", le respondía –pero al final se supo que yo era un Shakespeare comparado con él–. Mis hermanos pensaron que yo no quería ayudarlos, pero la realidad era que yo, simplemente, no sabía lo mal que estaba la situación.

Ahora me encontraba enfrente de un montón de ciudadanos estadounidenses muertos. Mi primera impresión, cuando los vi mascando sin descanso, fue: *Qué les pasa a estos tipos, ¿tienen que comer tanto?* La mayoría de los guardias eran altos y tenían sobrepeso. Algunos eran amables y otros muy hostiles. Cada vez que detectaba que un guardia era desagradable, fingía no entender inglés. Recuerdo a un vaquero que vino hacia mí con el ceño fruncido:

—¿Hablas inglés? —preguntó.

—No inglés —contesté.

—No nos gusta que hables inglés. Queremos que mueras lentamente —dijo.

—No inglés —volví a responder. No quería darle la satisfacción de ver que me había llegado su mensaje. Las personas con odio en su interior tienen siempre algo que recriminar; pero yo no estaba preparado para soportar eso.

Rezar en grupo no estaba permitido. Todos rezábamos a solas, y era uno de mis momentos más esperados. Los detenidos no teníamos ni idea sobre la hora de la oración. Nos imitábamos simplemente; cuando un detenido empezaba a rezar, suponíamos que era la hora de la oración. Había un Corán disponible para los reclusos que lo pidieran. No recuerdo haberlo pedido, porque los guardias lo entregaban sin respeto; cuando pasaban el libro sagrado se lo arrojaban unos a otros como una botella. No quería dar motivo para humillar la palabra de Dios. Más aún, gracias a Dios, conozco el Corán de corazón. Según recuerdo, uno de los detenidos me pasó clandestinamente una copia que nadie estaba usando en la celda.

Tras un par de días, / me llevó para interrogarme. / hizo de intérprete.

—Cuéntame tu historia —/ / / / / / / / / / / / / / / / / / pidió.

—Mi nombre es, me gradué en 1988, obtuve una beca en Alemania… —respondí, anodino en detalles, ninguno de los cuales pareció interesar o impresionar a / / / / / / / / / / / / / / /. Se cansó y empezó a bostezar. Sabía exactamente lo que quería oír; pero no podía hacer nada por él.

Me interrumpió.

—Mi país valora en extremo la verdad. Ahora te voy a hacer unas preguntas, y si me respondes con honestidad, será liberado y enviado con tu familia sano y salvo. Pero si no, vas a seguir preso indefinidamente. Una breve nota en mi agenda es suficiente para destruir tu vida. ¿De qué organización terrorista formas parte?

—De ninguna —repliqué.

—No eres un hombre y no mereces respeto. Arrodíllate, cruza tus manos y ponlas detrás del cuello.

Lo obedecí y colocó una bolsa sobre mi cabeza. Al final me dolía terriblemente la espalda y aquella postura era muy dolorosa; / / / / / / / / / / / / / / / / / / / me afectaba mi problema con la ciática.[8] / trajo dos proyectores y los ajustó a mi cara. No podía ver, pero el calor me agobiaba y empecé a sudar.

—Te vamos a enviar a unas instalaciones norteamericanas donde vas a pasar el resto de tu vida —me amenazó—. No volverás a ver a tu familia. A tu familia la j**erá otro hombre. En las cárceles estadounidenses, a los terroristas como tú los violan varios hombres a la vez. Los guardias en mi país hacen muy bien su trabajo, pero es inevitable la violación. Ahora que, si me dices la verdad, te soltaremos inmediatamente.

Era mayor para saber que era un asqueroso embustero y un hombre sin honor, pero estaba a su cargo; así pues, tuve que escuchar su ponzoña una y otra vez. Ojalá las agencias empezaran a contratar gente inteligente. ¿Verdaderamente pensaba que alguien se creería ese sinsentido? Alguien tendría que ser estúpido: ¿Era él el estúpido, o pensaba que el estúpido era yo?

—Mira, si no me dices lo que quiero oír, voy a torturarte.

De cualquier manera, dije:

—¡Por supuesto, seré honesto!

—¿De qué organización terrorista formas parte?

—¡De ninguna! —contesté. Volvió a poner la bolsa sobre mi cabeza y emprendió un largo discurso de humillaciones, insultos, mentiras y amenazas. La verdad es que no me acuerdo de todo, ni estoy preparado para filtrar en mi memoria tanta basura. Estaba cansado y malherido. Trataba de sentarme, pero él me forzaba a la postura otra vez. Lloré de dolor. Sí, un hombre de mi edad lloró silenciosamente. No pude aguantar la agonía.

/ después de un par de horas me envió de vuelta a mi celda, prometiéndome más tortura. “Esto era solo el principio”, dijo. Regresé a mi celda, aterrorizado y agotado. Le recé a Alá para que me salvara de él. Los días que siguieron los viví con horror. Cada vez que / / / / / / / / / / / / / / / / / / / pasaba por mi celda, miraba para otro lado, evitando verlo para así no ser “visto” por él, exactamente como una avestruz. / controlaba a todo el mundo, día y

noche, dando a los guardias instrucciones para cada detenido. Lo vi torturando a otro detenido. No quiero relatar lo que oí sobre él; solo quiero decir lo que vi con mis propios ojos. Era un adolescente afgano, diría que de unos 16 o 17 años. / / / / / / / / / / / / / / / / / lo hizo quedarse de pie durante tres días sin dormir. Me sentí fatal por él. Cada vez que se caía venían los guardias a gritarle “no hay descanso para los terroristas”, y lo hacían ponerse de pie otra vez. Recuerdo dormirme y despertarme, y él seguir ahí, en pie como un árbol.

Cuando veía a / / / / / / / / / / / / / / / / / alrededor, mi corazón se aceleraba. Y estaba alrededor a menudo. Un día envió un / intérprete para que me diera un mensaje.

—/ te va a patear el culo.

No respondí, pero dentro de mí dije: *¡Que Alá te detenga!* En efecto, / / / / / / / / / / / / / / / / no me pateó el culo; en cambio, / / / / / / / / / / / / / / / me agarró para interrogarme.[9] Era un chico agradable, tal vez sintió que podía relacionarse conmigo por el idioma. ¿Y por qué no? Algunos de los guardias incluso venían a mí y practicaban su alemán cuando se enteraban de que lo hablaba.

De todos modos, me relató una larga historia. “Yo no soy como / / / / / / / / / / / / . Él es joven y temperamental. Yo no empleo métodos inhumanos; tengo mis propios métodos. Quiero decirte algo sobre la historia de los Estados Unidos y la guerra contra el terrorismo”.

/ fue directo y esclarecedor. Empezó con la historia de los Estados Unidos y los puritanos, quienes castigaban incluso a los inocentes ahogándolos, y terminó con la guerra contra el terrorismo.

—No hay detenido inocente en este campamento. Si cooperas con nosotros voy a conseguirte el mejor trato; si no, te vamos a enviar a Cuba.

—¿Qué? ¿Cuba? —exclamé—. Yo ni siquiera hablo español y ustedes odian Cuba.

—Sí, pero tenemos territorio estadounidense en Guantánamo —dijo, y me habló de Teddy Roosevelt y cosas así. Sabía que se me iba a enviar lejos de casa, y no me gustaba nada.

—¿Por qué me envían a Cuba?

—Hay otras opciones, como Egipto o Argelia, pero solo enviamos allí a los muy malos. Odio mandar gente allí, porque experimentarán una penosa tortura.

—Mándame a Egipto.

—Seguro que no quieres eso. En Cuba tratan a los detenidos humanitariamente y tienen dos imanes. El campo lo lleva el DOJ, no el Ejército.[10]

—Pero yo no he cometido crímenes contra su país.

—Lo siento si es así. ¡Piensa en ello como si tuvieras un cáncer!

—¿Me van a llevar ante los tribunales?

—No a corto plazo. Quizá en tres años o así, cuando mi gente se olvide del 11 de septiembre.

/ / / / / / / / / / / / / / / / / siguió hablándome de su vida personal, pero no quiero mencionarlo aquí.

Tuve un par de sesiones más con / / / / / / / / / / / / / / / / / después de aquello. Me hizo algunas preguntas y trató de engañarme afirmando cosas como "¡Dice que te conoce!" refiriéndose a personas de las que nunca había oído hablar. Tomó nota de mi dirección de correo electrónico y de la contraseña. También pidió a / / / / / / / / / / / / / / / / / , que estaban presentes en Bagram, que me interrogasen; pero ellos se negaron diciendo que la ley / / / / / / / / / / / / / les prohíbe interrogar a extranjeros fuera del país.[11] En todo momento estaba intentando convencerme para cooperar y así poder ahorrarme el viaje a Cuba. Sinceramente, prefería ir a Cuba que quedarme en Bagram.

—Déjalo estar —le dije—. No creo que pueda cambiar nada.

En cierta manera me gustaba / / / / / / / /. No me malinterpreten, era un interrogador taimado, pero al menos me hablaba sin faltar a mi inteligencia. Le pedí a / / / / / / / / / que me pusieran fuera de la celda con el resto de la población reclusa y que me dejara mostrarle las heridas que me había ocasionado la alambrada de púas. / / / / / / / / / / / estuvo de acuerdo: en Bagram, los interrogadores podían hacer cualquier cosa contigo, tenían control sobre todo, y los policías militares estaban a su servicio. Algunas

veces / / / / / / / / / / / / / me daba un trago, lo que agradecía, especialmente con el tipo de dieta que seguía, de frías raciones militares y pan seco en todas las comidas. En secreto les pasaba mi comida a otros detenidos.

Una noche / / / / / / / / / / / / / / / / / introdujo a dos interrogadores militares que me preguntaron sobre la Conjura del Milenio. Chapurreaban el árabe y fueron muy hostiles conmigo; no me permitieron sentarme y me amenazaron con toda clase de cosas. Pero / / / / / / / / / / / / / / / / / / / los odiaba y me dijo en / / / / / / / / / / /: “Si quieres cooperar, hazlo conmigo. Estos tipos militares no son nada”. ¡Me sentí puesto en pública subasta en espera de la agencia que apostara más por mí![12]

Entre los habitantes de la prisión siempre rompimos las reglas y nos hablamos entre vecinos. Yo tenía tres vecinos inmediatos. Uno era un adolescente afgano al que raptaron cuando iba a los Emiratos; trabajaba allí, razón por la que hablaba árabe con acento del Golfo. Era muy simpático y me hacía reír; en los últimos nueve meses me había olvidado de cómo hacerlo. Estaba de vacaciones con su familia en Afganistán y se fue a Irán; desde allí se dirigió a los Emiratos en un barco, pero este fue interceptado por los Estados Unidos y los pasajeros fueron arrestados.

Mi segundo vecino era un muchacho mauritano de 20 años, nacido en Nigeria y que se había mudado a Arabia Saudita. Nunca antes había estado en Mauritania, ni hablaba el dialecto mauritano; de no presentarse, se diría que era saudí.

Mi tercer vecino era un palestino de Jordania cuyo nombre / / / / / / / / / / / / / / / / / /. Un líder tribal afgano lo había apresado y torturado durante siete meses. Su raptor quería dinero de / / / / / / / / / familia o si no lo entregaría a los estadounidenses; la última opción era la menos halagüeña, porque los Estados Unidos pagaban solamente 5 000 dólares por cabeza, a menos que fuese un pez gordo. El bandido pactó todo con / / / / / / / / / / / / / / familia en cuanto al rescate, pero / / / / / / / / / / / / logró escapar del cautiverio en Kabul. Llegó hasta Jalalabad, donde fue fácil detectarlo como árabe muyahid, y fue capturado y vendido a los norteamericanos. Le dije a / que había estado en Jordania, y pareció estar

informado sobre sus Servicios de Inteligencia. Conocía a todos los interrogadores que trataban conmigo, pues él mismo / / / / / / / / / / / / / / / / / / estuvo cincuenta días en la misma prisión en la que yo había estado.

Al hablar cubríamos nuestras cabezas, de modo que los guardias pensaran que estábamos dormidos, y hablábamos hasta caer rendidos. Mis vecinos me contaron que estábamos en Bagram, en Afganistán, y yo les informé que nos iban a trasladar a Cuba. Pero no me creyeron.

***

Hacia las 10 de la mañana del / / / de agosto de 2002, una unidad militar, con algunos de sus integrantes armados con pistolas, salió de la nada.[13] Los policías militares armados nos apuntaban con sus pistolas desde arriba de las escaleras y los otros nos gritaban al mismo tiempo "¡De pie, de pie…!". Estaba muy asustado. Aunque esperaba el traslado a Cuba en algún momento del día, no había visto nunca un espectáculo de ese tipo.

Nos levantamos. Los guardias seguían dando órdenes: "¡No hablen… no se muevan... si no, los matamos… hablamos en serio!". Fue horrible cuando / / / / / / / / / / / / / de Palestina pidió usar el baño y los guardas se lo negaron. "No te muevas". Yo pensaba: *No puedes aguantarte hasta que termine la situación*. Pero el problema con / / / / / / / / / / / / / / / / / era que tenía disentería y no podía retenerlo. Durante su arresto a manos de un líder tribal de la Alianza Norte / había sido sometido a tortura y malnutrición en Kabul. / me dijo que iba a usar el baño de cualquier forma, y lo hizo, ignorando a los guardias que gritaban. Cada segundo que duró la escena pensé que le dispararían, pero no sucedió. El baño de nuestras celdas compartidas era también un barril abierto, que los detenidos limpiaban como castigo todos los días en todas las celdas. Era repugnante y olía fatal. Al ser de un país del tercer mundo, he visto muchos baños sucios, pero ninguno podía compararse con el de Bagram.

Empecé a temblar de miedo. Un policía militar se aproximó a la puerta de nuestra celda y comenzó a decir los nombres, o mejor dicho, los números de aquellos que iban a ser trasladados. Todos los números a los que

llamaban de mi celda eran árabes, lo que era una mala señal. Los hermanos no me creyeron cuando les dije que íbamos a ser trasladados a Cuba. Pero ahora me vi confirmado, y nos miramos unos a otros sonriendo. Varios guardias vinieron a la puerta con un puñado de cadenas, bolsas y otros materiales. Empezaron a llamarnos uno a uno, pidiéndole a cada detenido que se acercase a la puerta, donde lo encadenaban.

"/ / / / / / / / / / / / ", gritó uno de los guardias. Me dirigí a la puerta como un cordero al que llevan al matadero. En la puerta un guardia aulló "¡Gírate!", lo que hice, y "¡Las dos manos detrás!".

Cuando deslicé las manos a través del agujero detrás de mi espalda, uno de los guardias cogió mi dedo pulgar y me retorció la muñeca. "Si se te ocurre moverte, te rompo la mano". Otro guardia me sujetó las manos y los pies con dos cadenas separadas. Después me pusieron una bolsa en la cabeza para cegarme. Se abrió la puerta y me empujaron bruscamente contra la espalda de otro detenido en una fila. Aunque estaba físicamente lastimado, me consoló la calidez de otro ser humano delante de mí que estaba pasando por lo mismo. El consuelo fue mayor cuando a / / / / / / / / / / / / / / / / / lo arrojaron contra mi espalda. Muchos detenidos no entendían exactamente qué querían los guardias de ellos, así que el daño ocasionado fue mayor. Me sentí afortunado por estar con los ojos vendados: primero, porque no veía las muchas cosas desagradables que estaban sucediendo a mi alrededor, y segundo, porque la venda en los ojos me ayudaba a soñar despierto con mejores circunstancias. Gracias a Alá tengo la habilidad de no hacer caso de mi entorno y de fantasear con cualquier cosa que quiera.

Teníamos que estar muy juntos unos de otros. Respirar se hacía difícil. Éramos 34 detenidos, todos árabes, excepto un afgano y uno de las Maldivas.[14] En la fila, nos ataron unidos con una soga a la altura de los sobacos. La cuerda estaba tan tensa que nos cortaba la circulación, y a mí se me entumecieron los dos brazos.

Nos ordenaron ponernos en pie y nos arrastraron a un lugar donde continuó el "proceso". Lo odiaba porque / / / / / / / / / / / / / / / no paraba de pisarme la cadena y dolía horrores. Hice lo que pude para no pisar la cadena

del hombre que iba delante de mí. Gracias a Dios, el trayecto fue corto: en algún lugar del mismo edificio nos dejaron sobre largos bancos, unos junto a otros. Tenía la sensación de que los bancos formaban un círculo.

La fiesta empezó vistiendo a los pasajeros. Me pusieron unos auriculares que me impedían oír. Me provocaron un terrible dolor de cabeza; estaban tan ceñidos que me sangraron las puntas de las orejas durante dos días. Entonces me ataron las manos a la cintura por delante, conectadas con una cadena hasta los pies. Unieron mis muñecas con una pieza de plástico duro de seis pulgadas y me pusieron unas gruesas manoplas. Era divertido. Intentaba liberar mis dedos de alguna manera, pero los guardias me golpeaban las manos para que dejara de moverlas. Nos agotamos; la gente empezó a quejarse. Cada cierto tiempo uno de los guardias retiraba uno de los auriculares y me susurraba al oído palabras desalentadoras: “Sabes, tú no cometiste ningún error: tu mamá y tu papá cometieron el error al concebirte” o “La vas a pasar bien en el viaje al paraíso caribeño…”. No respondía con provocación alguna, fingiendo no entender lo que me decía. Otros detenidos me dijeron que habían sufrido ese tipo de humillación también, pero eran más afortunados: no entendían inglés.

Me quitaron mis chanclas y me dieron unos tenis made-in-China. Atadas a mi cabeza sobre las orejas, me vendaron los ojos con unas gafas realmente feas y gruesas. Se parecían a los gogles de natación. Para hacerte una idea del dolor, ponte unas viejas gafas alrededor de una mano, átalas fuertemente y quédate así un par de horas; estoy seguro de que te las quitarás. Entonces imagina que llevas esas mismas gafas atadas a la cabeza más de cuarenta horas. Para fijar el vendaje me colocaron una almohadilla adhesiva detrás de una oreja.

Alguna vez durante el proceso nos hicieron una inspección de caries, ante la risa y los comentarios de los guardias. Detesto el día en que comencé a aprender mi pobre vocabulario en inglés. En esas situaciones es mejor si no entiendes inglés. La mayoría de los detenidos no querían hablar sobre las inspecciones de caries a las que nos sometían y se enfadaban si te

ponías a hablar de ello. Yo, personalmente, no me sentía avergonzado; pienso que las personas que hacían ese tipo de inspecciones sin una buena razón deberían avergonzarse de sí mismas.

Me enfermé. Estaba cansado, frustrado, enfadado, con náuseas y demás adjetivos negativos del diccionario. Estoy seguro de que no era el único. Nos pusieron brazaletes de plástico nuevos con un número. Me tocó el 760 y el siguiente /. Se podría decir que en mi grupo éramos la serie 700.

/ / / / / / / / / / / / / / / / / / / tuvo que ir al baño un par de veces, pero yo intenté no usarlo. Finalmente fui al mediodía, tal vez a las dos.

—¿Te gusta la música? —me preguntó el guardia que me estaba escoltando hasta allí cuando estuvimos solos.

—¡Sí, me gusta!

—¿Qué tipo?

—¡Buena música!

—¿Rock and roll? ¿Country? —No estaba muy familiarizado con el tipo de música que mencionó. De vez en cuando solía escuchar en la radio alemana diferentes clases de música occidental, pero no podría decir cuál era cuál.

—Cualquier buena música —contesté. La buena conversación valió la pena, en el sentido de que me retiró el vendaje para que pudiera hacer mis cosas. Era muy complicado, porque tenía cadenas por todo el cuerpo. El guardia me devolvió cuidadosamente al banco, y en las siguientes dos horas todo lo que se nos ordenó fue esperar. Se nos privó del derecho a realizar las oraciones diarias en las siguientes 48 horas.

Aproximadamente a las cuatro de la tarde comenzó el transporte hacia el aeropuerto. Por entonces yo era un “muerto viviente”. Las piernas no me sostenían más; de ahí en adelante los guardias tuvieron que arrastrarme todo el camino desde Bagram hasta GTMO.

Nos subieron a una camioneta que nos llevó al aeropuerto. Tardamos de cinco a diez minutos en llegar hasta allí. Me encantaba cada movimiento, simplemente por tener la oportunidad de cambiar el cuerpo de posición, porque la espalda me estaba matando. Íbamos hacinados en la camioneta, codo con codo y muslo con muslo. Por desgracia, me colocaron en la parte

de atrás del vehículo, lo que detestaba profundamente, porque me produce náuseas. El vehículo estaba equipado con bancos rígidos, por lo que los detenidos se sentaban espalda contra espalda y los guardias se sentaban al final gritando "¡No hablen!". No tengo ni idea de cuántas personas iban en la camioneta; solo sé que un detenido se sentaba a mi derecha, otro a mi izquierda y otro contra mi espalda. Siempre es bueno sentir la calidez de los otros compañeros presos; es reconfortante de alguna manera.

Fue evidente la llegada al aeropuerto por el chirrido de los motores, que atravesó sin dificultad los tapones de los oídos. La camioneta dio marcha atrás hasta que rozó al avión. Los guardias rompieron a gritar muy fuerte en un idioma que no podía diferenciar. Comencé a escuchar el ruido de cuerpos humanos golpeando el suelo. Dos guardias agarraron a un detenido y lo arrojaron a otros dos guardias en el avión, gritando el código. Los receptores devolvían el aullido confirmando la recepción del paquete. Cuando me llegó el turno, dos guardias me sujetaron de manos y pies y me lanzaron hacia el equipo receptor. No recuerdo si caí contra el suelo o si me sujetaron los otros guardias. Había empezado a perder la sensibilidad, y de todas formas no hubiera cambiado nada.

Otro grupo de personas dentro del avión me arrastró y me amarró a un asiento pequeño y derecho. El cinturón estaba tan apretado que no podía respirar. El aire acondicionado me alcanzaba directamente y uno de los policías militares chillaba: "No te muevas. No hables", mientras anclaba mis pies al suelo. No sabía cómo decir "apretado" en inglés. Yo decía "policía, policía, cinturón…". Nadie venía a ayudarme. Casi me asfixio. Tenía una máscara en la boca y en la nariz, más la bolsa que me cubría la cabeza y la cara, sin contar con el ajustado cinturón que me presionaba el estómago: respirar era imposible. Volví a decir: "policía, señor, ¡no puedo respirar!... POLICÍA, SEÑOR, por favor". Pero parecía que mis súplicas eran como gritos en el desierto.

Tras un par de minutos, a / / / / / / / / / / / / / / / / / / a mi derecha lo soltaron. No estaba seguro de que fuera él, pero más tarde me dijo que sintió mi presencia a su lado. De vez en cuando, si uno de los guardias me ajustaba las gafas, lo veía un poco. Vi la cabina, que estaba frente a mí. Vi los uniformes de camuflaje de los escoltas. Vi a los fantasmas de mis

compañeros detenidos a mi derecha y a mi izquierda. “Señor, por favor, mi cinturón… duele…”, llamé. Cuando se extinguieron los aullidos de los guardias, supe que todos los detenidos estaban a bordo. “Señor, por favor… cinturón…”. Un guardia me respondió; pero no solo no me ayudó, sino que me apretó el cinturón todavía más.

Entonces el dolor fue insoportable; pensé que me iba a morir. No podía parar de pedir ayuda más alto. “Señor, no puedo respirar…”. Uno de los soldados vino y aflojó el cinturón, no muy holgadamente, pero era mejor que nada.

—Todavía está apretado… —había aprendido la palabra cuando me preguntó “¿está apretado?”.

—Es lo que hay. Deje de pedir asistencia con el cinturón.

—¡No puedo respirar! —grité, gesticulando con la nariz. Un guardia me retiró la máscara de la nariz. Respiré profundo y me sentí realmente aliviado. A mi pesar, el guardia me colocó la máscara de nuevo en la nariz y en la boca. “Señor, no puedo respirar… policía… policía”. El mismo tipo apareció otra vez, pero, en vez de quitarme la máscara de la nariz, retiró el auricular de la oreja y me dijo “¡Olvídalo!”. Era angustiante, pero era la única forma de no asfixiarse. Estaba en pánico. Tenía el aire justo, y la única forma de sobrevivir era convencer a mi cerebro de que se conformara con el poco aire que recibía.

El avión estaba en el aire. Un guardia me gritó al oído: “Voy a darte una medicación; estás enfermo”. Me obligó a tomar un montón de pastillas y me dio una manzana y un sándwich de crema de cacahuate, la única comida desde que empezó el traslado. Odio la crema de cacahuate desde entonces. No tenía apetito por nada, pero simulaba estar comiendo el sándwich para que los guardias no me hicieran daño. Siempre procuraba evitar el contacto con los guardias violentos, a menos que fuese estrictamente necesario. Le di un mordisco al sándwich y guardé el resto en la mano hasta que los guardias recogieran la basura. En cuanto a la manzana, era muy complicado comerla, porque tenía las manos atadas a la cintura y llevaba manoplas. La estrujé entre mis manos y doblé la cabeza como un acróbata para morderla.

Un desliz, y la manzana iría al suelo. Intenté dormir, pero estaba tan cansado que todo intento por dormitar era inútil. El asiento era tan derecho como una flecha y tan duro como una piedra.

Después de unas cinco horas, el avión aterrizó y trasladaron a nuestros fantasmas a otro tal vez más grande. Era estable en el vuelo. Todo cambio me ponía contento, cualquier cambio, a la espera de una mejoría en mi situación. Pero estaba equivocado: el nuevo avión no era mejor. Sabía que Cuba estaba bastante lejos, pero nunca pensé que tanto, teniendo en cuenta que los estadounidenses contaban con aviones de alta velocidad. Hubo un punto en que pensé que el gobierno quería destruir el avión sobre el Atlántico y declararlo un accidente, puesto que todos los detenidos habían sido interrogados una y otra vez. Pero este desquiciado plan era la menor de mis preocupaciones. ¿Iba a preocuparme por un leve dolor antes de morir, después del cual, con un poco de suerte, entraría en el paraíso con la gracia de Dios? Vivir con la gracia de Dios sería mejor que vivir con la gracia de los Estados Unidos.

El avión parecía dirigirse a un reino muy, muy lejano. Con cada minuto que discurría me sentía desfallecer y mi cuerpo se adormilaba. Recuerdo que pedí una vez ir al baño. Los guardias me arrastraron, me empujaron a una pequeña habitación y me bajaron los pantalones. No pude hacer mis necesidades por su presencia. Pero creo que logré, con mucho esfuerzo, orinar algo. Solo quería llegar, ¡donde fuera! Cualquier lugar era mejor que ese avión.

Después de no sé cuántas horas, el avión aterrizó en Cuba. Los guardias empezaron a sacarnos del avión. “¡Caminen!... ¡Paren!”. No pude andar, porque mis pies eran incapaces de llevarme. Y entonces noté que, en algún momento, había perdido uno de mis zapatos. Tras una meticulosa mirada fuera del avión, los guardias gritaron, “¡Caminen! ¡No caminen! ¡Cabeza abajo! ¡Paren!”. Yo solo entendía “No hablen”, pero de todos modos los guardias me arrastraban. En el camión los guardias gritaron “¡Siéntense! ¡Crucen las piernas!”. No entendí la última parte, pero de todas formas me cruzaron las piernas. “¡Cabeza abajo!”, gritó uno, empujando mi cabeza contra el trasero de otro detenido, como un pollo. Durante todo el camino hacia el campo, una voz femenina gritaba “No se habla” y una voz

masculina “No hablen”, y un traductor árabe, /, “Mantengan la cabeza baja”. Me fastidiaba enormemente la forma norteamericana de hablar; me sentí así durante mucho tiempo, hasta que me curé al conocer a otros estadounidenses. Al mismo tiempo, me quedaba pensando cómo dan la misma orden de dos maneras diferentes: “No hablen” y “No se habla”. Era interesante.

Por entonces, las cadenas de los tobillos me cortaban el flujo de sangre hacia los pies. Se me quedaron los pies dormidos. Solo escuchaba los gemidos y llantos de los otros presos. La orden que seguían en el viaje era golpearnos. No me libré: el guardia me estuvo pegando en la cabeza y estrujándome el cuello contra el trasero del otro detenido. Pero no lo culpo más a él que al otro pobre y dolorido detenido, que estaba llorando y no paraba de moverse, y así me movía la cabeza. Otros reclusos me dijeron que durante el viaje fuimos en ferry, pero yo no me enteré.

Finalmente, después de una hora, más o menos, estábamos en la tierra prometida. A pesar de lo sufrido, me sentía muy feliz de haber dejado el viaje atrás. Hay un dicho del Profeta que reza: “Un viaje es una tortura”. Efectivamente, este viaje lo fue. Todo lo que me preocupaba entonces era cómo iba a ponerme de pie si me lo pedían. Estaba simplemente paralizado. Dos guardias me agarraron y gritaron “¡De pie!”. Intenté saltar, pero no ocurrió nada; en su lugar, me arrastraron y lanzaron dentro del camión.

El cálido sol de Cuba me rozó grácilmente. Era una sensación muy agradable. El viaje empezó / diez de la mañana, y llegamos a Cuba entre las doce de la noche y la una del día siguiente / / / / / / / / / / / / / / / / / / , lo que significa que pasamos más de 13 horas en un avión congelado.[15] Tuve más suerte que un / / / / / / / / / / / / / / / hermano que se congeló totalmente. Sucedió que le pidió al guardia apagar el aire acondicionado en el avión. El guardia no solo no quiso cumplir su deseo, sino que estuvo todo el trayecto hasta Cuba empapándolo con gotas de agua. Los médicos tuvieron que ponerlo en una habitación y tratarlo con flamas.

—Cuando encendieron el fuego me dije: ¡Aquí está, ahora empiezan a torturarme! —nos contó. Me reí cuando narró su historia en el / la mañana siguiente.

Puedo decir que habían cambiado el equipo de guardias por otro mejor. El equipo anterior decía “Ahua”; el nuevo equipo dice “Agua”. El equipo anterior decía “’N pie”; el nuevo equipo dice “En pie”. Sencillamente, el equipo anterior gritaba demasiado.

También puedo decir que los detenidos habíamos alcanzado el límite del dolor. Solo escuchaba quejidos. Junto a mí había un afgano que estaba llorando muy fuerte y suplicando ayuda /. Hablaba en árabe: “¿Señor, cómo puede hacerme esto a mí? ¡Por favor, caballero, sálveme!”. Pero nadie se molestó siquiera en echarle un vistazo. El compañero ya estaba enfermo en Bagram. Lo vi en la celda junto a la nuestra; vomitaba todo el tiempo. Me sentí fatal por él. Al mismo tiempo, me reía. ¡Puedes creerlo, me reía como un estúpido! No de él; me reía de la situación. Primero, se dirigía a ellos en árabe, que ningún guardia entendía. Segundo, los llamaba caballeros, que no lo eran desde luego.

***

Al principio disfruté el baño de sol; pero el sol se iba poniendo más fuerte al paso de los minutos. Comencé a sudar y me agotaba la posición arrodillada en la que tuve que permanecer por unas seis horas. Cada cierto tiempo un guardia chillaba: “¡Necesita agua!”. No recuerdo pedir agua, pero es probable que lo hiciera. Todavía tenía pegado el vendaje de los ojos, aunque la emoción por estar en unas nuevas instalaciones carcelarias, con otros seres humanos, con los que podía socializar en un lugar en el que no habría tortura ni incluso interrogatorios, me hacía superar el dolor. Eso, y el hecho de no saber cuánto tiempo iba a durar la detención. Así que no abrí la

boca con quejas o lamentos, mientras otros hermanos a mi alrededor estaban gimiendo y aun llorando. Creo que había alcanzado el límite de mi dolor tiempo atrás.

Fui de los últimos en ser “procesado”. Las personas que habían resultado heridas en el avión probablemente tenían prioridad, como / . Finalmente, dos escoltas me arrastraron hasta la clínica. Me desnudaron y empujaron a un baño con la llave abierta. Me bañé con las cadenas ante los ojos de todo el mundo, mis hermanos, los médicos y el Ejército. Los otros hermanos que me precedían permanecían completamente desnudos. Aunque el baño era relajante, me sentía mal y no pude disfrutarlo. Me daba vergüenza e hice el viejo truco del avestruz: bajé la mirada. Los guardias me secaron y me llevaron a la siguiente fase. Básicamente, se hacía pasar a los detenidos por un control médico, en el que tomaban nota de los datos físicos de todos, altura, peso, cicatrices, y se vivía el primer interrogatorio dentro de la clínica. Era como una cadena de montaje de coches. Yo seguí los pasos del detenido inmediatamente anterior a mí, él siguió los pasos del que le precedía, y así sucesivamente.

—¿Padeces alguna enfermedad? —preguntó la enfermera.

—Sí, ciática e hipertensión.

—¿Algo más?

—No.

—¿Dónde te capturaron?

—No entiendo —dije. El doctor repitió la pregunta de la enfermera, pero tampoco la entendí. Hablaba demasiado despacio.

—¡No importa! —dijo el doctor. Uno de los guardias me hizo un gesto, poniendo una de sus manos sobre la otra. Solo entonces comprendí la pregunta del doctor.

—¡En mi país!

—¿De dónde eres?

—De Mauritania —contesté, mientras los guardias me arrastraban a la siguiente fase. Los médicos no deberían interrogar a los detenidos, pero aun así lo hacen. En lo que a mí respecta, disfruto conversando con todo el mundo y no me importaba que rompieran las reglas.

En el hospital hacía frío y estaba abarrotado. Me consoló ver detenidos que estaban en la misma situación que yo, especialmente cuando nos metieron en el uniforme naranja. Había interrogadores camuflados entre los médicos para obtener información.

"¿Hablas ruso?", me preguntó un viejo vestido de paisano, un antiguo miembro del personal de inteligencia de los tiempos de la Guerra Fría. Más adelante me interrogó un par de veces, y me dijo que una vez trabajó con / / / / / / / / / / / / / /, un líder muyahidín en Afganistán durante la guerra con los soviets que supuestamente llevaba a los detenidos rusos a los Estados Unidos. "Los interrogué. Ahora son ciudadanos norteamericanos y los cuento entre mis mejores amigos", me dijo. Declaró ser el responsable de una sección del grupo de trabajo de GTMO. Había interrogadores camuflados alrededor, intentando conversar "inocentemente" con los detenidos. Sin embargo, a los interrogadores no se les daba muy bien mezclarse con el resto de la gente. Son demasiado torpes.

El escolta me condujo a una habitación con muchos detenidos e interrogadores en plena faena.

—¿Cómo te llamas? ¿De dónde eres? ¿Estás casado?

—¡Sí!

—¿Cómo se llama tu mujer? —Olvidé el nombre de mi mujer y también de varios miembros de mi familia, debido al continuo estado de depresión en el que había estado durante los últimos nueve meses. Como sabía que nadie iba a preocuparse por ello, solté "Zeinebou", el primer nombre que me vino a la cabeza.

—¿Qué idiomas hablas?

—Árabe, francés, alemán…

—*Sprechen Sie Deutsch?* —me preguntó el interrogador masculino uniformado que estaba ayudando a / a escribir en el portátil.

—*Bist du* / / / / / / / / / / / / / / / . —le pregunté—. / se quedó impactado cuando mencioné su nombre.

—¿Quién te ha hablado de mí?

—¡/ / / / / / / / / / / / / / , de Bagram! —dije, explicándole que en Bagram / / / / / / / / / / / / / / me habló de / / / / / / / / / / / / / / / / / / en caso de necesitar un traductor alemán en GTMO.[16]

—Seguiremos la conversación en inglés, mucho más sencillo —dijo. / me evitó el resto del tiempo en GTMO.

Escuché el interrogatorio de un compañero tunecino.

—¿Te entrenaste en Afganistán?

—No.

—¡Sabes que si mientes vamos a conseguir la información de Túnez!

—¡No estoy mintiendo!

Resumen del control médico. Un / médico del Ejército me sacó mil y un tubos de sangre. Pensé que iba a perder el conocimiento o incluso morirme. Me tomaron la presión y dio 110-50, muy baja. Inmediatamente, el doctor me dio unas pastillas pequeñas rojas para subírmela. Me tomaron fotos. No me gustaba nada que se faltara el respeto a mi privacidad como lo estaban haciendo. Estaba completamente a merced de una persona en quien no confiaba y que podía ser implacable. Muchos detenidos sonreían a la cámara. Yo, personalmente, nunca sonreía, y no creo que aquel día, 5 de agosto de 2002, ningún detenido lo hiciera.

Después del interminable procesamiento, el equipo de escoltas me sacó de la clínica. “¡Mantén la cabeza baja!”. Ya había oscurecido afuera, pero no podría decir qué hora era. Hacía buen tiempo. “Siéntate”. Me senté fuera unos treinta minutos antes de que el escolta me agarrara, me pusiera en una habitación y me encadenara al suelo. No percibí el cerrojo, ni tampoco lo había experimentado antes. Pensé que la habitación iba a ser mi futuro hogar.

La habitación estaba vacía, excepto por un par de sillas y una mesa. No había signos de vida. *¿Dónde están los otros detenidos?*, me dije. Me impacienté y decidí salir fuera de la habitación para buscar a otros compañeros, pero en cuanto intenté levantarme, las cadenas me tiraron fuerte hacia abajo. Solo entonces supe que algo no era correcto en mis suposiciones. Resultó que estaba en una cabina de interrogatorio en / / / / / / / / / / / / / / , un edificio con historia.

De repente, tres hombres entraron en la habitación: el tipo mayor que había hablado conmigo antes en la clínica, un / y un / que hacía de intérprete.[17]

—*Comment vous appelez?* —preguntó / / / / / / / / / / / / / / / / / / con un marcado acento.

—*Je m'appelle*… —respondí, y ese fue el final de /. Los interrogadores siempre se inclinan por utilizar el factor sorpresa como estrategia.

Vi de refilón el reloj de uno de los chicos. Era cerca de la una de la madrugada. Me encontraba en un estado deplorable; estaba todavía despierto a pesar de las más de 48 horas de vigilia. Los interrogadores querían hacer uso de esa debilidad para facilitar el interrogatorio. No se me ofreció nada parecido a agua o comida.

/ dirigió el interrogatorio y / / / / / / / / / / / / / / / / / / / era un buen traductor. El otro hombre no tuvo oportunidad de hacer preguntas, solo tomaba notas. / / / / / / / / / / / / / / / / / no hacía nada del otro mundo, simplemente me hacía algunas preguntas como las que se me han venido haciendo ininterrumpidamente los últimos tres años. / / / / / / / / / / / / / / / / hablaba un inglés muy claro y prácticamente no necesité al traductor. Parecía ser inteligente y experimentado. Cuando avanzó más la noche, / / / / / / / / / / / / / / / / me agradeció mi cooperación.

—Creo que eres muy abierto —dijo—. La próxima vez te desataremos las manos y te traeremos algo de comer. No te vamos a torturar, ni te vamos a extraditar a otro país.

Me sentí contento con las garantías de / / / / / / / / / / / / / / / / / / / , y me animaron a cooperar. Al final pasó que / me estaba engañando o desconocía los planes de su gobierno.

Los tres hombres abandonaron la habitación y enviaron al grupo de escoltas por mí, que me condujeron a mi celda. Estaba en el bloque / / / / / / / / / / , un bloque designado para el aislamiento.[18] Fui el único detenido que había sido escogido para el interrogatorio de todo el grupo de 35 presos. No había señales de vida en el bloque, lo que me hizo pensar que era el único

allí. Cuando el guardia me dejó en la cámara frigorífica, casi entro en pánico detrás de aquella pesada puerta metálica. Intenté convencerme a mí mismo: *Solo es un sitio temporal; por la mañana me van a trasladar con todos los demás. ¡Este lugar no puede ser más que para lo que queda de la noche!* En realidad, pasé un mes entero en / .

Eran alrededor de las dos de la mañana cuando el guardia me entregó una ración militar. Intenté comer lo que pude, pero no tenía apetito. Cuando revisé mis cosas, vi un Corán nuevecito, lo que me puso contento. Lo besé, y pronto me quedé dormido. Dormí más profundamente que nunca.

***

Me despertaron temprano en la mañana los gritos de mis compañeros detenidos. De pronto, la vida estalló en / . Cuando llegué aquella madrugada no creí que pudiesen almacenarse seres humanos en un montón de cámaras frigoríficas. Pensé que yo era el único, pero me equivocaba; solo que mis compañeros estaban fuera de juego debido al duro castigo del viaje que habían dejado a sus espaldas. Mientras los guardias servían la comida, nosotros nos presentábamos. No podíamos vernos debido al diseño del bloque, pero podíamos oírnos.

—Salam Alaikum.

—Waalaiku Salam.

—¿Quién eres?

—¡Soy de Mauritania… Palestina… Siria… Arabia Saudita…!

—¿Qué tal te fue de viaje?

—Casi me muero de frío —gritó un chico.

—Dormí todo el viaje —respondió /.

—¿Por qué me pusieron un parche detrás de la oreja? —dijo un tercero.

—¿Quién iba enfrente de mí en el camión? —pregunté—. Como no paraba de moverse, los guardias estuvieron pegándome todo el tiempo desde el aeropuerto hasta el campo.

—A mí también —respondió otro detenido.

Nos llamábamos unos a otros con los números ISN que se nos asignaron en Bagram. Mi número era el / / / / /.[19] En la celda de mi derecha estaba / de / . Él es /. Aunque era mauritano, realmente no había estado nunca en el país; lo sabía por su / / / / / / / / / / acento. A mi derecha estaba el chico de / / / / / / / / / / / / / / / / / / / . Hablaba mal el árabe y declaraba haber sido capturado en Karachi, donde iba a la universidad. Enfrente de mi celda pusieron al sudanés, uno junto al otro.[20]

El desayuno era modesto: un huevo cocido, un trozo de pan duro y algo más cuyo nombre desconozco. Era mi primera comida caliente desde que dejé Jordania. ¡Ah, el té era agradable! Me gusta el té más que ningún otro alimento; lo he bebido desde que tengo uso de razón. El té es un elemento fundamental de la dieta de las personas en las regiones cálidas; suena contradictorio, pero es así.

La gente gritaba por todas partes en conversaciones indefinidas. Fue muy agradable cuando todos empezaron a contar su historia. Muchos detenidos sufrieron, unos más, otros menos. No me consideré ni el más ni el menos afortunado. A algunos los capturaron con sus amigos, y sus amigos desaparecieron de la faz de la Tierra. Lo más probable es que fueran enviados a otros países aliados para facilitar su interrogatorio mediante tortura, como el / . Llegar a Cuba fue una bendición, y así se lo dije a mis hermanos: “No tienen nada que temer, chicos, puesto que no están implicados en crímenes. Por mi parte, voy a cooperar, pues no van a torturarme. No quiero que ninguno de ustedes sufra lo que yo sufrí en Jordania. En Jordania apenas valoran tu cooperación”.

Erróneamente creí que lo peor había pasado, y así me preocupé menos del tiempo que les llevaría a los estadounidenses descubrir que yo no era el tipo que estaban buscando. Confié demasiado en el sistema de justicia norteamericano y compartí esa confianza con los detenidos de países europeos. Todos teníamos una idea de cómo funciona un sistema

democrático. Otros reclusos (por ejemplo, los de Medio Oriente) no se lo creyeron ni por un segundo y desconfiaban del sistema estadounidense. Se basaban en la creciente hostilidad de los norteamericanos extremistas contra los musulmanes y los árabes. Con cada día que pasaba, el optimismo perdía fundamento. Los métodos de interrogación empeoraban considerablemente según pasaba el tiempo y, como se podrá ver, los responsables de GTMO violaron todos los valores sobre los que se construyeron los Estados Unidos y comprometieron todos sus grandes principios, como aquel de Ben Franklin: "Aquellos que abandonan la esencial libertad para obtener un poco de seguridad temporal no merecen ni libertad ni seguridad".

Todos queríamos poner remedio a meses de silencio forzoso; sacar de nuestros pechos toda la rabia y la agonía, y escuchamos las increíbles historias de cada uno durante los treinta días en los que estuvimos en el bloque / / / / / / / / / / / /. Cuando más tarde nos trasladaron a un bloque diferente, muchos compañeros lloraron por ser separados de sus nuevos amigos. Yo también lloré.

***

El equipo de escoltas / se presentó en mi celda.

"¡/ !", dijo uno de los policías militares, sujetando las largas cadenas en sus manos. / es la palabra clave para que te lleven al interrogatorio.[21] Aunque no entendía adónde iba, seguí sus órdenes prudentemente hasta que me dejaron con el interrogador. Su nombre era / y llevaba un uniforme del ejército norteamericano. Es un /, un hombre tan paradójico como se pueda imaginar. Hablaba árabe decentemente, con un acento /; se podría decir que creció entre / amigos.[22]

Cuando entré en la habitación del edificio / me horroricé por la mochila de hidratación sobre / espalda de la que estaba sorbiendo. Nunca había visto una cosa así antes.

Creí que era una especie de herramienta de la que debía engancharme como parte de mi interrogatorio. En verdad, no sé por qué estaba asustado, pero el hecho de no haber visto nunca / / / / / / / / / / / / / / / / / / / ni su mochila de hidratación y de no esperarme a un tipo del Ejército contribuyó a generar mi temor.

El caballero mayor que me interrogó la noche anterior entró en la habitación con algunos caramelos y me presentó a /: "He escogido a / porque habla tu idioma. Vamos a hacerte preguntas detalladas sobre tu / . En lo que a mí respecta, me voy a marchar enseguida, pero mi sustituto se ocupará de ti. Hasta luego". Salió de la habitación dejándome a mí y / trabajar.

/ era un chico amable. Era / en el ejército de los Estados Unidos que creía ser afortunado en la vida. / quería que le repitiera toda mi historia, la que he estado repitiendo una y otra vez en los últimos tres años. Me acostumbré a que los interrogadores me preguntasen las mismas cosas. Antes incluso de que el interrogador moviera los labios conocía sus preguntas, y en cuanto él o ella empezaba a hablar, ponía el piloto automático. Pero cuando llegué a la parte de Jordania, / ¡se sintió muy mal!

"Esos países no respetan los derechos humanos. Incluso torturan a la gente", dijo él. Me sentí aliviado: si / / / / / / / / / / / / / / / / / / / criticaba los métodos crueles de interrogación, eso significaba que los estadounidenses no harían algo así. Sí, es cierto que en Bagram no respetaron la ley exactamente, pero aquello era en Afganistán, y ahora estamos en territorio controlado por los Estados Unidos.

Una vez / terminó el interrogatorio, me mandó salir y prometió que volvería cuando surgieran nuevas preguntas. Durante la sesión con / / / / / / / / / / / / / / / / / , le pedí usar el baño. "¿Número 1 o número 2?", preguntó. Era la primera vez que escuchaba un código numérico para los asuntos privados humanos. En los países que he estado no es costumbre preguntarle a la gente su intención en el escusado, ni tampoco tienen un código.

Nunca volví a ver a / / / / / / / / / / / / / / / / / / en un interrogatorio. El / resumía su trabajo un par de días más tarde, solo el / estaba ahora reafirmado con / , /. / era otro chico amable. Él y / / / / / / / / / / / / / / / / / / trabajaban muy bien juntos. Por algún motivo, / tenía interés en llevar mi caso. Aunque un par de veces vino un interrogador militar con el equipo e hizo algunas preguntas, se podía decir que / / / / / / / / / / / / / / / / tenía el control.[23]

El equipo trabajó en mi caso un mes, aproximadamente, casi cada día. Me hicieron todo tipo de preguntas y hablamos sobre otros temas políticos, además del interrogatorio. Nadie me amenazó o intentó torturarme, y por mi parte yo cooperaba muy bien con el equipo. “Nuestro trabajo es tomar tus declaraciones y mandarlas a los analistas en D.C. Incluso aunque nos mientas, nosotros no podemos saberlo hasta que no salga más información”, dijo /.

El equipo podía ver claramente lo enfermo que estaba; las huellas de Jordania y Bagram eran evidentes. Parecía un fantasma.

“Te estás poniendo mejor”, dijo el tipo del Ejército cuando me vio tres semanas después de mi llegada. En mi segundo o tercer día en GTMO me había desplomado en mi celda. Me habían llevado hasta el límite; no me gustaba la comida militar. Los médicos me sacaron de la celda e intenté ir caminando hacia el hospital; pero en el momento en que dejé / me desplomé otra vez, lo que obligó a los médicos a cargar conmigo hasta la clínica. Vomité tanto que estaba completamente deshidratado. Me dieron primeros auxilios y me pusieron una vía intravenosa. El catéter era terrible; tal vez pusieron algún medicamento en él que me daba alergia. Se me secó la boca completamente y la lengua me quedó tan áspera que no podía pedir ayuda. Hacía gestos con las manos a los médicos militares para que parasen el goteo, cosa que hicieron.

Más tarde aquella noche los guardias me llevaron a mi celda. Me encontraba tan enfermo que no podía subirme a la cama; dormí sobre el suelo el resto del mes. El doctor me recetó Ensure y algún medicamento

para la hipertensión. Cada vez que sufría un ataque de ciática, los médicos del Ejército me daban Motrin.

Aunque estaba muy débil físicamente, el interrogatorio no cesó. No obstante, me sentía animado. En el bloque cantábamos, bromeábamos y nos contábamos historias unos a otros. También tuve ocasión de enterarme de cosas sobre los detenidos más populares, como su excelencia / nos nutría con las últimas noticias y rumores del campo. / lo habían trasladado al bloque / por su comportamiento.[24]

/ nos contó cómo fue torturado en Kandahar con otros detenidos. “Nos pusieron bajo el sol mucho tiempo, nos golpearon, pero, hermanos, no se preocupen, aquí en Cuba no hay tortura. Las habitaciones tienen aire acondicionado y algunos hermanos hasta se niegan a hablar si no les dan comida”, aseveró. “Lloré cuando vi en la televisión cómo llevaban a Cuba a los detenidos con los ojos vendados. El secretario de Defensa estadounidense habló en la televisión y afirmó que estos detenidos eran las personas más malvadas sobre la faz de la Tierra. Nunca pensé que yo sería una de esas ‘personas malvadas’”, dijo / .

/ había estado trabajando como /. Lo capturaron con otros cuatro colegas en su domicilio en / después de medianoche, en medio del llanto de sus hijos; lo separaron de su mujer y de sus hijos. Oí miles de historias como esta y cada una me hacía olvidar la anterior. No podría decir qué historia era la más patética. Incluso la mía no parecía tan descarnada, aunque los detenidos opinaban que la mía era la más triste. Personalmente, no lo sé. Un proverbio alemán dice: *Wenn das*

Militar sich bewegt, bleibt die Wahrheit auf der Strecke (“Cuando el ejército se pone en marcha, la verdad es demasiado lenta para seguir el ritmo, y entonces se queda atrás).

La ley de la guerra es dura. Si algo bueno tiene la guerra es que saca lo mejor y lo peor de las personas: algunas intentan utilizar la ilegalidad para dañar a los demás y otras intentan reducir al mínimo el sufrimiento.

***

El 4 de septiembre de 2002 fui trasladado a / y, por tanto, los interrogadores terminaron con el aislamiento y me pusieron con la población reclusa general. Por una parte, fue muy difícil dejar a los amigos que acababa de conocer, y por otra, estaba emocionado por ir a un maldito bloque normal y ser un maldito detenido estándar. Estaba harto de ser un detenido “especial” rodando por todo el mundo contra mi voluntad.

Llegué a / antes de ponerse el sol. Por primera vez en más de nueve meses se me puso en una celda desde donde podía ver el horizonte.[25] Y por primera vez podía hablar con mis compañeros y verlos al mismo tiempo. Se me colocó en / entre dos saudís del sur. Ambos eran agradables y divertidos. A ambos los capturaron /. Cuando los prisioneros trataron de liberarse del ejército pakistaní, que trabajaba en nombre de los Estados Unidos, uno de ellos, un argelino, agarró la AK47 de un / guardia y le disparó. En el enfrentamiento, los / detenidos tomaron el control / ; los guardias huyeron y los detenidos huyeron también –no más allá de donde estaba otra división estadounidense / aguardándolos, y los capturaron otra vez–. El / suceso provocó muchos heridos y bajas. Vi a un argelino que estaba completamente incapacitado por la cantidad de disparos que había recibido.

Estuve a gusto en / / / / / / / / / / / / / / / / / / / al principio, pero todo empezó a ponerse feo cuando algunos interrogadores, aunque tímidamente, comenzaron a practicar métodos de tortura con algunos detenidos. Por lo que pude ver y oír, el único método que empleaban en un primer momento era la sala refrigeradora toda la noche. Sé de un joven saudita al que llevaban al interrogatorio cada noche y lo devolvían a la celda por la mañana. No conozco los detalles de lo que le ocurrió exactamente porque era muy callado, pero mis vecinos me dijeron que se negó a hablar con sus interrogadores / también me dijo que lo pusieron en la sala refrigeradora dos noches seguidas porque no quería cooperar.

La mayoría de los detenidos se negaban a participar después de entender que ya habían proporcionado toda la información relevante para sus casos. Los presos estaban desesperados; ya se habían cansado de ser interrogados todo el tiempo sin esperanza ni final. En mi caso, yo era relativamente nuevo y quería aprovechar mis oportunidades: ¡tal vez mis compañeros presos estaban equivocados! Pero terminé dándome de bruces contra la misma pared, como todos los demás. Crecía entre los detenidos la preocupación por su situación y la ausencia de un proceso legal adecuado. Además, las cosas empezaban a empeorar con el uso de métodos dolorosos para extraer la información de los detenidos.

A mediados de septiembre de 2002, un / me llevaron a rastras a un interrogatorio y se presentaron como el grupo que me iba a evaluar por los siguientes dos meses.[26]

—¿Durante cuánto tiempo se me va a interrogar?

—¡Siempre que el gobierno tenga preguntas que hacerte!

—¿Y eso cuánto es?

—Solo puedo decirte que no estarás más de cinco años aquí —dijo / / / / / / / / / / / / / / / / / / / . El equipo se comunicaba conmigo a través de un intérprete árabe que parecía / .

—¡No estoy preparado para responder a las mismas preguntas una y otra vez!

—No. Tenemos algunas nuevas preguntas.

Pero acabaron haciéndome las mismísimas preguntas de siempre. Me habían estado interrogando durante tres años. Aunque de mala gana, estaba cooperando. Sinceramente, no veía ninguna ventaja en hacerlo. Solo quería ver hasta dónde podían ir las cosas.

Por la misma época, otro interrogador / me llevó a interrogar. Era / una cuidada piocha, y hablaba / acento. Era muy directo conmigo e incluso me compartía lo que / sobre mí. / hablaba y hablaba y hablaba más todavía: estaba interesado en conseguir que trabajase para él, como había intentado con otros árabes norafricanos.[27]

—El jueves que viene he organizado una reunión con el /. ¿Vas a hablar con ellos?

—Sí, hablaré. Esa era la primera mentira que detecté, porque / me había dicho: “Ningún gobierno extranjero va a hablar contigo aquí, ¡solo nosotros los estadounidenses!”.[28] De hecho, escuché hablar de muchos detenidos que se reunían con interrogadores no estadounidenses, como / estaban ayudando a los Estados Unidos a extraer información de los / detenidos. Los interrogadores / y el / amenazaban con torturar a algunos de sus entrevistados cuando volvieran a sus casas.

“Espero verte en otro lugar”, dijo el interrogador / a / .

“¡Vas a hablar mucho si nos vemos en Turkistán!”, dijo a / el interrogador /.[29]

Pero yo no tenía miedo de hablar con nadie. No había cometido crímenes contra nadie. Incluso quería hablar para demostrar mi inocencia, porque el lema de los estadounidenses era “Los detenidos de GTMO son culpables hasta que se demuestre su inocencia”. Sabía lo que me esperaba cuando se trataba de los interrogadores / , y no quería guardarme nada.

Llegó el día y los guardias me arrastraron y me llevaron / , donde los detenidos suelen encontrarse con / / / / / / / / / / / / . Dos caballeros / / / / / / / / / / / / estaban sentados al otro lado de la mesa, yo los miraba, cerraron la puerta. /, quien hacía el papel de malo durante el interrogatorio. Ninguno se presentó, lo que iba completamente contra las / ; sencillamente, estaban de pie enfrente de mí como fantasmas, igual que el resto de los interrogadores secretos.[30]

—¿Hablas alemán o necesitamos un intérprete? —preguntó el /.

—Me temo que no nos hace falta —contesté.

—Bien, comprendes la seriedad del asunto. Hemos venido de / / / / / / / / / / / / / / / / / para hablar contigo.

—Han muerto personas —continuó el caballero mayor. Sonreí.

—¿Desde cuándo tiene permitido interrogar a gente fuera / / / / / / / / / / / / / / / / ?

—¡No estamos aquí para debatir sobre los fundamentos judiciales de nuestro interrogatorio!

—Yo podría, en algún momento más adelante, hablar con la prensa y delatarlos —dije—. Aunque no sepa sus nombres, reconocería sus fotografías, ¡no importa cuánto tiempo pase!

—¡Puedes decir lo que quieras, no vas a hacernos daño! Sabemos lo que hacemos —respondió.

—¿O sea que, claramente, ustedes, muchachos, están utilizando la ilegalidad de este espacio para extraer información de mí?

—¡/ / / / / / / / / / / Salahi,[31] si queremos, podemos hacer que los guardias te cuelguen de la pared y te pateen el culo!

Al mencionar lo retorcido de sus pensamientos, mi corazón empezó a acelerarse, pues estaba procurando expresarme con cuidado y, al mismo tiempo, evitar la tortura.

—No vas a asustarme; no le estás hablando a un niño. Si sigues hablándome en ese tono, puedes hacer la maleta y largarte a /.

—No estamos aquí para procesarte ni para asustarte. Solo te agradeceríamos que nos respondieras a un par de preguntas que tenemos —dijo / .

—Mira, he estado en tu país, y sabes que no he estado nunca implicado en ningún tipo de crimen. Es más, ¿qué te preocupa? Tu país ni siquiera está amenazado. He vivido pacíficamente en él y nunca abusé de su hospitalidad. Estoy muy agradecido por todo lo que tu país ha hecho por mí; no soy un traidor. Entonces, ¿qué pantomima estás haciendo aquí?

—/ / / / / / / / / / / / / Salahi, sabemos que eres inocente; pero nosotros no te hemos capturado, fueron los estadounidenses. No estamos aquí en nombre de los Estados Unidos. Trabajamos para /, y últimamente hemos frenado algunas conspiraciones peligrosas. Sabemos que no puedes saber nada de estas cosas. De todos modos, solo queremos preguntarte sobre dos individuos, /, y te agradeceríamos que respondieras nuestras preguntas sobre ellos.

—¡Es curioso que hayas venido desde / / / / / / / / / / / / / / / / / / / para preguntarme sobre tu propia gente! Estos dos individuos son dos buenos amigos míos. Íbamos a la misma mezquita, pero no tengo conocimiento de

que estuvieran implicados en ninguna operación terrorista.

La sesión no duró mucho más. Me preguntaron qué tal estaba y cómo era la vida en el campo, y se despidieron de mí. No volví a ver a los / / / / / / / / / / / / / / después de aquello.

Mientras tanto, el / siguió interrogándome.

—¿Conoces a este tipo, /? —preguntó / / / / / / / / / / / / / / / / / / / .

—No, no lo conozco —respondí con sinceridad.

—¡Pero él te conoce a ti!

—¡Me temo que tienes otro expediente que no es el mío!

—No, leí tu expediente minuciosamente.

—¿Puedes enseñarme su foto?

—Sí, mañana te la voy a enseñar.

—Bien. ¡Puede que lo conozca por otro nombre!

—¿Conoces las bases estadounidenses en Alemania?

—¿Por qué me preguntas eso? ¡No fui a Alemania para estudiar las bases estadounidenses, ni estoy interesado en ellas de ningún modo! —respondí enfadado.

—¡Mi gente respeta a los detenidos que dicen la verdad! —dijo / / / / / / / / / / / / / / , mientras / tomaba notas. Capté el mensaje de que me estaba llamando mentiroso de una forma muy tonta. La sesión había terminado.

Al día siguiente / me reservó en el / y me mostró dos fotografías. La primera resultó ser la de / , que era sospechoso de haber participado en los ataques del 11 de septiembre y que fue apresado /. En la segunda aparecía / uno de los secuestradores del 11 de septiembre. En cuanto a /, nunca lo había visto u oído hablar de él, y en lo que a / respecta, me pareció que lo había visto, pero ¿dónde y cuándo? ¡No

tenía ni idea! Me figuré que el tipo tal vez era muy importante porque / tenían mucha prisa en encontrar mi conexión con él.[32]

Dadas las circunstancias, negué haber visto al chico. Imaginen, ¿qué impresión daría si hubiera dicho he visto a este tipo, pero no sé ni cuándo ni dónde? ¿Qué interrogador se hubiera tragado algo así? ¡Ninguno! Y siendo sincero, estaba aterrorizado.

El equipo / / / / / / / / / / / / / / me reservó otra vez para el día siguiente y me enseñó la fotografía de / / / / / / / / / / / / / /, y negué conocerlo, igual que había hecho el día anterior. Negar que conocía a un hombre que realmente no conozco, al que tan solo vi una o dos veces y con el que no tengo ningún tipo de conexión, dio pábulo a toda clase de arriesgadas teorías que me relacionaban con el ataque del 11 de septiembre. Los interrogadores se estaban ahogando y buscaban cualquier cabo del que tirar, y precisamente, ese cabo no quería ser yo.

/ dijo / / / / / / / / / / / / / / / /. /.

—¡En los próximos días!

Mientras tanto, se me trasladó a / donde conocí al / por vez primera. Era otro de los detenidos estrella. / oído hablar sobre mi historia, y como cualquier /, quería tener más información.

Por mi parte, yo también quería conversar con personas cultivadas. Por lo que he podido comprobar, [redacted] era un joven respetable; no me lo imagino como un criminal.

Estuve en [redacted] menos de dos semanas antes de ser trasladado a [redacted] ocupé con detenidos europeos y norafricanos. Era la primera vez que llegaba a conocer el [redacted] y el [redacted]. [redacted]

/ /
/ / / / / / / / / / / / / / / / / / en /
antes. Siempre quería saber adónde iba y por qué. Recuerdo una vez que el equipo de escoltas se negó a decirme adónde iba: pensé que me llevaban a mi ejecución.[33] Cuando entré /
/ /
/ /
/ /
/ /
/ /
/ /
/ /
/ /
/ /
/ /
/ /
/ /
/ /
/ /
/ /
/ /
/ /
/ /
/ /
/ /
/ /
/ /
/ /
/ /
/ /
/ /
/ /
/ /
/ /
/ /

/ /
/ /
/ /
/ /
/ /
/ /
/ iba
acompañado por un intérprete árabe /
/ /. Lo hablaba con dificultad. / / / / / / / /
/ /
/ /
/ /
/ /
/ /
/ /
/ /
/ /
/ /
/ /
/ /
/ /
/ /
/ /
/ /
/ /
/ /
/ /
/ /
/ /
/ /
/ /
/ /
/ /
/ /

/ /
/ /
/ /
/ /
/ /
/ /
/ /
/ /
/ /
/ /
/ /
/ /
/ /
/ /
/ /
/ /.

Me llevaron a interrogar dos días más tarde.

—¿Cómo estás? —dijo /
/. Hacía mucho tiempo que no lo veía.

—¡Bien!

/ estaba en / / / / /
/ , cuando estuviste de acuerdo /
/ /
/ /
/ /
/ /
/ /
/ /
/ /
/ /
/ /
/ /
/ /

/ era, había muchos asuntos, la mayoría de los cuales se iniciaban por la desesperación de los detenidos. Interrogatorios interminables. Falta de respeto de algunos de los guardias hacia el Sagrado Corán. Tortura de detenidos haciéndoles pasar la noche en una habitación refrigerada (aunque este método no se ponía en práctica tanto como lo fue con el tiempo /). Por ello, decidimos ponernos en huelga de hambre; muchos detenidos se sumaron. Yo solo pude secundar la huelga cuatro días, tras los cuales era un fantasma.[34]

—No te vengas abajo; vas a debilitar al grupo —dijo mi vecino saudita.

—Les dije, compañeros, que iba a hacer una huelga de hambre, no que iba a suicidarme. Lo dejo —contesté.

/ . Era el tipo de hombre que se escogía para hacer el trabajo sucio, cuando muchos otros no han podido con ello. / Era un verdadero psicópata. Cambió completamente la política de detenciones en GTMO en todos los aspectos. /

/ /
/ /
/ /
/ /
/ /
/ . Un día en el paraíso y el siguiente en el infierno. Los detenidos de este nivel están completamente a merced de sus interrogadores, lo cual era muy cómodo para estos últimos. /
/ /
/ /
/ /
/ /
/ /
/ /
/ /
/ /
/ /
/ /
/ /
/ /
/ /
/ /
/ /
/ /
/ /
/ /
/ / / / / / / / / / / / / / / / / / .

Yo me preguntaba qué demonios pasaba. Nunca he tenido conflictos con los guardias y respondo a mis interrogadores y coopero con ellos. Pero lo que no sabía es que la cooperación significaba decirles a tus interrogadores lo que ellos querían oír.

***

Una vez más me llevaron a / final /.[35]

Apareció un equipo de escoltas en / frente a mi celda.

—¡Reserva 760! —dijeron.

—De acuerdo, ¡un segundo!

Me puse la ropa y me lavé la cara. El corazón empezó a palpitarme. Los interrogatorios eran odiosos; estaba cansado de estar aterrorizado, viviendo con el miedo día tras día durante los últimos 13 meses.

"¡Alá sea contigo! ¡Mantén la cabeza alta! ¡Trabajan para Satán!", aullaron mis compañeros para darme ánimos, como siempre hacíamos cuando se llevaban a alguien a interrogar. Aborrecía los sonidos de las cadenas metálicas; apenas puedo cargar con ellas cuando me las dan. Siempre estaban escogiendo gente en el bloque, y cada vez que escuchaba las cadenas pensaba que venían por mí. Nunca se sabe qué va a suceder en un interrogatorio; algunas personas nunca regresaron al bloque, simplemente, desaparecieron. Le sucedió a un compañero marroquí, y me sucedería a mí, como vas a ver, Dios mediante.

Cuando entré en la habitación en / , estaba atestada de / .[36]

—¡Hola!

—¡Hola!

—He escogido a / basándome en su experiencia y bagaje. Ellos van a evaluar tu caso a partir de ahora. Hay un par de cosas que hay que completar en tu caso. Por

ejemplo, no nos has dicho todo sobre / . Es un tipo muy importante / .

—Primero, te he dicho lo que sé sobre /, aunque no tengo por qué proporcionarte información sobre nadie. Aquí estamos hablando sobre mí. Segundo, para continuar mi cooperación contigo, necesito que me respondas a una pregunta: ¿POR QUÉ ESTOY AQUÍ? Si no me das una respuesta, puedes considerarme el detenido invisible.

Más adelante aprendí de mis magníficos abogados / la fórmula mágica de mi solicitud del recurso de habeas corpus. Evidentemente, esta fórmula es desconocida para el común de los mortales, como yo. Una persona normal diría: “¿Por qué diablos me tienen encerrado?”. Yo no soy abogado, pero el sentido común me dicta que, después de tres años interrogándome y privándome de mi libertad, el gobierno al menos me debe una explicación de por qué hace esto. ¿Cuál es mi delito exactamente?

—No tiene sentido. Es como quien renuncia a un viaje de 10 millas después de haber viajado nueve —dijo / . Hubiera sido más preciso que hubiera dicho “un millón de millas después de recorrer una”.

—Mira, es tan sencillo como esto: ¡respóndeme a la pregunta y cooperaré contigo enteramente!

—¡No tengo una respuesta! —dijo / / / / / / / / / / / / / / / / / /.

—¡Yo tampoco! —contesté.

—Dice el Corán que alguien que ha matado a una sola alma es como si hubiera matado a toda la humanidad —aseveró el traductor francés, como si me estuviera descubriendo algo. Lo miré despectivamente de soslayo.

—¡No soy el que buscan! —grité en francés y en un claro inglés.

/ / / / / / / / / / / / / / / / / / / empezó. “Estoy seguro de que estás en contra de matar gente. No estamos buscándote. Buscamos a esos tipos que están ahí fuera intentando hacer daño a inocentes”. Me decía esto mientras me mostraba un montón de fotos fantasmales. Me negué a mirarlas, y cada vez

que intentaba ponérmelas delante de la vista, yo miraba hacia otro lado. Ni siquiera quería darle la satisfacción de haberles echado un vistazo. “Mira, / está cooperando, y tiene una buena oportunidad de que le reduzcan la pena a 27 años –y / es realmente una mala persona”, dijo /. Era cualquier cosa menos razonable. Cuando reflexioné sobre sus palabras, me dije: *Dios, un chico que está cooperando va a estar entre rejas 27 años más, después de los cuales no podrá disfrutar de una vida. ¿Qué clase de país es este?* Siento decir que no valía la pena responder a la afirmación de / / / / / / / / / / / / / / / / / / /. Él y / / / / / / / / / / / / / / / / intentaban razonar con la ayuda del muchacho militar, pero no había forma de convencerme de que hablara.

Se podría decir que los interrogadores se estaban habituando a que los detenidos se negaran a colaborar después de haberlo hecho por un tiempo. Igual que yo estaba aprendiendo de otros detenidos a no cooperar, los interrogadores estaban aprendiendo unos de otros a tratar con los detenidos que no cooperan. Se cerró la sesión y fui enviado de vuelta a mi celda. Estaba satisfecho de mí mismo, puesto que ahora pertenecía oficialmente a la mayoría, la de los detenidos que no colaboran. Me importaba poco estar encerrado injustamente por el resto de mi vida; lo que me sacaba de mis casillas es que esperaran que cooperase también. Tú me encierras; yo no te doy información. Y todos tan contentos.

/ continuaron las sesiones con el nuevo equipo. / rara vez asistía a ellas.

—No iré mientras no nos des toda la información con la que cuentas —dijo una vez—. Incluso, como somos estadounidenses, los tratamos, chicos, de acuerdo con nuestras elevadas normas. Fíjense en / , le estamos proporcionando la tecnología médica más avanzada.

—Quieren mantenerlo vivo porque podría tener información de inteligencia, y si muere, ¡se la lleva con él! —respondí. Los interrogadores norteamericanos siempre suelen mencionar la comida y el tratamiento médico gratuito para los detenidos. ¡No entiendo muy bien qué otra opción les queda! En particular, he estado detenido en países no democráticos

donde el tratamiento médico era la mayor prioridad. El sentido común te dice que si los detenidos se enferman no habrá información posible, y tal vez morirán.

Estuvimos dos meses discutiendo.

—Llévenme ante el tribunal y responderé a todas sus preguntas —le decía a estas personas.

—¡No habrá ningún tribunal! —me respondían.

—¿Son la mafia? Secuestran a las personas, las encierran y las chantajean —dije.

—Ustedes constituyen un problema de orden público —contestó / / / / / / / / / / / / / / /—. No podemos aplicar leyes convencionales con ustedes. Tan solo necesitamos pruebas circunstanciales para eliminarlos.

—Yo no he hecho nada contra su país, ¿no?

—¡Formas parte de la gran conspiración contra los Estados Unidos! —respondió / .

—¡Cárgale a otro esa cruz! Yo, ¿qué es lo que he hecho?

—No lo sé. ¡Dímelo tú!

—Muy bien, me raptan de mi casa en Mauritania, no de un campo de batalla en Afganistán, porque sospechan que haya tomado parte en la Conjura del Milenio, lo que no es cierto, como ya saben. Así que ¿qué más cargos hay? Me parece que están buscando cualquier basura que echarme encima.

—No quiero echarte ninguna basura encima. ¡Ojalá tuvieras acceso a los mismos informes que yo! —dijo / .

—Me da igual lo que digan los informes. Me gustaría que le echaras un vistazo a los informes de enero de 2000 que me vinculan con la Conjura del Milenio. Ahora ya saben que no fui parte de ello, después de la cooperación de / .[37]

—No creo que seas parte de ello, ni creo que conozcas a /. Pero sé que conoces gente que conoce a / —afirmó /.

—No sé; pero no veo dónde está el problema si este fuera el caso —dije —. Conocer a alguien no es un crimen, sea quien sea.

Un joven egipcio que hacía de intérprete aquel día intentó convencerme para cooperar.

—Mira, he venido aquí sacrificando mi tiempo para ayudarlos, muchachos, y la única forma en que pueden ayudarse es hablar —replicó.

—¿No te da vergüenza trabajar para esta gente malvada que arresta a tus hermanos de fe solo por ser musulmanes? —le pregunté—. / / / / / / / / / / /, soy mayor que tú, hablo más idiomas, tengo una formación superior y he estado en más países de los que conoces. Entiendo que estás aquí para hacer algo por ti y ganar dinero. Si estás tratando de engañar a alguien, ese alguien eres tú mismo.

Me trastornó porque me habló como si fuera un niño. / se limitaban a mirarnos fijamente.

Estas conversaciones se sucedieron una y otra vez en diferentes sesiones. Yo seguía diciendo: “Me dices por qué estoy aquí, y yo cooperaré; no me lo dices, no pienso cooperar. Pero podemos hablar de cualquier otra cosa, aparte de los interrogatorios”.

/ le pareció bien esa idea. Me aseguró que le iba a preguntar a su jefe la causa de mi arresto, porque él mismo no la sabía. Mientras tanto, me enseñó mucho sobre la cultura e historia estadounidenses, los Estados Unidos y el Islam y los Estados Unidos y el mundo árabe. El equipo empezó a traer películas. Vi *La guerra civil*, *Musulmanes en Estados Unidos* y muchas otras películas de primera línea que tratan el tema del terrorismo.

—Toda esta mierda pasa por el odio —dijo—. El odio es la razón de todos los males.

/ , él estaba interesado en obtener información lo más rápido posible usando los clásicos métodos policiales. Me ofreció comida del McDonald’s un día, pero la rechacé porque no quería deberle nada.

—El Ejército está luchando para llevarte a un lugar muy malo, y ¡nosotros no queremos que eso suceda! —me advirtió.

—Déjalos que me lleven allí; me acostumbraré. Me tienen encarcelado coopere o no; por tanto, ¿por qué iba a cooperar? —Dije esto todavía sin saber que los estadounidenses emplean la tortura para facilitar los

interrogatorios. Estaba muy cansado de los interrogatorios diarios. Mi espalda se rebelaba contra mí. Incluso busqué ayuda médica.

—No debes estar sentado tanto tiempo —dijo el fisioterapeuta /.

—Por favor, dígaselo a mis interrogadores, porque me hacen sentarme muchas horas casi cada día.

—Escribiré una nota, pero no estoy seguro de que vaya a tener efecto —contestó.

No sirvió de nada. En lugar de eso, en febrero de 2003 / / / / / / / / / / / / / / / / / / / se libró de mí.[38]

Notas:

1 Parece claro, si tenemos en cuenta una fecha no censurada pocas páginas más adelante, que la acción comienza ya avanzada la noche del 19 de julio de 2002. Una investigación del Consejo Europeo ha confirmado que un jet de la CIA, un *Gulfstream*, con número de identificación N379P, partió de Amman, Jordania, a las 11:15 de aquella noche hacia Kabul, Afganistán (Manuscrito 10. Disponible en un addendum del informe de 2006 con un listado del historial del avión en http:/ / bit.ly/1InYsr4).

NOTA DEL EDITOR SOBRE LAS NOTAS AL PIE: Ninguno de los abogados defensores con acreditaciones de seguridad ha revisado estos materiales introductorios o las notas al pie, ni ha contribuido a ellos de ninguna forma, ni confirmado o refutado mis conjeturas en ellos contenidas. Tampoco ninguna otra persona con acceso al manuscrito no censurado ha revisado estos materiales introductorios o las notas al pie, ni ha contribuido a ellos de ninguna forma, ni confirmado o refutado mis conjeturas contenidas en ellos.

2 Abu Hafs, cuyo nombre aparece sin censura aquí y en otras partes del manuscrito, es primo de MOS y antes su concuño. Su nombre completo es Mahfouz Ould al-Walid, también conocido como Abu Hafs al-Mauritani. Abu Hafs se casó con la hermana de la entonces mujer de MOS Fue un miembro esencial del consejo Shura de Al-Qaeda, el principal organismo asesor, en los noventa y hasta los ataques terroristas del 11 de septiembre de 2001 en los Estados Unidos. Está ampliamente documentada su oposición a estos ataques: la Comisión 11-S registró que "Abu Hafs supuestamente incluso le escribió un mensaje a Bin Laden basando su oposición en el Corán". Abu Hafs abandonó Afganistán tras los ataques del 11-S y estuvo durante la década siguiente bajo arresto domiciliario en Irán. En abril de 2012 fue extraditado a Mauritania, donde se le retuvo un tiempo y más tarde se le puso en libertad. Ahora es un hombre libre. La sección pertinente del informe de la Comisión 11-S está disponible en http:/ / bit.ly/1JtaroP

3 El contexto sugiere que el guardia podría ser mujer. En todo el texto los pronombres *ella* y *su* (*her*) están sistemáticamente ocultos y *él* y *su* (*his*) aparecen sin ocultar.

4 De nuevo, los pronombres censurados implican que el intérprete es una mujer.

5 En la sesión del 15 de diciembre de 2005 de la Junta Administrativa de Revisión (ARB), MOS describía a un interrogador norteamericano en Bagram que era estadounidense nipón y al que se referían los prisioneros de Bagram como William el Torturador. El jefe de los interrogatorios aquí

podría ser aquel interrogador. La transcripción de la vista de MOS de 2005 ante la ARB está disponible en http:/ / 1.usa.gov/1Lyduvp (ARB 23).

6 El contexto implica que el segundo interrogador se dirige a MOS en alemán.

7 El contexto implica que la disculpa se dirige al intérprete.

8 En la vista de 2005 de la ARB, MOS señaló que un interrogador apodado William el Torturador lo hizo arrodillarse durante "muchas horas" para agravar el dolor de su nervio ciático y más tarde lo amenazó (ARB 23).

9 Parece tratarse del interrogador de habla alemana que lo ayudó antes en el interrogatorio.

10 Departamento de Justicia. Por supuesto, esto no es cierto. El campo de detención de Guantánamo está situado en la base naval de la bahía de Guantánamo y está dirigido por un grupo militar de trabajo conjunto estadounidense bajo las órdenes del Comando Sur de los Estados Unidos.

11 Esto podría referirse a agentes del servicio extranjero de inteligencia alemán, el Bundesnachrichtendienst (BND). La prensa indica que MOS fue interrogado por agentes de la inteligencia alemana y canadiense en Guantánamo; más adelante en el manuscrito, en la escena en la que se encuentra con quienes parecen ser interrogadores del BND en GTMO, MOS se refiere concretamente a esa prohibición sobre los interrogatorios externos (ver la nota 30; ver también http:/ / usat.ly/1C1UfbC y http:/ / on.thestar.com/1LydKdE).

12 El comentario del interrogador sobre los interrogadores militares y la referencia de MOS a una rivalidad entre agencias por el control de su interrogatorio indican que el interrogador podría ser de una de las agencias civiles, como el FBI. El prolongado conflicto entre el FBI y la Agencia de Inteligencia de Defensa del Pentágono sobre los métodos de los interrogatorios militares se ha documentado y divulgado extensamente, en particular en el informe de mayo de 2008 del inspector general del Departamento de Justicia estadounidense titulado *Análisis de la implicación del FBI y de sus observaciones de los interrogatorios a los detenidos en la bahía de Guantánamo, Afganistán e Irak*. El informe está disponible en http:/ / 1.usa.gov/1g2AyWY, e incluye partes fundamentales dedicadas específicamente a los interrogatorios de MOS.

13 Está claro, por una fecha sin censurar que aparece más adelante en este capítulo, así como por informes oficiales no procesados, que MOS llegó a Guantánamo el 5 de agosto de 2002, lo que ubica esta escena en el día 4 de agosto de 2002.

14 Los informes de altura y peso en el procesamiento indican que llegaron 35 detenidos a Guantánamo el 5 de agosto de 2002. Los informes de dicho grupo están disponibles en http:/ / 1.usa.gov/1GI7Ujw. Hay una lista oficial de detenidos de Guantánamo disponible en http:/ / 1.usa.gov/1U0RH30

15 En este pasaje MOS describe un vuelo de cinco horas, un cambio de avión y después un vuelo mucho más largo. Una investigación de 2008 de Reprieve, una organización británica por los derechos humanos, encontró que el traslado de los prisioneros de Bagram a Guantánamo generalmente implica una parada en la base aérea norteamericana de Incirlik, Turquía, y el Proyecto de Entrega encontró que un avión de transporte militar C-17, con número de vuelo RCH233Y, voló desde Incirlik hasta Guantánamo el 5 de agosto de 2002 con 35 prisioneros (ver http:/ / bit.ly/1BR2N4E).

16 Tal vez aquí MOS se esté refiriendo a su interrogador de habla alemana en Afganistán.

17 En los primeros meses de MOS en Guantánamo, el FBI dirigió sus interrogatorios, librando una batalla bien documentada para que no cayera en las manos de los interrogadores militares. "El FBI intentó entrevistarse con Slahi inmediatamente después de su llegada a GTMO", informó el inspector general DOJ. "En los meses siguientes, el FBI y el grupo de trabajo entrevistaron a Slahi, empleando técnicas de creación de vínculos". En la vista de 2005 de la ARB, MOS describió a un "tipo del FBI que lo interrogó al poco tiempo de su llegada y que le dijo: 'nosotros no golpeamos a

la gente, no torturamos, no está permitido'". Este podría ser el interrogador jefe de esta escena –y quizá también el "caballero ya mayor" que aparece en una sesión correspondiente (DOJ IG 122; ARB 23).

18 El 3 de marzo de 2003 hubo la instrucción, dentro de las Normas de los Procedimientos Operativos del Campo Delta, de que los prisioneros que llegasen fueran procesados y mantenidos durante cuatro semanas en un bloque de aislamiento de máxima seguridad, "para intensificar y aprovecharse de la desorientación y desorganización sentidas por un detenido recién llegado en el proceso de interrogatorio" y "favorecer la dependencia del detenido respecto a su interrogador". El documento está disponible en http:/ / bit.ly/1C1VOq3

19 El número ha aparecido sin censura, y el Departamento de Defensa ha reconocido que el ISN de MOS es el 760 (ver, *e.g.*, la lista difundida de los detenidos el DOD en http:/ / 1.usa.gov/1U0RH30).

20 MOS podría estar refiriéndose a Mohammed al-Amin (ISN 706), quien nació en Mauritania pero se mudó a Arabia Saudita para sus estudios religiosos, y a Ibrahim Fauzee (ISN 730), de las Maldivas. Ambos llegaron a GTMO con MOS el 5 de agosto de 2002 y fueron liberados ese día (http:/ / nyti.ms/1LE0160 y http:/ / nyti.ms/1GVnUSh).

21 Es muy posible que la palabra sea *reserva*. En algún lugar del manuscrito aparece sin censura (ver, *e.g.*, Manuscrito 69, 112 y 122).

22 Por este tiempo, los equipos del FBI que dirigían los interrogatorios incluían miembros de las Fuerzas Especiales de Investigación Criminal del Ejército y agentes de inteligencia militar. El informe del inspector general del DOJ recoge que "En mayo de 2002, el Ejército y el FBI adoptaron el concepto de 'Equipo Tigre' para interrogar a los detenidos. De acuerdo con el agente del primer caso en GTMO, estos equipos comprendían un agente del FBI, un analista, un lingüista contratado, dos investigadores el CITF y un interrogador de la inteligencia militar". El IG encontró que "el FBI renunció a participar en los Equipos Tigre en el otoño de 2002, después de surgir desacuerdos entre el FBI y la inteligencia militar en torno a las tácticas de interrogatorio. Varios agentes del FBI le dijeron al OIG que mientras su relación con el CITF seguía siendo buena, en cambio su relación con las entidades de la inteligencia militar se había deteriorado profundamente a lo largo del tiempo, principalmente debido a la oposición del FBI a la estrategia de la inteligencia militar para interrogar a los detenidos" (DOJ IG 34).

23 Como deja claro el informe del DOJIG, el FBI mantuvo el control total sobre los interrogatorios de MOS a lo largo de 2002 y principios de 2003 [DOJ IG 122].

24 El contexto aquí sugiere que el Campo Delta, donde se instalaba en el primer mes a los detenidos que llegaban, también se utilizaba como bloque de castigo para los detenidos de la población reclusa general.

25 Creo que MOS se refiere al paisaje de Cuba que rodea el campo cuando dice *llanura* (*plain*). El manuscrito revela que MOS estuvo en dos o tres bloques diferentes en el Campo Delta en los siguientes nueve meses, incluyendo un bloque que hospedaba detenidos procedentes de países europeos y norafricanos [Manuscrito, 62]. MOS indicó en la vista de la arb que estuvo alojado en el Bloque Mike del Campo Dos en torno a junio de 2002 (ARB 26).

26 Dado que esto sucedió en el período durante el cual el FBI tenía el control absoluto sobre el interrogatorio de MOS, es muy factible que este fuese otro equipo de interrogatorio dirigido por el FBI (ver la nota de la página 94).

27 Este interrogador debe de ser de la CIA. En 2013, la Associated Press informó que entre 2002 y 2005 agentes de la CIA en GTMO buscaban reclutar detenidos como informantes y agentes dobles para los Estados Unidos. La CIA también ayudó a facilitar los interrogatorios mediante agentes de inteligencia extranjeros en Guantánamo (Adam Goldman y Matt Apuzzo, "Penny Lane, otro centro secreto de la CIA", Associated Press, 26 de noviembre de 2013. Disponible en http:/ / bit.ly/1Jk0ffm).

28 Presumiblemente, el "caballero mayor" o uno de los interrogadores del FBI.

29 Las citas parecen dirigidas a dos detenidos diferentes. La palabra no censurada *Turkistán* en este pasaje insinúa que MOS podría estar refiriéndose a los interrogatorios de los detenidos de la etnia uighur por los agentes de inteligencia china en GTMO. Estos interrogatorios, que se ha informado iban precedidos de períodos de privación del sueño y manipulación de la temperatura, se revelaron por vez primera en *Análisis de la implicación del fbi y de sus observaciones de los interrogatorios a los detenidos en la bahía de Guantánamo, Afganistán e Irak*, informe del inspector general del DOJ de mayo de 2008. McClatchy Newspapers informó que los interrogatorios tuvieron lugar a lo largo de un día y medio en septiembre de 2002 (ver http:/ / bit.ly/1KpmFPs).

30 A parecer, los visitantes son alemanes. En 2008, *Der Spiegel* informó que en septiembre de 2002 dos miembros del Bundesnachrichtendienst (BND) y otro miembro de la Oficina para la Protección de la Constitución, agentes alemanes de la inteligencia nacional y extranjera entrevistaron a MOS durante 90 minutos en Guantánamo. Parece que MOS se refiere a dos de aquellos visitantes, uno mayor y otro más joven ("De Alemania a Guantánamo: La carrera del prisionero núm. 760", *Der Spiegel*, 9 de octubre de 2008. Disponible en http:/ / bit.ly/1Jk0E1g).

31 Probablemente *Herr Salahi*. Salahi es una variante gráfica del segundo apellido de MOS que se emplea generalmente en documentos judiciales de los Estados Unidos.

32 La primera fotografía probablemente es de Ramzi Bin al Shibh, que fue capturado en un tiroteo en los alrededores de Karachi, Pakistán, en aquel tiempo, el 11 de septiembre de 2002. En la vista de 2005 de la ARB, MOS le dijo al jurado: "el 11 de septiembre de 2002 los Estados Unidos arrestaron a un hombre con el nombre de Ramzi Bin al Shibh, de quien se dice es el tipo clave en los ataques del 11 de septiembre. Fue exactamente un año después del 11-S, y desde su captura mi vida ha cambiado drásticamente" (ARB 23).

33 La extensa censura que viene a continuación es una de las dos censuras de varias páginas que se encuentran en el manuscrito. La segunda, que aparece al final del Capítulo 6, parece corresponder con el examen del polígrafo que pasó MOS a finales de otoño de 2003 (Ver Gtmo II, notas 17 y 18). Es posible que esta primera extensa censura se relacione también con un examen del polígrafo. En la audiencia de 2005 de la ARB, cuando describe los interrogatorios del FBI a lo largo del invierno de 2002, MOS dijo: "Entonces pasé el polígrafo y [Ramzi Bin al-Shibh] rechazó pasar el polígrafo por muchas razones. Lo que pasa es que él es muy contradictorio y miente. Ellos mismos me dijeron esto. Dijeron que mi credibilidad es alta porque pasé el polígrafo". Tras su captura el 11 de septiembre de 2002, Ramzi Bin al-Shibh fue retenido en varios centros clandestinos de detención de la CIA. Las noticias insinuaron que Bin al-Shibh fue interrogado en un centro de la CIA cerca de Rabat, Marruecos, a finales de septiembre y a lo largo del otoño de 2002, y en 2010 el gobierno de los Estados Unidos reconoció tener en su posesión grabaciones de esos interrogatorios (ver, *e.g.*, http:/ / nyti.ms/1Jtcfhu y http:/ / apne.ws/1GI98Lr).

34 Más adelante en el texto, MOS escribe que participó en una huelga de hambre en septiembre de 2002, y la prensa tiene registros de que hubo una huelga de hambre a finales de septiembre y octubre de aquel año (ver, *e.g.*, http:/ / bit.ly/1SY632A, donde se habla de un documento del FBI que atribuye la protesta al malestar por el maltrato de los guardias y por permanecer detenidos sin un juicio o proceso judicial). La huelga ocurrió hacia el final del mandato del comandante general Michael E. Dunlavey, quien fue el comandante del JTF-170 durante las operaciones de inteligencia en Guantánamo en noviembre de 2002. Le sucedió el comandante general Geoffrey D. Miller, quien se convirtió en el comandante del JFT-GTMO, que realiza todas las operaciones en Guantánamo, en noviembre de 2002. La Comisión de los Servicios Armados del Senado ha documentado ampliamente la tendencia hacia interrogatorios más abusivos en octubre y noviembre de 2002, lo que incluía el desarrollo del primer "Plan de Interrogatorio Especial" militar para Mohammed al-Qahtani. El 2 de diciembre de 2002, el secretario de Defensa, Donald

Rumsfeld, firmó un memorándum autorizando métodos de interrogatorio que incluían desnudos, posición erguida forzada, posiciones de estrés e interrogatorios de veinte horas (Comisión de los Servicios Armados del Senado, Investigación sobre el Trato de los Detenidos bajo Custodia Estadounidense, 20 de noviembre de 2008. Disponible en http:/ / bit.ly/1KpmMdD).

35 Estamos ahora aproximadamente al final de 2002.

36 El informe de 2008 del inspector general del DOJ identifica a los dos agentes del FBI que entrevistaron a MOS desde este momento hasta que fue entregado a las Fuerzas Especiales JTF-GTMO en mayo de 2003 bajo los seudónimos de Poulson y Santiago. El contexto indica que el grupo que estaba en la habitación también incluye a un interrogador militar y a un traductor de francés. Según el informe del DOJ IG, el equipo en aquel momento también incluía a un detective de las Fuerzas Especiales contra el Terrorismo del Departamento de Policía de Nueva York, quien bajo el seudónimo de Poulson interrogó a Slahi en enero de 2003 (DOJ IG 295-299).

37 En este párrafo y el siguiente se podría estar tratando el tema de Ahmed Ressam. Ressam fue arrestado cuando intentaba entrar a los Estados Unidos desde Canadá en un coche cargado de explosivos el 14 de diciembre de 2000. Estaba decidido a planear un atentado al año siguiente contra el Aeropuerto Internacional de Los Ángeles en el Año Nuevo de 2001 como parte de lo que vino a llamarse la Conjura del Milenio. En mayo de 2001, después de declararse culpable y antes de la sentencia, Ressam empezó a cooperar con las autoridades de los Estados Unidos a cambio de una reducción de la condena. Más adelante, un Tribunal de Apelaciones Estadounidense escribió que "Ressam siguió cooperando hasta finales de 2003. A lo largo de estos dos años de colaboración hubo 65 horas de juicio y de testimonio y 205 horas de proposiciones e interrogatorios. Ressam proporcionó información al gobierno de siete países diferentes y testificó en dos juicios, que concluyeron con sendas condenas de los acusados. Dio nombres de 150 personas implicadas en terrorismo y describió a muchas otras. También facilitó información sobre los explosivos que potencialmente salvaron la vida de los agentes del orden público e información detallada sobre los mecanismos de las operaciones del terrorismo global". Como MOS indica aquí, Ressam nunca lo nombró o lo implicó de alguna manera en todas aquellas sesiones. Más adelante, se retractó de parte de los testimonios en los que involucraba a otros en la Conjura del Milenio. Inicialmente se le condenó a 22 años, con cinco de supervisión después de que fuera liberado. En 2010, el Tribunal de Apelaciones del Noveno Circuito reguló que la sentencia era demasiado indulgente y violaba directrices obligatorias para la imposición de condenas, y devolvió la causa a un juez federal para la celebración de un nuevo juicio ("Tribunal de Apelaciones del Noveno Circuito". Disponible en http:/ / 1.usa.gov/1CECyJS").

38 Esta podría ser la interrogadora del NYPD que el informe del DOJIG señala como parte del equipo de interrogatorio en enero de 2003. El informe describe a un detective del NYPD al que MOS identificaba como Tom, quien "le dijo a Slahi que si no explicaba ciertas llamadas telefónicas, lo iban a enviar a un 'sitio muy malo'" (DOJ IG 299).

ANTES

2

Senegal – Mauritania

21 de enero — 19 de febrero de 2000

Primer arresto en Senegal ... Vuelta a casa escoltado ...
Primer interrogatorio en Mauritania ... Atrapado en un callejón sin salida ... Los Estados Unidos dramatizan el asunto

Un cuento tradicional de Mauritania nos habla de alguien que tenía fobia a los gallos y se volvía loco cada vez que se encontraba con uno.

—¿Por qué le dan tanto miedo los gallos? —le preguntó el psiquiatra.

—El gallo piensa que soy un grano de maíz.

—No eres un grano de maíz. Eres un hombre muy grande. Nadie podría confundirte con un pequeño grano de maíz —dijo el psiquiatra.

—Eso lo sé, doctor. Pero el gallo no. El trabajo de usted consiste en ir y convencerlo de que no soy un grano de maíz.

El hombre nunca se curó, puesto que hablar con un gallo es imposible. Fin de la historia.

He estado tratando de convencer al gobierno de los Estados Unidos de que no soy un grano de maíz.

Todo empezó en enero de 2000, cuando estaba de regreso en Mauritania después de haber vivido 12 años en el extranjero. A las 8 de la tarde del día / / / / / / / / / / / / / / / / / / /, mis amigos / me dejaron en el Aeropuerto Dorval, en Montreal. Tomé el vuelo nocturno de Sabena Airlines hacia Bruselas, y mi viaje continuaría hacia Dakar al mediodía siguiente.[1] Llegué a Bruselas por la mañana, adormilado y agotado. Después de recoger mi equipaje, me derrumbé en uno de los bancos de la zona internacional, con mi bolsa como almohada. Una cosa era segura: estaba tan cansado que cualquiera podría haberme robado la maleta. Dormí una o dos horas, y cuando desperté busqué un baño donde poder lavarme las manos y un lugar para rezar.

El aeropuerto era pequeño, pulcro y limpio, con restaurantes, tiendas *duty-free*, cabinas telefónicas, computadoras con acceso a internet, una mezquita, una iglesia, una sinagoga y una oficina de apoyo psicológico para los ateos. Le di un repaso a todas las casas de Dios, y fue impresionante. Pensé: *Este país podría ser un lugar donde me gustaría vivir. ¿Por qué no voy y pido asilo?* No tendría problema; hablo el idioma y tengo formación suficiente para conseguir un trabajo en el centro de Europa. De hecho, he estado en Bruselas, y me gustó su vida multicultural y lo polifacética que es la ciudad.

Dejé Canadá fundamentalmente porque los Estados Unidos me habían echado encima sus servicios de seguridad; pero no me arrestaron, tan solo empezaron a vigilarme. Es mejor que te vigilen a que te metan entre rejas, ahora me doy cuenta. Finalmente, se hubieran dado cuenta de que no soy un criminal. “Nunca aprendo”, como siempre decía mi madre. Nunca imaginé que ese país estuviera tratando maliciosamente de meterme en un lugar donde la ley no cuenta.

La frontera estaba a unos palmos de distancia. Si hubiera cruzado esa frontera, nunca hubiera escrito este libro.

En lugar de eso, en la pequeña mezquita llevé a cabo el ritual de lavarme y rezar. Estaba muy tranquila, envuelta en paz. Estaba tan cansado que me tumbé allí dentro, y leí el Corán un tiempo hasta que me quedé dormido.

Me despertaron los movimientos de un hombre que entró a rezar. Daba la impresión de que conocía el lugar y de que había transitado por el aeropuerto muchas veces.

/ /

/ /. Nos saludamos después de que terminó de rezar.

—¿Qué haces aquí? —me preguntó.

—Voy de tránsito. Vengo de Canadá y me dirijo a Dakar.

—¿De dónde eres?

—De Mauritania. ¿Y tú?

—Soy de Senegal. Comercio entre mi país y los Emiratos. Estoy esperando el mismo vuelo que tú.

—¡Bien! —dije.

—Vamos a descansar. Soy miembro del Club… —propuso… no me acuerdo del nombre. Fuimos al club y fue increíble: televisión, café, té, galletas, un confortable sofá, periódicos. Me sentía abrumado; estuve la mayor parte del tiempo durmiendo en el sofá. En cierto momento, mi nuevo / / / / / / / / / / / / / / / amigo quiso comer, y me despertó para que lo acompañara. Estaba preocupado por si no podía volver a entrar al no tener la credencial del club. Me habían dejado entrar solo porque mi amigo / / / / / / / / / / / / / / mostró su credencial de socio. Sin embargo mi estómago rugía fuerte, y decidí salir y comer algo. Me dirigí al mostrador de Sabena Airlines, pedí un ticket de comida y luego busqué un restaurante. La mayoría de la comida contenía carne de cerdo, así que me decidí por un plato vegetariano.

Regresé al club y esperé hasta que nos llamaron a mi amigo y a mí para el vuelo 502 de Sabena a Dakar. Me decidí por Dakar porque era bastante más barato que volar directamente a Nouakchott. Dakar está a solo unas 300 millas de Nouakchott y me había organizado con mi familia para que me recogieran allí. Hasta ahí todo iba bien; la gente hace esto habitualmente.

En el vuelo me sentí lleno de energía porque había tenido un descanso reparador en el aeropuerto de Bruselas. A mi lado iba una joven francesa que vivía en Dakar pero que estaba estudiando Medicina en Bruselas. Iba pensando que a mis hermanos no les daría tiempo de llegar al aeropuerto a la hora convenida, de modo que tendría que pasar un tiempo en un hotel. La chica francesa amablemente me ilustró sobre los precios en Dakar y cómo la gente de Senegal intenta cobrar de más a los extranjeros, especialmente los taxistas.

El vuelo tardó unas cinco horas. Llegamos alrededor de las 11 de la noche y todo el formalismo duró una media hora. Cuando retiré mi maleta de la banda de equipajes, me di de bruces con mi amigo / / / / / / / / / / / / / / / / y nos despedimos.[2]

En cuanto me giré arrastrando mi maleta, vi a mi hermano / sonriendo; era evidente que me había visto antes que yo a él. / iba acompañado por mi otro hermano / y dos amigos suyos que no conocía.

/ agarró mi bolsa y nos fuimos hacia el estacionamiento. Me agradó la cálida temperatura nocturna que me invadió tan pronto como traspasé la puerta. Íbamos hablando, preguntándonos unos a otros con excitación cómo iban las cosas. Cuando cruzamos la calle, honestamente no puedo describir lo que me sucedió. Lo único que sé es que en menos de un segundo tenía las manos esposadas detrás de la espalda y me acorralaba un puñado de fantasmas que me apartaron del resto de mis acompañantes. En un primer momento pensé que era un asalto; pero, como se demostró más adelante, se trataba de un robo de otra clase.

“Te arrestamos en nombre de la ley”, dijo un agente especial mientras bloqueaba las esposas alrededor de mis manos.

“¡Me arrestan!”, grité a mis hermanos, a los que no pude ver más. Me imagino que tuvo que ser doloroso para ellos perderme de vista así de repente. No sabía si me oían o no, pero, efectivamente parece que me habían oído, porque mi hermano / todavía se burla de mí diciéndome que fui un cobarde porque pedí ayuda. Puede que no haya sido valiente, pero eso es lo que ocurrió. Y lo que no sabía es que mis dos hermanos y sus dos amigos fueron detenidos al mismo tiempo. Sí, sus dos

amigos; uno que vino con mis hermanos desde Nouakchott y el otro, su hermano, que vive en Dakar y había venido manejando con ellos al aeropuerto, justo a tiempo para ser arrestado por pertenecer a una “banda”. ¡Qué suerte la suya!

La verdad es que no estaba preparado para esta injusticia. Si hubiera sabido que los investigadores estadounidenses actuaban así, no hubiera dejado Canadá, ni siquiera Bélgica cuando estaba en tránsito. ¿Por qué los Estados Unidos no me arrestaron en Alemania? Alemania es uno de sus más estrechos aliados. ¿Por qué no me arrestaron en Canadá? Canadá y los Estados Unidos son países muy próximos. Los interrogadores e investigadores estadounidenses afirmaban que huí de Canadá por miedo a ser arrestado, pero eso no tiene ningún sentido. En primer lugar, me marché usando mi pasaporte, con mi nombre real, después de pasar todos los trámites, incluyendo todo tipo de registros. En segundo lugar, ¿dónde es mejor ser arrestado: en Canadá o en Mauritania? ¡Por supuesto, en Canadá! ¿O por qué los Estados Unidos no me arrestaron en Bélgica, donde estuve casi 12 horas?

Entiendo la rabia y la frustración de los Estados Unidos por los ataques terroristas. Sin embargo, asaltar a individuos inocentes y hacerlos sufrir, en busca de confesiones falsas, no ayuda a nadie. En cambio, lo hace más difícil. En todo caso, le diría a los agentes estadounidenses: “¡Tranquilos, hombre! ¡Piensen antes de actuar! ¡Valoren al menos la posibilidad, por pequeña que sea, de que están equivocados antes de herir irreversiblemente a alguien!”. Pero cuando sucede algo trágico, las personas se vuelven locas y pierden el control. Me han interrogado cerca de cien interrogadores a lo largo de los últimos seis años, y todos ellos tienen algo en común: confusión. Tal vez el gobierno es lo que quiere, ¿quién sabe?

Sea como sea, la policía local del aeropuerto intervino al ver el jaleo –las Fuerzas Especiales iban vestidas de paisano, así que no había forma de diferenciarlas de un grupo de bandidos intentando robar a alguien–, pero el tipo detrás de mí mostró una insignia mágica que hizo a los policías retirarse inmediatamente. Los cinco fuimos metidos en una vagoneta de

ganado, y enseguida se nos unió otro amigo, el hombre que había conocido en Bruselas, simplemente porque nos vieron despedirnos en la banda de equipajes.

Los guardias se subieron con nosotros. El líder del grupo se sentó adelante, en el asiento del copiloto, pero podía vernos y escucharnos porque había desaparecido el cristal que normalmente separa al conductor del ganado. El camión despegó como en una persecución de Hollywood. “Nos vas a matar”, debió de decir uno de los guardias, porque el conductor redujo un poco la velocidad. El chico de Dakar que fue al aeropuerto con mis hermanos estaba fuera de sí. Cada cierto tiempo espetaba algunas palabras indescriptibles que expresaban su preocupación y desasosiego. Al parecer, el chico pensó que yo era un traficante de droga, y ¡se sintió aliviado cuando la sospecha se dirigió hacia el terrorismo! Dado que yo era el protagonista de la escena, me sentí mal por causarle tantos problemas a tanta gente. Mi único consuelo era que no había sido mi intención –y también, en aquel momento, el miedo abrumaba al resto de mis emociones.

Cuando me senté en el rústico suelo, me sentí mejor entre la cálida compañía, incluyendo a los agentes de las Fuerzas Especiales. Empecé a recitar el Corán.

“¡Cállate!”, dijo el jefe en la parte delantera. No me callé; bajé la voz, pero no lo suficiente para él. “¡Cállate!”, dijo, esta vez amenazándome con su porra. “¡Estás tratando de hechizarnos!”. Supe que hablaba en serio, así que recé en silencio. No había intentado hechizar a nadie, ni sabía cómo hacerlo. Los africanos son la gente más crédula que he conocido.

El trayecto duró entre 15 y 20 minutos, así que era poco después de pasada la medianoche cuando llegamos a la Comisaría de Policía. Los cerebros de la operación se quedaron detrás del camión y establecieron una conversación con el amigo de Bruselas. No entendía ni una palabra; estaban hablando en una lengua local.[3] Tras una corta discusión, el hombre tomó su pesada maleta, se bajó y se fue. Cuando más tarde le pregunté a mis hermanos qué le había dicho a la policía, me dijeron que les aseguró que solo me había visto en Bruselas y nunca antes, y que no sabía que yo fuera un terrorista.

Ahora estábamos cinco personas enjauladas en el camión. Estaba muy oscuro afuera, aunque se apreciaba gente yendo y viniendo. Esperamos entre cuarenta minutos y una hora en el camión. Me puse más nervioso y me asusté, especialmente cuando el tipo en el asiento del copiloto dijo: "Odio trabajar con los blancos". O puede que usara la palabra *moros*, lo que me hizo pensar que esperaban a un equipo mauritano. Empecé a tener náuseas. Tenía el corazón en un puño y me sentía desamparado. Pensé en todas las clases de tortura que había oído y la que podría tocarme aquella noche. Me quedé ciego, como con una espesa nube puesta en frente de los ojos; no podía ver nada. Me quedé sordo; después de aquella frase, todo lo que podía oír eran susurros indiferenciados. Perdí la noción de la presencia de mis hermanos conmigo en el mismo camión. Acepté que solo Dios podía ayudarme en mi situación. Dios no falla nunca.

"Baja", chilló el hombre con impaciencia. Me moví como pude, y uno de los guardias me ayudó a bajar de un salto el escalón. Nos introdujeron en una pequeña sala llena de mosquitos, justo a tiempo para que diera comienzo su festín. Ni siquiera esperaron a que estuviésemos dormidos; fueron directamente a lo suyo, lanzándose sobre nosotros. Lo gracioso sobre los mosquitos es que son tímidos en pequeños grupos y muy voraces en los grandes. En grupos pequeños esperan a que te duermas. No así en grupos grandes, cuando comienzan a molestarte inmediatamente, como diciendo: "¿Qué pasa?". Y en efecto, no hay nada que puedas hacer. El escusado estaba indecente, lo que creaba un ambiente ideal para la cría del mosquito.

Yo era la única persona esposada. "¿Te he lastimado?", preguntó el tipo mientras me quitaba las esposas.

"No, no lo has hecho". Al mirar, me di cuenta de que ya tenía marcas alrededor de las muñecas. Los agentes empezaron a sacarnos uno a uno para interrogarnos, comenzando por los forasteros. Fue una noche muy larga, espantosa, oscura y sombría.

***

Me llegó el turno poco antes de los primeros rayos del día.

Había dos hombres en la habitación del interrogatorio /, un interrogador masculino y su secretario.[4] La / / / / / / / / / / / / / / jefa de Policía dirigía la comisaría, pero / / / / / / / / no tomaba parte en el interrogatorio; / / / / / / / / / / / / / parecía tan cansada que / / / / / / / / / / / se quedó dormida de aburrimiento varias veces. La / / / / / / / / / / / / / / / / / estadounidense tomaba notas y algunas veces / / / / / / / / / / / / / / se las pasaba al interrogador. Era un / / / / / / / / / / / / / / / / / / / tranquilo, escuálido, inteligente, religioso y reflexivo.

—Tenemos acusaciones muy graves contra usted —dijo, sacando una gruesa pila de papeles de un sobre amarillo brillante. Antes de que los hubiera sacado, se diría que los había estado leyendo muchas veces. Y yo ya sabía de lo que estaba hablando porque los canadienses ya me habían interrogado.

—Yo no he hecho nada. Los estadounidenses quieren manchar al Islam culpando a los musulmanes de cosas horribles.

—¿Conoces a /?[5]

—No, no lo conozco. Incluso pienso que toda esta historia es una farsa para dar salida al presupuesto destinado al terrorismo y hacer daño a los musulmanes —fui muy honesto con lo que dije. Entonces no sabía ni la mitad de las cosas que ahora sé. Creía demasiado en teorías conspiracionistas, aunque quizá no tanto como el gobierno de los Estados Unidos.

El interrogador también me preguntó por unas cuantas personas más, la mayoría desconocidas para mí. La gente que yo conocía no estaba metida en crímenes de ningún tipo, al menos que yo supiera. Finalmente, el senegalés me preguntó por mi postura ante los Estados Unidos y por qué había pasado por su país. No lograba entender por qué razón mi posición hacia el gobierno de los Estados Unidos podía importarle a alguien. Yo no soy ciudadano estadounidense, ni he pretendido entrar en los Estados Unidos, ni trabajo para las Naciones Unidas. Además, siempre podría mentir. Digamos que me encantan los Estados Unidos, o que los detesto,

realmente no importa en tanto no haya cometido crímenes contra ellos. Le expliqué todo esto al interrogador senegalés con una claridad que no dejó lugar a dudas sobre mis circunstancias.

"¡Se te ve muy cansado! Te propongo que te vayas a dormir un poco. Ya sé que es duro", dijo. Por supuesto, estaba muy cansado, hambriento y sediento. Los guardias me condujeron de vuelta a la sala en la que mis hermanos y los otros dos chicos estaban tumbados en el suelo, luchando contra las muy eficaces Fuerzas Aéreas Senegalesas de Mosquitos/ / / / / / / / / / / / / / /. No tuve más suerte que los demás. ¿Dormimos? En realidad, no.

Temprano en la mañana se presentaron el interrogador y su asistente. Liberaron a los dos muchachos y me llevaron a mí y a mis hermanos a la sede del Ministerio del Interior. El interrogador, que resultó ser un alto cargo del gobierno senegalés, me llevó a su oficina e hizo una llamada al Ministerio de Asuntos Exteriores.

"El hombre que tengo enfrente no es el líder de una organización terrorista", dijo. No pude oír lo que dijo el ministro. "En lo que a mí respecta, no tengo ningún interés en mantener a este hombre en la cárcel, ni tengo una razón", continuó el interrogador. La llamada telefónica fue corta y directa. Mientras tanto, mis hermanos se iban acomodando; compraron algunas cosas y empezaron a preparar el té. El té es lo que mantiene viva a la gente de Mauritania, con la ayuda de Dios. Mucho tiempo había pasado desde la última vez que habíamos comido o bebido algo, pero la primera cosa en la que pensamos fue en el té.

Me alegré porque no parecía que el montón de papeles sobre mi persona que el gobierno de los Estados Unidos le había proporcionado al senegalés lo hubiera impresionado. A mi interrogador no le llevó mucho tiempo entender la situación. Mis dos hermanos iniciaron con él una conversación en wolof. Cuando les pregunté sobre qué trataba la conversación, me dijeron que el gobierno senegalés no estaba interesado en retenerme, pero que los Estados Unidos estaban al mando. Eso no nos gustaba a nadie, porque teníamos una idea de lo que pasaría.

"Estamos esperando que se presenten algunas personas de la embajada norteamericana", dijo el interrogador. A las 11 en punto apareció una / / / / / / / estadounidense de color.[6] / / / / / / / / / / / / tomó fotos y huellas y registró

lo que el secretario había escrito aquella mañana. Mis hermanos se sintieron más a gusto con la / / / / / / / / / / / / negra que con la / / / / / / / / / / / / / blanca de la noche anterior. La gente se siente más a gusto con lo que está acostumbrada a ver, y puesto que el 50% de los mauritanos son personas de raza negra, mis hermanos podían relacionarse con ellos mejor. Sin embargo, se trataba de una visión muy inocente: en cualquier caso, negra o blanca, / / / / / / / / / / / / / / / / / / era tan solo una mensajera.

Después de terminar su trabajo, / hizo un par de llamadas, se llevó al interrogador aparte y habló con él brevemente. A continuación / / / / / / / / / / / / / / / se fue. El inspector nos informó que mis hermanos podían irse y que a mí se me retendría por desacato un tiempo.

—¿Cree que podamos esperar hasta que lo liberen? —preguntó mi hermano.

—Sugiero que se marchen a casa. Si lo liberan, sabrá llegar.

Mis hermanos se fueron y se sintieron abandonados y solos, aunque creo que hicieron lo correcto.

En los siguientes dos días el senegalés siguió preguntándome por las mismas cosas; los investigadores norteamericanos le enviaban las preguntas. Eso fue todo. El senegalés no me hizo ningún daño, ni me amenazó. Puesto que la comida en prisión era horrible, mis hermanos se arreglaron con una familia que conocían en Dakar para que me llevaran una comida diaria, lo que hicieron regularmente.

Mi preocupación, como he dicho, era y aún es convencer al gobierno de los Estados Unidos de que no soy un grano de maíz. El único compañero detenido en la cárcel senegalesa tenía otra preocupación diferente: introducirse ilegalmente en Europa o en América. Definitivamente teníamos objetivos distintos. El joven de Costa de Marfil estaba decidido a abandonar África.

—No me gusta África —me dijo—. Muchos de mis amigos han muerto. Todos son muy pobres. Quiero ir a Europa o a América. Lo he intentado dos veces. La primera intenté colarme a Brasil burlando a los oficiales portuarios; pero un tipo africano nos delató a las autoridades brasileñas y nos metieron entre rejas hasta que fuimos deportados de vuelta a África. Brasil es un país muy bonito, con mujeres hermosas —añadió.

—¿Cómo puedes decir eso? ¡Estuviste en la cárcel todo el tiempo! —lo interrumpí.

—Sí, pero de vez en cuando los guardias nos acompañaban por los alrededores, después nos llevaban de regreso a la prisión —sonrió.

—Sabes, hermano, la segunda vez casi llego a Irlanda —continuó su relato—. Pero el / / / / / / / / / / / / / / implacable me retuvo en el barco y consiguió que me atraparan en la aduana.

Suena a Columbus, pensé.

—Para empezar, ¿cómo te subiste a bordo? —le pregunté.

—Es muy fácil, hermano. Soborné a algunos trabajadores del puerto. Aquella gente me metió a escondidas en el barco que iba a Europa o a América. No importaba, en realidad. Me escondí entre los contenedores alrededor de una semana hasta que se me acabaron las provisiones. En ese momento, salí y me mezclé con la tripulación. Al principio se volvieron locos. El capitán del barco que iba a Irlanda se enojó tanto que quería arrojarme al agua.

—¡Qué animal! —lo interrumpí. Sin embargo, mi amigo siguió hablando.

—Pero después de un tiempo, la tripulación me aceptó, me dieron de comer y me pusieron a trabajar.

—¿Cómo te atraparon esta vez?

—Me traicionaron los contrabandistas. Me dijeron que el barco se dirigía a Europa sin escalas. Pero hicimos una parada en Dakar, y Aduanas me sacó del barco, y ¡aquí estoy!

—¿Cuál es tu próximo plan?

—Voy a trabajar, ahorrar algún dinero e intentarlo otra vez.

Mi compañero de prisión estaba decidido a salir de África a cualquier costo. Es más, estaba seguro de que un día iba a poner un pie en la tierra prometida.

—Mira, lo que ves en la televisión no es la vida real en Europa —le dije.

—¡No! —respondió—. A mis amigos los han metido en Europa y llevan una buena vida. Mujeres bonitas y mucho dinero. África está mal.

—Igualmente fácil es acabar en la cárcel en Europa.

—No me importa. La cárcel en Europa está bien. África está mal.

Tomé como un hecho que el muchacho estaba completamente cegado por el mundo rico que deliberadamente nos muestran a los pobres africanos como el paraíso al que no podemos entrar, aunque en algo tenía razón. En Mauritania, la mayor parte de la gente joven quiere emigrar a Europa o a los Estados Unidos. Si las políticas en los países africanos no cambian radicalmente para mejorar, vamos a vivir una catástrofe que afectará al mundo entero.

Su celda era un desastre. La mía estaba un poco mejor. Tenía un finísimo colchón desgastado, mientras él no tenía más que un trozo de cartón para dormir. Solía darle mi comida, porque cuando estoy nervioso no puedo comer. Además, me traían buena comida de fuera, y él solo tenía la mala comida de la prisión. Los guardias nos dejaban estar juntos durante el día y lo encerraban por la noche. Mi celda estaba siempre abierta. La víspera de mi extradición a Mauritania, el embajador de Costa de Marfil vino a confirmar la identidad de mi compañero de prisión. Por supuesto, no tenía papeles de ningún tipo.

***

—¡Te liberamos! —dijo alegremente el secretario que había estado interrogándome los últimos días.

—¡Gracias! —lo interrumpí, mirando en dirección a La Meca y postrándome ante Dios por mi libertad.

—Sin embargo, tenemos que devolverte a tu país.

—No, conozco el camino; lo haré por mí mismo —dije inocentemente, pensando que realmente no quería regresar a Mauritania, sino quizá a Canadá o a algún otro lugar. Ya me habían hecho suficiente daño.

—Lo siento, ¡tenemos que devolverte nosotros!

Toda mi alegría se tornó en agonía, miedo, nerviosismo, desamparo, confusión y otros sentimientos que no puedo describir.

—¡Recoge tus cosas! —dijo el hombre—. Nos vamos.

Empecé a recoger mis pertenencias, con el corazón roto. El inspector agarró la bolsa más grande y yo tomé mi pequeño maletín. Durante mi arresto los estadounidenses habían copiado todos los papeles que tenía y los habían enviado a analizar a Washington.

Eran pasadas las cinco de la tarde cuando cruzamos la puerta de la Commissariat de Police. Enfrente se encontraba un Mitsubishi SUV. El inspector puso mis maletas en el camión y nos sentamos detrás. A mi izquierda se sentaba un guardia que no había visto antes, mayor y corpulento. Estaba tranquilo y más bien despreocupado. Miraba hacia adelante la mayoría del tiempo; solo rara vez me dirigía una mirada de soslayo. Odio cuando los guardias me miran fijamente como si no hubieran visto un mamífero en su vida. A mi derecha estaba el inspector que había tomado nota. En el asiento del copiloto se sentaba el jefe de los interrogadores.

El conductor era un / [7] A juzgar por su bronceado, diría que había pasado un tiempo en algún lugar cálido pero no en Senegal, porque el interrogador lo guiaba continuamente hasta el aeropuerto. O quizá buscaban la mejor ruta, no podría decirlo. Hablaba francés con un acento fuerte, aunque era parco en la conversación. Se limitaba a lo estrictamente necesario. Nunca me miraba o me dirigía la palabra. Los otros dos interrogadores intentaron hablarme pero no les respondí; yo seguía leyendo mi Corán silenciosamente. Por respeto, los senegaleses no me confiscaron el Corán; no así los mauritanos, jordanos y estadounidenses.

Tardamos unos 25 minutos en llegar al aeropuerto. El tráfico estaba tranquilo en los alrededores y dentro de la terminal. El conductor blanco encontró rápidamente un lugar para estacionarse. Nos bajamos del camión, los guardias con mi equipaje, y todos pasamos por los trámites diplomáticos necesarios de camino hacia la sala de espera. Era la primera vez que me saltaba las formalidades civiles al dejar un país para dirigirme a otro. Era un lujo, pero no lo disfruté. En el aeropuerto todos parecían estar preparados. A la cabeza del grupo iban el muchacho blanco y el interrogador mostrando

sus placas mágicas, llamando la atención de todo el mundo. Se podía ver cómo el país no tenía soberanía: era la colonización en su más oscura estampa. En el supuesto mundo libre en que vivimos, los políticos predican cosas como la defensa de la democracia, la libertad, la paz y los derechos humanos: ¡Qué hipocresía! Y todavía hay mucha gente que cree esta basura de propaganda.

La sala de espera estaba vacía. Todos nos sentamos, y uno de los senegaleses tomó mi pasaporte, salió y lo selló. Imaginé que tomaría el vuelo regular de Air Afrique que estaba programado ese mediodía con dirección a Nouakchott. Pero no me llevó mucho tiempo darme cuenta de que tenía un avión para mí solo. En cuanto regresó el senegalés con mi pasaporte sellado, los cinco nos dirigimos hacia la pista, donde un pequeño avión blanco tenía los motores encendidos. El hombre estadounidense nos hizo un gesto para que nos quedásemos detrás y cruzó unas palabras con el piloto. Tal vez estuviera con él también el interrogador, no lo recuerdo. Estaba demasiado asustado para memorizarlo todo.

En breve, nos dijeron que subiéramos. El avión era bastante pequeño. Éramos cuatro y apenas si podíamos acomodarnos en la cabina bajando la cabeza y doblando la espalda. El piloto tenía el sitio más confortable. Era una mujer francesa, a juzgar por su acento. Era muy locuaz y, al contrario que los demás, rubia y muy delgada. No me dirigió la palabra, pero intercambió algunas frases con el inspector a lo largo del viaje. Más tarde me enteré de que les habló a sus amigos en Nouakchott del paquete secreto que entregó desde Dakar. El guardia más corpulento y yo nos escurrimos apretadamente en el asiento de atrás, enfrente del inspector, quien tenía un sitio un poco mejor que nosotros. Era obvio que el avión iba sobrecargado.

El interrogador y el hombre estadounidense esperaron hasta asegurarse de que el avión despegaba. No presté atención a la conversación que mantenían el piloto y el inspector, pero en algún momento escuché que ella decía que el viaje sería de 300 millas y duraría entre 45 minutos y una hora, dependiendo de la dirección del viento. Sonaba tan medieval. El inspector intentó hablarme pero no había nada de qué hablar. Para mí, ya estaba todo dicho y hecho. Supuse que no podía decirme nada que me fuese de ayuda, de modo que ¿para qué hablar con él?

No me gusta nada viajar en aviones pequeños porque son inestables y siempre pienso que los va a tirar el viento. Pero esta vez era diferente, no estaba asustado. De hecho, quería que el avión se estrellara conmigo como único superviviente. Sabría cómo encontrar mi camino; era mi país, nací aquí y cualquiera me daría comida y cobijo. Me sumergí en mis sueños, pero el avión no colisionó; sino que se acercaba más y más a su destino. El viento soplaba a favor. Pensé en todos los hermanos inocentes que aún hoy son llevados a lugares y países extraños, y me sentí consolado y no tan solo. Sentí que me acompañaban los espíritus de todos los que sufren un trato injusto. Había oído muchas historias de hermanos que eran traídos y llevados como un balón de futbol simplemente porque habían estado una vez en Afganistán, en Bosnia o en Chechenia. ¡Un desastre humano! A miles de kilómetros de distancia, sentí el cálido aliento de aquellos seres humanos que me reconfortaban. Me aferré todo el tiempo a mi Corán, ignorando lo que me rodeaba.

Mis acompañantes parecían divertirse hablando del clima y disfrutando de las vistas de la playa que habíamos estado sobrevolando todo el tiempo. No creo que el avión tuviera ningún tipo de tecnología de navegación porque el piloto mantenía la altitud irrisoriamente baja y se orientaba con la línea de la costa. A través de la ventana comencé a ver los pequeños pueblos que rodean Nouakchott cubiertos de arena, tan tristes como sus posibilidades. Estaba claro que había habido una tormenta de arena el día anterior; la gente iba asomándose al exterior gradualmente. Las afueras de Nouakchott aparecían más miserables que nunca, atestadas, pobres, sucias y sin rastro de infraestructura urbana. Era el gueto Kebba, que conocía bien. El avión voló tan bajo que podía reconocer a cada una de las personas que se movían por todas partes, aparentemente desorientadas.

Había pasado mucho tiempo desde la última vez que vi mi país –en realidad, desde agosto de 1993–. Regresaba, pero esta vez como sospechoso de terrorismo al que iban a esconder en algún secreto agujero. Quería gritarle muy fuerte a mi gente: “¡Estoy aquí! ¡No soy un criminal! ¡Soy inocente! ¡Soy el hombre que conocieron, no he cambiado!”. Pero me oprimía la voz, como en una pesadilla. No podía reconocer nada; el mapa de la ciudad había cambiado radicalmente.

Finalmente, me di cuenta de que el avión no iba a estrellarse y de que yo tendría la oportunidad de hablar con mi gente. Es sorprendente lo difícil que puede resultar aceptar lo miserable de la propia situación. La clave de la supervivencia en cualquier situación es darse cuenta de que se está en ella. Quisiera o no, iba a ser entregado a las personas que precisamente no quería ver.

—¿Puedes hacerme un favor? —le pregunté al inspector.

—¡Por supuesto!

—Me gustaría que le informaras a mi familia que estoy en el país.

—De acuerdo. ¿Tienes el número de teléfono?

—Sí, lo tengo.

No me lo esperaba, pero el inspector llamó a mi familia y les habló de mi realidad. Es más, el senegalés hizo una declaración oficial a la prensa informando que me devolvían a mi país. Tanto a los mauritanos como a los estadounidenses les tocó mucho las narices aquello.

—¿Qué le dijiste al inspector? —me preguntó más tarde el DSE mauritano, el Directeur de la Sûrete de l'État.[8]

—Nada.

—Estás mintiendo. Le dijiste que llamara a tu familia.

No hacía falta que David Copperfield dijera que la llamada telefónica había sido interceptada.

La entrega fue rápida. Tomamos tierra cerca de la entrada trasera del aeropuerto, donde nos esperaban dos hombres, el inspector mauritano y otro tipo grande y negro que daba miedo, probablemente contratado para hacerse cargo de ciertos asuntos, ¡por si acaso!

"¿Dónde está el jefe de Policía del aeropuerto?", se preguntó el inspector mirando a su colega de color. Yo conocía a ese personaje: una vez estuvo en Alemania, lo alojé y lo ayudé a comprarse un Mercedes-Benz. Tenía la esperanza de que apareciera, me viera y pudiera dar buenas referencias de mí. Pero no apareció. Ni tampoco hubiera dado buenas referencias mías: la inteligencia mauritana es la mayor autoridad en el cumplimiento de la ley. Pero me estaba ahogando y me hubiera agarrado a un clavo ardiendo.

—Serán escoltados hasta el hotel para pasar la noche —dijo el inspector a sus huéspedes.

—¿Cómo estás? —me preguntó con falsedad, mirándome.

—Estoy bien.

—¿Esto es todo lo que tiene? —preguntó.

—Así es —vi pasar todas mis pertenencias como si hubiera muerto.

—¡Vámonos! —me dijo el inspector. El hombre de raza negra, que no me perdía de vista, transportaba mi equipaje y me llevaba detrás de él hacia una pequeña y sucia habitación en la entrada secreta del aeropuerto. En la sala, el tipo desenrolló un sucio y negro turbante de mil años de antigüedad.

—Cúbrete la cara completamente con este turbante —dijo el inspector.

Típicamente mauritano: aún dominaba el espíritu beduino. El inspector debería haber previsto que iba a necesitar un turbante para envolverme la cabeza; pero en Mauritania la organización es inexistente, todo se deja al azar. Era complicado, pero aún no me había olvidado de cómo ponerme el turbante en la cabeza. Es algo que las personas del desierto deben aprender. El turbante olía a sudor acumulado. Era bastante desagradable tenerlo alrededor de la nariz y la boca. Pero diligentemente obedecí las órdenes y contuve la respiración.

—No mires a tu alrededor —dijo el inspector cuando los tres salimos de la habitación hacia el coche de la Policía Secreta, un /. Me senté en el asiento del copiloto. El inspector conducía y el chico de color se sentó en el asiento de atrás sin decir una palabra. Estaba anocheciendo, aunque no era fácil asegurarlo porque una nube de arena cubría el horizonte. Las calles estaban vacías. Cada vez que podía infringía las normas y miraba alrededor, pero nada pude reconocer.

El viaje fue corto, unos diez minutos hasta el edificio de las Fuerzas de Seguridad. Nos bajamos del coche y entramos en el edificio, donde otro guardia nos estaba esperando, /. Era el ambiente ideal para los mosquitos; los seres humanos somos extraños en ese lugar: baños mugrientos, suelos y paredes sucias, agujeros que conectaban todas las habitaciones, hormigas, arañas, moscas.

—Cachéale a conciencia —le dijo el inspector a / / / / / / / / / / / / / / / / / / .

—Dame todo lo que tengas —/ me pidió respetuosamente, evitando tener que registrarme. Le di a / / / / / / / / / / / / / / / / / / / todo lo que tenía, a excepción de mi Corán de bolsillo. El inspector debió de darse cuenta de que tenía uno, porque / / / / / / / / / / / / / / / / / / / regresó y dijo—: ¿Tienes un Corán?

—Sí, lo tengo.

—¡Dámelo! Te dije que me dieras todo.

En aquel momento el guardia empezó a asustarse por haber tenido que volver, así que me registró cuidadosamente, aunque no encontró nada más que mi Corán de bolsillo. Estaba tan triste, cansado y aterrorizado, que no pude sentarme derecho. Coloqué mi chaqueta sobre el rostro y caí sobre un fino, raído y viejo colchón, único objeto que había en la habitación. Deseaba dormirme, olvidarme de mí mismo y no despertar hasta que toda desgracia hubiera pasado. *¿Cuánto dolor puedo soportar?*, me pregunté. ¿Puede mi familia interceder y salvarme? ¿Hay electricidad? Había escuchado historias sobre personas que fueron torturadas hasta la muerte. ¿Cómo podría soportarlo? Había leído sobre héroes musulmanes que habían enfrentado la pena de muerte con la cabeza alta. ¿Cómo lo hicieron? No lo sabía. Todo lo que sabía es que me sentía pequeño ante aquellos nombres conocidos por mí y que estaba muerto de miedo.

A pesar de que los mosquitos me estaban destrozando, me dormí. Cada cierto tiempo me despertaba y me preguntaba: *¿Por qué no me interrogan ahora mismo y hacen conmigo lo que quieran para que todo se acabe de una vez?* Detesto esperar la tortura. Hay un proverbio árabe que dice: “Esperar la tortura es peor que la tortura”. Tan solo puedo confirmar el proverbio. Intenté rezar. ¿Cómo? No lo sé.

***

Alrededor de la medianoche me desperté con el ruido de gente moviéndose, abriendo y cerrando puertas de una forma descomunal. El guardia abrió la puerta de mi habitación y pude ver la cara de un amigo mauritano que había estado conmigo hacía mucho tiempo, cuando visité Afganistán en 1992, durante la batalla contra el comunismo. Se veía triste y envejecido. Pensé

que había sufrido una dolorosa tortura. Estuve a punto de volverme loco al pensar que, con seguridad, yo iba a sufrir tanto o más que él, dada su estrecha relación con el presidente de Mauritania y el poder de su familia –cualidades que yo no tengo–. Pensé: *Seguramente el hombre debe de haber hablado sobre mí, y esa es la razón por la que lo traen aquí*.

"¡Levántate!", dijeron los guardias. "Ponte el turbante". Me puse el sucio turbante, reuní mis últimas fuerzas y los seguí a la sala de interrogatorio como un cordero al que llevan al matadero.

Al pasar junto al tipo que había visto anteriormente, me di cuenta de que se trataba de un guardia fastidiado que no sabía ponerse el uniforme como debía. Estaba adormilado y somnoliento: tal vez lo llamaron en mitad del sueño y ni se había lavado aún la cara. No era el amigo que había pensado que era; la ansiedad, el terror y el miedo estaban dominando mi mente. ¡Señor, ten piedad de mí! De alguna manera me sentí aliviado. ¿Cometí un crimen? No. ¿Mi amigo cometió un crimen? No. ¿Conspiramos para cometer un crimen? No. La única cosa que hicimos juntos fue un viaje a Afganistán, en febrero de 1992, para ayudar a los que luchaban contra el comunismo. Y, por lo que sabía, eso no era un crimen, al menos en Mauritania.

Entonces, ¿por qué estaba tan temeroso? Porque un crimen es algo relativo; es algo definido y redefinido por el gobierno de la manera que le place. La mayoría de la gente no conoce verdaderamente dónde está la línea que separa un acto delictivo de uno que no lo es. Si te arrestan, la situación empeora, porque la mayor parte de la gente confía en que el gobierno tenga una buena razón para hacerlo. Y por encima de eso, ya que yo tengo que sufrir, no quiero que nadie más sufra conmigo. Creo que arrestaron a mi amigo en relación con la Conjura del Milenio por el simple hecho de haber estado en Afganistán alguna vez.

Entré en la sala de interrogatorio, que era la oficina del DSE. La habitación era grande y bien amueblada: sofás de piel, dos biplazas, mesa de café, armario, una gran mesa de despacho, una silla de cuero, otro par de sillas para visitas menos importantes y, como siempre, la foto del presidente transmitiendo el mensaje de la debilidad de la ley y la fortaleza del gobierno. Deseé que me hubieran entregado a los Estados Unidos: al menos

allí habría algo a lo que podría referirme, como la ley. Por supuesto, en los Estados Unidos el gobierno y los políticos últimamente están ganando terreno a la ley. El gobierno es muy inteligente; evoca el terror en los corazones de la gente para convencerla de cederle su libertad y su privacidad. Aún pasará algún tiempo antes de que el gobierno norteamericano derroque la ley totalmente, como en el tercer mundo y en los regímenes comunistas. Pero en realidad esto no es de mi incumbencia y, gracias a Dios, mi gobierno no posee la tecnología necesaria para rastrear a los beduinos en el vasto desierto.

Había tres hombres en la sala de interrogatorio: el DSE, su asistente y su secretario. El DSE les pidió que metieran mis cosas. Meticulosamente, registraron todo lo que tenía; no dejaron títere con cabeza. No me hablaban, solo hablaban entre ellos, susurrando sobre todo, para mi fastidio. Al final del registro, clasificaron mis papeles y pusieron aparte los que encontraron interesantes. Más tarde me preguntaron por cada palabra que aparecía en ellos.

—Voy a interrogarte. Solo te hago una advertencia, y es que será mejor que me digas toda la verdad —dijo el DSE con firmeza, haciendo un gran esfuerzo para dejar de fumar en su pipa, que nunca despegaba de sus labios.

—Seguro que lo haré —respondí.

—Tráiganlo otra vez —ordenó con sequedad a los guardias.

—Escucha, quiero que me hables de toda tu vida y cómo te uniste al Movimiento Islamista —dijo el DSE cuando los guardias arrastraron mi cuerpo lejos de los mosquitos y de vuelta a la sala de interrogatorio.

Cuando te arrestan por primera vez lo más probable es que no estés muy comunicativo, y está bien así; aunque sepas que no has cometido ningún delito, parece sensato. Te sientes confuso y quieres aparecer tan inocente como fuera posible. Das por hecho que te detienen más o menos bajo una sospecha razonable y no quieres consolidar esa sospecha. Además, los interrogatorios implican un montón de cosas de las que nadie quiere hablar, como tus amigos y tu vida privada. Especialmente, cuando las sospechas son sobre terrorismo, el gobierno es muy severo. En los interrogatorios siempre se evita hablar sobre los amigos y tu vida privada e íntima. Finalmente, te sientes muy frustrado por tu arresto, pero en realidad no le

debes nada a tus interrogadores. Al contrario, ellos te deben a ti la demostración de las verdaderas causas de tu detención, y debería quedar a tu elección si las comentas o las dejas pasar. Si hay suficiente fundamento en la causa para retenerte, puedes buscar representación profesional; si no, bien, no deberían haberte arrestado en primer lugar. Así funciona el mundo civilizado; cualquier otra cosa es una dictadura. Y la dictadura está gobernada por el caos.

Siendo sincero contigo, actué como cualquier persona en mi lugar: intenté aparecer tan inocente como un niño. Procuré proteger la identidad de todas las personas que conocía, a menos que fueran conocidos por la Policía. Así continuaron los interrogatorios; pero cuando abrieron el archivo canadiense, decididamente, las cosas se echaron a perder.

El gobierno de los Estados Unidos vio en mi arresto y entrega una oportunidad entre un millón para develar el plan de Ahmed Ressam, quien por aquel entonces no quería cooperar con las autoridades norteamericanas. Es más, los Estados Unidos querían saber todos los detalles sobre mis amigos, tanto en Canadá como en Alemania, e incluso fuera de aquellos países. Después de todo, por mi primo y amigo / ofrecían una recompensa de cinco millones de dólares.[9] Además, los Estados Unidos querían averiguar más sobre todo el asunto yihadista en Afganistán, Bosnia y Chechenia. Dos pájaros de un solo tiro. Por lo dicho hasta ahora y por otras razones que desconozco, los Estados Unidos estaban llevando mi caso todo lo lejos que podían. Me etiquetaron como el “Cerebro de la Conjura del Milenio”. Les pidieron a todos los países que les proporcionaran hasta la más mínima información que pudieran tener sobre mí, especialmente a Canadá y Alemania. Y puesto que soy un “tipo malo”, hay que aplicar la fuerza para aplastarme.

Para consternación del gobierno de los Estados Unidos, las cosas no eran realmente lo que parecían, ni consiguió lo que quería. Por muy inteligentes que sean los planes de alguien, los planes de Dios siempre son mejores. Me sentía identificado con el álbum *Me Against the World*, del rapero 2Pac. Y esta es la razón.

Todo Canadá podía salir con cosas: “Lo hemos visto con tal o con cual y son mala gente”. “Lo hemos visto en esta mezquita y en la otra”. “Hemos interceptado esta conversación telefónica, ¡pero no hay nada en realidad!”. Los estadounidenses pidieron a los canadienses que les proporcionaran la transcripción de mis conversaciones, pero después de haberlas editado. Desde luego, no tiene ningún sentido tomar selectivamente diferentes pasajes de una conversación completa y tratar de darles una forma. Pienso que los canadienses deberían haber hecho una de estas dos cosas: o denegarles a los estadounidenses el acceso a toda conversación privada que tuviera lugar en su país, o proporcionarles la conversación completa en su forma original, incluso no traducida.

En lugar de eso, más allá de las palabras que los canadienses escogieron para compartir con sus colegas norteamericanos, los interrogadores de los Estados Unidos, misteriosamente, se quedaron con dos palabras durante más de cuatro años: *té* y *azúcar*.

—¿Qué quieres decir con *té* y *azúcar*?

—Quiero decir té y azúcar.

No podría decirles la de veces que los Estados Unidos me preguntaron e hicieron a otra gente que me preguntara sobre esta cuestión. Hay otro cuento tradicional de Mauritania que habla de un hombre que nació ciego y que tuvo una oportunidad de recibir un destello del mundo. Todo lo que vio fue una rata. Después de aquello, cuando alguien intentaba explicarle cualquier cosa, el hombre siempre preguntaba: “Comparado con una rata, ¿es más grande?, ¿es más pequeño?”.

La inteligencia canadiense quería verme como un criminal, de modo que pudieran compensar su error cuando / / / / / / / / / / / / / / / / / se coló de su país a los Estados Unidos llevando explosivos.[10] Los estadounidenses culparon a Canadá de ser el banco de pruebas de los ataques terroristas contra ellos, y esa es la razón por la que la inteligencia canadiense se había puesto como loca. En verdad, perdieron completamente la compostura, intentándolo todo para calmar la furia de su hermano mayor, los Estados Unidos. Comenzaron a vigilar a la gente que creían era sospechosa, incluyéndome a mí. Me acuerdo después de / / / / / / / / / / / / / / / / conjura, los canadienses intentaron implantar dos cámaras, una en mi habitación y otra

en la de mi compañero de departamento. Yo solía dormir muy profundamente. Oía voces, pero no sabía muy bien lo que eran, o digamos que era demasiado perezoso para levantarme y comprobar qué eran. Mi compañero de departamento / / / / / / / / / / / / / / / / / / / era diferente; él se levantaba y seguía el ruido. Se agachó y buscó hasta que dio con el pequeño agujero. El tipo de la otra habitación sopló a través del agujero, y cuando fue a mirar, hizo contacto visual con / / / / / / / / / / / / / / / / / .

/ me despertó y me contó la historia.

—/ / / / / / / / / / / / / / / / / /, escuché las mismas voces en mi habitación —le dije—. ¡Vamos a comprobar!

Nuestra breve investigación tuvo éxito; encontramos un pequeño agujero doble en mi habitación.

—¿Qué deberíamos hacer? —preguntó / / / / / / / / / / / / / / / / / /.

—Llamaremos a la policía —dije.

—Bien, ¡llamemos!, / / / / / / / / / / / / / / / —contesté. No utilicé nuestro teléfono; en lugar de eso, salí y usé un teléfono público, marcando el 911. Se presentaron dos policías y les expliqué que nuestro vecino, sin nuestro consentimiento, hizo dos agujeros en nuestra casa y queríamos que se le detuviera por ese acto ilegal contra nosotros. Básicamente, les pedimos una justa compensación.

—Pongan un poco de sellador y listo —dijo uno de los policías.

—¿En serio? No sabía eso. ¿Eres carpintero? —dije—. ¡Miren! No los he llamado para que me aconsejen cómo reparar mi casa. Obviamente, hay un delito detrás de esto: violación de nuestra intimidad. Si no nos protegen, nos ocuparemos nosotros mismos. Y de paso, necesito sus tarjetas de identificación añadí.

Cada uno se puso a escribir una tarjeta con el nombre del otro y el contacto en su reverso. Era evidente que esos policías seguían instrucciones absurdas para engañarnos, pero para la inteligencia canadiense era demasiado tarde. En los días siguientes estuvimos riéndonos del plan.

La gracia estaba en que viví en Alemania 12 años y nunca dieron ninguna información incriminatoria sobre mí, lo cual era exacto. Estuve menos de dos meses en Canadá, y ya los estadounidenses afirmaban que los canadienses les habían pasado toneladas de información sobre mí. ¡Los

canadienses ni siquiera me conocían! Sin embargo, puesto que todo el trabajo de inteligencia se basa en especulaciones, Mauritania y los Estados Unidos empezaron a interpretar la información como les parecía para confirmar la teoría de que yo era el cerebro de la Conjura del Milenio.

El interrogatorio no parecía evolucionar a mi favor. Seguí repitiendo mi historia de la yihad en Afganistán de 1991 y principios de 1992, que no parecía impresionar al interrogador mauritano. A Mauritania le importa poco un viaje a Afganistán; ellos lo entienden muy bien. En cambio, si has armado líos en el país, te van a arrestar hayas o no estado en Afganistán. Por otra parte, para el gobierno estadounidense una breve visita a Afganistán, Bosnia o Chechenia es suficiente para vigilarte el resto de tu vida e intentar meterte entre rejas. Todos los países árabes comparten la misma visión que Mauritania, excepto los comunistas. Incluso, pienso que los países comunistas árabes son, por lo menos, más justos que el gobierno de los Estados Unidos en este sentido, porque prohíben a sus ciudadanos ir a la yihad desde el primer momento, mientras que el gobierno estadounidense ejecuta a las personas basándose en leyes no escritas.

Mi interrogador mauritano estaba interesado en mis actividades en Canadá, que son inexistentes en el sentido judicial, pero nadie quería creerme. Mis respuestas a la pregunta: "¿Has hecho esto o aquello mientras estabas en Canadá?", eran "No", "No", "No", "No". Y ahí nos quedábamos completamente atascados. Creo que parecía culpable porque no conté toda mi historia sobre Afganistán, y supuse que tenía que completar toda la información para hacer mi declaración más fiable. El interrogador había traído equipo de grabación aquel día. En cuanto lo vi empecé a temblar: sabía que me iban a hacer confesar y que me iban a sacar en la televisión nacional. Como en octubre de 1994, cuando el gobierno mauritano arrestó a islamistas, los hizo confesar y sacó a la luz sus confesiones.[11] Tenía tanto miedo, que no me sostenía en pie. Estaba claro que mi gobierno se encontraba muy presionado.

—He tenido mucha paciencia contigo, muchacho —dijo el interrogador —. Tienes que confesar o tendré que pasarte al equipo especial. Sabía que se refería al equipo de tortura—. Siguen llegando informes todos los días de todas partes —aseguró.

Días antes de esta charla no pude dormir. Se abrían y cerraban puertas sin parar. Cada movimiento a mi alrededor me estremecía. Mi habitación estaba junto al archivo, y a través de un pequeño agujero podía ver algunos de los documentos y sus etiquetas. Empecé a alucinar y a ver papeles sobre mí que no existían. No podía soportarlo más. ¿Y la tortura? Imposible.

—¡Mire, director! No he sido completamente sincero con usted y quisiera contarle toda la historia —le dije—. Sin embargo, no quiero que le cuente a los Estados Unidos la historia de Afganistán, porque ellos no entienden todo esto de la yihad y no quiero echar más leña al fuego.

—Desde luego que no lo haré —dijo el DSE. Los interrogadores están acostumbrados a mentirle a la gente; todo su trabajo consiste en mentir, burlar y engañar—. Incluso puedo prescindir de mi secretario y de mi asistente, si quieres —continuó.

—No, no me importa que ellos estén aquí.

El DSE llamó a su chofer y lo mandó a comprar comida. Llevó ensalada de pollo, que me encantó. Era mi primera comida desde que dejé Senegal. Entonces era el 12 de febrero de 2000.

—¿Eso es todo lo que vas a comer? —me preguntó el DSE.

—Sí, estoy lleno.

—No comes nada.

—Así soy yo.

Empecé a contarle toda mi historia de la yihad aburriéndolo con detalles.

—Y en lo que se refiere a Canadá o a un ataque contra los Estados Unidos, no tengo nada que ver con ello —terminé.

Los días siguientes me dieron mejor trato y mejor comida, y todas las preguntas que el DSE me hacía, así como mis respuestas, eran consistentes en sí mismas y con la información de la que él ya disponía de otras fuentes. Cuando él supo que estaba diciéndole la verdad, dejó de creer que los informes de los Estados Unidos eran verdad divina y los puso en cuestión, si no es que en la basura directamente.

***

/ se presentó allí para interrogarme. Había tres de ellos, /. Evidentemente, las autoridades mauritanas habían compartido todas mis entrevistas con / , de modo que / / / / / / / / / / / / / / / / y los mauritanos estuvieran al mismo nivel de información.[12]

Cuando el equipo llegó se hospedó en / me advirtieron del día en que vendrían a interrogarme.[13]

—Mohamedou, no tenemos nada contra ti. En lo que a nosotros respecta, eres un hombre libre —me dijo—. En cambio, esa gente quiere interrogarte. Me gustaría que fueras fuerte y honesto con ellos.

—¿Cómo pueden dejar que me interroguen unos forasteros?

—No es decisión mía, sino simplemente un formalismo —dijo. Yo estaba muy asustado porque nunca había visto interrogadores estadounidenses. Aunque me anticipé y supuse que no emplearían la tortura para obtener información a la fuerza. Sin embargo, todo el contexto me hacía ser muy escéptico sobre la honestidad y humanidad de los interrogadores norteamericanos. Transmitían algo así como: “Nosotros no te vamos a golpear, pero ¡ya sabes dónde estás!”. Entonces supe que / / / / / / / / / / / / / / / / quería interrogarme bajo la presión y la amenaza de un país no democrático.

Todo estaba preparado. Se me dijo qué vestir y qué decir. No tuve la opción en ningún momento de bañarme o de lavar mi atuendo, de manera que llevaba mi ropa más bien sucia. Debía de apestar. Estaba tan escuálido, debido a mi encierro, que las prendas no me quedaban bien. Parecía un adolescente con unos pantalones cagones. Pero cuanto más jodido estaba, más trataba de parecer cómodo, amable y normal.

/ llegaron después de las ocho de la tarde, estando la sala de interrogatorio arreglada para ellos. Entré en la habitación sonriendo. Después de los

saludos diplomáticos y de las presentaciones, me senté en una silla dura, intentando descubrir mi nuevo mundo.

El / empezó a hablar:

—Hemos venido de los Estados Unidos para hacerte algunas preguntas. Tienes el derecho de permanecer en silencio. También puedes responder algunas preguntas y no otras. Si estuviéramos en los Estados Unidos, te hubiéramos ofrecido un abogado de oficio.

Casi interrumpí todo ese absurdo para decir: "¡Corta el rollo y hazme las preguntas!". Me decía: *¡Vaya un mundo civilizado!* En la sala estaban solamente los interrogadores / / / / / / / / / / / / / / / / con un intérprete árabe. Los interrogadores mauritanos se quedaron fuera.

—Oh, muchas gracias. No necesito un abogado —dije.

—A pesar de ello, nos gustaría que nos respondieras algunas preguntas.

—Por supuesto, lo haré —dije.

Se pusieron a preguntarme sobre mi viaje a Afganistán durante la guerra contra el comunismo, me mostraron un manojo de fotos, me hicieron preguntas sobre Canadá y ninguna sobre Alemania. En cuanto a las fotos y a Canadá fui totalmente sincero, pero me guardé algunas partes de mis dos viajes a Afganistán en enero de 1991 y febrero de 1992. ¿Saben por qué? Porque al gobierno de los Estados Unidos no le importaba lo que yo hubiera hecho para ayudar a mis hermanos afganos contra el comunismo. Por el amor de Dios, ¡se supone que los Estados Unidos estaban de nuestro lado! Cuando acabamos con aquella guerra, me dediqué a resumir mi vida cotidiana; no había violado ninguna ley en Mauritania ni en Alemania. Entré legalmente en Afganistán y regresé. Respecto a los Estados Unidos, no soy ciudadano norteamericano ni he estado nunca en el país, de modo que ¿qué ley he podido violar? Entiendo que si entro a los Estados Unidos y me arrestan con una sospecha razonable, entonces tendré que explicar mi posición sin ambages. ¿Y Canadá? Bien, hicieron un buen negocio conmigo en Canadá, porque algún árabe había intentado atacarlos desde ese país. Les expliqué con pruebas definitivas que yo no tomé parte en aquello. Ahora j*d*ns* ya y déjenme en paz.

Los interrogadores / / / / / / me dijeron que no estaba diciendo la verdad.

—No es verdad —mentí.

Lo bueno es que me importaba poco lo que pensaran. / siguió escribiendo mis respuestas y mirándome al mismo tiempo. Me pregunté: *¿Cómo podría hacer ambas cosas?* Pero más tarde me enteré de que los interrogadores / / / / / estudian el lenguaje corporal mientras escriben, lo que es una mierda.[14] Hay muchos factores implicados en un interrogatorio y difieren de una cultura a otra. Puesto que / conoce todo mi caso, le sugiero que vuelva a mirar aquello que marcó como mentira mía para comprobar su competencia. Los interrogadores estadounidenses se salieron de su tarea e hicieron lo que cualquier interrogador: husmearon y me preguntaron por Sudán, Nairobi y Dar Es Salaam. ¿Cómo se supone que voy a saber algo sobre esos países, a no ser que tenga varios agentes dobles?

/ / / / / / / / / / / / / / / / me ofreció trabajar con ellos. Pienso que la oferta era inútil, a menos que estuvieran del todo seguros de que yo era un criminal. No soy un poli, pero entiendo que los criminales pueden arrepentirse –aunque yo, personalmente, no he hecho nada de qué arrepentirme–. Al día siguiente, aproximadamente a la misma hora, / apareció una vez más, intentando obtener, al menos, la misma cantidad de información que les había dado a los mauritanos, pero no había forma de persuadirme. Después de todo, las autoridades mauritanas compartieron todo debidamente con ellos. / no me presionaron de un modo incivilizado; más bien, actuaron con amabilidad. El jefe del equipo dijo: “Hemos terminado. Nos vamos a casa”, igual que Umm’Amr y su burro.[15] / abandonaron Nouakchott y yo fui liberado.[16]

“Esta gente no tiene pruebas de ningún tipo”, dijo con tristeza el DSE. Se sintió utilizado completamente. En un primer momento, los mauritanos no querían que me entregaran a ellos porque era una situación embarazosa. Si me encontraban culpable y me entregaban a los Estados Unidos, iban a sentir la ira del pueblo; si no, padecerían la ira del gobierno de los Estados Unidos. En cualquiera de los dos casos, el presidente iba a perder su posición.

Así que, al final, algo como lo que narro a continuación debió de suceder:

—No encontramos nada que lo inculpe y ustedes no nos han dado ninguna prueba —debe de haber dicho el senegalés—. En estas circunstancias, no podemos retenerlo. Pero si lo quieren, llévenselo.

—No. No podemos llevarlo porque necesitamos alguna prueba contra él primero —respondió el gobierno de los Estados Unidos.

—Bien. No queremos tener nada que tenga que ver con su persona —dijo el senegalés.

—Entréguenlo a los mauritanos —propuso el gobierno norteamericano.

—No; no lo queremos. ¡Sáquenlo de aquí! —expresó el gobierno mauritano.

—Tienen que hacerlo —dijo el gobierno de los Estados Unidos, sin dejar opción a los mauritanos. Pero el gobierno de Mauritania prefiere siempre mantener la paz entre las personas y el gobierno. No quieren problemas.

—Puedes marcharte —dijo el DSE.

—¿Puedo entregarle todas sus cosas?

—Sí, todo —respondió el DSE. Incluso me pidió que volviera a revisar mis pertenencias, pero estaba tan entusiasmado que no revisé nada. Sentí como si el espíritu del miedo hubiese salido volando de mi pecho.

—Muchas gracias —dije. El DSE le ordenó a su ayudante y a su secretario que me llevaran a casa en coche. Eran alrededor de las dos de la tarde cuando salimos hacia mi casa.

—Mejor no hables con los periodistas —dijo el inspector.

—No, no lo haré.

Y de hecho nunca revelé a los periodistas el escándalo de los interrogadores extranjeros violando la soberanía de mi país. Y me sentí muy mal por mentirles.

—Vamos, hemos visto /[17] Dios, esos periodistas son videntes.

—Tal vez estaban escuchando mi interrogatorio —dije sin convicción. Intenté identificar el camino a casa, pero, créanme, no reconocí nada hasta que el coche de policía se estacionó enfrente de mi casa y me dejó allí. Habían pasado siete años desde que vi a mi familia por última vez.[18] Todo había cambiado. Los niños ya eran hombres y mujeres, los jóvenes se habían vuelto viejos. Mi madre, tan fuerte, se había tornado débil. No obstante, todos eran felices. Mi hermana / y mi antigua esposa dormían mal por la noche, rezándole a Dios para que aliviase mis penas y sufrimientos. Que Dios recompense a todos los que estuvieron a mi lado.

Todos estaban allí: mi tía, los familiares políticos, los amigos. Mi familia, generosamente, siguió dando de comer a los visitantes. Algunos de ellos habían venido a darme la enhorabuena, otros a charlar conmigo o simplemente a conocer al hombre que había estado en las noticias del último mes. Después de unos días, mi familia y yo estuvimos haciendo planes para mi futuro. En resumen, querían que me quedase en el país aunque solo fuera para verme cada día y disfrutar de mi compañía. Me dije: *Al diablo, sal afuera, encuentra un trabajo y disfruta de la contemplación del bello rostro de tu madre cada mañana*. Pero la felicidad no dura siempre.

Notas:

[1] Las transcripciones de MOS del Informe del Tribunal de Determinación del Estatuto de los Combatientes (CSRT) y de la Junta Administrativa de Revisión de 2005 dejan claro que la fecha es el 21 de enero de 2000. La transcripción del Tribunal de Determinación del Estatuto de los Combatientes está disponible en http:/ / on.wsj.com/1CECPMU (CSRT 6; ARB 16).

2 El contexto y los sucesos que siguen evidencian que se trata del hombre de negocios de Senegal con quien se topó en el aeropuerto de Bruselas.

3 Es probable que la lengua sea el wolof, que luego se nombra sin censura unas páginas más adelante (en el manuscrito 436).

4 El personal parece estar compuesto por dos hombres y dos mujeres: el interrogador senegalés y su secretario, y la jefa de policía senegalesa y una estadounidense, a juzgar por los pronombres censurados.

5 Dada la fecha anterior al 11-S de esta entrevista y de la referencia a los canadienses, la pregunta debe referirse a Ahmed Ressam (ver la nota 37 del Capítulo 1).

6 Los pronombres censurados indican que esta persona también podría ser una mujer.

7 Este personaje se describe en el párrafo siguiente, sin censura, como el "conductor blanco", el "muchacho blanco" y el "hombre estadounidense".

8 El Directeur de la Sûreté de l'État, abreviado por MOS como DSE en el manuscrito, es el director del Servicio de Inteligencia de Mauritania.

9 Ressam aparece aquí sin censurar. El hombre al que se quiere capturar, claramente, según el contexto y por otras referencias sin censurar que pueden encontrarse en el manuscrito, es Abu Hafs, el primo y entonces concuño de MOS A Abu Hafs se le buscaba en conexión con los ataques de Al-Qaeda de los noventa, a cambio de una recompensa de cinco millones de dólares dentro del Programa de Recompensas por la Justicia del FBI. La recompensa por el veterano personaje ascendió a 25 millones de dólares después de los ataques terroristas del 11 de septiembre de 2001 (ver, *e.g.*, el informe del Departamento de Estado de los Estados Unidos, *Patrones del Terrorismo Global*, Apéndice D, 21 de mayo de 2002, disponible en http:/ / 1.usa.gov/1GVoRKs).

10 Una vez más, la referencia es a Ahmed Ressam.

11 A lo largo del manuscrito, MOS hace diversas referencias al clima político y a los sucesos en Mauritania –y en particular a la estrecha colaboración del presidente Maaouya Ould Sid'Ahmed Taya con los Estados Unidos en la guerra contra el terrorismo. Ould Taya llegó al poder por un golpe militar en 1984 y se convirtió en presidente en 1992. Durante su largo ejercicio como jefe de Estado, llevó a cabo varios arrestos de opositores políticos e islamistas, como el que se describe aquí, en el que más de noventa personas, incluyendo un exministro del gobierno y diez líderes religiosos, fueron detenidos y más tarde amnistiados tras la confesión pública de ser miembros de organizaciones ilegales. Las extremas medidas contra los islamistas en el Ejército y en el sistema educativo llevaron a un golpe de Estado fallido en 2003, con la definitiva deposición de Ould Taya mediante un golpe en 2005. Por aquel entonces, en parte debido a su apoyo a las políticas antiterroristas de los Estados Unidos, que incluían el permiso para la entrega de MOS, y su agresiva campaña contra los islamistas en Mauritania, Ould Taya ha perdido mucho del apoyo de los ciudadanos (http:/ / nyti.ms/1RM7X41).

12 A juzgar por el testimonio de MOS ante la ARB de 2005, la fecha fue alrededor del 15 de febrero de 2000 y es probable que estos interrogadores hayan sido estadounidenses. MOS le dijo a la Junta Administrativa de Revisión que un equipo norteamericano, compuesto por dos agentes del FBI y un tercer hombre del Departamento de Justicia, lo interrogó en un período de dos días en una fecha cercana al fin de su detención en Mauritania. Su detención e interrogatorio a instancias de los Estados Unidos se divulgó ampliamente en la prensa local e internacional. En un informe de la BBC, los oficiales mauritanos confirmaron que el FBI lo estaba interrogando (ARB 17; http:/ / bit.ly/1GIasho).

13 Podría tratarse del Palacio Presidencial. En algún lugar del manuscrito los interrogadores estadounidenses de MOS pregonan las estrechas relaciones de los Estados Unidos con el entonces presidente Maaouya Ould Sid'Ahmed Taya, con lo que se daba a entender que fueron hospedados por el presidente y se alojaron en el Palacio Presidencial cuando estaban llevando a cabo las investigaciones en el país (Manuscrito 130).

14 Dado que el testimonio ante la ARB de MOS indica que este interrogatorio fue dirigido por el FBI, debe de estar refiriéndose al FBI en general y a uno de los agentes en particular [ARB 17]. El FBI registra en el material que sube a su web el lenguaje corporal como posible pista para detectar la mentira y los agentes veteranos del FBI han escrito y hablado públicamente sobre el asunto (ver, *e.g.*, http:/ / 1.usa.gov/1Lygkk3 y http:/ / bit.ly/1HsUDlB).

15 Se refiere a un proverbio preislámico sobre una mujer maldita que es expulsada de su tribu. El sentido es el de una persona no deseada que se marcha y no se le vuelve a ver.

16 El *New York Times* informa que MOS fue puesto en libertad por Mauritania el 19 de febrero de 2000 (http:/ / nyti.ms/1SY7Ww5).

17 Parece que MOS está citando una conversación con un periodista en particular después de su liberación.

18 MOS abandonó Mauritania en 1988 para estudiar en Alemania. Declaró en la audiencia de 2004 ante el CSRT que visitó a su familia en Mauritania durante dos o tres semanas en 1993 [CSRT 5].

3

Mauritania

29 de septiembre —
28 de noviembre de 2001

Una boda y una fiesta … Me entrego … Puesta en libertad …
El camello se acuesta en dos pasos … La policía secreta
se presenta en mi casa … El Día de la Independencia …
Un vuelo a Jordania

Ese día estuve muy ocupado.[1] Por un lado, me lo pasé organizando la boda de mi querida sobrina /. Por otro, me invitaron a una cena organizada por un hombre muy importante en mi tribu, llamado /. Este hombre, desgraciadamente, había sufrido un terrible accidente de coche. Pasó un tiempo en los Estados Unidos recibiendo tratamiento médico y acababa de regresar recientemente. / goza de gran respeto entre la gente del sur y la cena se organizó para ayudar a los que llamamos Los Cuadros de Trarza.[2]

Por la mañana le pedí a mi jefe que me diera un poco de dinero para ayudar a mi hermana con la boda.[3] En Mauritania teníamos la mala costumbre de organizarlo todo a capricho, una herencia de la vida rural con

la que lidiamos todos los mauritanos todavía. Mi trabajo consistía en transportar a los invitados al lugar donde tendría lugar la boda.

Las bodas en el mundo árabe islámico no solo son diferentes de un país a otro, sino que dentro del mismo país hay todo tipo de tradiciones diferentes. La boda de mi sobrina se celebró según las costumbres practicadas por las familias más prestigiosas del sur de Mauritania.

La mayor parte del trabajo lo hace el novio. Investiga los orígenes de su futura esposa sacándole información a las mujeres de la familia en las que más confía. El informe del "comité" le dará una valoración de los datos técnicos de la novia, su actitud, su inteligencia y cosas por el estilo. Algunas veces, este paso de la investigación se puede suprimir cuando la muchacha tiene una buena reputación.

El siguiente paso es la cita, aunque es diferente del modelo estadounidense. El muchacho interesado se cita con su futura esposa en la casa de la familia de ella, normalmente en presencia de otros miembros de la familia. El objetivo de estas citas es llegar a conocerse. Las citas pueden durar entre un par de meses y un par de años, dependiendo del hombre y de la mujer. Algunas jóvenes no quieren formar una familia hasta que se gradúan en el colegio y otras sí –o más bien la presión familiar y el hombre la obligan a hacerlo inmediatamente–. Por otra parte, la mayoría de los jóvenes no están listos para el matrimonio; solo quieren "reservar" a la muchacha y seguir con sus negocios hasta que estén económicamente preparados. El novio es normalmente mayor que la novia, a veces incluso mucho mayor, aunque en algunos casos sucede al revés. Hay mucha tolerancia en cuanto a la diferencia de edad en Mauritania.

Antes de que el pretendiente pida oficialmente la mano de la joven, envía en secreto a un buen amigo a preguntarle a ella si desea ser su esposa. Cuando esto queda establecido, viene el paso siguiente: el muchacho le pregunta a la madre de la novia si lo aceptaría como marido de su hija. Los jóvenes solo piden la mano de la novia si saben que es más que probable que los acepten, de modo que a veces el pretendiente envía a una persona de confianza para evitar la vergüenza de ser rechazado. Solo puede decidir la madre de la joven; la mayoría de los padres tienen poco que decir.

La aceptación de la madre, aunque no es oficial, obliga a los novios a casarse. Todos saben desde ese momento que / / / / / / / / / / / / / está comprometida con / / / / / / / / / / / / / / /. El sexo antes del matrimonio no es tolerado en Mauritania, y no solo por razones religiosas: muchos jóvenes desconfían de una muchacha que acepta tener relaciones sexuales con ellos. Asumen que si ella accede a hacerlo con ellos, entonces aceptará hacerlo con otro hombre, y luego con otro, en una interminable aventura. Aunque la religión islámica trata por igual a hombres y mujeres en este asunto, la sociedad tiende a aceptar el sexo prematrimonial en los hombres mucho más que en las mujeres. Se puede comparar con la infidelidad en los Estados Unidos: la sociedad tolera más que engañe un hombre a que lo haga una mujer. No conocí nunca a un estadounidense que perdonara un engaño, pero sí a muchas estadounidenses que lo harían.

No hay fiesta o anillo de compromiso, pero a partir de ese momento el novio tiene derecho a hacerle regalos a su futura esposa. Antes del compromiso, una señorita no debe aceptar regalos de un extraño.

El último paso es la boda en sí, cuya fecha se establece por acuerdo entre los novios. La fiesta puede durar tanto como deseen, siempre que sea razonable. El hombre debe aportar la dote como un formalismo necesario, aunque no es bien visto que la familia de la chica pida una suma en concreto; todo se deja en manos del hombre y sus posibilidades económicas. De esta manera, las dotes varían desde una modesta cantidad hasta una suma relativamente desorbitada. Una vez que el hombre entrega lo que sus posibilidades y su juicio le dicten, muchas familias receptoras tomarán solamente una cantidad simbólica y enviarán a la familia de él al menos la mitad de la dote.

Tradicionalmente, la boda tiene lugar en la casa familiar de la novia, aunque, en los últimos tiempos algunas personas han encontrado un negocio muy lucrativo en la organización profesional de bodas en salones de fiestas. La fiesta empieza con el *akd*, el contrato matrimonial, que puede llevarlo a cabo un *imam* o *sheikh* acreditado. Los mauritanos no creen en las formalidades oficiales, por eso casi nadie declara su matrimonio ante una institución oficial, a menos que sea para recibir algún beneficio económico, lo que rara vez ocurre.

La boda corre a cargo de las familias del novio y de la novia por igual. Tradicionalmente, en Mauritania se hacían fiestas de siete días, pero las exigencias de la vida moderna han reducido estos siete días a una sola noche. Solo pueden asistir a la boda los amigos del novio de su misma generación, no así las mujeres, que pueden ser de todas las edades. En la fiesta, las mujeres no se mezclan directamente con los hombres, aunque pueden estar en la misma sala. Cada sexo respeta el lugar del otro. Sin embargo, todos los asistentes hablan entre sí y disfrutan de los mismos entretenimientos que tienen lugar en el centro de la sala, como videos, música y poesía. Cuando yo era niño, las mujeres y los hombres se pasaban mensajes codificados de un lado a otro dirigiéndose a un individuo en particular, quien entendía el mensaje. Este normalmente implicaba una situación divertida que podría pasarle a cualquiera y que era vergonzosa de algún modo. Los amigos de esa persona se reían y esta tenía que tomarse la revancha dirigiéndose a la persona anónima que le había enviado el mensaje. Este juego burlón ya no se practica.

En la boda se come y se bebe en abundancia. La fiesta tradicional se cierra con lo que llamamos el Taweez-Pillage, que no tiene nada que ver con el significado literal de las palabras. Describe la historia de las mujeres que tratan de raptar a la novia y de los esfuerzos de los hombres para impedir el hecho. Las amigas de la novia tienen permiso para raptarla y esconderla. Es tarea del novio y de sus amigos impedir el rapto, y si fallan, es su responsabilidad encontrar a la novia y entregársela a su marido. La novia debe cooperar con sus amigas, lo que normalmente hace, pues de lo contrario la llenan de todo tipo de improperios. A veces los hombres tardan muchos días en encontrar a la recién casada.

Cuando por fin la novia es encontrada, la entregan al novio y se acaba la fiesta. Ambos son acompañados por sus amigos más cercanos en una larga marcha hasta la casa de la nueva familia, mientras el resto de los asistentes se retiran a sus casas.

La boda de mi querida sobrina / habría ido más o menos de esta forma. Yo no iba a asistir a la fiesta por ser mayor que el novio y, además, no tenía tiempo. Había otra interesante fiesta esperándome. Cuando terminé de traer a los invitados, revisé la situación

con mi madre. Todo parecía ir bien; por lo que podía observar, no eran necesarios mis servicios. Claramente, el ambiente festivo de la boda iba en aumento.

Cuando llegué a la fiesta de mi amigo, en la hermosa villa de / en Tevrlegh Zeina, me invadió la agradable calidez de la compañía. No conocía a la mayoría de los invitados, pero descubrí a mi querido / ahogado en medio de la multitud. Inmediatamente me abrí paso entre la gente y me senté al lado de /.

Se alegraba de verme y me presentó al invitado más notable. Nos retiramos un poco del bullicio de la fiesta con algunos de sus amigos y / me presentó a un amigo suyo, un joven /. El / nos preguntó a / y a mí si podríamos defender /, por cuya captura las autoridades norteamericanas habían tasado una recompensa de 25 millones de dólares.[4]

“¿Qué vas a hacer por él? ¿Reducir su pena de quinientos a cuatrocientos años?”, pregunté con sarcasmo. Los habitantes de otras partes del mundo civilizado, como Europa, no entienden los castigos draconianos de los estadounidenses. Mauritania no es el país de la ley, de modo que no nos cuesta entender cualquier actuación del gobierno. Incluso así, su código legal, cuando se respeta, es mucho más humanitario que el estadounidense. ¿Para qué condenar a una persona a trescientos años si no va a vivir ese tiempo?

Así nos encontrábamos, hablando y disfrutando de la comida que nos servían, cuando sonó mi celular. Lo saqué del bolsillo y me aparté a un lado. La pantalla mostraba el número de teléfono del DSE, el Directeur de la Sûrete de l’État.

—Hola —respondí.

—Mohamedou, ¿dónde estás?

—¡No te preocupes! ¿Dónde estás?

—¡Estoy fuera de la puerta de mi casa! Me gustaría verte.

—Bien. Aguarda un momento. ¡Voy de camino! —le dije. Me llevé aparte a / .

—Escucha, / me ha llamado y voy a verlo.

—En cuanto te deje libre, dame un toque.

—De acuerdo —le respondí.

El DSE estaba esperando enfrente de su casa; pero no estaba solo: su asistente se encontraba junto a él, lo que no era una buena señal.

—Salam Alaikum —dije, saliendo de mi coche.

—Wa Alaikum Assalam, tú vienes conmigo. Otra persona conducirá tu coche.

—Bien.

El inspector y yo fuimos con el DSE y nos dirigimos hacia una bien conocida prisión clandestina.

—Verás, esas personas nos dijeron que te arrestáramos.

—¿Por qué?

—No lo sé; pero espero que estés libre enseguida. Todo este asunto del ataque del 11-S nos está jodiendo a todos.

No dije nada. Tan solo dejé que él y su asistente charlaran brevemente, a lo cual no presté ninguna atención. Desde las dos semanas y media transcurridas tras los ataques del 11-S, el DSE me había llamado para interrogarme dos veces. Obviamente, el gobierno estadounidense no estaba satisfecho con eso; querían más, y finalmente resultaron ser insaciables.

Me pusieron en la misma habitación en la que había estado hacía un año y medio. El inspector salió para dar instrucciones a los guardias, quienes me dieron la opción de hacer una rápida llamada a / .

“Me han arrestado”, susurré y colgué sin siquiera esperar la respuesta. A continuación borré toda mi agenda telefónica. No es que tuviera números comprometidos –tan solo algunos números telefónicos de socios en Mauritania y Alemania–, pero no quería que el gobierno estadounidense estuviera acosando a esa pacífica gente solo porque yo tenía sus números en mi teléfono. El número más gracioso que borré decía “PC Laden”, que quiere decir “Tienda de Computadoras”. “Tienda” en alemán se dice “Laden”.

Sabía que, por mucho que les explicara eso, los interrogadores norteamericanos no me iban a creer. ¡Por el amor de Dios! ¡Siempre tratan de acusarme de cosas con las que no tengo nada que ver!

“Dame tu celular”, dijo el inspector cuando regresó. Entre otras pertenencias que los norteamericanos se llevaron más tarde con ellos estaba aquel viejo celular de divertido aspecto en el que no había números de teléfono que registrar. Mi arresto fue una especie de contrabando político: el FBI le pidió al presidente de los Estados Unidos intervenir, y este me mandó arrestar; a su vez, George W. Bush le pidió un favor al evanescente presidente de Mauritania. Como esperaba recibir la solicitud del presidente estadounidense, su colega mauritano movió sus fuerzas policiales para arrestarme.

“No tengo preguntas que hacerte realmente, porque conozco tu caso”, dijo el DSE. Él y su asistente se marcharon, dejándome con los guardias y con hordas de mosquitos.

Después de varios días de mi estancia en la cárcel, el DSE vino a mi celda.

—¡Escucha! Esa gente quiere saber acerca de / , y dice que tomaste parte en la Conjura del Milenio.

—Bien. / son mis amigos de Alemania, y en cuanto a la Conjura del Milenio, no tengo nada que ver con ella.

—Te voy a dar papel y pluma para que escribas lo que sepas.

***

Cuando habían pasado dos semanas de mi encarcelamiento en la prisión mauritana, vinieron dos interrogadores angloamericanos / tarde al mediodía para interrogarme.[5]

Antes de que / se encontrara conmigo, le pidieron a la policía que revisara mi casa y mi oficina y que confiscara cualquier indicio de mis actividades “criminales”. Un equipo especial de

seguridad me llevó a mi casa, donde revisaron y se apoderaron de todo lo que podría ser relevante para los norteamericanos. Cuando el grupo llegó, mi esposa dormía y la asustaron muchísimo: nunca había visto a la policía revisando la casa de una persona. Yo tampoco, al menos por un asunto así. No tenía ningún problema con el registro, excepto que molestaba a mi familia. Mis vecinos no se preocuparon demasiado; primero, porque me conocían, y segundo, porque sabían que la policía del país es injusta. En una operación paralela, otro grupo registraba en la compañía donde trabajé. Finalmente, los estadounidenses no estaban interesados más que en mi computadora de trabajo y en mi celular.

Cuando entré en la habitación para el interrogatorio, los dos norteamericanos estaban sentados en el sofá de piel con una mirada extremadamente ofuscada. Tal vez eran del FBI, porque las cosas que me confiscaron acabaron en las oficinas de esa agencia en los Estados Unidos.

—Hola —dije, levantando la mano. Pero tanto mi mano como mi "hola" se quedaron suspendidos en el aire.

/ / / / / / / / / / / / / parecía el líder. Me lanzó una vieja silla metálica.

—¿Ves las fotografías en la pared? —/ / / / / / / / preguntó, señalando la foto del presidente, mientras / lo traducía al alemán.

—Sí —respondí.

—Tu presidente le prometió al nuestro que ibas a cooperar con nosotros —aseguró / / / / / / / / . Pensé: *¡Qué fácil!* Personalmente, me importan poco los dos presidentes; para mí, ambos son injustos y perversos.

—¡Oh, sí! Seguro que lo haré —afirmé, alcanzando una botella de una mesa llena de todo tipo de bebidas y dulces. / / / / / / / / / me la quitó de un tirón.

—No estamos aquí de fiesta —gritó—. Verás, estoy aquí para descubrir la verdad sobre ti. No he venido a detenerte.

—¡De acuerdo! Pregunta y yo responderé.

En medio del discurso, el muchacho del té apareció en la habitación intentando agradar a sus enfadados huéspedes.

—¡Jódete! —vociferó / / / / / / / / / / /. / muy irrespetuoso con la gente pobre, un idiota, un racista con la autoestima por los suelos. Por mi parte, ignoré todas las maldiciones que me dirigió y me mantuve sereno, aunque con mucha sed, porque la sesión duró toda la noche.

—Antes del 11-S llamaste a tu hermano menor en Alemania y le dijiste: "Concéntrate en tus estudios". ¿Qué querías decirle con ese mensaje en código?

—No hay ningún código. Siempre le aconsejo a mi hermano que se centre en sus estudios.

—¿Por qué llamaste a una empresa satélite en los Estados Unidos?

—Porque la conexión a internet se controla desde allá, y necesitaba soporte técnico.

—¿Por qué llamaste a este hotel en Alemania?

—Mi jefe me pidió que hiciera una reservación para uno de sus primos.

—¿Cuántas computadoras tienes?

—Solo mi computadora de trabajo.

—¡Mientes! Tienes una laptop.

—Es de mi exmujer.

—¿Dónde vive tu exmujer?

—El DSE lo sabe.

—Bien, vamos a comprobar esta mentira. —/ / / / / / / / / / / / / desapareció unos minutos para pedirle al DSE que buscara en la casa de mi exmujer y requisara la laptop.

—¿Qué pasa si estás mintiendo?

—No miento.

—Pero, ¿y si fuera así?

—No miento.

Por supuesto, me amenazó con toda clase de dolorosos tormentos si resultaba que estaba mintiendo.

—Sabes que tenemos a unos hijos de puta negros que no tienen piedad con terroristas como tú —aseveró, y conforme hablaba siguieron saliendo de su boca insultos racistas—. Yo odio a los judíos… —No comenté nada —. Pero ustedes vienen y tiran nuestros edificios con aviones —continuó.

—Esto es algo entre ustedes y los que lo hicieron. Resuelvan su problema con ellos; yo no tengo nada que ver con eso.

De vez en cuando / / / / / / / / / recibía una llamada; era evidente que de una mujer. En ese tiempo, el otro idiota que hablaba alemán salía con las preguntas más estúpidas.

—Fíjate en esto. Es un periódico alemán que habla de ustedes —dijo. Le eché un vistazo a un artículo sobre la presencia de extremistas en Alemania.

—Bien, / / / / / / / / / / / / / / / / / / / no es de mi incumbencia. Como puedes ver, estoy en Mauritania.

—¿Dónde está? ¿Dónde está Noumane? —preguntó / / / / / / / / / / enfadado.[6]

—No estoy en Afganistán; estoy en Mauritania, en la cárcel. ¿Cómo podría conocer su paradero?

—Lo están escondiendo —dijo. Le iba a decir: “Mira debajo de las mangas”; pero me di cuenta de que mi situación no me lo permitía.

—¡/ aseguró que te conocía!

—No conozco a /. Nada puede cambiar ese hecho.

Mientras tanto, el DSE y su ayudante regresaron con la laptop de mi exmujer. No los dejaron entrar en la sala de interrogatorio; llamaron a la puerta y / salió. Miré por el rabillo del ojo y reconocí la bolsa de la laptop. Me alegré de que hubieran encontrado el “gran secreto”.

/ regresó.

—Y si te hubiera dicho que no encontraron la laptop —espetó, esforzándose por ser más listo de lo que era.

—Todo lo que puedo decirte es que no tengo laptop —dije, fingiendo que no había visto la bolsa. No me preguntó más sobre la laptop después de aquello. Miraron todos los discos duros y se los llevaron a casa para malgastar cuatro años quemándose los ojos en busca de un tesoro inexistente. ¡Mala suerte!

—Hemos invadido Afganistán y estamos matando a todo el mundo. ¿Piensas que está bien? —preguntó / / / / / / / / / / / / / / / /.

—Ustedes saben mejor que nadie lo que hacen —respondí.

—¿Conoces a Houari?[7]

—¡No!

—Los canadienses dijeron que lo vieron contigo. O yo te estoy mintiendo o ellos me mintieron, o mientes tú.

—No lo conozco, pero en la mezquita y en el café debajo de ella siempre estaba rodeado de mucha gente que no conozco.

—¿Por qué crees que te escogimos entre más de dos millones de mauritanos?

—No sé por qué. Solo sé que no he hecho nada contra ustedes.

—Escribe tu nombre en árabe.

Escribí mi nombre completo. Por alguna razón siguió tomando fotos durante toda la sesión. La verdad era que me tenía muy confundido.

—¿Por qué llamaste a los Emiratos Árabes?

—No lo hice.

—¿Así que piensas que te estoy mintiendo?

—No, pero no recuerdo haber llamado a los Emiratos Árabes.

Al parecer, él mentía pero tal vez no intencionadamente. No llamé a los Emiratos Árabes, pero recibí una llamada de una amiga mía, / que estaba tratando desesperadamente de que me uniera de nuevo con mi exmujer. No me acordé de esto durante la sesión de lo nervioso que estaba. Pero cuando me liberaron, mi familia me ayudó a recordar, así que yo mismo fui a la policía y les hablé de esa llamada, y de otra llamada que mi / realizó con mi teléfono a Francia para contactar con su proveedor médico en París. En la vida real, cuando le presto mi teléfono a alguien confío; no ando preguntándole por los detalles de su llamada. Pero cuando te arrestan tienes que poner toda tu vida sobre la mesa, y no vale salir con algo así como "No recuerdo".

Durante la sesión, / / / / / / / / / / / / / / / / nos tildó de todo a mí y a mi familia y me prohibió beber lo que mi gente había costeado –después de todo, eran nuestros impuestos lo que permitía que los visitantes estadounidenses estuvieran a gusto–. Al final, cuando estaba a punto de deshidratarme, / / / / / / / / / / / / / / / / me golpeó la cara con una botella de

agua de 1.5 litros y abandonó la habitación. Ni siquiera sentí el dolor del botellazo, que casi me rompe la nariz, por el alivio de que / / / / / / / / / / / / / / / / / se marchara. / no escribió nada, lo que me pareció extraño, porque los interrogadores siempre quieren escribirlo todo. Aunque imagino que grabaron la sesión. / / / / / / / / / / / / / / / / / / / hizo todo lo posible para repetir las maldiciones en las que se prodigaba / / / / / / / / / / / / / / / / / /. Creo que / era inútil para el Sr. / / / / / / / / / / / / / / / /; tan solo lo trajo como su traductor.

Los estadounidenses se marcharon, y al día siguiente el gobierno mauritano me liberó sin cargos. Es más, el DSE fue al centro de prensa para informar que yo era inocente y que estaba absuelto de todos los cargos. El jefe del DSE, el Directeur Générale de la Sûrete Nationale,[8] me ofreció un préstamo en caso de tener algún problema para volver a mi trabajo, y al mismo tiempo llamó al presidente y al D.G. de la empresa en la que había trabajado y les aseguró que yo era inocente y que debía recuperar mi trabajo.[9]

“Nunca dudamos de él ni por un segundo. Será bienvenido siempre”, le respondió mi anterior jefe. Aun así, los Estados Unidos ordenaron al gobierno que me mantuviera bajo arresto domiciliario, sin más razón que la injusticia y el abuso de poder. Mi preocupación no era encontrar trabajo después de la cárcel, porque sabía que los mauritanos tenían conciencia de que los norteamericanos se lanzaban sobre gente inocente de todo el mundo para incriminarla. De hecho, obtuve más ofertas de trabajo que nunca en mi vida. Mi principal preocupación era mi hermana / , que sufría depresión y ansiedad. Por supuesto, mi círculo familiar estaba muy feliz de tenerme de vuelta, lo mismo que mis amigos y demás familiares, que siguieron viniendo a saludarme y desearme buena suerte.

Pero el camello, como se suele decir, se acuesta en dos pasos.

La leyenda dice que un habitante de la ciudad conducía un camello con un beduino. Este se sentó delante de la joroba y el citadino detrás, de modo que podía sujetarse agarrándose al beduino. Cuando llegaron a casa, el camello dobló sus patas delanteras para descansar y el beduino bajó la guardia, perdió el equilibrio y cayó al suelo. El habitante de la ciudad no pudo evitar reírse.

El beduino miró a su amigo y dijo: “Demasiado pronto para alegrarse: el camello se acuesta en dos pasos”. Y, de hecho, tan pronto como el camello dobló sus patas traseras para descansar totalmente, el citadino cayó de bruces.

Que yo recuerde, nunca me caí de un camello; sin embargo, al reanudar de nueva cuenta mi vida, el gobierno de los Estados Unidos empezó a conspirar con el gobierno de Mauritania para secuestrarme.

***

Eran alrededor de las cuatro de la tarde cuando regresé del trabajo más o menos un mes más tarde. Había sido un día largo, caluroso y húmedo. El calendario islámico marcaba el Cuarto Ramadán y para entonces toda mi familia estaba ayunando, excepto los niños.[10]

Había sido un día de trabajo extraordinario. La empresa en que trabajaba me envió para valorar un proyecto relativamente grande para nuestra pequeña compañía: se nos había pedido entregar un presupuesto para instalar una red de computadoras y la red telefónica del Palacio Presidencial. Me había citado con el coordinador del proyecto temprano en la mañana. Su única orden para la primera mitad de la mañana era que lo esperara fuera de su oficina. Hay dos cosas que los funcionarios del Estado tienen en común: no respetan las citas y nunca empiezan a trabajar a tiempo.

Durante el Ramadán, la mayoría de las personas festejan por la noche y duermen de día. Yo no había festejado la noche anterior, pero había trasnochado por otra razón: concretamente, tuve una pequeña riña familiar con mi querida esposa. No me gustan nada las discusiones, y por eso me sentí deprimido y no pude dormir en toda la noche. Somnoliento y adormilado como iba, aun así procuré estar donde habíamos quedado, aunque no puntual, con tiempo suficiente para llegar unas horas antes que el coordinador. Su oficina estaba cerrada y no había ninguna silla libre en el pasillo; así pues, tuve que sentarme en cuclillas en el suelo con la espalda sobre la pared. Me dormí varias veces.

Aproximadamente a mediodía / se presentó y me llevó al Palacio Presidencial. Imaginé que habría muchas formalidades, especialmente con un "sospechoso de terrorismo" como yo, pero nada de eso sucedió. Tenía que dar mi nombre el día anterior, y cuando les mostré mi DNI a los guardias, verificaron en la lista de visitantes, en la que aparecía mi nombre con la correspondiente autorización. Estaba impresionado. Después de todo, solo los norteamericanos sospechaban de mí, ningún otro país. Lo curioso es que nunca he estado en los Estados Unidos y en todos los demás países en los que he estado siguen diciendo: "Este hombre no ha hecho nada".

Solo fue entrar en el santuario del palacio y sentir como si estuviera en otro país. Había un jardín interior con toda clase de flores. Fuentes de agua creaban una ligera llovizna. El agua se sentía fresca y agradable.

Fuimos al grano. Atravesé muchas habitaciones en pisos diferentes e hice algunas mediciones, pero fuimos interrumpidos y se nos aconsejó abandonar el palacio porque había una visita oficial. No obstante, podíamos quedarnos dentro del recinto, y aproveché ese tiempo para ir a la central telefónica del palacio a revisar la infraestructura. El / y tan amistoso como la mayoría de la gente de Atar. Era una apuesta segura; el presidente confía sobre todo en su propia gente, lo que tiene sentido. Me sentí abatido porque todo el proyecto iba a necesitar más trabajo del que se establecía en el proyecto y yo iba a necesitar ayuda profesional. No quería hacer las cosas mal en el Palacio Presidencial. Prefería retirarme del proyecto que hacer cualquier chapuza.

El / nos mostró las cosas que necesitábamos ver y desapareció. Se hizo tarde, y el coordinador del proyecto pidió otra cita para terminar con las mediciones y la evaluación de la infraestructura necesaria. / y yo nos fuimos con la intención de regresar al día siguiente y terminar el trabajo. Cuando cruzamos la puerta, ya estaba cansado y deseando salir de allí. Hice una llamada a mi jefe y le informé, e incluso fui a la oficina después de aquello y les dije a mis compañeros lo que había pasado.

De camino a casa, / llamó para asegurarse de que llegaría a cenar a su casa. / es un /. Además, / / / / / / / / / / / / / / / / / / / es un viejo amigo de la familia. Lo conocí y jugué con él a las cartas cuando era niño. Aquel día / organizaba una gran cena para sus amigos, incluyendo a mi hermano, que estuvo de vacaciones con nosotros en Alemania, y a mí. Justo cuando / llamó, tuve una avería en el coche. Me fastidiaba cuando mi coche, más viejo que Matusalén, me hacía eso.

—¿Necesitas que vaya hasta allí? —preguntó / / / / / / / / / / / / / / / / / / / .

—No, puedo ir a un taller cerca de mi casa. Seguro que pueden ayudarme.

—No te olvides de nuestra cena y ¡recuerda / ! —dijo.

Un mecánico del taller encontró rota la tubería del benceno al carburador y la arregló. En Mauritania se arregla todo; en Alemania, se sustituye. El mecánico me pedía más dinero del que yo consideraba que debía pagarle, así que tuve que hacer lo que más odio: negociar y pagarle la cantidad que habíamos acordado. Algo que me gusta de Alemania es que no es necesario regatear; todo tiene una etiqueta con su precio. Puedes ser mudo y aun así ser tratado debidamente. Lo que pasa con el regateo es que la mayoría de las veces alguien sale perdiendo. Personalmente, me conformo con un precio justo y satisfactorio para ambas partes.

Cuando llegué a la casa de mi madre, alrededor de las cuatro de la tarde, solo mi / y mi hermana / estaban allí, y estaban durmiendo.[11]

Mi madre había salido a reunir a las dispersas ovejas; era la hora de la comida. Entré en la casa y me puse la bata. De camino al baño, mi madre y dos policías secretos entraron casi simultáneamente a la casa.

—Slahi, ¡el D.G. quiere verte!

—¿Por qué?

—No lo sabemos —dijo uno de los muchachos.

—Vale. Voy a darme un baño y me cambio de ropa.

—¡De acuerdo! —contestó el hombre, y salieron—. Te esperamos afuera.

La policía secreta me respetaba mucho desde que me entregué hacía un par de semanas; sabían que yo no era de los que se escapan. Había estado bajo arresto domiciliario prácticamente desde el año 2000, pero podría haber huido del país en cualquier momento. No lo hice, y tampoco tenía ninguna razón para hacerlo. Me bañé y me cambié. Mientras tanto, mi tía se despertó con el ruido. Mi hermana no se despertó, que yo recuerde, y eso estaba bien. Mi única preocupación era ella y la profunda depresión que había estado sufriendo.

—Creo que la policía te ha llamado porque compraste un televisor nuevo y no quieren que veas la televisión. ¿No te parece? —dijo mi madre inocentemente.

Sonreí y dije: “No creo que sea eso, pero todo va a ir bien”. Mi madre se refería a la nueva antena parabólica que había instalado la noche anterior para mejorar la recepción. Resulta irónico que el / fue el que me ayudó a instalarla.[12] Cuando estuve en la cárcel el mes anterior, me había pedido buscarle un trabajo porque la policía le pagaba una miseria. Le prometí que lo ayudaría, y mientras tanto quise ofrecerle la oportunidad de hacer algún trabajo para mí. Por eso lo llamé, para que me ayudara a instalar la antena, y le pagué adecuadamente. Era la única manera en que un hombre como él podría sobrevivir. Lo ayudé a que consiguiera un trabajo, y allí estuvimos en mi casa, sorbiendo té y bromeando juntos.

—No te traje a mi casa para que me arrestaras —dije jocosamente.

—Espero que esto no suceda nunca más —respondió / .

La casa de mi madre está junto a la de mi hermano, separadas por un muro bajo. Podría haber saltado sin más a la casa de mi hermano y haberme escapado a través de su puerta, que se abre a otra calle, y ¿sabes qué? No me hubieran encontrado, no solo porque muchas personas me hubieran dado refugio, sino también porque los agentes de policía no hubieran tenido interés en encontrarme. Creo incluso que al gobierno le hubiera hecho mucho más feliz decirle a los Estados Unidos: “Ha huido, no pudimos encontrarlo”.

Debes saber, querido lector, que no es fácil para un país entregar a sus propios ciudadanos. El presidente hubiera preferido no tener que entregarme. ¿Te preguntas el porqué? Después de todo, le acabó costando su puesto. Si los Estados Unidos me capturan en Afganistán y me llevan a GTMO por cualquier razón, no se puede culpar a mi gobierno por mi elección inicial de ir a Afganistán. Pero raptarme de mi propia casa, en mi país, y entregarme a los Estados Unidos, violando la Constitución de Mauritania y las leyes y tratados internacionales, eso no está bien. Mauritania debió pedirles a los estadounidenses que aportaran las pruebas que me inculparan, algo que no podían hacer porque no tenían ninguna. Pero incluso si los Estados Unidos hubieran hecho eso, Mauritania debía juzgarme de acuerdo con el código criminal del país, exactamente como hace Alemania con sus ciudadanos sospechosos de estar implicados en el 11-S. Por otra parte, si los Estados Unidos dicen “No tenemos pruebas”, entonces la respuesta de Mauritania debió ser algo parecido a “¡Que se j*d*n!”. Pero no, las cosas no funcionan así. No me malinterpreten: no culpo a los norteamericanos más de lo que culpo a mi propio gobierno.

Los agentes de la policía secreta era evidente que querían que huyera, especialmente /. Pero quería hacer las cosas bien –sin mencionar que el gobierno mismo aseguraba a mi familia que yo no había hecho nada, y por lo tanto mi familia siempre quiso que fuera a la policía cada vez que me lo pidieran. Lo gracioso sobre la “policía secreta” en los países árabes es que son más conocidos por los ciudadanos de a pie que las fuerzas regulares del orden. Creo que las autoridades de los países árabes deberían pensar en una nueva denominación: algo así como la “policía más evidente”.

Había cuatro de ellos cuando traspasé la puerta con mi madre y mi tía. Mi madre mantuvo la compostura y empezó a rezar con los dedos. Mi tía, por su parte, era la primera vez que veía cómo la policía se llevaba a alguien, de modo que estaba paralizada y no pudo decir una palabra. Se puso a sudar intensamente y a musitar algunas oraciones. Ambas me miraban fijamente. Es el sabor de la impotencia, cuando ves cómo se desvanecen tus seres queridos como en un sueño y no puedes hacer nada por evitarlo. Vi a mi madre y a mi tía rezando por el espejo retrovisor hasta que dimos vuelta y contemplé cómo mis seres queridos desaparecían.

—Lleva tu coche. Esperamos que puedas regresar a tu casa hoy —me indicó uno de los muchachos—. El D.G. quizá te haga simplemente algunas preguntas.

/ iba en el asiento del copiloto con toda la tristeza del mundo encima.

—Slahi, ojalá no estuviera metido en esta mierda —dijo. No respondí. Seguí al coche de policía que se dirigía hacia la bien conocida cárcel secreta. Había estado encarcelado un par de veces en la misma prisión ilegal y conocerla no hacía que me gustara más. Detesto el recinto, detesto la sucia y oscura habitación, detesto el baño mugriento y detesto todo lo que implica, especialmente el constante estado de miedo y terror.

—El inspector te ha estado buscando hoy desde muy temprano. Sabes, el DSE está de viaje en España. El inspector nos preguntó si alguien tenía tu número de teléfono. Pero yo no le dije nada, aunque lo tengo —/ intentando sentirse mejor. La única persona que tenía mi número de teléfono, aparte de él, era el DSE, y evidentemente este no se lo dio a nadie.

De manera que allí estábamos, en la puerta de la maldita prisión. El / / / / / / / / / / / / / estaba en su oficina, mirándome con su sonrisa falsa, que rápidamente cambió a un gesto de desaprobación.[13]

—No teníamos tu número de teléfono. El director está de viaje. Vuelve en tres días, y mientras tanto te vamos a retener por desacato.

—¿Por qué? De verdad que me estoy cansando de que me arresten sin razón. ¿Qué quieren ahora de mí? Me acaban de liberar —expresé, frustrado y enfadado, particularmente porque el tipo que conocía mi caso no

estaba en el país.

—¿De qué estás tan asustado? No te he visto nunca así —dijo el / .

—Mira, me arrestaron después del 11-S y los norteamericanos vinieron aquí para interrogarme. Después de aquello, cuando se dieron cuenta de que soy inocente, me liberaron. Puedo llegar a entender el arresto masivo tras el 11-S; pero esta detención justo ahora no está bien.

—Todo va a salir bien. Dame tu celular —mintió el inspector, sonriendo con su habitual sonrisa forzada. / / / / / / / / / / / / / / / / / / tenía la misma información que yo sobre el objetivo de mi detención porque el gobierno no compartía con él la información. No creo que el gobierno mauritano hubiera llegado a una resolución sobre mi caso; el hombre más importante / estaba de viaje, y sin él, a duras penas podía tomarse una decisión. Lo que el / / / / / / / / / / / / / / / y yo sabíamos entonces era que los Estados Unidos le pidieron al entonces presidente de Mauritania que me retuviera; el presidente mauritano le pidió a su Directeur Général de la Sûreté Nationale –que es ahora el presidente– que me arrestara, y este a su vez ordenó a su gente, encabezada por el inspector, que me retuvieran por desacato.[14]

Como quiera que sea, creo que los Estados Unidos no pretendían ocultar su objetivo: a saber, tenerme en Jordania, de manera que en el momento de mi detención / dos personas conocían el plan: el presidente mauritano y su D.G. Pero los Estados Unidos estaban pidiendo demasiado a sus aliados, y por eso el gobierno mauritano necesitaba un tiempo para digerirlo y deliberar. Entregarme a Jordania podía traer serias consecuencias. Suponía una violación a la Constitución de Mauritania. Su cargo de presidente de Mauritania pendía de un hilo y cualquier conflicto lo zarandearía y lo haría peligrar. Los norteamericanos no habían pedido a los mauritanos que me entregaran a ellos, lo que habría tenido más sentido. No, ellos me querían en Jordania, lo que suponía una grave falta de respeto a la soberanía de Mauritania. El gobierno de Mauritania había estado pidiendo pruebas, cualquier prueba, y los Estados Unidos no habían sido capaces de proporcionar ninguna. Así, si mi arresto en sí mismo era una pesada carga

para el gobierno, más aún lo era enviarme a Jordania. El gobierno mauritano buscaba pruebas incriminatorias en los países en los que había estado, de Alemania y Canadá. Pero ambos países tan solo proporcionaron informes de buena conducta. Por estas y otras razones, el presidente mauritano necesitaba a su hombre de confianza, el DSE, antes de dar ese peligroso paso.

Le entregué mi celular al inspector. Él ordenó a los guardias que se encargaran de mí, y se marchó. De modo que me quedé de fiesta con los guardias en lugar de con / y el resto de mis primos.

En Mauritania, los guardias de los detenidos clandestinos forman parte de la policía secreta y, por muy bien que se lleven contigo, harán cualquier cosa que se les ordene, incluso quitarte la vida. Este tipo de personas son los resentidos de la sociedad, los tentáculos de la dictadura; sin ellos el dictador está mutilado. No se debe confiar en esa gente. A pesar de todo, no sentí ningún tipo de animadversión hacia estas personas. Peor para ellos. Tenían el derecho de ser tan miserables como el resto de los mauritanos. La mayoría me conocían de anteriores detenciones.

—¡Me divorcié de mi mujer! —me dijo un joven guardia.

—¿Por qué, hombre? Tienes una hija.

—Lo sé; pero no tengo suficiente dinero para alquilar un espacio para mi esposa y para mí, y ella se hartó de vivir en la casa de mi madre. No se aguantaban.

—¿Pero divorciarte? ¡Vamos!

—¿Qué hubieras hecho tú en mi lugar?

No pude encontrar una respuesta; los números estaban en mi contra. El salario del muchacho era de alrededor de 40 o 50 dólares al mes, y para poder tener una vida mínimamente decente necesitaba al menos 1 000. Todos los guardias tenían algo en común: vivían por debajo del umbral de la pobreza, y sin un trabajo complementario, ninguno podría llegar a fin de mes. En Mauritania, el abismo entre los directivos y los agentes de menor rango es demasiado grande.

“Hemos visto mucha gente que ha estado aquí y ha terminado ocupando cargos muy elevados en el gobierno. Estamos seguros de que a ti también te pasará”, les gustaba tomarme el pelo. Seguramente aspiraban a mejores puestos en el gobierno; pero yo, personalmente, no confío en trabajar para un gobierno que no es honrado. En mi opinión, la necesidad generada por los indignos salarios no es una excusa para el daño que ejercían bajo el color y la autoridad de un régimen injusto. A mis ojos, ellos eran tan culpables como cualquier otra persona, sin importar las excusas con las que pudieran justificarse.

A pesar de todo, los guardias mauritanos, sin excepción, me expresaban su solidaridad y deseaban no haber tenido que ser ellos los que hicieran el trabajo. Me mostraban su respeto y simpatía y siempre trataban de calmar mi preocupación por si iba a ser enviado a un tribunal militar de los Estados Unidos. Por aquel entonces, el presidente norteamericano andaba despotricando sobre la posibilidad de llevar a sospechosos de terrorismo ante tribunales militares y otro tipo de amenazas por el estilo. Sabía que en un tribunal militar extranjero no iba a tener la opción de ser tratado con justicia. Comíamos, rezábamos y socializábamos juntos. Lo compartíamos todo: la comida, el té y el radio de transistores en el que escuchábamos las noticias. Dormíamos todos en una habitación grande, sin muebles y con montones de mosquitos. Dado que era el Ramadán, comíamos por la noche, nos quedábamos levantados hasta altas horas de la madrugada y dormíamos por el día. Evidentemente, habían recibido órdenes de tratarme así; el / / / / / / / / / / / / / / / en ocasiones se unía a nosotros para controlar las cosas.

Tal y como estaba programado, el DSE regresó de viaje.

—Hola —me saludó.

—Hola.

—¿Cómo te va?

—¡Bien! ¿Por qué me has arrestado?

—¡Ten paciencia! ¡No protestes! —dijo. *¿A qué venía lo de protestar?*, me pregunté.

No se veía nada contento, y yo sabía que su disgusto no era por mi causa. Me sentía totalmente deprimido y aterrado; me enfermé. Perdí el apetito, no podía comer nada y mi presión arterial cayó por los suelos. El

DSE llamó a un médico para una revisión.

“No puedes hacer ayuno. Tienes que comer”, dijo, prescribiéndome algunas medicinas. Dado que no podía tenerme en pie, tenía que orinar en una botella de agua, y en cuanto a lo demás, no era necesario porque no había comido nada. Me puse verdaderamente muy enfermo, y el gobierno mauritano estaba terriblemente preocupado por si la mercancía desaparecía antes de que el cliente norteamericano se la llevara. Intenté sentarme derecho para comer un poco; pero tan pronto como lo hice empecé a marearme y me caí. Todo el tiempo estuve bebiendo y comiendo lo que podía, mientras permanecía tumbado en un fino colchón.

Estuve siete días bajo custodia mauritana. No recibí ninguna visita de mi familia. Por lo que supe más tarde, no tenían permitido verme y se les denegó el derecho a conocer mi paradero. Al octavo día, el 28 de noviembre de 2001, me informaron que me despacharían en barco a Jordania.

El 28 de noviembre es el Día de la Independencia de Mauritania; marca la fecha en que la República Islámica de Mauritania recibió su independencia de los colonizadores franceses en 1960. ¡Qué ironía del destino que fuera precisamente el mismo día pero de 2001 cuando la independiente y soberana República de Mauritania entregara a uno de sus propios ciudadanos basándose en una premisa! Para su infinita vergüenza, el gobierno mauritano no solamente violó la Constitución, que prohíbe la extradición de los delincuentes mauritanos a otros países, sino que también extraditó a un ciudadano inocente y lo dejó a merced de la arbitraria justicia estadounidense.

La noche antes de que se cerrara el pacto multilateral entre Mauritania, los Estados Unidos y Jordania, los guardias de la prisión me dejaron ver el desfile que venía del centro de la ciudad hacia el Palacio Presidencial. Las bandas acompañaban a colegiales que portaban velas encendidas. Esa visión despertó mis recuerdos de infancia, cuando yo participaba en los mismos desfiles, como colegial, 19 años antes. Entonces miraba con inocencia el suceso que marcaba el nacimiento de la nación de la que yo formaba parte. No sabía que un país no se considera soberano si no es capaz de gestionar sus propios asuntos.

***

El servicio secreto es la entidad gubernamental más importante en el tercer mundo y también en algunos países del así llamado primer mundo, de modo que el DSE fue invitado a la ceremonia conmemorativa en el Palacio Presidencial por la mañana. Eran entre las diez y las once cuando finalmente llegó, acompañado de su asistente y su secretario. Me invitó a su despacho, en el que suele interrogar a la gente. Me sorprendió verlo en un día festivo. Aunque me encontraba mal, me subió bastante la presión sanguínea con la inesperada visita y fui capaz de levantarme e ir con ellos a la sala de interrogatorio. Pero una vez que hube entrado en su oficina, me derrumbé sobre el gran sofá de piel. Era evidente que mi hiperactividad era una falsa alarma.

El DSE envió a todos los guardias a sus casas, así que me quedé con él, su secretario y su asistente. Los guardias me hicieron gestos amistosos mientras abandonaban el edificio, como diciendo “¡Enhorabuena!”. Ellos y yo pensamos que me iban a soltar, aunque yo era escéptico: no me gustaban nada los movimientos ni las conversaciones telefónicas que estaban sucediendo a mi alrededor.

El DSE llevó fuera a su asistente y regresó con un par de cosas, ropa y una bolsa. Mientras tanto, el secretario se caía de sueño delante de la puerta. El DSE me condujo a una habitación en la que solo quedamos los dos.

—Te vamos a enviar a Jordania —me anunció.

—¡Jordania! ¿Qué estás diciendo?

—Su monarca ha sufrido un intento de asesinato.

—¿Y qué? No tengo nada que ver con Jordania; mi problema es con los norteamericanos. Si quieren enviarme a otro país, envíenme a los Estados Unidos.

—No, quieren que te enviemos a Jordania. Dicen que eres el cómplice de / , aunque yo sé que no tienes nada que ver con / o con el 11 de septiembre.

—Entonces, ¿por qué no me protegen de esta injusticia como ciudadano mauritano? —pregunté.

—Estados Unidos es un país que está basado en la injusticia y convive con ella —fue su respuesta.

—De acuerdo, ¡me gustaría ver al presidente! —exclamé.

—No, no puedes. Todo está ya decidido y no hay vuelta atrás.

—Bien, quiero decirle adiós a mi madre —dije.

—No puedes. Esta es una operación secreta.

—¿Cuánto durará?

—Dos días, como máximo tres. Y si así lo decides, no tienes por qué hablar con ellos —añadió—. En realidad eso no me importa.

Sabía que estaba soltando rollo, porque me llevaban a Jordania por alguna razón.

—¿Puedes darme alguna garantía de cuándo regresaré?

—Lo intentaré. Espero que este viaje a Jordania añada más testimonios positivos a tu favor. Los senegaleses, los canadienses, los alemanes y yo mismo creemos que eres inocente. No sé cuántos testigos más necesitan los estadounidenses para absolverte.

El DSE me llevó de vuelta a su despacho e intentó varias veces llamar a su jefe, el D.G. Cuando por fin lo consiguió, el director general no pudo darle una fecha precisa de mi regreso pero le garantizó que sería en un par de días. No estoy del todo seguro, pero creo que los norteamericanos engañaron a todo el mundo. Pidieron que me dejaran en Jordania para después iniciar otra negociación.

“No lo sé exactamente”, me dijo honestamente el DSE cuando colgó el teléfono. “Pero mira; hoy es miércoles. Dos días para el interrogatorio y un día para el viaje. Por tanto, estarás de vuelta aquí el sábado o el domingo”.

Abrió la bolsa que trajo su asistente y me pidió que me probara la ropa nueva. Me puse todo el traje: una camiseta, un pantalón, chaqueta y zapatos de plástico. ¡Qué pinta! Nada me quedaba bien; parecía un esqueleto con traje nuevo. Pero ¿qué más daba? Al menos, a mí no me importaba.

Durante el proceso de entrega a las Fuerzas Especiales Jordanas, me trataron como un paquete de UPS. No puedo describir mis sentimientos: enojo, miedo, impotencia, humillación, injusticia, traición… nunca me había planteado escapar de la cárcel, aunque me habían encarcelado injustamente cuatro veces ya. Pero aquel día estaba pensando en ello porque

nunca, ni siquiera en sueños, había considerado que me enviarían a un tercer país cuyo régimen es conocido en todo el mundo por sus prácticas de tortura. Sin embargo, ese era el único as en mi manga, y si lo usaba y perdía, quedaría muy mal a los ojos de mi gobierno. No es que eso me importara; de todos modos estaba claro que ellos cumplirían con los Estados Unidos, aunque me vieran como un ángel. A final de cuentas, yo me había entregado.

Miré a mi alrededor buscando vías de escape. Estaba intentando salir del edificio: necesitaría un taxi en cuanto llegara a una calle principal. Pero no tenía dinero encima para pagar, y no podría tomar uno para llegar a un lugar donde me conocieran, porque esos son los lugares donde buscan primero. Cuando revisé las puertas, solo había una a la que no esperarían que me acercara, de modo que pedí usar el baño. En el baño me recorté la barba y reflexioné sobre la otra puerta. Era de cristal, así que podría romperla. Pero conocía el plano del edificio; esa puerta conducía hasta un guardia armado que, sin pensarlo, probablemente me dispararía hasta matarme. Y aunque lograra pasar al guardia a hurtadillas, tenía que rodear el Ministerio del Interior que colindaba con la calle principal, donde siempre hay guardias vigilando a la gente que va y viene. Sería imposible atravesar la puerta. Quizá habría una posibilidad de saltar el muro, pero ¿tenía fuerzas para hacerlo? No, no las tenía. Pero me encontraba preparado para reunir las que tenía y hacer posible lo imposible.

Todos estos planes y elucubraciones me pasaban por la cabeza cuando estaba en el baño. Miré al techo. Por allí no había forma de escapar; el techo era de cemento. Terminé de asearme y afeitarme, y salí. Fuera del baño había una entrada sin techo. Pensé que tal vez podría escalar la pared y dejar las instalaciones yendo de tejado en tejado. Pero había dos impedimentos: la pared tenía unos seis metros de alto y no había dónde agarrarse para escalar, y todo el recinto podría estar rodeado en cuestión de minutos por la policía y, sin importar donde aterrizara, acabaría apresado. Me resigné, admitiendo que una escapada era un sueño imposible para alguien a quien todas las puertas que tenía delante se le habían cerrado, excepto la puerta hacia el cielo.

El DSE siguió haciendo llamadas al vuelo que llegaba para transportar al equipo con la misión especial. “Estarán aquí en unas tres horas. ¡Ahora están en Chipre!”, dijo. Se suponía que no debía decirme dónde estaba el avión, o quién iba en el avión, o adónde me iban a llevar; los norteamericanos querían mantener en secreto todos los factores que contribuyeran a aumentar el terror. No debía saber nada de lo que me iba a ocurrir. Que te trasladen a un aeropuerto con los ojos vendados, te suban en un avión y te lleven a un país a 11 horas de vuelo de distancia son suficientes elementos para aterrorizarte como para que solo con nervios de acero puedas sobrevivir. Pero al DSE no le importaba decirme todo lo que iba sabiendo. No porque estuviera preocupado por mí, sino porque, en efecto, sabía que mostrarse de acuerdo con una operación tan horrible significaba, a la vez, ceder el poder. La agitación contra el presidente mauritano ya estaba presente; pero el DSE sabía que podría romperse la espalda del camello. Yo también lo sabía, y por eso continuaba rezando: “Oh, Señor, por favor, ¡no permitas que se derrame sangre en mi nombre!”.

Desde la torre de control le dijeron al DSE que el avión llegaría entre las siete y las siete y media de la tarde. El secretario había estado todo el tiempo durmiendo, así que el DSE lo mandó a casa. Eran alrededor de las seis cuando el DSE, su asistente y yo salimos en el lujoso Mercedes del director. Llamó al aeropuerto una vez más para verificar que todo estuviera dispuesto para meterme en el avión con seguridad y sin llamar la atención. Yo esperaba que su plan fallara y alguien delatara al gobierno.

El DSE se dirigía en la dirección opuesta al aeropuerto: quería hacer tiempo y llegar a él más o menos al mismo tiempo que la delegación jordana. Y yo deseaba que el avión tuviera un accidente. Aunque sabía que se podía reemplazar, quería que se postergara el plan, como si tuviera noticias de mi muerte y no quisiera que llegara todavía. El DSE se paró en una tienda de alimentos, entró y compró algunas cosas para poner fin al ayuno. La puesta de sol nos iba a alcanzar en el aeropuerto a la hora de la inoportuna llegada. Delante de la tienda se encontraba un camión blanco de la ONU. El conductor había entrado a la tienda y dejado el motor encendido.

Pensé que con un poco de suerte podría secuestrarlo, y escapar con un poco más de suerte, porque el Benz no tendría nada que hacer frente al imponente Toyota todo terreno.

Pero también vi algunos inconvenientes que me desanimaron en el intento. El secuestro implicaría a personas inocentes: en la cabina se sentaba la familia del conductor del camión, y yo no estaba preparado para hacerle daño. Un secuestro también implicaría neutralizar al Benz, lo que podría costar la vida de los dos oficiales de policía. Aunque no me sentiría culpable si se mataban intentando arrestarme injusta e ilegalmente, no quería matar a nadie. Además, ¿me sentía físicamente capaz de ejecutar la operación? No estaba seguro. Pensar en ella era una especie de ensoñación que me distraía de la horrible incertidumbre que sentía.

He de decir que en Mauritania la policía no tiene la paranoia de los Estados Unidos con las técnicas de seguridad, como vendar los ojos, tapar los oídos y encadenar a las personas de los pies a la cabeza; en ese sentido, los mauritanos son mucho más despreocupados. De hecho, no creo que haya nadie tan vigilante como los norteamericanos. Incluso iba caminando libremente cuando llegamos al aeropuerto, y sin demasiada dificultad podría haber salido corriendo y alcanzar la terminal pública sin que me atraparan. Al menos, podría haber transmitido públicamente el mensaje de que me habían secuestrado, y de ahí llegaría a mi familia. Pero no lo hice, y no tengo forma de explicar por qué. Tal vez si hubiera sabido lo que sé hoy lo hubiera intentado todo para desafiar a la injusticia. Ni siquiera me hubiera entregado, para empezar.

Después de la parada en la tienda, salimos directo hacia el aeropuerto. Apenas había tráfico, por ser día festivo; la gente se había retirado tranquilamente a sus casas, como es habitual en un día así. Habían pasado ocho días desde que vi el mundo exterior. Estaba desolado; debió de haber una tormenta de polvo y arena que a lo largo del día iba cediendo ante la brisa marina. Era una situación que había visto miles de veces y que todavía hoy me gusta. Cada vez que una tormenta ha desolado una ciudad, la brisa llega al final del día y con su soplido le devuelve la vida, y lenta pero segura la gente empieza de nuevo a salir.

El crepúsculo era tan maravilloso como siempre había sido. Me imaginé a mi familia preparando la comida *iftar* con la que se rompía el ayuno, mi madre murmurando sus rezos mientras trabajaba diligentemente en las modestas exquisiteces, y todos esperando a que el sol diera sus últimos pasos y se escondiera tras el horizonte. Y una vez que el *muezzin* declarara que "Dios es Grande", todos se lanzarían hambrientos sobre la mesa. Mis hermanos prefieren unas rápidas caladas al cigarro y una taza de té antes de nada; mis hermanas beben algo primero. Ninguna de mis hermanas fuma; según mi cultura, no es adecuado para una mujer. El único que falta soy yo, pero todos tienen su corazón conmigo; todas las oraciones son por mí. Mi familia pensó que solo sería cuestión de unos días para que el gobierno me liberara. Al fin y al cabo, las autoridades mauritanas le habían dicho que yo no había hecho nada, que solamente estaban esperando que los estadounidenses descubrieran la verdad y me dejaran en paz. ¡Qué equivocada estaba mi familia! ¡Qué equivocado estaba yo al poner mi fe en un montón de criminales y al poner mi destino en las manos de su país! Parece que no hubiera aprendido nada. Pero lamentarse no servía de nada; el barco había zarpado.

El Mercedes se encaminaba silenciosamente al aeropuerto y yo me hundía en mis fantasías. Junto a la entrada secreta nos esperaba, según lo planeado, el jefe de policía del aeropuerto. ¡Odiaba esa oscura entrada! ¿Cuántas almas inocentes habrán cruzado esa entrada secreta? Yo la había atravesado una vez, cuando el gobierno de los Estados Unidos me había llevado desde Dakar y entregado a mi gobierno veinte meses antes. La llegada a la entrada puso punto final a mis sueños sobre un salvador o un milagroso héroe que detendría el coche, reduciría a los agentes de policía y me llevaría a casa sobre sus alas para que pudiera tomar mi *iftar* en la calidez de la casa materna. No había forma de parar los planes divinos y yo estaba obedeciendo y sometiéndome completamente a su voluntad. El jefe de policía del aeropuerto parecía más bien un pastor de camellos. Llevaba puesta una túnica desgastada, el atuendo típico del país, y una camiseta desabotonada.

—Te dije que no quería a nadie merodeando —dijo el DSE.

—Todo va bien —dijo el jefe de mala gana. Era perezoso, descuidado, ingenuo y demasiado tradicional. Creo que no tenía ni idea de lo que estaba sucediendo. Se veía como un tipo religioso y tradicional; pero la religión no parecía tener ninguna influencia en su vida, a juzgar por la equivocada conspiración que estaba realizando con el gobierno.

El *muezzin* comenzó a cantar el increíble *azan* anunciando el final del día y, por tanto, del ayuno. "Alá es grande, Alá es grande". "Declaro que no hay sino un solo Dios", una vez, dos veces y después una tercera. "Declaro que Mohamed es el mensajero de Dios". "Vengan a rezar, vengan a rezar, vengan a florecer, vengan a florecer", y de nuevo una vez más: "Dios es Grande" y "No hay sino un solo Dios". ¡Qué asombroso mensaje! Pero ¿a que no sabes, querido *muezzin*, que no puedo obedecer a tu llamada ni puedo romper mi ayuno? Me pregunté, ¿sabe este *muezzin* la injusticia que está teniendo lugar en su país?

No había un solo lugar limpio en los alrededores. Todo el miserable presupuesto que el gobierno había aprobado para la remodelación del aeropuerto lo habían devorado, literalmente, los agentes en los que las autoridades habían depositado su confianza. Sin decir una palabra, fui al punto menos sucio y comencé a ejecutar mi rezo. El DSE, su asistente y el jefe se unieron. Después de acabar de rezar, el DSE me ofreció agua y unos bollos dulces para romper mi ayuno; en ese preciso momento, el pequeño jet comercial rozó la pista. Aunque tampoco tenía hambre, la llegada del avión me cerró el estómago definitivamente. Sabía que no iba a sobrevivir sin comer, de modo que tomé el agua y le di un trago. Tomé un trozo del pan dulce y me lo metí a la fuerza en la boca, pero el pedazo parecía caer en un agujero negro. Mi garganta no me respondió y se cerró. Estaba perdiendo la cabeza presa del miedo, aunque intenté actuar con normalidad y recomponerme. Temblaba mientras seguía farfullando mis oraciones.

***

La tripulación de tierra dirigió el pequeño aeroplano hacia el Benz. Llegó a detenerse a unos metros de distancia; la puerta se abrió, y un hombre /

/ bajó por la escalera dando ágiles pasos. Era más bien / . Tenía uno de esos / que se ahoga sin parar con cualquier cosa que beba. Oh, Señor, no me tomaría un trago con una de esas personas ni por un millón de dólares. En cuanto vi al hombre le puse el nombre de / / / / / / / / / / / / / / / / / / / .[15]

Cuando pisó tierra nos echó una mirada con sus ojos de zorro. Tenía un /, y la costumbre de afinar su / , y seguía moviendo los ojos, uno bien abierto y el otro bizco. Se pudo ver fácilmente la impresión en su rostro cuando no identificó a la primera a la persona que estaba buscando, es decir, a mí. Pero sin duda no era la primera vez que dirigía una operación de secuestro: mantenía por completo el control, como si nada grave estuviera pasando.

—Hemos traído aquí a personas en bolsas —me dijo más tarde en Jordania su / / / / / / / / / / / / / / / / / asistente.

—Pero ¿cómo pueden sobrevivir al viaje sin asfixiarse?

—Hacemos una abertura alrededor de la nariz para que le entre oxígeno continuamente —/ respondió. No conozco la historia de la bolsa, pero sí conozco casos de raptos de sospechosos de terrorismo en Jordania.

/ estaba esperando encadenar, vendar los ojos y tapar los oídos a su presa. Pero al verme de pie ante él, en ropa de paisano, con los ojos bien abiertos, como cualquier ser humano, aquello lo sorprendió. “No, ese no es el aspecto de un terrorista”, pareció decirse. “Particularmente un terrorista de alto nivel, que se supone es el cerebro que está detrás de la Conjura del Milenio”.

—Hola —dijo. Evidentemente, no estaba familiarizado con el hermoso saludo musulmán: “¡La paz sea contigo!”.

Rápidamente intercambió algunas palabras con el DSE, a pesar de que no se entendían muy bien entre ellos. El DSE no estaba acostumbrado al dialecto de Jordania, ni el visitante jordano a la forma de hablar de Mauritania. Yo tenía una ventaja sobre los dos: apenas hay un dialecto del árabe que no entienda, porque he tenido muchos amigos de diferentes orígenes culturales.

—Dice que necesitan combustible —le expliqué al DSE. Estaba deseoso de hacerle saber a mi captor. “Soy yo, soy yo”. Tomé mi bolsa y mostré estar preparado para embarcar. Fue entonces cuando / / / / / / / / / / / / / / / / / se dio cuenta de que yo era el raquítico “terrorista” al que tenía que recoger.

El DSE le pasó mi pasaporte y una delgada carpeta. Al final de la escalera había dos hombres jóvenes con trajes negros de ninja, que resultaron ser los guardias que iban a vigilarme durante el viaje de 11 horas más largo de mi vida. Enseguida le hablé al DSE de una manera que sabía que / / / / / / / / / / / / / / / no entendería.

—Dile que no me torturen.

—Es un buen muchacho. ¡Quiero que lo traten como corresponde! —dijo él vagamente.

—Vamos a cuidar bien de él —respondió el / / / / / / / / / / / / / / / / / / de manera ambigua.

El DSE me dio algo de comida para el viaje.

—No es necesario: llevamos suficiente comida —dijo el / / / / / / /. Me alegré porque me gusta la cocina del Medio Oriente.

Me senté en el asiento reservado para mí. El líder de la operación ordenó una revisión exhaustiva mientras el avión rodaba sobre la pista. Todo lo que encontraron fue mi Corán de bolsillo, que me devolvieron. Tenía los ojos y los oídos tapados, pero me quitaron la venda de los ojos para que pudiera comer cuando el avión alcanzó su altura regular. Por más que conociera las bases de las herramientas de telecomunicación, me horroricé cuando me pusieron unas orejeras que eran como auriculares: pensé que era un nuevo método de los Estados Unidos para extraer la información del cerebro y enviarla directamente a una computadora central que la analizaría. No me preocupaba lo que pudieran sacarme del cerebro,

sino el dolor que podría sufrir con las descargas eléctricas. Era estúpido, pero si caes en el pánico dejas de ser tú. En gran medida, te vuelves un niño otra vez.

El avión era muy pequeño y ruidoso. Solo podía volar durante tres o tres horas y media; después tenía que reabastecerse. “Están en Chipre”, había dicho el DSE varias horas antes de su llegada a Nouakchott. Di por hecho que el regreso lo harían por la misma ruta, puesto que este tipo de delitos tienen que estar perfectamente coordinados con las otras partes de la conspiración.

/ / / / / / / / / / / / / / / / / / / me ofreció comida. Esta tenía buena pinta, pero yo tenía la garganta seca y me sentía como si intentara tragar piedras.

—¿Eso es todo?, / / / / / / / / / / / / / —me preguntó.

—Estoy bien, / / / / / / / / / —dije.

/ / / / / / / / / / / significa, literalmente, alguien que ha hecho la peregrinación a La Meca; pero en Medio Oriente, de manera respetuosa, se refiere a alguien a quien no conoces como / / / / / / / / / / / / /.[16] En Jordania llaman / / / / / / / / / / / / / / a todos los detenidos para mantener sus nombres en secreto.

—¡Come, come, disfruta la comida! —dijo / / / / / / / / / / / /, intentando hacerme sentir cómodo para comer y mantenerme vivo.

—Gracias, / / / / / / / / /, he comido suficiente.

—¿Seguro?

—Sí, / / / / / / / / / —respondí. / / / / / / / / / / / / / me miró, forzando la sonrisa más falsa y sardónica que he visto, exactamente igual que al bajar del avión en el aeropuerto de Nouakchott.

Los guardias recogieron la basura y colocaron la mesa en su posición vertical. Dos de ellos estaban vigilándome, uno justo detrás de mi cuello y el otro sentado a mi lado. El tipo que estaba detrás de mí me estuvo mirando fijamente todo el tiempo; dudo que alguna vez parpadeara. Debe de haber tenido un duro entrenamiento.

—En mi entrenamiento casi pierdo los nervios —me dijo más tarde un joven recluta en la cárcel jordana—. Durante el entrenamiento atrapamos a un terrorista y lo asesinamos delante de todos los estudiantes. Algunos no lo aguantaron y rompieron a llorar —continuó.

—¿Dónde se entrenan, muchacho? —le pregunté.

—En un país árabe; no puedo decirte cuál. —Sentí náuseas, pero hice lo que pude para actuar delante del joven como si todo fuera normal y él un héroe—. No quieren que tengamos piedad con los terroristas. Puedo matar a un terrorista que está huyendo sin malgastar más de una bala —afirmó efusivamente.

—¡Oh, es fantástico! ¿Pero cómo sabes que es un terrorista? Podría ser inocente —aprecié.

—No importa; si mi jefe dice que es un terrorista, lo es. No debo seguir mi propio criterio. Mi trabajo es ejecutar.

Sentí tanta pena por mi gente y por el nivel de crueldad y aberración en el que habían caído. Estaba delante de alguien que estaba entrenado para matar ciegamente a quienquiera que se le ordenara. Sabía que no estaba mintiendo, porque una vez conocí a un antiguo soldado argelino que estaba buscando asilo en Alemania y quien me contó la repugnancia que también sentía al tratar con los islamistas.

—En una emboscada capturamos a un adolescente de 16 años, y de camino hacia la cárcel nuestro jefe se detuvo, lo sacó del camión y le disparó hasta matarlo. No quería meterlo en la cárcel; quería venganza —me dijo.

Me preguntaba por qué había tanta vigilancia, dado que yo estaba esposado y había dos guardias, dos interrogadores y dos pilotos. Satán le pidió al guardia que estaba a mi lado que le dejara su asiento, y / / / / / / / / / se sentó junto a mí y comenzó a interrogarme.[17]

—¿Cómo te llamas?

—Mohamedou Ould Slahi.

—¿Cuál es tu apodo?

—Abu Musab.

—¿Tienes otros apodos?

—¡Ninguno!”

—¿Estás seguro?

—Sí, ¡/ / / / / / / / /!

No estaba acostumbrado a tener un interrogador de la región de Sham y no había escuchado nunca ese acento pronunciado de un modo tan aterrador. El acento Sham es uno de los más dulces de la lengua árabe, pero

/ / / / / / / / / / / / / / / no era dulce. Era el demonio: se movía, hablaba, miraba, comía, todo lo hacía como tal. Durante nuestra corta conversación casi estábamos gritando. Sin embargo, apenas podíamos escucharnos el uno al otro por el altísimo quejido de los motores. No me gustan nada los aviones pequeños. Cuando voy en uno siento como si fuese en el ala de un demonio.

—Deberíamos detener el interrogatorio y retomarlo más tarde —dijo. ¡Gracias, viejos motores! Solo quería que se quitara de mi vista, aunque fuera provisionalmente. Sabía que no había sitio a su alrededor y que seguiría a mi lado.

/ sobre la medianoche GMT aterrizamos en Chipre. ¿Era un aeropuerto comercial o uno militar? No lo sé. Pero Chipre es uno de los paraísos que existen sobre la faz de la Tierra.

Los interrogadores y los dos pilotos se pusieron las chaquetas y salieron del avión, probablemente para tomar un descanso. Parecía que había estado lloviendo; la tierra se veía húmeda y una ligera llovizna acariciaba la tierra. De vez en cuando lanzaba un rápido vistazo a través de la ventana pequeña y empañada. La brisa en el exterior alejaba la presencia del frío invierno sobre la isla. Sentí algunos ruidos que sacudieron al pequeño avión. Debió de ser el camión cisterna moviéndose. Me sumí en mis ensoñaciones.

Pensaba: *Ahora la policía local sospechará del avión y con suerte lo registrarán. Por estar incumpliendo la ley al transitar por un país sin visa, seguramente me arrestarán y me llevarán a la cárcel. En esta solicitaré asilo y me quedaré en este paraíso. Los jordanos no pueden decir nada porque son culpables de secuestro. Cuanto más tiempo se detenga el avión, más oportunidades tendré de que me detengan*.

¡Qué equivocado estaba! ¡Qué consoladora puede ser una fantasía! Era mi único momento de descanso para olvidar la maldad que me rodeaba. De hecho, el avión estuvo esperando el tiempo suficiente, como una hora, pero no hubo ningún registro. Yo no estaba en la lista de pasajeros que los jordanos le dieron a las autoridades locales. Incluso me pareció ver a unos policías con sus gruesos uniformes negros aproximándose al avión; pero no me iban a descubrir porque estaba emparedado entre dos asientos con la

cabeza hacia abajo, de modo que parecía una pequeña maleta. Tal vez estaba equivocado, y solo los vi porque quería que la policía viniera y me arrestara.

/ / / / / / / / / / / / / / / / / / , su auxiliar y los dos pilotos volvieron y despegamos. Los pilotos intercambiaron los puestos. Vi al piloto obeso sentado delante de / / / / / / / / / / / / /; era casi tan ancho como alto. / se puso a conversar con él. Aunque no podía escuchar lo que decían, supuse que entablarían una conversación amistosa entre dos hombres maduros. Estupendo. / / / / / / / / / / / / / / / / / acabó cansado como todos los demás, excepto el joven guardia que seguía apuntándome con esos ojos que no parpadeaban. De vez en cuando hacía un comentario como "¡Mantén la cabeza baja!" y "Mira hacia abajo", pero a mí se me olvidaban las normas todo el tiempo. Tenía la sensación de que este sería mi último vuelo, porque estaba seguro de que no podría soportar la tortura. Pensé en cada uno de los miembros de mi familia, incluso en mis sobrinos y en mis familiares políticos. ¡Qué corta es esta vida! Todo desaparece en un abrir y cerrar de ojos.

Continué leyendo mi Corán en la tenue luz. Me latía con fuerza el corazón, como queriendo saltárseme por la boca. A duras penas entendía algo de lo que leía; leí unas doscientas o trescientas páginas sin poner atención. Estaba preparado para morir, pero nunca imaginé que sería de esta manera. ¡Que el Señor se apiade de mí! Casi nadie se encuentra con la muerte de la manera imaginada. Los humanos solemos considerarlo todo, excepto la muerte; nadie pone a la muerte en su calendario. ¿Dios había predestinado que muriera en Jordania a manos de las personas más abyectas del mundo? En realidad, no me importaba que me matara mala gente; ante Dios, todo eso, pensaba, pierde fuerza.

/ / / / / / / / / / / / / / / / / alrededor de las cuatro de la mañana GMT. Una paz ficticia dominó el viaje entre Chipre y mi desconocido destino. A los bandidos se les veía exhaustos del viaje del día anterior entre Amman y Nouakchott, lo que para mí fue una bendición. El avión empezó a perder de nuevo altura para aterrizar en un lugar inhóspito. Creo que era un país árabe de Medio Oriente, porque me pareció ver señales en árabe a través de la

pequeña ventana cuando pude echar un vistazo clandestino. Era una hora tranquila en medio de la noche y la atmósfera parecía clara y seca; no percibí rastro alguno del invierno.[18]

Esta vez no deseé que la policía registrara el avión, porque los países árabes están siempre conspirando entre ellos contra sus propios ciudadanos. ¡Vaya traición! No obstante, cualquier filtración de datos no haría ningún daño. No le di más vueltas a este pensamiento. No nos quedamos mucho tiempo, aunque el proceso fue el mismo. / / / / / / / / / / / / y sus dos pilotos tomaron un pequeño descanso y se oyeron los mismos ruidos del reabastecimiento que escuché en Chipre. El avión despegó hacia su destino final: Amman. Me parece que no hicimos más paradas; aunque no podría asegurarlo, porque estuve perdiendo y recuperando el sentido hasta que llegamos a Jordania.

Noventa de cada cien jordanos, aproximadamente, son musulmanes. Para ellos, como para todos los musulmanes de Medio Oriente, el ayuno durante el Ramadán es el servicio religioso más importante. Las personas que no ayunan son repudiadas, de modo que mucha gente ayuna por la presión social, aunque no sean creyentes. En Mauritania la gente es más tolerante con el ayuno y mucho menos con el rezo.

—Tómate el desayuno —dijo el guardián. Creo que me había dormido un momento.

—No, gracias.

—Es tu última oportunidad para comer antes de que empiece el ayuno.

—No, estoy bien.

—¿Estás seguro?

—Sí, / / / / /.

Ellos se pusieron a desayunar masticando como cuervos; hasta podía oírlos a través de las orejeras. Yo seguí mirando a hurtadillas por la menuda ventana hasta que la primera luz del día se coló, diluyendo la oscuridad.

—/ / / / / / / , me gustaría rezar —le dije al guardia. Este cruzó unas palabras con / / / / / / / / / / / /, quien le ordenó que me retirara una de las orejeras.

—Aquí no se puede rezar. Cuando lleguemos, tú y yo vamos a rezar juntos —dijo / / / / / / / / / / / / / /. Me tranquilizó de alguna manera, porque si rezaba quería decir que era creyente y lo pensaría dos veces antes de hacer daño a un hermano de fe. A pesar de todo, no parecía conocer su religión. El rezo debe realizarse a la hora correspondiente de la mejor manera posible, al menos en tu interior. No se puede posponer, excepto por las razones que se explican en las escrituras del Islam. Sea como fuere, la prometida oración con Satán nunca llegó a realizarse.[19]

Notas:

[1] De acuerdo con el testimonio de MOS ante la ARB de 2005, la fecha es el sábado 29 de febrero de 2001 [ARB 18].

2 Trarza es la región del sur de Mauritania que se extiende desde la frontera con Senegal hacia la capital. También era el nombre de un emirato precolonial en la misma región. Los Cuadros de Trarza son una organización comunitaria.

3 MOS testificó en las audiencias del CSRT en 2004 y de la ARB en 2005 que cuando regresó a Mauritania en el año 2000 trabajó como especialista en electrónica y computadoras; primero para una empresa de suministro de equipamiento médico y más tarde, comenzando en julio de 2001, para una empresa llamada Aman Pêche en Nouakchott. "Es pez en francés", explicó en la vista ante el CSRT. "Esta empresa era de personas de mi tribu y me dieron más dinero para unirme a ellos. Querían desarrollar el negocio y contar conmigo. Me estuve instalando en mi oficina, porque no sabían qué hacer conmigo al principio. Tenían muchos aparatos electrónicos de los que querían que me ocupara. Justo acababa de establecerme en mi oficina e instalar el aire acondicionado cuando sucedió el 11 de septiembre. Entonces, los Estados Unidos se volvieron locos buscando líderes, y yo era el primo de la mano derecha de Osama bin Laden, y claro, fueron por mí" [CSRT 8; ARB 18].

4 Al parecer, la conversación giraba en torno de Abu Hafs, por quien se ofrecía una recompensa de 25 millones de dólares tras los ataques del 11-S (Ver en capítulo 2 Senegal-Mauritania la nota 9).

5 En el testimonio de 2005 ante la ARB, MOS fecha este interrogatorio el 13 de octubre de 2001 y especula con que estos dos interrogadores eran del FBI. Aunque "son norteamericanos, podrían ser cualquier cosa". Al lado del interrogador jefe había un hombre que "habla correctamente el alemán, aunque no muy bien" y "con mala pronunciación", que hacía de intérprete durante la entrevista (ARB 18).

6 El Noumane de la pregunta del interrogador podría ser Noumane Ould Ahmed Ould Boullahy, cuyo nombre aparece en la siguiente nota del veredicto del juez James Robertson que concedió el habeas corpus a MOS: "El Gobierno afirma que Salahi hizo un juramento de lealtad a Osama bin Laden, como también hizo al mismo tiempo Noumane Ould Ahmed Ould Boullahy, quien llegó a ser uno de los guardaespaldas de Bin Laden. No hay pruebas de que Salahi mantuviera o tuviera alguna vez relación alguna con Boullahy". El veredicto está disponible en http:/ / bit.ly/1fytNv6

7 El nombre aparece escrito *Houari* en el manuscrito. El interrogador podría estar refiriéndose al convicto Mokhtar Hauoari, participante en la Conjura del Milenio.

8 Directeur de la Sûrete Nationale se abrevia aquí y unas páginas más adelante como D.G. y se explica en detalle en una nota al pie la segunda vez. La Sûreté Nationale la constituyen las Fuerzas de la Policía Nacional de Mauritania. Su D.G. es el oficial del orden público de más alto rango.

9 En el manuscrito se abrevia como P.D.G., la forma corta para el título de presidente-director general, el equivalente al presidente y al director ejecutivo.

10 El Cuarto Ramadán era el martes 20 de noviembre de 2001.

11 En algunos párrafos queda claro que el primer miembro de la familia que se menciona aquí es una tía.

12 Esto es, al parecer uno de los oficiales que fueron por MOS para que fuera interrogado estuvo en su casa y lo ayudó a instalar una antena satelital la tarde anterior.

13 Esta persona podría ser el "inspector", que ha sido referido varias veces en la escena.

14 El Directeur Général de la Sûreté Nationale de Mauritania en 2001 era Ely Ould Mohamed Vall. Vall, quien ejercía como director de la Policía Nacional bajo la presidencia de Maaouya Ould Taya, tomó el poder en un golpe sin derramamiento de sangre cuando Ould Taya estaba fuera del país el 3 de agosto de 2005.

15 El mote que le dio MOS al líder del equipo jordano de entrega, quien lo saluda aquí, parece que es Satán, que aparece no censurado dos veces más adelante en la escena. El contexto sugiere que lo que "se ahoga sin parar" debe de ser el bigote.

16 Se deduce por el contexto que MOS emplea aquí el tratamiento honorífico de *Hajji*.

17 *Satán* aparece aquí sin censurar en el manuscrito.

18 MOS indicó que el vuelo salió de Amman en la tarde del 28 de noviembre; por tanto, ahora sería el despertar del 29 de noviembre de 2001.

19 Una vez más, *Satán* aparece aquí sin censurar.

4

Jordania

29 de noviembre de 2001 — 19 de julio de 2002

La hospitalidad de mis hermanos árabes … Como el perro y el gato: ICRC *vs. Inteligencia jordana … Buenas noticias: se supone que atenté contra la vida del presidente mauritano … Centro de culturismo: lo que sé que me mata … Injusta justicia*

/ alrededor de las siete de la mañana hora local.[1]

El reducido avión empezó torpemente a abrirse camino a través del frío y nuboso cielo de Amman. Por fin nos elevamos y llegó la calma. Todos estábamos deseosos de salir del maldito avión.

"Ponte de pie", dijo uno de los guardias, quitándome las esposas, que ya habían tallado un anillo alrededor de mis muñecas. Me sentí aliviado y tomé asiento hablándome en silencio: *Mira, ellos son amables. Solo querían asegurarse de que no hicieras alguna estupidez en el avión. Ahora que hemos llegado, no hay necesidad de más esposas u orejeras*. ¡Qué equivocado estaba! Me quitaron las esposas solamente para esposarme de nuevo detrás de la espalda y ponerme orejeras más grandes y una bolsa en

la cabeza que me cubría el cuello. El corazón se me salía del pecho, lo que me subió la presión arterial y me ayudó a ponerme de pie con celeridad. Me puse a musitar mis rezos. Era la primera vez que me trataban de esta forma. Se me caían los pantalones porque estaba escuálido, pues había estado sin comida en el cuerpo por al menos una semana.

Los nuevos y enérgicos guardias me arrastraron fuera del avión. Me torcí los pies al llegar a la escalera; no podía ver ni tampoco los estúpidos guardias me dijeron nada. Me caí de bruces, pero ellos me agarraron antes de que me diera contra la escalera.

“¡Tengan cuidado!”, les gritó / , mi futuro interrogador. Retuve su voz, y más tarde, cuando empezó a interrogarme, la reconocí por aquel día.

Me di cuenta de que tenía que bajar la escalera cuando mis pies tocaron el suelo y me estremeció el cuerpo una heladora brisa invernal. No llevaba la ropa adecuada para esa temperatura. Tenía puestas las prendas corrientes e inservibles que me dieron las autoridades mauritanas.

Uno de los guardias me ayudó discretamente a poner los pies en una camioneta, que estaba estacionada unos metros más allá del último escalón de la rampa. Los guardias me pusieron entre ellos, en el asiento de atrás, y la camioneta arrancó. Me sentí a gusto; el interior estaba cálido y el motor era silencioso. El conductor, por error, encendió la radio. La voz femenina de la locutora me impactó con su acento sham y su estilo aletargado. La ciudad iba despertándose, lenta pero segura, de una larga y fría noche. El chofer aceleraba y pisaba el freno súbitamente. ¡Qué mal conductor! Tal vez lo habían contratado por lo torpe que era. Mi cuerpo se balanceaba hacia adelante y hacia atrás como un monigote.

Escuché el claxon de muchos automóviles. Era la hora pico para ir al trabajo. Me imaginé a la misma hora en casa, disfrutando del nuevo día, de la brisa marina matinal que entra a través de la ventana abierta, preparándome para ir a trabajar o para dejar a mis sobrinos en sus escuelas. Cuando crees que la vida fluye a tu favor, esta te traiciona.

Después de cuarenta o cuarenta y cinco minutos de una aparatosa conducción, tomamos un desvío, cruzamos una puerta y paramos. El guardia me sacó a la fuerza de la camioneta. La fría brisa sacudió todo mi

cuerpo, aunque solamente por un breve momento, antes de que entráramos al edificio y me dejaran cerca de una estufa. Pude reconocer qué tipo de estufa era incluso con los ojos cerrados. Percibí que era como las que tenía en Alemania. Más adelante supe por los guardias que las instalaciones de la prisión fueron construidas por una compañía suiza.

“No te muevas”, dijo uno de los guardias antes de que los dos se marcharan del lugar. Me quedé quieto, aunque mis pies apenas me sostenían parado y me dolía muchísimo la espalda. Me dejaron allí unos quince o veinte minutos antes de que / me agarrara por la parte de atrás del cuello, casi estrangulándome. / me empujó rudamente escaleras arriba. Deduje que de la planta baja me llevó a empujones al primer piso.

La leyenda dice que los árabes están entre los pueblos más hospitalarios sobre la faz de la Tierra, dicho tanto por amigos como por enemigos. Pero lo que yo estaba experimentando aquí era otra clase de hospitalidad. / me empujó al interior de una habitación relativamente pequeña, con una mesa y un par de sillas, con un tipo sentado detrás de la mesa mirándome. En cuanto lo vi, lo bauticé como / . Era un /. Como los demás guardias, vestía / un corte de pelo a lo militar.[2] Se veía que había estado haciendo ese trabajo por mucho tiempo: no había signos de humanidad en su rostro. Tal vez se odiaba a sí mismo más de lo que nadie podría odiarlo.

Las primeras cosas que vi fueron dos fotografías en la pared, una del actual rey Abdullah y la otra de su fallecido padre Hussein. Estas imágenes muestran cuáles son las dictaduras en el mundo en desarrollo. En Alemania nunca vi que nadie colgara la foto del presidente. La única vez que vi su foto fue cuando pasaban las noticias o durante las elecciones, cuando cuelgan un montón de fotografías de los candidatos. Quizá me equivoque,

pero desconfío de cualquiera que cuelgue la fotografía de su presidente, o de cualquier candidato que gana las elecciones con más del 80% de los votos. Es ridículo sin más. En la otra pared vi la hora en un gran reloj. Eran alrededor de las siete y media de la mañana.

"¡Quítate la ropa!", me dijo /. Obedecí su orden, excepto por mi ropa interior. No pensaba quitármela sin pelear, por más débil que me encontrara. Pero / simplemente me pasó un uniforme limpio azul claro. Materialmente hablando, los jordanos están mucho más avanzados y organizados que los mauritanos. Todo en la cárcel era modesto pero limpio y pulcro. Era la primera vez en mi vida que me ponía un uniforme carcelario. En Mauritania no tienen un uniforme específico, no porque se trate de un país democrático, sino probablemente porque las autoridades son demasiado indolentes y corruptas. Un uniforme es un símbolo de países comunistas o de otros tiempos. El único de los llamados países "democráticos" que sigue empleando la técnica de envolver a los detenidos en uniformes es los Estados Unidos. Y los jordanos han adoptado al cien por ciento el sistema norteamericano de organizar sus prisiones.

El hombre joven detrás de la mesa era más bien grueso. Actuaba como conserje, pero lo hacía fatal.

—¿Cómo te llamas? ¿Cuál es tu dirección en Amman?

—No soy de Amman.

—¿De dónde diablos eres?

—Soy de Mauritania —le respondí.

—No. Quiero decir ¿dónde vives aquí en Jordania?

—¡En ninguna parte!

—¿Te apresaron mientras estabas de tránsito en el aeropuerto?

—No, Hajji me trajo de mi país para interrogarme dos días y llevarme de vuelta.[3] —Quería que sonara lo menos grave posible. Además, eso es lo que me habían dicho, aunque tenía la impresión de que me habían mentido y traicionado.

—¿Cómo se escribe tu nombre? —Le deletreé mi nombre completo, pero el muchacho no parecía haber ido a la escuela. Lo escribió como con palillos chinos. No paró de rellenar un formulario tras otro y de tirar los

viejos a la papelera.

—¿Qué has hecho?

—¡No he hecho nada!

Los dos nos echamos a reír.

—¡Oh, muy correcto! ¡No has hecho nada pero estás aquí!

Pensé: *¿Qué delito podría decirle para que se quede contento?*

Me presenté como una persona que venía desde Mauritania para revelar información secreta sobre mis amigos. “/ / / / / / / / / / / / / me dijo que me necesitaba”, dije. Y entonces pensé: *Qué respuesta más tonta. Si les fuera a dar información voluntariamente podría hacerlo en Mauritania*. Los guardias, aun así, no me creyeron. ¿Qué criminal admite benévolamente su delito? Me sentí humillado porque mi historia sonaba extraña y falaz.

En el caos burocrático, el jefe de la prisión tomó el proceso en sus propias manos. Me arrancó la cartera y copió mis datos personales de la tarjeta de identidad. Parecía un funcionario serio de treinta y tantos años, rubio claro, con aspecto europeo y un rostro seco. Era evidente que estaba muy implicado en su trabajo. Durante mi estancia en la Casa de Detenciones e Interrogatorios Dar Al Tawkif wa Tahqiq,[4] lo veía siempre trabajando día y noche y durmiendo en la cárcel. La mayoría de los guardias lo hacen. Trabajan / rara vez abandonan las instalaciones. Alguna vez lo sorprendí tratando de mirarme furtivamente a través del agujero de la papelera sin que me diera cuenta.[5] / era un / / / / / / / / en lo que llaman al Jaish al Arabi, la Legión Árabe. Pensaba: *¡Qué farsa! Si este es el protector de nosotros, los árabes, ¡estamos jodidos!* Como dice un proverbio árabe: “Su protector es su agresor”.

—¿Por qué los llaman la Legión Árabe? —le pregunté más tarde a uno de los guardias.

—Porque se supone que estamos aquí para proteger al mundo árabe —respondió.

—Oh, es fantástico —dije, pensando que estaríamos mejor si se limitaran a protegernos de ellos mismos.

Una vez que terminaron de procesarme, / me esposó las manos detrás de la espalda, me tapó los ojos con una venda y me agarró, como siempre, por la parte de atrás del cuello. Nos metimos en el elevador y sentí cómo subíamos. Salimos al que debía ser el tercer piso. / me dirigió por un pasillo, giró dos veces antes de abrir una pesada puerta metálica. / me quitó las esposas y la venda.

Miré todo lo lejos que me permitían los ojos. A no mucha distancia, a escasos metros, había una ventana pequeña y alta para que los detenidos no pudieran mirar al exterior. Una vez escalé, pero no vi nada más que la pared redonda de la prisión. La cárcel tenía forma de círculo. La idea era inteligente, porque si por casualidad alguien lograra saltar por la ventana, acabaría aterrizando en un gran espacio con una pared de cemento de unos 10 o 12 metros. La habitación era inhóspita y deprimente, aunque limpia. Había una cama de madera, una vieja cobija y una pequeña sábana; eso era todo. La puerta se cerró ruidosamente detrás de / y me dejaron solo, cansado y asustado. ¡Qué mundo tan maravilloso! Me divierte visitar otros países, pero no de esta manera.

Realicé mi ritual de lavarme e intentar rezar de pie; pero no había forma, así que opté por rezar sentado. Me arrastré sobre la cama y pronto me fui apagando. Dormir era una tortura: en cuanto cerraba los ojos, los amigos sobre los que se me iba a preguntar venían y me hablaban. Me asustaban; desperté varias veces murmurando sus nombres. Me encontraba en un callejón sin salida: si me mantenía despierto, me iba a morir de sueño, y si me dormía, me aterrorizarían las pesadillas hasta el punto de acabar gritando.

Aproximadamente a las cuatro y media de la mañana, el guardia en servicio me despertó para comer. Las comidas las servían desde un carro que iba por el pasillo de celda en celda, y más tarde pasaba el cocinero

recogiendo los platos vacíos. Los detenidos tenían permiso para quedarse con una taza para tomar té o jugo. Cuando el cocinero fue por mi plato, vio que apenas había comido.

—¿Eso es todo?

Con todo lo que me gusta la comida, mi garganta no me respondía. La depresión y el miedo me sobrepasaban.

—Sí, gracias.

—Bueno, ¡si tú lo dices!

El cocinero recogió mi plato y se marchó. En la cárcel no es como en casa; si no comes, está bien. Pero en casa tus padres y tu esposa hacen lo que pueden para convencerte: "Cielo, come un poco más. ¿O te preparo alguna cosa más? Por favor, hazlo por mí. ¿Por qué no me dices lo que te gustaría comer?". En ambos casos es más que probable que no comas más: en la cárcel porque te tienen acobardado y en casa porque te malcrían. Pasa lo mismo cuando estás enfermo. Recuerdo una situación muy divertida en que tenía mucho dolor, era dolor de cabeza o de estómago.

—¡Me duele mucho! ¿Me puedes dar algún medicamento, por favor?

—¡Vete al diablo, marica! —dijo el guardia. Me eché a reír porque me acordé de cómo hubiera reaccionado mi familia al saber que estaba enfermo.

Después de entregar los desperdicios me volví a la cama. En cuanto cerré los ojos vi a mi familia en un sueño, rescatándome de los jordanos. En el sueño no hacía más que decirle a mi familia que solo era un sueño, pero ellos me decían: "No, es real, estás en casa". ¡Qué demoledor cuando me desperté y me encontré en la celda débilmente iluminada! Este sueño me estuvo atormentando durante días. "Les dije que era un sueño; por favor, agárrenme y no me suelten", les decía. Pero no había forma de retenerme. Mi realidad era que me encontraba detenido clandestinamente en una cárcel jordana y mi familia no tenía forma de saber dónde estaba. Gracias a Dios, después de un tiempo el sueño desapareció, aunque de vez en cuando aún me despertaba llorando desconsoladamente tras abrazar a mi querida hermana menor.

La primera noche es la peor; si eres capaz de resistirla, es probable que puedas con las demás. Era el Ramadán y por eso nos servían dos comidas, una a la puesta de sol y la segunda antes de la primera luz del día. El cocinero me despertaba y me servía la primera comida. A esta comida la llamamos *suhoor*; marca el comienzo del ayuno, que dura hasta el anochecer. En casa es mucho más que una comida. Importa mucho cómo se vive. Mi hermana mayor levanta a todo el mundo y nos sentamos juntos a comer y a saborear el cálido té disfrutando de la mutua compañía. *Te prometo que no me voy a quejar más de tu comida, madre*, pensaba para mí.

Todavía no me había adaptado al horario jordano. No me permitían saber la hora o la fecha, aunque más adelante, cuando hice amigos entre los guardias, solían decirme la hora que era. Aquella mañana tenía que calcularla. Eran más o menos las cuatro y media de la madrugada, lo que hacía aproximadamente la una y media de la noche en casa. Me pregunté qué estaría haciendo mi familia. ¿Saben dónde estoy?[6] ¿Les mostrará Dios este lugar? ¿Volveré a verlos alguna vez? ¡Solo Alá lo sabe! Las probabilidades eran bajas. No comí mucho, aunque de hecho la comida no era demasiado copiosa: un pan pita, crema de leche y algunos trozos de pepino. Pero comí más que la noche anterior. Seguí leyendo el Corán en la tenue luz; no era capaz de recitar porque no me funcionaba bien la cabeza. Cuando pensé que debía de estar amaneciendo, recé, y tan pronto como terminé el *muezzin* empezó a entonar el *azan*. Su voz celestial, ronca, aletargada se iba disipando y despertaba en mí toda clase de emociones. ¿Cómo era posible que aquellos creyentes aceptaran que uno de los suyos fuese quemado en el infierno de la / Casa de Detenciones e Interrogatorios?[7]

En realidad hay dos *azans*, uno para despertar a la gente y tomar la última comida y el otro para dejar de comer e ir a rezar. Suenan igual, la única diferencia es que en la última el *muezzin* dice: “Rezar es mejor que dormir”. Repetí mis oraciones una vez más y me fui a la cama a escoger entre permanecer despierto y atemorizado o dormir. Me mantuve entre una cosa y la otra, como si estuviera borracho.

Aquel segundo día transcurrió sin más que contar. No me cambió el apetito. Uno de los guardias me dio un libro para leer. No me gustó porque trataba sobre las diferencias filosóficas entre las distintas religiones. Necesitaba un libro que me reconfortara. Ojalá tuviéramos algo más de paz en el mundo. Estaba en duermevela sobre las 11 de la noche, cuando los guardias gritaron / y abrieron la puerta de mi celda.

“¡Date prisa!”. Me quedé helado y creí que mis pies no me responderían; pero el corazón me latía tan de prisa que salté de mi cama y obedecí la orden del guardia de turno. Los escoltas me esposaron las manos a la espalda y me empujaron hacia lo desconocido. Dado que estaba con los ojos vendados, podía ir pensando en mi destino sin que me molestaran, aunque el paso de uno de los escoltas era más rápido que mi anticipación. Sentí el calor de la habitación al entrar. Cuando estás asustado, agradeces ese calor.

El guardia me quitó las esposas y el vendaje de los ojos. Vi una máquina grande y azul, como las que escanean el equipaje en los aeropuertos, y otros objetos para medir la altura y el peso. ¡Qué alivio sentí! Simplemente iban a tomarme los datos de costumbre. Aunque sabía que no era el momento del interrogatorio, me pasaba que por igual quería pasar por ello lo antes posible, aunque me asustaba la sesión. No sé ni cómo expresarlo, tal vez no tenga sentido, tan solo intento explicar lo que sentía entonces lo mejor posible.

Otro día pasó. La rutina no era diferente a la de los días anteriores, excepto porque recabé una información esencial: el número de mi celda era el /. Después de la comida *iftar* que rompía el ayuno, los guardias empezaron a gritar los números, las puertas se abrían con estruendo y se podían oír los pasos de los detenidos a los que se llevaban. Supuse que se los llevaban para interrogarlos. Muchas veces imaginé que los guardias gritaban el número de mi celda, tras lo cual iba al baño y realizaba el ritual de lavarme. Estaba tan paranoico. Finalmente, alrededor de las diez de la noche del sábado, un guardia gritó de verdad / .[8] Fui

rápidamente al baño. No es que me hiciera falta; en realidad no había bebido nada y en cambio había orinado varios litros. Aun así, me urgía. ¿Qué más iba a orinar? ¿Sangre?

“Date prisa; no tenemos tiempo”, dijo el guardia que estaba de pie al lado de la pesada puerta metálica. Más tarde supe que /. El sargento me puso las esposas, me tapó los ojos y me sacó de allí. Tomamos el elevador y bajamos un piso. Después de dar vueltas un par de veces entramos en otra área. Se abrió una puerta y bajé un peldaño. Me golpeó el olor del humo de cigarro. Era la zona de interrogatorio, donde fuman sin parar, como carreteros. Es muy desagradable cuando el humo se acumula y su olor acaba invadiendo toda la casa.

El lugar estaba extremadamente tranquilo. El escolta me dejó contra una pared y se retiró.

—¿Qué gente enviaste a Chechenia? —le gritó / en inglés a un detenido.

—No envié a nadie —respondió el preso, chapurreando el árabe con un evidente acento turco. Inmediatamente comprendí el montaje: este interrogatorio estaba destinado a mí.

—¡Mentiroso! —gritó / .

—No estoy mintiendo —respondió el hombre en árabe, aunque / siguió hablando en un inglés relajado.

—Me da igual que tengas un pasaporte alemán o norteamericano; me vas a decir la verdad —amenazó / .
El montaje encajaba perfectamente, y estaba pensado para atemorizarme aún más. Y funcionó, a pesar de que supe enseguida de lo que se trataba.

—Hola, / / / / / / / / / / / / / / / / / / / —me dijo /.

—Hola —respondí, mientras sentía su respiración justo delante de mi cara. Tenía tanto miedo que ni me daba cuenta de lo que estaba diciendo.

—O sea que tu nombre *es* / / / / / / / / / / / / / / / / / / / —concluyó.

—¡No!

—Pero has respondido cuando te he llamado / —repuso. Me parecía idiota decirle que estaba tan temeroso que ni me había dado cuenta de con qué nombre me había llamado.

—Si te fijas bien, todos somos / —le contesté con mesura. / significa “siervo de Dios” en árabe.[9] Aunque de hecho sabía cuánta / podía darse con ese nombre.

Cuando llegué a Montreal, Canadá, el 26 de noviembre de 1999, mi amigo / / / / / / / / / / / / / / / / / / / me presentó a su compañero de departamento / por mi nombre de pila. Más adelante me encontré con otro / que había conocido el año anterior cuando fui de visita. Él me llamó / / / / / / / / / / / / / / / y yo respondí porque me parecía de mala educación corregirlo. Desde ese momento / me llamaba / / / / / / / / / / / / / / / / / / /, y yo lo encontré adecuado. No estaba tratando de engañar a /; al fin y al cabo, / tenía las llaves del buzón que compartíamos y siempre recogía mi correo oficial, que evidentemente llevaba mi nombre de pila.

Esa era la historia de mi nombre. Evidentemente, los estadounidenses le impusieron a los jordanos la tarea de investigar por qué adopté el nombre de / / / / / / / / / / / / / / / / en Canadá, pero los jordanos entendieron bastante más que ellos este asunto y lo ignoraron completamente en los interrogatorios.

—¿Sabes dónde estás? —/ preguntó.

—En Jordania —respondí. El interrogador se quedó visiblemente impresionado. Se suponía que yo no debía saber dónde estaba, pero el interrogador mauritano posiblemente estaba tan enfadado que no siguió exactamente las órdenes de los norteamericanos. El plan inicial era mandarme de Mauritania a Jordania con los ojos vendados y no decirme mi destino, para meterme el mayor miedo posible en el cuerpo y apabullarme. Pero en cuanto respondí a la pregunta / supo que esta parte del plan no valía para nada, de modo que me quitó la venda inmediatamente y me introdujo en la sala de interrogatorio.

Era una sala pequeña, de unos 2.5 x 3 metros, con una vieja mesa y tres sillas cochambrosas. / tenía unos /. Su ayudante / era un /. Era obvio que era el tipo de persona preparada para hacer el trabajo sucio. También parecía / . Los miré de arriba abajo, y me pregunté qué hacían unos tipos así en ese lugar.[10] El problema del terrorismo surgió por las agresiones de Israel contra los civiles palestinos y por el hecho de que los Estados Unidos respaldaron al gobierno israelí y sus fechorías. Cuando los israelíes se apropiaron de Palestina bajo el fuego de la artillería británica, la invasión tuvo como resultado una migración masiva de sus habitantes. Muchos de ellos terminaron en países vecinos y Jordania recibió la mayor parte: más del 50% de los jordanos son de origen palestino. Para mí, simplemente esos interrogadores no debían estar allí: no tenía ningún sentido que los palestinos trabajaran para los estadounidenses en contra de la gente que se supone que los estaba ayudando. Me pareció que los dos interrogadores que estaban delante de mí no tenían valores morales ni le daban importancia a la

vida humana. Me vi entre dos supuestos contendientes, entre dos enemigos históricos uno del otro, que ahora me consideraban su enemigo y se habían aliado para destrozarme. Era tan absurdo como divertido al mismo tiempo.

/ tuvo un papel fundamental en la guerra norteamericana contra el terrorismo. Era responsable de interrogar a los individuos secuestrados que los Estados Unidos trasladaban a Jordania y de entregarlos a otros miembros de su equipo. También fue personalmente a GTMO para interrogar a los prisioneros en nombre de los estadounidenses.[11]

/ abrió una carpeta mediana; resultó ser un dossier sobre mí que los Estados Unidos le habían pasado a los jordanos. Empezó a hacerme preguntas sin relación unas con otras. Era la primera vez que veía esta técnica, cuyo objetivo era llevar al embustero a una contradicción en poco tiempo. Pero era evidente que / no estaba lo bastante instruido sobre mi caso y la historia de mi interrogatorio. No hubiera cambiado nada si mentía o decía la verdad, tantas habían sido las agencias de diferentes países que me habían hecho exactamente las mismas preguntas infinidad de veces. Si hubiera mentido, podría haber seguido haciéndolo una y otra vez, porque tenía el tiempo suficiente para aderezar las mentiras. Pero no le había mentido –ni él había dudado de mi honradez.

Primero me mostró la fotografía de / que había estado interrogando anteriormente y me dijo: “Si me dices la verdad sobre este hombre, cierro tu caso y te envío a casa”. Desde luego, estaba mintiendo.

Miré la fotografía y contesté con sinceridad:

—No, no lo conozco.

Estoy seguro de que al muchacho le hicieron la misma pregunta que a mí y de que debió de responder lo mismo, porque no había forma de que me conociera.

/ estaba sentado en / izquierda y grababa mis respuestas.

—¿Bebes té? —me preguntó / .

—Sí, me gusta el té. —/ le pidió al muchacho del té que me trajese una taza, y me puso una buena taza de té caliente. Cuando la cafeína empezó a mezclarse con mi sangre, me sentí hiperactivo y muy a gusto. Estos interrogadores saben lo que hacen.

—Conoces a / —preguntó / . Me habían preguntado por / miles de veces y yo había intentado todo para convencerlos de que no conocía a ese tipo: si no conoces a alguien, simplemente no lo conoces y se acabó.[12] Aunque te torturen, no obtendrán información útil. Pero por alguna razón, para los estadounidenses era inadmisible que no lo conociera y querían que los jordanos me hicieran decir que sí lo conocía.

—No, no lo conozco —respondí.

—Te juro por Alá que lo conoces —me chilló.

—No jures —le dije, aunque sabía que para él decir el nombre del Señor en vano era como tomar café. / continuó jurando.

—¿Piensas que te estoy mintiendo?

—No, creo que lo has olvidado.

Se lo dije muy amablemente; pero el hecho de que los norteamericanos no les hubieran dado pruebas sustanciales a los jordanos los tenía con las manos atadas. Ciertamente, los jordanos practican la tortura cada día; pero necesitan una sospecha razonable para hacerlo. No se lanzan sobre cualquiera y empiezan a torturarlo.

—Te voy a dar una pluma y un papel, y quiero que me hagas un resumen y me des los nombres de todos tus amigos —me dijo, para cerrar con ello la sesión y pedirle al guardia que me llevara a mi celda.

Lo peor había terminado; al menos así lo pensé. Los escoltas eran casi amables cuando me esposaron y me cubrieron los ojos. Hay una cosa que tienen en común todos los guardias, sean estadounidenses, mauritanos o jordanos: todos ellos reflejan la actitud de los interrogadores. Si estos están contentos, los guardias están contentos, y si no, estos tampoco.

Los escoltas se sintieron libres de hablarme:

—¿De dónde eres?

—De Mauritania.

—¿Qué estás haciendo en Jordania?

—Mi país me entregó.

—¿Me tomas el pelo?

—No; lo digo en serio.

—Tu país es una mierda.

En la cárcel jordana, como en la mauritana o en GTMO, les está terminantemente prohibido a los guardias relacionarse con los detenidos. Pero casi nadie respeta las normas.

—Estás famélico, hombre. ¿Por qué no comes? —me preguntó uno de los escoltas. Tenía razón. Se veía claramente el contorno de mis huesos y cualquiera podía confirmar la gravedad de mi estado.

—Solo voy a comer si vuelvo a casa. No me gusta la comida de la cárcel. Solamente me gusta la comida de mi madre —le respondí.

—Vas a salir si Dios quiere; pero mientras tanto, tienes que comer.

No es que quiera hacerlo parecer mejor persona (el tipo de trabajo que tiene ya da una idea de su personalidad), pero él sentía que su país no estaba actuando con justicia. Yo estaba necesitado de una palabra amable, algo que él me ofreció. Otros guardias se unieron en el pasillo y le preguntaron de dónde era yo.

Me abrieron la puerta para /. Me sentí como si se me quitara una pesada carga de la espalda. *Es solo cuestión de días y después me enviarán de vuelta a casa. El* DSE *tenía razón*, pensé. Los jordanos estaban tan confundidos como yo con el caso que les habían pasado los Estados Unidos. Por supuesto, el gobierno norteamericano no les había facilitado las cosas a los jordanos para que hicieran el trabajo sucio. El pánico empezó a disminuir y se me abrieron las ganas de comer.

El taimado Te-Estoy-Mirando apareció en el mugriento agujero de mi celda y me dio treinta pedazos de papel numerados. La coordinación entre los interrogadores y los guardias era perfecta. Inmediatamente me puse a hacer lo que me pedían. / me encargó que escribiera los nombres de todos mis amigos, algo ridículo: tenía tantos que sería imposible incluirlos en unos cuantos papeles. De

modo que completé la lista con los nombres de mis amigos más cercanos y con un resumen banal usando unas diez páginas. Por primera vez había dormido relativamente bien aquella noche.

En algún momento de los siguientes dos días / llegó con lo que había escrito y también con los papeles en blanco. Contó los papeles meticulosamente.

—¿Esto es todo lo que tienes que escribir?

—¡Sí, señor!

/ había estado trabajando día y noche, y todo lo que hacía era supervisar a los detenidos en sus miserables agujeros. La mayoría del tiempo ni me daba cuenta de su presencia. Una vez me encontró pasando un rato agradable con un guardia, me sujetó y me preguntó sobre lo que estábamos hablando. En lo que al guardia se refiere, desapareció y no lo volví a ver jamás.

—Reúne todas tus cosas —dijo un guardia que me despertó por la mañana. Agarré mi cobija, mi Corán y el libro de la biblioteca que tenía. Estaba tan feliz porque creía que me iban a mandar a casa.

El guardia me hizo sujetar mis cosas y me vendó los ojos. No me mandaron a casa; en lugar de eso, me vi encerrado en el sótano, / . La celda no estaba limpia. Parecía haber estado abandonada por mucho tiempo. Todavía quería creer en las buenas intenciones, y pensé que era la celda de transición para los detenidos que iban a liberar. Estaba tan cansado y la celda estaba tan fría, que me eché a dormir.

A las cuatro y media de la madrugada, aproximadamente, se sirvió *iftar* y poco a poco volví a la vida. Aprecié que había un papel en la puerta con las normas de la prisión. Los torpes guardias habían olvidado arrancarlo. Se suponía que yo no debía leer ya las normas, pero, como nadie es perfecto, tuve la oportunidad de descubrir algo. Las normas decían, entre otras cosas, *1)* solo está permitido fumar si cooperas, *2)* está prohibido hablarle a los guardias, *3)* cada 14 días la ICRC visita la prisión, *4)* no hablarle a la ICRC sobre tu caso. Me alegré de que al menos pudiera enviarle cartas a mi familia, pero olvidé un punto fundamental: me habían llevado temporalmente al sótano para esconderme de la ICRC, con quien estuvimos jugando al gato y al ratón los ocho meses que duró mi estancia en Jordania.

Cada 14 días los guardias sistemáticamente me trasladaban de la celda al sótano, donde pasaba un par de días para que me llevaran de vuelta a mi celda. Cuando me di cuenta de la trampa, le pedí expresamente a mi interrogador / ver a la ICRC.

—No hay ICRC aquí. Esto es una prisión militar —me mintió.

—He leído las normas, y me están escondiendo en el sótano cada 14 días para impedir que vea a la Cruz Roja.

/ me miró con firmeza:

—¡Te estoy protegiendo! Y no vas a ver a la ICRC.

Entonces supe que no había forma de que cambiaran de opinión y / ni siquiera podía decidir la cuestión. Venía de muy arriba. La conspiración entre Mauritania, los Estados Unidos y Jordania para cometer el delito era perfecta. Si se consolidaba mi implicación en el terrorismo, me ejecutarían y se acabaría la fiesta. ¿Quién iba a saber qué había pasado?

—Quiero ver al embajador de Mauritania —le pedí al interrogador.

—Imposible.

—Muy bien. ¿Y a la Inteligencia mauritana? —pregunté.

—¿Qué quieres de ellos?

—Me gustaría preguntarles las razones por las que se me tiene encarcelado en Jordania. Por lo menos sabes que no he hecho nada contra tu país.

—Verás, tu país es un buen amigo del nuestro y te entregó a nosotros. Podemos hacer contigo lo que queramos: matarte, detenerte indefinidamente o liberarte si reconoces tu delito.

/ mentía y decía la verdad. Los países árabes no son amigos. Al contrario, se odian unos a otros. Nunca cooperan; todo lo que hacen es conspirar unos contra otros. Jordania no le importa nada a Mauritania, y al revés. En cambio, en mi caso, los Estados Unidos los obligaban a trabajar juntos.

Muchas veces intenté contactar con mi familia sin resultado, y después tiré la toalla y le recé a Dios para que cuidara de mi familia y les hiciera saber dónde estaba. Más adelante supe que no era yo el único paquete

oculto: entre uno y tres detenidos más sufrían la misma operación del sótano en cualquier momento, y el número de ellos iba cambiando con el tiempo. Todo el tiempo que estuve en Jordania estuve aislado, desde luego. Pero podía decir si había detenidos en las celdas contiguas basándome en los movimientos de los carritos de la comida, de los guardias y de los mismos presos.

Durante un tiempo mis vecinos fueron dos jóvenes valientes. Aunque estaba prohibido hablar, los dos siempre estaban gritando: “¡Dios nos ayudará pronto! ¡Recuérdalo! ¡Dios está de nuestro lado y Satán del suyo!”. Hicieran lo que les hicieran los guardias, seguían consolando a los otros presos y recordándoles que la ayuda divina era inevitable. A juzgar por su acento, se diría que eran de Jordania; lo que tenía sentido, puesto que es más probable que los detenidos locales se sientan más protegidos por sus familias que los extranjeros. De cualquier forma, no tengo duda de que aquellos muchachos sufrían por lo que habían hecho.

/ yo era el único que tenía continuidad en mi zona; las celdas próximas a la mía cambiaban de dueño constantemente.[13] En cierto momento tuve por vecino de enfrente a un joven libanés bobalicón que no paraba de chillar y se negaba a comer. Su historia, según los guardias, era esta: vino a Jordania del Líbano para pasar unos días y disfrutar un poco. Cuando se topó con una patrulla rutinaria de la policía en el casco viejo de Amman, le encontraron un AKM-47 en su cajuela y lo detuvieron. Claro, tener una pistola en el Líbano no es cosa grave, pero en Jordania está prohibido llevar armas. Lo llevaron a la cárcel y el joven sospechoso se estaba volviendo loco. No paró de chillar y se negó a comer durante al menos las dos semanas previas a su liberación. Oh, ¡qué alivio sentí cuando lo liberaron! Me sentía fatal por su culpa. Estoy seguro de que aprendió la lección y que lo pensará dos veces antes de llevar una pistola en la cajuela la próxima vez que venga a Jordania.

/ . Lo habían condenado a un año y al final del año se volvió loco. No paraba de gritar: “¡Necesito ver a mi interrogador!”. Cuando les pregunté a los guardias por qué hacía esto, me respondieron: “Porque ha cumplido su

condena, pero no lo van a dejar marchar”. A veces se ponía a cantar en voz alta; otras les gritaba a los guardias pidiéndoles un cigarro. No lo culpo: a menos que se tengan los nervios de acero, es muy fácil perder la cabeza estando bajo custodia jordana.

/ estuvo tosiendo todo el rato.

—Es muy mayor —me dijo un guardia.

—¿Por qué lo arrestaron? — pregunté.

—Por estar en el lugar equivocado en el momento equivocado —respondió el guardia. Este señor siempre estaba pidiendo más comida y más tabaco. Después de un par de semanas, lo liberaron. Me alegraba por todos los que eran liberados de aquellas desquiciadas instalaciones.

***

Es simplemente sorprendente que el FBI confíe en los jordanos más que cualquier otra agencia de Inteligencia estadounidense. Cuando me entregué en el otoño de 2001, el FBI confiscó el disco duro de la computadora de mi trabajo, y cuando me enviaron a Jordania, enviaron el contenido de ese disco también. El DOD ha estado intentando durante años conseguir ese disco. No tiene sentido que el FBI coopere más con organizaciones extranjeras que con las locales; pero imagino que el mundo de la Inteligencia es como cualquier otro: compras el mejor producto al mejor precio, sea cual fuere su origen. ¿Ofrecían los jordanos el mejor producto en este caso? No estoy seguro, pero comprenden la receta del terrorismo más que los norteamericanos. Supuestamente, sin los jordanos en escena, los estadounidenses nunca hubieran logrado lo que querían. Sin embargo, ellos sobrestimaban la capacidad de los jordanos al enviarles personas de todas partes del mundo como si fueran una especie de superagencia de Inteligencia.

—Voy a enseñarte unas fotografías, y me cuentas —dijo / . Últimamente, él y / jordanos fueron designados para interrogarme: / era el jefe.

En Jordania se acostumbra que dos o más interrogadores pregunten a los detenidos por separado las mismas cosas para cerciorarse de que no haya incoherencias en sus afirmaciones. Apenas se sentaron juntos a interrogarme.[14]

—¡De acuerdo! —contesté.

/ empezó a mostrarme las fotografías, y en cuanto vi la primera, supe que las habían sacado de mi computadora, o más exactamente, de la computadora de la empresa para la que había estado trabajando. Empezó a latirme con fuerza el corazón y sentí cómo mi saliva se volvía extremadamente amarga. Se me puso la cara roja como una manzana. La lengua me pesaba y se me trababa. No es que hubiera hecho nada malo con mi computadora; realmente no había nada en el disco duro, más que mis correos de trabajo y otros datos relacionados. Recuerdo que tenía unos 1 500 mensajes electrónicos y un montón de fotografías. Pero es más que todo eso cuando se atenta contra la libertad de una persona.

La PC pertenecía a una empresa que confiaba en mí, y el hecho de que un país extranjero como los Estados Unidos hubiera confiscado el disco y estuviera utilizando el contenido era una pesada carga para la empresa. Una PC conserva datos económicos confidenciales de una empresa que no le gustaría compartir con el resto del mundo. Es más, trabajé para una empresa familiar que apenas diferenciaba entre la empresa y su vida privada, lo que significa que la computadora también contenía datos privados de la familia que no tiene por qué conocer el mundo. Además de todo esto, en la oficina la computadora era compartida por todos y cualquiera de la empresa podía usarla. Por esta razón, hay muchos datos de los que no sabía nada, aunque estaba 100% seguro de que no había delito alguno detrás, conociendo a mis compañeros y su dedicación al trabajo y su modo de vida. Yo personalmente tenía mensajes de mis amigos en Alemania, algunos de los cuales ni siquiera son musulmanes. Pero me preocupaban más los correos electrónicos de mis amigos musulmanes, especialmente de cualquiera de los que habían ayudado económica o espiritualmente a la gente oprimida en Bosnia o Afganistán, porque sus mensajes iban a ser interpretados

retorcidamente. ¡Ponte en mi lugar e imagina que alguien irrumpe en tu casa e intenta revolver toda tu vida privada! ¿Cómo recibirías semejante asalto?

Le fui respondiendo lo mejor que sabía, especialmente sobre mis propias fotografías. Puso las fotos que podía identificar en un lado y el resto en el otro. Le expliqué que la PC la habían usado varios compañeros, uno de los cuales ojeaba todo tipo de imágenes para los clientes del Internet Café, incluyendo fotografías familiares privadas. Estaba muy enojado conmigo mismo, con mi gobierno, con los Estados Unidos y con los jordanos al ver cómo se violaba la vida privada de tanta gente. También me puso delante, en otra sesión, un par de correos electrónicos que intercambié con /. Lo gracioso es que Mehdi me envió un email antes de que me arrestaran. El gobierno mauritano me interrogó sobre el asunto, y yo les expliqué con pruebas definitivas que no había nada de malo en ello.[15] En cuanto volví a la oficina le escribí a / / / / / / / / / / / / / el siguiente email: “¡Querido hermano! Por favor deja de enviar correos electrónicos, porque Inteligencia está interceptando nuestros correos y me están haciendo la vida imposible”. Por razones obvias yo no quería problemas, así que quise cerrar cualquier puerta que pudiera llevarme en esa dirección.

—¿Por qué escribiste este email? —/ preguntó.

Le expliqué el mensaje.

—No. Fue porque tenías miedo de que el gobierno descubriera tus delitos con tus amigos —apostilló tontamente.

—Bueno, este mensaje se dirigía tanto a Mehdi como al gobierno. Yo sé que el gobierno intercepta mis correos, y siempre supuse que ellos tendrían una copia de toda mi correspondencia electrónica —dije.

—Estabas escribiendo en código a / —insistió él.

—Bien. Estoy seguro de que en tu oficio lidian con mensajes en código o tienen especialistas que los ayudan. Vayan por ellos primero, antes de tomar una decisión.

—No. Quiero que me expliques el código a mí.

—No hay código; lo que entiendes es lo que se quería decir.

Pero había otro problema con los interrogadores jordanos: los correos originales estaban en alemán y los norteamericanos los tradujeron al inglés y se los enviaron a los jordanos, quienes a su vez tradujeron la versión inglesa al árabe. En estas circunstancias, el texto original había sufrido varias modificaciones y el espacio para la interpretación maliciosa se ampliaba con cada traducción.

Y no había fin para las interpretaciones maliciosas. En verano de 2001 mi empresa me encomendó la tarea de dar soporte tecnológico a la visita del presidente mauritano a la ciudad de Tidjikja. La familia que me contrataba es de Tidjikja, así que era comprensible que se interesaran por el bienestar de la ciudad. Instalamos un pequeño centro de consultoría de medios que operaba a través de internet para transmitir la visita del presidente en tiempo real. La empresa tomó muchas fotos en las que aparecíamos mis compañeros y yo junto al presidente. En la que estamos más cerca, el presidente estaba de pie detrás de mí queriendo saber si estaba “haciendo magia con la computadora”.

—Puedo asegurarte que estabas planeando matar al presidente —dijo / .

No pude evitar reírme:

—Entonces, ¿por qué no le maté?

—No lo sé. Dímelo tú —/ respondió.

—¡Mira! Si yo intentara matar a mi presidente en mi país no sería asunto de ustedes ni de los estadounidenses. Regrésenme a mi país y que ellos hagan conmigo lo que deban.

Me sentía enfadado y esperanzado. Enfadado porque los Estados Unidos querían cargarme con cualquier delito, no importaba de qué tipo. Y esperanzado porque me iban a devolver a mi país para que me aplicaran la pena de muerte. Los norteamericanos no hubieran podido imaginar una mejor opción. Pero los jordanos estaban buscando en nombre de ellos, y cuando veas a tu interrogador pescando, puedes estar seguro de que estará en un lío.

Con todo lo malvado que era, / era una especie de interrogador razonable, de modo que no me volvió a preguntar por la conjura contra mi presidente, ni tampoco por las fotos de mi disco duro. Y me arrepentí de no actuar sobre la sospecha y hacerme aparecer como culpable para que me extraditasen a Mauritania. Era una idea absurda y desesperada, y no creo que los mauritanos me hubieran seguido el juego porque sabían de hecho que yo no había conspirado contra el presidente. Pero según empeoraba mi situación en Jordania, pensé en confesar que tenía operaciones en marcha en Mauritania y explosivos ocultos. La idea era intentar que me devolvieran a Mauritania.

—¡No hagas eso! Ten paciencia y recuerda que Alá está observando —me dijo uno de los guardias cuando le pedí consejo. Por aquel entonces había hecho muchos amigos entre los guardias. Me contaban las noticias y me enseñaban cosas sobre la cultura jordana, los métodos de tortura en la cárcel y el perfil de los interrogadores.

Los guardias tenían estrictamente prohibido relacionarse con los detenidos, aunque siempre rompían esa regla. Ellos me contaban los chistes más recientes y me ofrecían cigarros, que yo rechazaba porque no fumo. Me hablaban de los otros detenidos y de sus casos, y también de sus propias vidas privadas, matrimonios, hijos y de la vida social en Jordania. Aprendí casi todo sobre la vida en Amman por mis conversaciones con ellos. También me traían los mejores libros de la biblioteca –incluso la Biblia, que yo pedí porque quería estudiar el libro que, más o menos, debe de haber configurado la vida de los estadounidenses. En esa cárcel de Jordania tenían una colección de libros muy respetable, aunque en algunos de ellos el tema principal era el rey. Lo mejor en esto de los libros es que los presos los usaban para pasarse mensajes, consolándose unos a otros al escribir cosas positivas en ellos. No conocía a ninguno de los detenidos, pero lo primero que hacía siempre era examinar un libro en busca de mensajes. Los memoricé todos.

Los guardias venían sobre todo de las tribus de beduinos, que son históricamente conocidos por su lealtad al rey. Les pagan miserables salarios de unos 430 dólares al mes. A pesar de que este salario es de los mejores en Jordania, un guardia no puede formar una familia sin tener otro

ingreso económico por su cuenta. Pero cuando un guardia ha estado trabajando durante 15 años, tiene la opción de retirarse con la mitad de su salario actual o continuar con ese dinero más su sueldo habitual. Los guardias forman parte de las Fuerzas Especiales de Élite de Jordania y gozan de todo tipo de entrenamiento en el extranjero. No hay mujeres en esas Fuerzas Especiales.

/ tenían la responsabilidad de trasladar a los detenidos de una celda a otra, para los interrogatorios, para el baño o para ver a sus padres durante las visitas de los viernes. Me sentía muy frustrado cuando tenía que presenciar cómo todos veían a sus familias, cuando semana tras semana a mí se me privaba de ese derecho. Los guardias de rango inferior eran responsables de la vigilancia, y / de las compras, que tenían lugar todos los sábados. El responsable de / iba celda por celda con una lista, en la que escribía lo que cada preso quería comprar. Podías comprar jugo, leche, caramelos, ropa interior, una toalla, y eso era todo. Si tenías suficiente dinero te traían lo que pedías, y si no, no. Yo tenía unos 87 dólares encima cuando me enviaron a Jordania, lo que parecía ser suficiente para mis modestas adquisiciones. Una vez, cuando el / iba por ahí con su lista, le solté mi nombre y la acusación que había sobre mí: “Participación en ataques terroristas”.

Eventualmente los guardias te regalaban un rato de ocio de cinco minutos. Yo casi nunca lo aprovechaba, pues no valía la pena que te tuvieran que esposar y vendar los ojos para eso. De vez en cuando a los presos nos cortaban el pelo y todos los domingos recibíamos productos de limpieza para limpiar nuestras celdas. La cárcel no estaba sucia.

La prisión la controlaban tres individuos: el director de la prisión / sus dos asistentes, / . Su papel era similar al de uno / en la bahía de Guantánamo. Se supone que ellos son independientes del grupo de Inteligencia, pero en la práctica ambos trabajan juntos y recaban información con sus propios métodos. El director era un tipo de edad avanzada que vestía con orgullo su

traje informal estilo beduino. Se pasaba todas las mañanas preguntándole a los presos: “¿Cómo estás? ¿Necesitas algo?”. Siempre me despertaba haciéndome las mismas preguntas.

Durante mi estancia de ocho meses en la prisión jordana, solo una vez le pedí una botella de agua, y me la trajo. Quería calentar el agua que salía helada del grifo para entibiarla y asearme con ella. Pienso que era una buena cosa que estuviera pendiente de los presos. Sin embargo, era improbable que ellos realmente encontraran una solución a sus problemas con la ayuda de un director que también tomaba parte activa en las prácticas de tortura. El director se aseguraba de que todo el mundo comiera tres veces al día: el desayuno a las siete de la mañana, la comida a la una del mediodía (casi siempre pollo con arroz) y la cena, un bocadillo ligero con un té.

/ estaban patrullando constantemente a lo largo del pasillo y vigilando a todo el mundo, incluso si los guardias cumplían las normas. / era el responsable de lo que ellos llaman las *operaciones externas*, como las capturas y los registros domiciliarios.

Y después estaban los interrogadores. Los jordanos han estado trabajando codo con codo con los estadounidenses desde el comienzo de la operación bautizada como *Guerra Global contra el Terrorismo*, interrogando a personas tanto dentro como fuera de Jordania. Tienen agentes en Afganistán, donde sacan partido de su aspecto de árabe medio. Al principio los jordanos eran vistos como los socios que podían hacer el trabajo sucio. Al parecer, el hecho de que usaran habitualmente la tortura como un recurso para hacer hablar a los interrogados, impresionó a las autoridades norteamericanas. Pero había un problema: los jordanos no agarran a cualquiera y lo torturan; deben tener razones para practicar tan duro castigo físico. A medida que los estadounidenses iban fortaleciéndose en sus pecados, empezaron a tomar el trabajo sucio en sus manos. No obstante, estar arrestado en una cárcel jordana ya era una tortura inolvidable.

Tenía tres interrogadores en Jordania. /. Él ha estado dirigiendo el equipo de interrogadores en Jordania, pero también ha hecho su trabajo en GTMO y probablemente en lugares clandestinos de Afganistán y en otros sitios, en nombre del gobierno de los Estados Unidos. Parece ser muy conocido en Jordania, por lo que me contó un detenido jordano en GTMO. / parece ser muy experimentado: vio mi expediente una vez y decidió que no valía la pena malgastar su “precioso” tiempo conmigo, así que nunca más se molestó en verme otra vez.

/ /.[16] “Sabes, / , el único problema es el tiempo que pasaste en Canadá. Si realmente no has hecho nada en Canadá, no deberías estar en la cárcel”, concluyó / después de varias sesiones.

Era un especialista en Afganistán; él mismo había asistido a los campos de entrenamiento como agente infiltrado durante la guerra contra el comunismo. Cuando estuve en el entrenamiento en Al Farouq en el 91, él estaba trabajando encubiertamente como estudiante en Khalden.[17] Me preguntó con todo detalle sobre mi viaje a Afganistán y se mostró satisfecho con mis respuestas. Este era en realidad todo su trabajo. En el verano de 2001 se le envió, quizá infiltrado, a Afganistán y a Turquía para ayudar a

los Estados Unidos a capturar muyahidines. Yo lo vi cuando regresó en el verano de 2002 con un montón de fotografías. Parte de su misión era acumular información sobre mí de otros detenidos en Afganistán, pero no parece que hubiera traído nada. / me mostró las fotos. No reconocí a nadie y me sentí mal. ¿Cómo es que me enseñaban más de cien fotografías y no conocía a nadie? No tenía sentido. Normalmente, los interrogadores te preguntan por personas que tienen conexión contigo. De modo que decidí que iba a reconocer al menos una de las fotos.

—Este es Gamal Abdel Nasser —dije.

—Me estás tomando el pelo, ¿verdad? —expresó / furiosamente.

—No, no; solo que pensé que se le parecía. / / / / / / / / / / / / / es un antiguo presidente egipcio que murió antes de que yo naciera.[18]

—Esta gente es de la misma banda que tú —dijo /.

—Quizá. Pero yo no los conozco —afirmé. No dijo mucho más después de aquello. / solo habló de su aventura en Afganistán—. Tienes valor —comenté, para dar pábulo a la conversación.

—Sabes, los norteamericanos están usando armas inteligentes que siguen a su objetivo basándose en los cambios de temperatura. Muchos hermanos han sido capturados —me contó / envuelto en la espesa nube del humo de su cigarro. Nunca volví a ver a / después de aquella sesión.

/ ; conozco su verdadero nombre.[19]

¡Boom! Me cruzó la cara y me empujó contra la pared. Sollocé, tal vez más por la frustración que por el dolor.

—¡No eres un hombre! Voy a hacer que lamas el sucio suelo y que me cuentes tu historia, empezando por el momento en que saliste por la vagina de tu madre —continuó—. No has visto nada todavía.

Estaba en lo cierto, aunque fuera el mayor mentiroso que he visto nunca. Mentía tanto que se contradecía a sí mismo porque se olvidaba de lo que había dicho la última vez. Para darse mayor credibilidad a sí mismo, no paraba de perjurar y de usar el nombre del Señor en vano. Siempre solía preguntarme si él pensaba que yo me iba a creer toda su basura, aunque yo siempre actuase como si lo hiciera. Se hubiera enfadado si lo hubiera llamado mentiroso. Arrestó a peces gordos de Al-Qaeda que le hablaron de mí como el tipo malo, y los sacó mil veces de la cárcel cuando le decían la verdad. Lo gracioso es que siempre olvidaba que ya los había detenido y liberado antes.

—Detuve a tu primo Abu Hafs y me dijo toda la verdad. En realidad dijo: “No me pongas las manos encima y te diré la verdad”, y yo cumplí y él también. Me contó cosas negativas de ti. Después me despedí de él y lo enviamos clandestinamente a Mauritania, donde se le iba a interrogar un par de semanas y después se le pondría en libertad. Pero tú eres diferente. Tú sigues guardando silencio. Te voy a mandar a una cárcel política clandestina en medio del desierto. A nadie le vas a importar una mierda.

Tuve que escuchar esta ponzoña una y otra vez; lo único que cambiaba eran los datos del arresto y de la liberación. En sus fantasías, también arrestó a / , y otros sujetos que supuestamente le habían estado pasando información sobre mí. Bien por él. Mientras no me golpeara o atacara verbalmente, todo estaba bien. Podía dedicarme a escuchar tranquilamente sus cuentos de las Mil y Una Noches.

—Acabo de llegar de los Estados Unidos, donde interrogué a / . —Era evidente que mentía.

—Bueno, está bien, porque debe de haberte dicho que no me conoce.

—No; dice que te conoce.

—Bien, eso a ti no te importa, ¿verdad? Según dices, he cometido crímenes contra los Estados Unidos, de modo que envíame con ellos o dime qué he hecho contra ellos —señalé con aspereza. Me estaba cansando de la inútil conversación con él y de intentar convencerlo de que no tenía nada que ver con la Conjura del Milenio.

—No trabajo para los estadounidenses. Algunos de tus amigos están intentando hacerle daño a mi país, y yo te estoy haciendo preguntas indirectas como técnica de interrogatorio —mintió / .

—¿Qué amigos míos están intentando hacerle daño a tu país? —le pregunté.

—¡No puedo decírtelo!

—No me puedes echar la culpa de eso a mí. Yo no soy mis amigos. Ve y arréstalos a ellos y libérame a mí.

Pero nada tiene sentido en una sala de interrogatorio. Cada vez que / me decía que había arrestado a alguien, yo sabía que esa persona estaba libre aún.

Aunque solo empleó la agresión física dos veces conmigo, no dejó de atemorizarme con otros métodos que quizá eran peores que el dolor corporal. Puso a un pobre preso junto a mi sala de interrogatorio y su compañero empezó a pegarle con un objeto duro hasta que el muchacho rompió a llorar. ¡Qué bajo! Fue muy impactante. Empecé a temblar, la cara se me puso roja, la saliva más ácida que un limón, la lengua pesada como el plomo. Son los síntomas que siempre sufro cuando estoy muy asustado. Parecía que el miedo constante en que vivía no me endurecía. Toqué fondo.

—¿Oyes lo que está pasando ahí al lado?

—Sí.

—¿Quieres que te pase a ti lo mismo?

Casi dije que sí. Era tan duro escuchar impotente el sufrimiento de otra persona. No es fácil hacer que un adulto llore como una criatura.

—¿Por qué? ¡Te estoy hablando! —dije, mostrando una falsa entereza. Después de todo, el hermano de al lado también le hablaba a su interrogador. / sonrió sardónicamente y continuó fumando su cigarro como si nada pasara. Esa noche estuve muy colaborador y tranquilo; desapareció de repente mi parte lógica y argumentativa. / sabía lo que estaba haciendo y se veía que había estado haciéndolo por mucho tiempo.

Hizo que me pasaran la cinta de la tortura para que oyera los llantos y gemidos de los torturados y los gritos de los torturadores. Tuve suerte, porque me tuvieron con los ojos vendados para que no pudiera ver a los detenidos. Se supone que no debía verlos, ni tampoco yo estaba interesado en ver a un hermano o, en realidad, a cualquiera sufriendo. El profeta Mohamed (que la paz sea con él) decía: “Dios tortura a quienquiera que tortura a un ser humano”, y por lo que yo entiendo, la religión de la persona no importa.

—Te voy a mandar a la alberca de los tiburones —me amenazó / cuando me negué a hablar con él después de me golpeara.

—No me conoces. Te juro por Dios Todopoderoso que nunca voy a hablar contigo. Anda, tortúrame. Tendrás que matarme antes de que hable, y para tu información, me arrepiento de las veces que he cooperado en el pasado —le dije.

—Lo primero, tu colaboración fue a la fuerza. No tenías elección. Ni la tendrás en el futuro: te voy a hacer hablar —contestó /.

/ empezó a empujarme contra la pared y a pegarme en la cara, pero no sentí ningún dolor. No creo que me pegara con todas sus fuerzas; el tipo parecía un toro y un solo golpe suyo me habría sacado todos los dientes. Mientras me golpeaba se puso a hacerme preguntas. No me acuerdo de las preguntas pero sí recuerdo mis respuestas. Solo había una.

—Ana Bari’a, soy inocente. —Lo volví loco; no me iba hacer hablar de ninguna manera.

—No tengo tiempo ahora; pero mañana la vas a pasar muy mal, hijo de… —dijo el interrogador, e inmediatamente abandonó la habitación.

El escolta me llevó de vuelta a mi celda. Era alrededor de la medianoche; me senté sobre mi esterilla de orar, y comencé a leer el Corán y a rezar hasta muy tarde. Apenas podía concentrarme en lo que estaba leyendo. No paraba de pensar, ¿Cómo será la alberca de tiburones? Había oído hablar de las albercas electrificadas, sabía que las usaban en Egipto; pero alberca de tiburones sonaba horrible.

Y pasaron un día, dos, tres sin que llegara la temida cita con la tortura. No me pasó nada, excepto que no comí, no porque no me dieran comida, sino porque no tenía apetito, como siempre que me deprimía. Más tarde me enteré, por un preso jordano en GTMO que había estado cincuenta días en la misma prisión, de que no existe tal alberca de tiburones. Pero sí tienen otros métodos de tortura muy dolorosos, como colgar a los presos de las manos y pies y golpearlos durante horas, o privarlos del sueño durante días hasta que pierden el sentido.

"En Jordania no torturan a menos que tengan pruebas", aseguró / . "Si supieran lo que hago, no se hubieran molestado en detenerte. Los estadounidenses les dijeron que lo hicieran", continuó / . "La tortura empieza alrededor de la medianoche y termina al amanecer. Todos intervienen, el director de la prisión, los interrogadores y los guardias", dijo / / / / / / / / / / / / / / / / / / / . / información correspondía con lo que vi. Particularmente, yo oí golpes; pero no sé si cuando eran golpeados los detenidos estaban colgados o no. Y fui testigo de la privación del sueño más de una vez.

Una noche, ya tarde, cuando estaba charlando con uno de mis guardias amigos, oí sonidos como de varias personas efectuando un duro entrenamiento con voces enérgicas para estimular los cuerpos, como en el kung-fu. Oí como si cuerpos pesados golpearan el suelo. Hacían mucho ruido y muy cerca de mi /.

—¿Están entrenando tan tarde, muchachos? —le pregunté a un guardia. Antes de que pudiera decir una palabra, apareció un tipo vestido con un traje de ninja que lo cubría de los pies a la cabeza. El guardia lo miró y se volvió hacia mí sonriendo.

—¿Conoces a esta persona? —preguntó. Esbocé una sonrisa forzada.

—No. —El aludido se quitó la máscara; su cara parecía la del mismísimo diablo. Presa del miedo, mi sonrisa se transformó en una carcajada—. ¡Oh, sí! Nos conocemos —le dije.

—/ me pregunta si están entrenando ahora —inquirió irónicamente mi amigo al ninja.

—¡Sí! ¿Quieres entrenar con nosotros? Hay muchos presos que se divierten con PT —contestó sarcásticamente el tipo. Supe inmediatamente que se refería a la tortura. Mi risa se extinguió en una sonrisa, y mi sonrisa en unos labios pegados a mis dientes. No quería revelar mi decepción, miedo y confusión.

—No; estoy bien —dije. El diablo reanudó su actividad, y yo le pregunté al guardia—: ¿Por qué se ponen la máscara para este tipo de trabajo?

—Quieren proteger sus identidades. En Jordania te pueden matar por hacer este tipo de cosas. —Tenía razón: a la mayoría de los presos se les detenía porque sabían algo, no por sus delitos, y así, terminaban por ser liberados tarde o temprano.

Ojalá no hubiera conocido estas cosas, pues me era imposible dormir cuando escuchaba a hombres adultos llorando como niños. Intentaba poner cualquier objeto en mis oídos o alrededor de la cabeza, pero no funcionaba. Mientras durara la tortura, no podía dormir. Lo bueno era que no había tortura todos los días y que las voces no siempre llegaban a mi celda.

En febrero de 2002, el director del Departamento de Antiterrorismo jordano fue objeto de una conjura para asesinarlo.[20] Casi lo envían al otro barrio. Alguien colocó una bomba de tiempo en el chasís del coche del principal objetivo del Movimiento Islámico en Jordania. La bomba debía explotar en el camino entre su casa y la oficina –y lo hizo–. Pero lo que sucedió fue como un milagro. Yendo al trabajo, al director se le ocurrió comprar cigarros. El chofer paró en frente de una tienda y se bajó para ir por un paquete. El director sintió ganas de ir con su chofer. Tan pronto como se bajaron del coche, la bomba explotó. Nadie salió herido, pero el vehículo pasó a la historia.

La investigación los condujo hasta un sospechoso, pero la policía secreta no pudo encontrarlo. Sin embargo, no se puede jugar con el zar de la lucha contra el terrorismo. Los sospechosos debían ser detenidos y los culpables encontrados de inmediato. La Agencia Secreta Jordana tenía que cobrar venganza. Idearon tomar como rehén al pacífico hermano del sospechoso y torturarlo hasta que su hermano se entregara. Se envió a las Fuerzas Especiales, arrestaron al inocente muchacho en una plaza atestada y

lo golpearon inconcebiblemente. Querían mostrarle a la gente lo que le espera a una familia cuando uno de sus miembros atenta contra el gobierno. Al joven lo llevaron a la cárcel y lo torturaron todos los días.

"Me da igual lo que pueda durar; voy a seguir torturándote hasta que tu hermano se entregue", le dijo su interrogador. A la familia se le dio la oportunidad de visitar al muchacho, no por razones humanitarias, sino porque el interrogador quería que la familia viera la miserable situación del chico y entregara al hijo sospechoso. La familia estaba destrozada, y pronto se filtró la información de que el sospechoso estaba escondido en la casa familiar. Esa noche irrumpieron en la casa y lo arrestaron. Al día siguiente, su hermano fue liberado.

—¿Qué vas a decir si alguien te pregunta por los moretones y heridas que te hicimos? —le preguntó el interrogador.

—¡No diré nada! —respondió el joven.

—Mira, normalmente retenemos a las personas hasta que se curan, pero te voy a poner en libertad. Vete y di lo que quieras contra mí. Hice lo que tenía que hacer para capturar a un terrorista. Eres libre de marcharte.

En cuanto a su hermano, el director mismo se hizo cargo de él: estuvo pegándole durante seis horas completas. Por no decir lo que los otros interrogadores hicieron para satisfacer a su jefe. Supe todo esto por los guardias cuando me di cuenta de que la prisión estaba sorprendentemente llena. No es que pudiera ver a nadie, pero sin duda el suministro alimentario se vio reducido, y no paraban de mover a los presos de un lado a otro. Cuando los detenidos pasaban por mi celda, los guardias cerraban la mirilla, y observé que los cambios de turno de los guardias eran más frecuentes de lo normal. La situación empezó a mejorar en el verano de 2002.

Por entonces, en lo básico los jordanos habían terminado conmigo. Cuando / concluyó mi audiencia, me entregó mi declaración.

—Lee tu declaración y fírmala —dijo.

—No tengo que leerla. ¡Confío en ti! —mentí. ¿Por qué iba a leer algo que no tenía opción de rechazar? Ningún juez tendría en cuenta una declaración obtenida mediante coacción en unas instalaciones como las de la Prisión Militar Jordana.

Después de una semana, aproximadamente, / me llevó para interrogarme a una bonita habitación.

—Tu caso está cerrado. He terminado contigo; pero es mi jefe el que decide cuándo te marchas a casa. Espero que sea pronto.

Me alegraron las noticias; las estaba esperando, aunque no tan pronto.

—¿Te gustaría trabajar para nosotros? —me preguntó.

—Me gustaría, pero la verdad es que no tengo cualidades para este tipo de trabajo —le respondí, en parte mintiendo y en parte diciendo la verdad. Intentó convencerme en un tono amable, pero le dije, con toda la amabilidad que pude, que me consideraba demasiado idiota para un trabajo de Inteligencia.

Pero cuando los jordanos compartieron el resultado de su investigación con los norteamericanos y les enviaron el documento, ellos tomaron el informe y se lo estamparon en la cara a los jordanos. Sentí la furia del Tío Sam a miles de millas de distancia, cuando / regresó a su vieja piel durante los últimos dos meses de encarcelamiento en Jordania. Los interrogatorios se reanudaron. Hice todo lo que pude por expresarme. Algunas veces hablé, otras me negué. Hice huelga de hambre durante días, pero / me hizo comer bajo amenaza de tortura. Yo quería forzar a los jordanos a que me enviaran de vuelta a casa, pero fracasé. Tal vez no fui lo suficientemente duro.

Notas:

1 Todavía estamos en la mañana del 29 de noviembre de 2001 (Ver en capítulo 3 Mauritania, nota 18).

2 En la audiencia con la ARB, MOS indicó que, a lo largo de este tiempo en la prisión jordana, todo el personal de la prisión vestía uniformes militares (ARB 22).

3 Aquí aparece *Hajji* sin censurar.

4 Nombre sin confirmar todavía.

5 Esta actitud podría ser la razón del sobrenombre Te-Estoy-Vigilando, que aparece sin censurar más adelante en este capítulo.

6 En realidad, pasó cerca de un año antes de que la familia de MOS pudiera saber dónde estaba, y eso porque uno de sus hermanos vio en Alemania un artículo en *Der Spiegel* en octubre de 2002 que informaba que MOS estaba en Guantánamo. Ver “De Alemania a Guantánamo: la carrera del prisionero núm. 760”, *Der Spiegel*, 29 de octubre de 2008.

7 Ver la nota 4.

8 MOS llegó a Jordania el jueves 29 de noviembre; así pues, este momento sería la tarde del sábado 1 de diciembre de 2001.

9 Parece que el interrogador se dirige a MOS llamándolo *Abdullah*, que significa *siervo de Dios*.

10 El contexto indica que ambas personas, el interrogador y su ayudante, tenían orígenes palestinos.

11 El testimonio de MOS ante la ARB en 2005 indica que tuvo tres interrogadores durante su detención clandestina en Amman. Más adelante en este capítulo los retrata con más profundidad. Este parece ser el más veterano y solamente lo interroga una vez (ARB 21).

12 Podría tratarse una vez más de Ahmed Ressam, por quien, a estas alturas, le habían estado preguntando a MOS repetidamente. En la audiencia de 2005 de la ARB, MOS testificó: "Después me enviaron a Jordania… Los jordanos estaban investigando mi participación en la Conjura del Milenio. Me dijeron que estaban especialmente preocupados por la Conjura del Milenio" (ARB 20).

13 En esta sección del manuscrito, que MOS titula "Mis vecinos presos", es claro que describe a algunos de sus compañeros detenidos en Jordania. En el texto censurado aquí, que va precedido por el número 2, parece evidente que nos presenta a un "segundo vecino". Los siguientes dos textos censurados parecen introducir a otros dos vecinos.

14 Estos deben de ser el segundo y tercero de los interrogadores jordanos que MOS mencionó en la audiencia de la ARB de 2005 y que describe brevemente más adelante en este capítulo (ARB 21).

15 El nombre Mehdi aparece sin censurar dos veces en este pasaje. Es probable que se trate de Karim Mehdi. Nacido en Marruecos, Mehdi vivió en Alemania, y al parecer, en opinión del juez Robertson, viajó con MOS a Afganistán en 1992. A Mehdi lo detuvieron en París en 2003 y lo sentenciaron a nueve años de prisión por planear un atentado con una bomba en la isla Reunión (ver http:/ / bit.ly/1fytNv6).

16 Esta censura, precedida de un 2 en un pasaje subtitulado "Interrogadores", es probable que introduzca al segundo interrogador jordano.

17 Los documentos judiciales indican que MOS fue instruido en el campo de entrenamiento Al Farouq, cerca de Kandahar, en Afganistán, durante seis meses a finales de 1990 y principios de 1991. Entonces, ambos campos, Al Farouq y Khalden, estaban entrenando guerreros de Al-Qaeda para el conflicto con el gobierno apoyado por los soviéticos en Kabul. Como escribió el juzgado de apelación que revisó el caso de habeas de MOS, "Cuando Salahi realizó su juramento de lealtad en marzo de 1991, Al-Qaeda y los Estados Unidos compartían un objetivo común: ambos buscaban derrocar al gobierno comunista de Afganistán" (ver http:/ / bit.ly/1U036CJ y http:/ / bit.ly/1KCXVOG).

18 Nasser, segundo presidente egipcio, murió en 1970. Aquí la censura es especialmente absurda.

19 Numerada con un 3, esta censura parece introducir al tercer interrogador jordano, quien es factible que haya sido el primer interrogador de MOS en Jordania. En la audiencia de la ARB, MOS manifestó que su principal interrogador en Jordania era "joven" y "un tipo muy brillante". Atestiguó que este interrogador en particular fue quien "me golpeó en la cara en varias ocasiones y me empujó contra el suelo muchas veces porque no quería hablar con él", además de que "me amenazaba con que me iba a torturar y… me llevaba a una habitación en la que torturaban y había un muchacho al que habían golpeado tanto que estaba llorando como un niño" (ARB).

20 Las noticias de la prensa documentan un intento de asesinato como el que se describe aquí, que tenía por objeto al general Ali Bourjaq, cabeza de la unidad del antiterrorismo jordano, el 20 de febrero de 2002 en Amman (ver, *e.g.*, http:/ / bit.ly/1NCAcDp).

GTMO

5

GTMO I

Febrero — agosto de 2003

Primer correo y primera prueba … La noche del terror …
El DOD toma el cargo … Turnos de 24 horas de interrogatorios… Secuestro dentro del secuestro…
Fiesta arabestadounidense

Las normas han cambiado. Lo que antes no era considerado un delito, ahora sí lo es.

—Pero yo no he cometido ningún delito; da igual lo estrictas que sean sus leyes; yo no he hecho nada.

—¿Y si te presento pruebas?

—No las tienes. Pero si lo haces, colaboraré con ustedes.

/ / / / / / / / / / / / / / / / / / me mostró las peores personas en / / / / / / / / / / / / / / / / / /. Había 15, y yo era la número 1; la número 2 era /.[1]

—Tienes que estar de broma —le dije.

—No, qué va. ¿Es que no entiendes lo serio que es tu caso?

—¿De manera que me raptan de mi casa, en mi país; me envían a Jordania para torturarme; después me llevan de Jordania a Bagram, y todavía dicen que soy peor que los que han capturado con pistolas en las manos?

—Sí, eso es. ¡Qué listo eres! Yo veo que cumples todas las condiciones de un terrorista de alto nivel. Cuando le doy un repaso a la lista de control de terroristas, apruebas con una nota muy alta.

Estaba asustadísimo, aunque siempre procuraba dominar mi temor.

—¿Y qué es eso de tu lista de control de / / / / / / / / / / ?

—Eres árabe, eres joven, fuiste a la yihad, hablas varios idiomas, has estado en muchos países, eres universitario de una disciplina técnica…

—¿Y qué delito es ese? —le dije.

—Fíjate en los piratas aéreos: eran como tú.

—Yo estoy aquí para defenderme a mí mismo y no a nadie más. No vuelvas a mencionarme a otras personas. Te he preguntado por mi delito, no por el de este o aquel. ¡Me importan una mierda!

—Pero tú formas parte de la gran conspiración contra los Estados Unidos.

—Siempre estás con eso. ¡Dime qué tengo yo que ver en esa “gran conspiración”!

—Te lo voy a decir, *sabr*. Ten paciencia.

Las sesiones continuaron con argumentos de este tipo. Entonces un día, cuando entré en la sala de interrogatorio / , vi un equipo de video todavía conectado. Siendo sincero, me sentí aterrorizado solo de pensar que iban a mostrarme un video en el que aparecía cometiendo ataques terroristas. No es que haya hecho nada así en mi vida. Pero un compañero preso llamado / me dijo que sus interrogadores falsificaron un pasaporte estadounidense con su fotografía. “Mira, ahora tenemos pruebas definitivas de que falsificaste este pasaporte y lo empleaste para fines terroristas”, le dijeron. / se rio con todas sus ganas de la estupidez de sus interrogadores. “Olvidan que soy un experto en informática y que sé que el gobierno norteamericano no tendría ningún problema para falsificar un pasaporte para mí”, dijo. Los interrogadores rápidamente se llevaron el pasaporte y no volvieron a hablar del asunto.

Situaciones como esta me volvieron un paranoico ante la posibilidad de que el gobierno inventara algo contra mí. Viniendo de un país del tercer mundo, estoy acostumbrado a ver cómo la policía acusa de delitos falsos a rivales políticos del gobierno para neutralizarlos. Es habitual meter armas en la casa de una persona para hacer creer al tribunal que la víctima está preparándose para un estallido de violencia.

—¿Estás listo? —dijo / / / / / / / / / / / / / / / / / / .

—¡Sí! —dije, intentando mantenerme sereno, a pesar de que el rubor de mi rostro lo decía todo por mí. / / / / / / / / / / / / / / / / / / oprimió el botón de reproducción y empezamos a ver la película. Estaba preparado para saltar cuando me vi a mí mismo haciendo explotar un edificio de los Estados Unidos en Tombuctú. Era una cinta de Osama Bin Laden hablando con un secuaz que no reconocí sobre el ataque del 11 de septiembre. Hablaban en árabe. Disfruté la ventaja de entender lo que decían, mientras los interrogadores tenían que conformarse con los subtítulos.

Después de una corta conversación entre OBL y otro hombre, un comentarista televisivo habló sobre lo controvertida que era la cinta. La calidad era mala. La cinta supuestamente fue incautada por las fuerzas norteamericanas en un refugio de Jalalabad.

Pero ese no era el asunto.

—¿Qué tengo yo que ver con esta porquería? —pregunté enfadado.

—Ves que Osama Bin Laden está detrás del 11 de septiembre —dijo / / / / / / / / / / / / / / / / / / / .

—Te das cuenta de que no soy Osama Bin Laden, ¿verdad? Esto es algo entre ustedes y él. Yo no quiero saber nada; estoy fuera de esta historia.

—¿Piensas que lo que hizo estuvo bien?

—Me importa una mierda. Atrapen a Osama Bin Laden y castíguenlo.

—¿Cómo te sientes con lo que pasó?

—Siento que no soy parte de ello. ¡Eso es lo más importante en este caso!

Cuando regresé al bloque / / / / / / / / / / / / / / / les conté a mis amigos el paripé de la “prueba definitiva” en mi contra. Pero nadie se sorprendió, porque la mayoría de los presos han tenido que aguantar estas bromas.

En mi conversación con / / / / / / / / / / / / / / / y su socio, saqué un tema que creo es esencial.

—¿Muchachos, por qué están prohibiendo que me lleguen correos?

—Los he revisado, ¡pero no tienes ninguno!

—¿Pretendes decirme que mi familia se niega a responderme?

Mis hermanos en el bloque se compadecieron de mí. Casi cada noche soñaba que recibía noticias de mi familia. Siempre les contaba mis sueños a mis vecinos de al lado; ellos interpretaban mis sueños y siempre me transmitían esperanza, pero ningún mensaje llegaba. “Soñé que te llegaba una carta de tu familia”, era una frase que solía escuchar. Era muy difícil para mí ver cómo otros detenidos tenían fotos de sus familias y yo nada de nada. No es que no quisiera que ellos tuvieran cartas: al contrario, me alegraba por ellos. Leía su correspondencia como si se tratara de la de mi propia madre. Era costumbre en el bloque pasarnos los nuevos correos recibidos para que todos los leyesen, incluso los más privados de los amantes a sus amados.

/ / / / / / / / / / / / / / / se moría de ganas de que colaborara con él, y sabía que había compartido este asunto con los demás presos. Así pues, se puso a trabajar con los encargados de los correos para que me llegara algo. Se preparó y cocinó el plato, y alrededor de las cinco de la tarde el cartero se presentó en mi celda y me entregó una carta supuestamente de mi hermano. Incluso antes de leer la carta, les grité a todos en el bloque: “¡He recibido una carta de mi familia! Ven, mis sueños se han hecho realidad, ¿no se los decía?”. Desde todas partes mis compañeros me vitoreaban: “¡Enhorabuena! ¡Pásame la carta cuando termines!”.

Empecé a leer con voracidad, pero enseguida recibí un impacto: la carta era una burda falsificación. No era de mi familia; era producto del grupo de Inteligencia.

—Queridos hermanos, no he recibido carta alguna. ¡Lo siento!

—Bastardos, le han hecho esto a otros presos —dijo un vecino. Pero la falsificación era tan torpe y poco profesional, que ni un tonto caería en la trampa. Primero, no hay ningún hermano mío con ese nombre. Segundo, mi nombre estaba mal escrito. Tercero, mi familia no vive donde mencionaba el remitente, aunque estaba cerca. Cuarto, no solo conozco la letra de cada

miembro de mi familia, sino también la manera en que cada uno expresa sus ideas. La carta era una especie de sermón: “Sé paciente como tus ancestros y ten fe en que Alá va a recompensarte”. Me enojó mucho este intento de engañarme y jugar con mis emociones.

Al día siguiente, / me llevó al interrogatorio.

—¿Qué tal está tu familia?

—Espero que estén bien.

—¡He intervenido para que te llegara esa carta!

—Muchas gracias por las molestias; pero la próxima vez que quieran falsificar correspondencia, dejen que les dé algún consejo, muchachos.

—¿Qué estás diciendo?

Sonreí.

—Si en realidad no sabes de qué estoy hablando, de acuerdo. Pero ¡es muy burdo falsificar un mensaje y hacerme creer que he podido contactar con mi querida familia! —le dije, devolviéndole la extraña carta.

—Esto no me gusta una mierda —contestó /.

—No sé ni qué creer. Pero creo en Dios, y si no veo a mi familia en esta vida, espero verlos en el más allá, así que no se preocupen por ello.

Sinceramente, no tenía pruebas de si / estaba implicada en este juego sucio. Pero sí sé que todo el asunto va mucho más allá de / / / / / / / / / / / / / / / . Hay un montón de gente trabajando en la sombra.[2] / / / / / / / / / / / / / / / estaba a cargo de mi caso a través de / / / / / / / / / / / / / pero un par de veces me llevaron a interrogar con otro / sin su consentimiento ni su conocimiento. Respecto a las cartas de mi familia, recibí la primera, un mensaje de la Cruz Roja, el 14 de febrero de 2004, 816 días después de mi secuestro de mi casa de Mauritania. Cuando me llegó, el mensaje tenía ocho meses de antigüedad.

—Voy a mostrarte las pruebas paso a paso —aseveró un día / / / / / / / / / / / / —. Hay un tipo importante de Al-Qaeda que nos dijo que estabas implicado.

—Supongo que entonces no tienes que hacerme preguntas puesto que tienes un testigo. Llévenme al tribunal y háganme polvo sin más —les grité —. ¿Qué es lo que he hecho según su testigo?

—Dijo que eres parte de la conspiración. —Ya estaba cansado de las palabras *Gran Conspiración contra los Estados Unidos*. / dijera lo que dijese, no había manera de entendernos.

Por su parte, / no era un hombre muy argumentativo:

—Si el gobierno cree que estás metido en asuntos delictivos, te van a mandar a Irak o de vuelta a Afganistán —dijo / / / / / / / / / / / / / / / / / / / .[3]

—De modo que si me torturan, muchachos, ¿voy a decirles todo lo que quieran escuchar?

—No. Mira, si una madre le pregunta a su hijo si ha hecho algo malo, puede que mienta. Pero si le pega lo va a admitir —respondió / / / / / / / / / / / / / / / / /. No tenía respuesta para esta analogía.

Bueno, el tipo “importante de Al-Qaeda” que testificó contra mí resultó ser / .[4] / al parecer había dicho que lo ayudé a ir a Chechenia con otros dos hombres que estaban entre los secuestradores, lo cual no es cierto. Aunque yo había visto a / / / / / / / / / / / / / / / una una o dos veces en Alemania, ni siquiera sabía su nombre. Aunque les hubiera ayudado a ir a Chechenia, eso no era un delito en absoluto. El caso es que no lo había hecho.

Entonces supe de la terrible tortura que / había sufrido después de su detención / . Testigos presenciales que fueron capturados con él en Karachi revelaron: “Pensábamos que estaba muerto. Escuchamos sus llantos y gemidos día y noche hasta que lo separaron de nosotros”. Incluso habíamos oído rumores en el campo de que había muerto torturado. En el extranjero era evidente que la tortura era una práctica habitual y ejecutada con profesionalismo. Escuché tantos testimonios de detenidos que no se conocían entre sí, que no podían estar mintiendo. Y como verán, yo fui sometido a tortura en esta base de GTMO, como muchos otros presos. Que Alá tenga piedad de todos nosotros.

—No creo en los métodos de tortura —dijo / / / / / / / / / / / / / / / / / /. No compartí con él la información de que Ramzi había sido torturado. Pero dado que el gobierno había enviado fuera de sus fronteras a presos, entre los que nos incluíamos / , / / / / / / / / / / / / / /

/ y yo, para facilitar que fuéramos torturados en los interrogatorios, era evidente que el gobierno creía en los métodos de tortura. Lo que piense / no tiene demasiado peso cuando se tiene enfrente a la estricta justicia de los Estados Unidos en tiempos de guerra.

Finalmente, / / / / / / / / / / / / / / / / / siguió adelante con su promesa de develar la razón por la que el gobierno me tenía encerrado, aunque no me mostró nada incriminatorio. En marzo de 2002 la CNN había emitido un reportaje en el que se afirmaba que yo era el coordinador de la comunicación entre los secuestradores del 11 de septiembre a través del libro de visitas de mi página web. Entonces / me enseñó el reportaje.[5]

—Te dije que estabas frito —dijo / / / / / / / / / / / / / / /.

—Yo no diseñé mi página web para Al-Qaeda. Simplemente, la hice hace bastante tiempo y no he vuelto a revisarla desde principios de 1997. Además, si decidiera ayudar a Al-Qaeda, no usaría mi nombre auténtico. Podría hacer una página web con el nombre de John Smith.

/ / / / / / / / / / / / / quería saberlo todo sobre mi página web y por qué hice una. Tuve que responder a toda esa basura con base en un derecho básico que tengo: abrir una página web con mi nombre y con algunas conexiones a mis lugares favoritos.

En una sesión, / / / / / / / / / / / / / / / / / / me preguntó:

—¿Por qué estudiaste microelectrónica?

—Yo estudio lo que se me antoja. No sabía que tenía que consultar al gobierno de los Estados Unidos sobre lo que debo estudiar o no —dije irónicamente.

—No creo que las cosas sean blancas o negras. Pienso que todos estamos en algún lugar intermedio. ¿No lo crees tú? —inquirió / / / / / / / / / / / / / / / / .

—No he hecho nada.

—¡No es un delito ayudar a alguien a que se una a Al-Qaeda y que acabe siendo un terrorista! —/ /

/ / / / / / / / / / /. Comprendí perfectamente lo que / / / / / / / / / / / / / / / / / quería decir: “Admite sin más que eres un reclutador de Al-Qaeda”.

—Podría ser. No estoy familiarizado con las leyes norteamericanas. Pero, de todas formas, ¡no recluté a nadie para Al-Qaeda ni me pidieron que lo hiciera! —manifesté.

Como parte de esta pantomima de “mostrar las pruebas que te incriminan”, / / / / / / / / / / / / / / / / le pidió a un colega que lo ayudara. /, un / que ya me había interrogado en /[6] / es uno de esos tipos que cuando hablan crees que están enfadados, y puede que no lo estén.

—Me alegro de que aparecieras, porque me gustaría hablar contigo algunos asuntos —lo encaré.

—Por supuesto, ¡/ está aquí para responder a tus preguntas! —ironizó / / / / / / / / / / / / / / / / / / .

—¿Se acuerdan, muchachos, cuando vinieron a interrogarme a Mauritania? —empecé—. ¿Recuerdan lo seguros que estaban de que no solo estaba implicado en Milenio, sino de que era el cerebro que estaba detrás? ¿Cómo se sienten ahora que saben que no tengo nada que ver con ello?

—Ese no es el problema —respondió / —. El problema era que no fuiste honesto con nosotros.

—No tengo por qué ser honesto con ustedes. Y les digo más: no voy a hablar con ustedes si no me dicen por qué estoy aquí —dije.

—Ese es tu problema —contestó / .

Se diría que / estaba acostumbrado a tratar con presos humillados que probablemente tenían que cooperar por medio de la tortura. Entonces estaba interrogando a / .[7] Hablaba de un modo muy arrogante, sobre todo cuando me dijo: “Vas a cooperar, aunque sea contra tu voluntad, ¡ja ja!”. Reconozco que fui desagradable con él, pero yo estaba muy enfadado porque me había acusado erróneamente de tomar parte en la Conjura del Milenio y ahora estaba esquivando decir la verdad y admitir que él y su gobierno estaban equivocados.

A / se le veía destrozado por el viaje; ese día estaba muy cansado.

—No entiendo por qué no colaboras —dijo—. Te dan comida y te hablan de una manera civilizada.

—¿Por qué iba a cooperar con cualquiera de ustedes? Me están haciendo daño, encerrándome sin razón.

—Nosotros no te arrestamos.

—Mándenme al tipo que me arrestó, quiero hablar con él.

Después de la tensa discusión, los interrogadores se marcharon y me llevaron de vuelta a mi celda.

—Para las próximas sesiones, le he pedido a / que me ayude a exponer tu caso. Quiero que seas amable con él —expuso/ / / / / / / / / / / / / / / / / / / en nuestra siguiente sesión.

Me volví a su compañero:

—Ahora que están convencidos de que no tomé partido en Milenio, ¿cuál es la siguiente bazofia que me van a echar en cara?

—Sabes, a veces pasa que arrestamos a una persona por lo que no hizo, ¡pero resulta que están implicados en alguna otra cosa! —aseguró / .

—¿Cuándo van a dejar de jugar este juego conmigo? Cada dos por tres hay una nueva sospecha, y cuando resulta que no es correcta, sale otra, y así una y otra vez. ¿Será posible que alguna vez todo esto se detenga?

—Desde luego, por eso tienes que cooperar y defenderte. Todo lo que te pido es que me expliques una cosa —dijo / / / / / / / / / / / / / / / /.

Cuando / llegó, traía un montón de papelitos con notas y empezó a leérmelos.

—Llamaste a / / / / / / / / / / / / / / / / / / y le pediste azúcar. Cuando le hablaste de / en Alemania, él te dijo: “No hables de esto por teléfono. Yo no le diría algo así a nadie que me llamara”.

—No me importa lo que / / / / / / / / / / / / / / / / / diga por teléfono. No estoy aquí representando a / . Pregúntenle a él. Recuerda, te he preguntado qué he hecho.

—Solo quiero que me expliques esas conversaciones, y mucho más —respondió /.

—No; no pienso responder a nada sin que antes respondas a mi pregunta. ¿Qué he hecho?

—No digo que hayas hecho nada; pero hay muchas cosas que tienen que aclararse.

—He respondido a esas cuestiones miles de veces; te dije que no había ningún código y que mis mensajes querían decir lo que decían. Son injustos y algo paranoicos. Se aprovechan de que vengo de un país con una dictadura. Si fuera alemán o canadiense, ni siquiera hubieran tenido la oportunidad de hablar conmigo, ni me hubieran arrestado.

—Te estoy pidiendo que colabores. Te estamos dando una oportunidad. Cuando te hayamos dicho la causa de tu detención, ¡será demasiado tarde para ti! —me amenazó / .

—No necesito oportunidades de ningún tipo. Simplemente díganme por qué me arrestan, y que sea lo que tenga que ser.

/ / / / / / / / / / / / / / / / me conocía mejor que / ; por tanto, intentó calmarnos a los dos. / intentaba asustarme, pero cuánto más me asustaba, más cerrado y menos colaborador me volvía.

***

El campo estaba protegido todo el día. Alrededor de las diez de la noche me sacaban de mi celda y me llevaban hasta el edificio / / / / / / / / / / / / / / / / / / .
La habitación era sumamente fría. Odio que me despierten para el interrogatorio; mi corazón palpitaba fuerte: ¿Por qué me tienen que llevar tan tarde?

No sé durante cuánto tiempo estuve en la habitación; tal vez dos horas. Estaba temblando. Me mentalicé para no discutir más con los interrogadores. Solamente voy a sentarme ahí como una piedra y dejar que ellos hablen, me dije. Muchos presos decidían hacer eso. Se les llevaba al interrogatorio un día tras otro para desmoronarlos. Estoy seguro de que algunos se venían abajo porque nadie puede soportar la agonía toda la vida.

Después de tenerme sudando, o digamos “sacudiéndome”, por un par de horas, me llevaron a otra habitación /, en la que / se sentaba. La habitación estaba aceptablemente fría. El personal militar estaba observando y escuchando desde otra habitación, como siempre.

—No pudimos traerte de día porque el campo estaba cerrado —dijo / / / / / / / / / / / / / / / /. Tuvimos que traerte ahora porque / se va mañana.

No abrí la boca. / mandó a su amigo afuera. “¿Qué te pasa?”, me dijo. “¿Estás bien? ¿Te ha pasado algo?”. Pero, hiciera lo que hiciese, no había forma de hacerme hablar.

El equipo decidió devolverme a la habitación fría. Quizá no estaba tan fría si llevabas puestos zapatos, ropa interior y una chaqueta como los interrogadores, pero sí para un preso con unas chanclas y sin ropa interior.

—¡Háblanos! —me dijo / / / / / / / / / / / / —. / / / / / / / / / / / / / / / / / / va a platicar contigo igualmente aunque te niegues a hablar.

/ empezó a leer: “Te hemos dado una oportunidad pero parece que no quieres aprovecharla. Ahora es demasiado tarde, porque te voy a dar una información”.

/ sacó tres fotografías grandes de cuatro individuos que se cree que estaban implicados en los ataques del 11 de septiembre. “Este hombre es / . Lo capturaron / y desde entonces lo he estado interrogando.[8] Sé más sobre él de lo que él mismo sabe. Fue comunicativo y honesto conmigo. Lo que nos dijo encaja bien con lo que sabemos sobre él. Nos dijo que fue a tu casa siguiendo el consejo de un tipo llamado / , al que conoció en un tren. / buscaba a alguien que lo ayudara a llegar a Chechenia”.

“Fue por octubre de 1999”, continuó. “Se presentó en tu casa con estos dos hombres”, me dijo, señalando a / y a / . “El otro hombre”, siguió, señalando a Atta, “no pudo verte porque tenía una prueba. Les aconsejaste viajar a través de

Afganistán en lugar de Georgia porque sus rostros árabes los delatarían y probablemente los regresarían. Es más, les diste en Quetta el teléfono de un tipo llamado / . Un poco después de este encuentro contigo, estos hombres viajaron a Afganistán, se reunieron con Osama Bin Laden y le juraron lealtad. Bin Laden les encomendó perpetrar el ataque del 11 de septiembre y los envió de vuelta a Alemania".

Continuó: "Cuando le pregunté a / / / / / / / / / / / / / / / / / / / qué pensaba de ti, me respondió que cree que eres un reclutador veterano de Osama Bin Laden. Esta es su opinión personal. De todos modos, dijo que sin ti nunca habría pertenecido a Al-Qaeda. De hecho, yo añadiría que sin ti el 11 de septiembre jamás hubiera sucedido. Estos hombres hubieran ido a Chechenia y habrían muerto".

/ se disculpó y se marchó. Me quedé el resto de la noche con / . Estaba muy asustado. El tipo me hizo creer que yo estaba detrás del 11 de septiembre. ¿Cómo era posible que hubiera pasado algo así? Me hizo dudar de mí mismo. Aun así, cualquiera que tuviera un mínimo de información sobre los ataques, que se publicaba y actualizaba cada cierto tiempo, fácilmente puede ver que estaban tratando de embarcarme. Los hombres que mencionó supuestamente fueron entrenados en 1998, se unieron a Al-Qaeda y se les asignó perpetrar el ataque entonces. ¿Cómo podría haberlos enviado en octubre de 1999 para alistarse en Al-Qaeda, cuando ellos no solo ya estaban en la organización, sino que ya se les había encargado el ataque más de un año antes?

Me dejaron allí el resto de la noche y me obligaron a ver fotografías de miembros de personas muertas que se tomaron en el Pentágono después del ataque terrorista. Era una visión desagradable. Casi me vine abajo, pero procuré mantenerme en silencio y entero.

—¿Ves el resultado del ataque? —me preguntó / / / / / / / / / / / / / / .

—No creo que previera lo que estos iban a hacer —dijo / / / / / / / / / / / / / / / / / . Hablaban uno con otro, preguntándose y respondiéndose entre ellos. Yo era invisible. Siguieron pasando aquellas fotos repugnantes delante de mí toda la noche. Al amanecer, me enviaron a una celda en un nuevo bloque, / . Recé e intenté dormir, pero me boicoteé a mí mismo. No podía sacarme de la cabeza los miembros de los cuerpos. Mis vecinos intentaron ayudarme, especialmente / / / / / / / / / / / / / / / / / .

—¡No te preocupes! Habla con ellos; verás como todo va a salir bien —me animaban. Tal vez su consejo era prudente, y de todas formas yo presentía que las cosas se iban a poner más feas. De modo que decidí cooperar.

/ me llevó para interrogarme al día siguiente. Yo estaba muy deteriorado. No había dormido la noche anterior ni en todo el día.[9]

—Estoy listo para colaborar incondicionalmente —le dije—. No necesito ninguna prueba. Pregúntame sin más, que yo te responderé.

Y así nuestra relación pareció entrar en una nueva era.

Durante el tiempo que pasó conmigo, / / / / / / / / / / / / / / / hizo un par de viajes, uno a / y otro a /, para investigar mi caso y conseguir pruebas contra mí. En febrero de 2003, mientras estaba de viaje en / , un agente de / me llamó para interrogarme.

—Mi nombre es / / / / / / / / / / / / / / / / / , de / / / / / / / / / / / / / / / . He venido a hacerte algunas preguntas sobre el tiempo que estuviste en / —me dijo / / / / / / / / / / / / / / / / / / mientras hacía brillar su placa. Lo acompañaban una mujer y un hombre que se dedicaban a tomar notas.[10]

—¡Bienvenidos! Me alegro de que hayan venido porque quiero aclarar alguna información que dieron sobre mí que es muy imprecisa. —Continué—: Concretamente, porque mi caso con los Estados Unidos está dando vueltas en torno a mi estancia en / , y cada vez que discuto con los norteamericanos se refieren a ustedes. Ahora

me gustaría, muchachos, que se sentaran con los estadounidenses y les respondieran dos preguntas: ¿Por qué me arrestaron? ¿Qué delito he cometido?

—No has hecho nada —me dijo / / / / / / / / / / / / / / /.

—Entonces no tengo que estar aquí, ¿verdad?

—No te detuvimos nosotros, sino los Estados Unidos.

—Exacto. Pero los Estados Unidos afirman que se enfrentaron a ellos por mí.

—Solo tenemos algunas preguntas sobre varias personas peligrosas, y necesitamos tu ayuda.

—No voy a ayudarlos hasta que no le digan a los norteamericanos delante de mí que uno de los dos está mintiendo.

Los agentes salieron y trajeron a /, quien posiblemente estuviera observando la sesión a través de /.

—No eres sincero porque te niegas a responder las preguntas de / / / / / / / / / / . Es tu oportunidad de recibir su ayuda —dijo / .

—/ /, conozco este juego mejor que tú. Deja de decirme sinsentidos —lo increpé—. Mira, no dejan de decirme el / dice esto y aquello. Ahora es su oportunidad de enfrentarme con mis cargos.

—No te acusamos de ningún delito —dijo / / / / / / / / / / / / / / / / /.

—Entonces, ¡libérenme!

—No está en mi mano —/ / / / / / / / / / / / / / / / / / intentó convencerme pero no había forma. Regresé a mi celda y me llevaron otra vez al día siguiente; pero me senté allí como una piedra. No malgasté ni una palabra, porque ya les había dicho cuáles eran las condiciones para mi cooperación. El / / / / / / / / / / / / / / / / / también interrogó a un adolescente / llamado / e hicieron que el ejército confiscara todas sus pertenencias. Los presos nos sentimos mal por él; era demasiado joven para toda esta historia.[11]

Cuando / regresó, estaba molesto porque / lo había ignorado y me estaban exponiendo a quien querían. Ahora sabía que / / / / / / / / no tenía control sobre mi destino; ellos no tenían la habilidad de tratar conmigo, y por eso yo no podía en verdad confiar en ellos. No me gusta tratar con quienes no pueden mantener su palabra. Entonces supe de hecho que / / / / / / / / / / / / / / / / no era más que una de las fases y que el verdadero interrogatorio lo iba a dirigir / . Si te fijas en la situación, tiene sentido: la mayoría de los detenidos fueron capturados por / / / / / / / / / / / / / / / / / / / en una operación militar y ellos querían seguir teniendo el dominio de la situación. / / / / / / / / / están solo de paso en GTMO, ni más ni menos. Las instalaciones las dirige / .

Volvió a suceder. Cuando / / / / / / / / / / / / / / / fue a / en mayo de 2003, el / me reservó para el interrogatorio, y no tuvieron más suerte que sus compatriotas de / / / / / / / / / / / / / / / / / / ; / / / / / / / / / / / / / / / / / se sentía completamente intimidado por sus compañeros del comando / / / / / / / / / / / / / / / / .

/ / / / / / / / / / / / / / / / / / regresó de /. “Me ordenó dejar tu caso y regresar a los Estados Unidos. Mi jefe piensa que estoy perdiendo el tiempo solamente. El ejército tomará tu caso”, me dijo / / / / / / / / / / / / / / / / / / . No me hacía gracia que / / / / / / / / / / / / / / / / / / / se marchara, pero no estaba triste en realidad. / / / / / / / / / / / / / / / / fue el tipo que más comprendió mi caso; sin embargo él no tenía el poder ni la gente que lo apoyara.

Al día siguiente el equipo organizó una bonita fiesta para la comida. Trajeron buena comida como despedida. “Has de saber que la siguiente sesión no será tan agradable como han sido estas”, dijo / / / / / / / / / / / / / / / / , sonriendo irónicamente. “No te traerán más comida ni bebida”. Me estaba dando a entender que iba a recibir un trato duro, aunque aun así no pensé en ningún momento que fueran a torturarme. Es más, pensaba que / / / / / / / / / / y su socio / / / / / / / / / / / / / informarían a las autoridades competentes para impedir que se cometiera un crimen si sabían que iba a suceder.

—Te deseo buena suerte y todo lo que puedo decirte es que digas la verdad —dijo / / / / / / / / / / / / / / / / . Nos abrazamos y despedimos mutuamente.[12]

***

Cuando entré en la habitación había una mesa preparada con varias sillas al otro lado. En cuanto los guardias me esposaron al suelo / / / / / / / / / / / / / / / /
/ /
/ /
/ entró en la habitación / / / / / / / / / / / / / / / / /
/ /
/ /
/ /
/ /
/ /
/ /
/ /
/ /
/ /
/ /
/ /
/ /
/ /
/ /
/ /
/ /
/ /
/ /
/ /. Se podría decir que ellos jugaban con ventaja. /
/ / / / / / / / / / / / / / / / / / / trajeron pesados clasificadores y hablaban unos con otros.[13]

—¿A qué hora se supone que viene el muchacho?

—A las nueve.

Al contrario de lo que marcaban las costumbres de los interrogatorios, / . Era una técnica empleada para asustar e irritar al detenido.

La puerta se abrió. “Siento el retraso”, dijo el recién llegado. “Sabes, lo que somos de / a otra hora”. El caballero de aspecto / se moría por impresionar. No estaba seguro de qué tal le iría. Era un / . Incluso llevó comida del McDonald’s, pero no la ofreció a nadie.

—Acabo de llegar de Washington —empezó—. ¿Sabes lo importante que eres para el gobierno norteamericano?

—Sé lo que le importo a mi madre; pero no tengo ni idea si le importo al gobierno norteamericano —/ no pudo evitar sonreír, aunque / / / / / / / / / / / / / / / intentaba con todas sus fuerzas mantener / / / / / / / / / / / / el ceño fruncido. Se supone que debía mostrar dureza conmigo.

—¿Estás preparado para trabajar con nosotros? De lo contrario, tu situación va a empeorar —continuó el hombre.

—Sabes que yo sé que tú sabes que no he hecho nada —dije—.Me retienen porque su país es suficientemente fuerte para permitirse ser injusto. Y no es la primera vez que secuestran africanos y los esclavizan.

—Las tribus africanas nos vendieron a su gente me respondió.

—Si estuviera en tu lugar no defendería la esclavitud —le dije. Se diría que / era el que tenía más poder, aunque el gobierno dejara que otras agencias se acercaran a los detenidos. Es un poco lo que pasa con un camello muerto en el desierto, cuando todo tipo de insectos va a comérselo.

—Si no colaboras con nosotros, vamos a mandarte a un tribunal y vas a pasar el resto de tu vida entre rejas —dijo / / / / / / /.

—¡Háganlo!

—Debes admitir lo que has hecho —dijo / , gesticulándole a una carpeta que estaba delante de / / / / / / .

—¿Qué he hecho?

—Tú sabes lo que has hecho.

—Sabes qué, no me impresionas; pero si tienes preguntas puedo responderlas —contesté.

—He estado trabajando junto a / en tu caso. / se han ido. Pero aún estoy yo aquí para darte una oportunidad.

—Guárdatela para ti; no necesito ninguna. —El objetivo de esta sesión era asustarme; pero se necesita mucho más que eso para asustarme. El / se fue por comida y no volví a verlo nunca más. / siguió interrogándome algún tiempo más, pero no había nada nuevo. Ambos / / / / / / / / / / / / / estaban empleando métodos y técnicas desfasadas que probablemente yo dominaba mejor que ellos.

—¿Cómo se llama tu esposa actual? —/ / / / / / / pregunta favorita.

Cuando llegué a Cuba el / / / / de agosto de 2002 estaba tan dañado física y mentalmente que olvidé literalmente el nombre de mi esposa y les di uno equivocado. / querría probar que soy un mentiroso.

—Mira, no nos vas a dar información que no sepamos ya. Pero si sigues negándote y mintiendo, vamos a presuponer lo peor —dijo /—. He interrogado a otros presos y he comprobado que eran inocentes. No puedo soportar estar durmiendo en una habitación confortable mientras ellos la pasan mal en el bloque. Pero tú eres distinto. Eres único. No hay en realidad nada que te incrimine, pero hay muchas cosas que hacen imposible que no estés implicado.

—¿Y cuál fue la gota que derramó el vaso?

—¡No lo sé! —respondió /. / / / / / / / / / era un/a apreciable / / / / / / / / / / / / / / / / / y yo, sinceramente, / / / / respetaba mucho. A / / / / / / / / le encargaron torturarme pero / / / / / / / finalmente no

lo hizo, lo cual provocó que / / / / separaran de mi caso. En mi opinión / era una mala persona. / / / / / / / / / / / / / / siempre se reía sarcásticamente.

—Eres muy maleducado —dijo una vez / / / / /.

—¡Tú también! —respondí.

Nuestras sesiones no fueron muy fructíferas. Ambos / querían apuntarse algún descubrimiento pero no había nada que hacer. Los dos querían que admitiera que formé parte de la Conjura del Milenio, lo que no era cierto. La única manera posible de hacerme admitir algo que no había hecho es torturarme más allá del límite del dolor.

—¿Me estás diciendo que estoy mintiendo sobre eso? Bueno, pues adivina qué: no tengo razones para dejar de mentir. No me pareces más persuasivo que los cientos de interrogadores que he tenido últimamente —dije. / estaba jugando al interrogador listo – tipo malo “haciéndose el listo”.

—Eres muy gracioso, ¿lo sabías?

—¡Lo que tú digas!

—Estamos aquí para darte una oportunidad. He estado en el bloque un momento y me marcharé pronto, así que si no cooperas… —continuó / / / / / / / / / / / / / /.

—*¡Bon voyage!* —le grité. Me gustó que / / / / / / / / / / se fuera porque / / / / no me agradaba.

—Hablas con acento francés.

—Oh, Dios. Pensé que hablaba como Shakespeare —comenté irónicamente.

—No; hablas bastante bien. Solo me refiero al acento. —/ era una persona educada y honesta—. Mira, tenemos muchos informes que te relacionan con todo tipo de cosas. No hay nada incriminatorio realmente. Pero hay muchas pequeñas cosas. No vamos a ignorarlo todo y liberarte simplemente.

—No me interesa su consideración. Solo quiero que se me libere si mi caso está completamente aclarado. De verdad que estoy cansado de esta trampa de ser liberado y capturado interminablemente.

—Tú quieres tu libertad y nosotros necesitamos la información. Tú nos das lo que necesitamos, y como recompensa tú obtienes lo que deseas —dijo / / / / / / / / / / / / / / . Los tres estuvimos tres días discutiendo de esta forma sin llegar a nada.

Y entonces entró en escena el tipo al que llamo Yo-Soy-El-Hombre. Era alrededor del mediodía cuando / se unió / mientras ellos me interrogaban. / dijo, haciendo un gesto a /.

—Este / / / / / / / / / / / / trabaja para mí. Te va a venir a ver a menudo, entre otros que trabajan para mí. Pero también me verás a mí.

/ se sentó allí como una estatua; no me saludó ni nada. Escribía sus notas y apenas me miraba, mientras / / / otr/ me hacían preguntas.

—No hagas bromas; dedícate a responder / / / / / / / / / preguntas —dijo en cierto momento. Yo me sentía como, Oops. / se le escogió junto a otros para hacer el trabajo sucio. Tenía experiencia en el ejército; había interrogado a iraquíes que habían sido capturados en la Operación Tormenta del Desierto. Habla / . Todo lo que podía oír era su propia voz. Yo me preguntaba si el hombre escuchaba algo de lo que yo estaba diciendo. O más bien si estaba programado para oír lo que quería oír.[14]

—Soy un mamón —afirmó un día—. Así me conoce la gente, y no tengo ningún problema con ello.

En el mes siguiente tuve que lidiar con / y su pequeña banda. “No somos / / / / / / / / / / / / / ; no dejamos que los mentirosos se vayan sin castigo. Solo que igual no torturamos físicamente”, dijo. Durante los meses anteriores había estado presenciando cómo torturaban sistemáticamente a los detenidos bajo las órdenes de /.[15] / lo sacaban para interrogarlo todas las noches, lo exponían a música alta y fotografías espeluznantes, y lo acosaban sexualmente. Yo veía a / cuando los guardias se lo llevaban por la tarde y lo traían por la mañana. Le prohibían rezar en el interrogatorio. Recuerdo que les preguntaba a mis hermanos qué hacer en ese caso. “Reza interiormente; no es tu culpa”, dijo el argelino Sheikh del bloque. Me beneficié de esta fatua porque se me iba a exponer a la misma situación durante un año aproximadamente. / no se libró de la habitación fría. / sufrió lo mismo; además, su interrogador aplastó el Corán contra el suelo para romperlo y mandó a los guardias a que le apretaran la cara contra el duro piso. / también sufrió abuso sexual. Veía cómo se lo llevaban una y otra vez casi cada noche. Por no hablar de los pobres jóvenes yemenitas y sauditas a los que torturaron cruelmente de la misma manera.[16] Pero no tengo por qué hablar de cada uno de los casos de los que fui testigo, puesto que en este libro estoy hablando sobre mi propia experiencia, que da muestra de un ejemplo de las execrables prácticas que se realizaban en nombre de la guerra contra el terrorismo. Quizá en otra ocasión, si Dios quiere.

Cuando / me informó sobre las intenciones de su grupo, me sentí aterrorizado. Se me secó la boca, empecé a sudar, el corazón me saltaba en el pecho (un par de semanas más tarde desarrollé hipertensión) y me dieron ganas de vomitar y dolor de cabeza y de estómago. Me dejé caer en la silla. Sabía que / no estaba bromeando y también sabía que estaba mintiendo sobre la tortura física sin dolor. Pero me mantuve sereno.

—No me importa —le dije.

Las cosas fueron más rápido de lo que pensaba. / me devolvió al bloque y le dijo a mis compañeros presos que les iba a llegar el escuadrón de la muerte.

—No eres un niño. No vale la pena que pienses en esos torturadores. Ten fe en Alá —dijo mi / de al lado. Debí de haberme comportado como un niño todo el día antes de que los guardias husmearan mi celda en el bloque algo más tarde. No sabes qué terrible es para un ser humano ser amenazado con la tortura. Te conviertes literalmente en un niño.

***

El equipo de escoltas se presentó en mi celda.

—Tienes que moverte.

—¿A dónde?

—No es tu problema —dijo el guardia odioso / / / / / / / / /. Pero no era muy inteligente, porque tenía mi destino escrito en su guante.

“Hermanos, recen por mí, me trasladan a / estaba reservado entonces para los presos más peligrosos; cuando a uno lo trasladan a / , hay que recabar muchas firmas, incluso de parte del presidente de los Estados Unidos. La única gente que conozco que ha estado un tiempo / desde que lo destinaron para la tortura eran un detenido kuwaití y otro compañero de / / / / / / / / / / / / / / / / / / /”.[17]

Cuando entré en el bloque no había señales de vida. Me llevaron al fondo del bloque y el compañero yemení estaba al principio, de modo que no hubo interacción de ningún tipo entre nosotros. A / lo pusieron en el medio, pero también sin contacto. Más adelante a ambos los trasladaron a otro lugar y todo el bloque se quedó para mí, solamente para mí, Alá, / y los guardias que trabajaban para ellos. Me dejaron completamente a merced de / y había muy poca misericordia.

Empezó la fiesta en el bloque. Me quitaron las mínimas comodidades que tenía, a excepción de una colchoneta fina y una cobija muy delgada, pequeña y desgastada. Me quitaron mis libros, me quitaron mi Corán. Me quitaron el jabón, mi pasta de dientes y el rollo de papel higiénico. La celda, mejor dicho la caja, estaba a una temperatura tan fría que me la pasaba tiritando casi todo el tiempo. Tenía prohibido ver la luz del día; de vez en cuando me daban un tiempo de recreo por la noche, para que no viera ni me relacionara con ningún preso. Vivía literalmente en estado de terror. Los siguientes setenta días no supe lo que era el placer de dormir. Los interrogatorios eran las 24 horas del día, con tres y a veces cuatro turnos por día. Rara vez tenía el día libre. No recuerdo haber dormido un solo día tranquilo. “Si empiezas a cooperar podrás dormir algo y comer caliente”, / solía decirme repetidamente.

En un par de días desde mi traslado, / del Comité Internacional de la Cruz Roja estuvo presente en mi celda y me preguntó si quería escribir una carta. “¡Sí!”, dije. / me entregó un papel y escribí: “Mamá, te quiero. ¡Solo quería decirte que te quiero!”. Después de aquella visita no volví a ver al ICRC por más un año. Ellos intentaron verme, pero fue en vano.

—Están empezando a torturarme, pero no saben lo que puedo aguantar. Puede que acaben matándome —dije cuando / y / / / / / / / / / / / / / / me sacaron para interrogarme.

—Nosotros hacemos las recomendaciones pero no tenemos la decisión final —respondió / .

—Solo quiero advertirte: estoy sufriendo por las durísimas condiciones a las que me someten. Ya he tenido un ataque de ciática. Pero la tortura no me va a hacer cooperar jamás.

—Por mi experiencia, sé que acabarás cooperando. Somos más fuertes que tú y tenemos más recursos —dijo /. / nunca quiso que supiera cómo se llamaba, pero un día uno de sus colegas por error lo llamó por su nombre. Él no sabe que lo sé; pero, bueno, lo sé.

/ se puso peor según pasaban los días. Se puso a exponer mi caso. Empezó con la historia de / / / / / / / / / / / / / / / / / / y que yo lo recluté para los ataques del 11 de septiembre.[18]

—¿Por qué iba a mentirnos? —dijo /.

—No lo sé.

—Lo único que sabes decir es “No me acuerdo, no lo sé, no he hecho nada”. ¿Crees que vas a convencer a un jurado estadounidense con esas palabras? A los ojos de los norteamericanos estás sentenciado. Simplemente el verte con el traje naranja, las cadenas, ser musulmán y árabe es suficiente para condenarte —recalcó / .

—¡Es injusto!

—Sabemos que eres un criminal.

—¿Qué es lo que he hecho?

—Si me lo dices, te reduciremos la pena a treinta años, después de la cual aún podrás hacer vida. De lo contrario, no volverás a ver la luz del día. Si no colaboras, te vamos a meter en un agujero y borraremos tu nombre de la base de datos. —Yo estaba aterrado porque sabía que, aunque él no pudiera tomar esa decisión por sí mismo, tenía todo el apoyo de la élite gubernamental. No hablaba sin saber.

—Me da igual dónde me lleves. Hazlo de una buena vez.

En otra sesión, cuando me hablaba / .

—¿Qué diablos quieren decir *té* o *azúcar*?

—Solo quieren decir lo que dije; no hablaba en código.

—¡Púdrete! —exclamó /. No pensaba degradarme y rebajarme a su nivel, así que no le respondí. Al no darle la respuesta que quería oír, me hizo ponerme de pie, con la espalda doblada porque tenía las manos esposadas a los pies, a la cintura y también al suelo. / bajó al máximo el control de la temperatura y se aseguró de que los guardias me tuvieran en esa situación hasta que él decidiera lo contrario. Solía montar un número antes de irse a comer para tenerme castigado mientras comía; eso le llevaba al menos dos

o tres horas. / le gusta la comida; nunca se perdía el almuerzo. Yo me preguntaba cómo era posible que / / / / / / / / / / / / / / / / / / / hubiera aprobado las pruebas físicas del ejército. Pero entonces me di cuenta de que estaba en el ejército por una razón: su crueldad.

—¿Por qué estás en la cárcel? —me preguntó.

—Porque tu país es injusto y mi país no me está defendiendo.

—Ahora estás diciendo que a los estadounidenses nos interesan los árabes escuálidos —dijo.

/ vino con él de vez en cuando y yo lo agradecía de alguna manera. Estaba cansado de tratar con rostros sin vida como el de / . Cuando / vino sentí que me encontraba con un ser humano. / / / / / me ofreció una silla adecuada para mi dolor de espalda, mientras que / siempre insistía en que me sentara en la silla metálica o sobre el sucio suelo.[19]

—¿Sabes que / trafica con esto y lo otro? —me preguntó / / / / / / , nombrando algunas clases de drogas.

—¿Qué diablos quieres decir? —le pregunté a mi vez.

—Sabes lo que / / / / / quiere decir —/ sonrió porque / / / / / / sabía que yo estaba mintiendo. Yo podía ser lo que fuera, pero no un traficante de drogas, y / / / / / / / / / / / / / / se moría de ganas por relacionarme con algún delito, sin importar cuál.

—Son narcóticos —contestó / .

—Lo siento. No estoy en absoluto familiarizado con ese mundo.

/ / / / / / / / / / / / / / / / / / y sus jefes se dieron cuenta de que llevaba más tiempo /. Y por lo tanto decidieron introducir al interrogador / / / / / / / / / / en escena. Alguna vez / me llevaron / para reservarme. El equipo de escoltas estaba confundido.

—¿Dicen / ? ¡Qué extraño! —dijo uno de los guardias.

Cuando entramos al edificio no había guardias de vigilancia. "¡Llama al D.O.C.!", dijo el otro.[20] Después de la llamada por megafonía, ordenaron a los dos guardias que estuvieran conmigo en la habitación hasta que apareciera mi interrogador. "Algo va mal", dijo el / / / / / / / / / / / / / / . El equipo de escoltas no se dio cuenta de que comprendí lo que hablaban; ellos siempre dan por hecho que los presos no hablan inglés, lo que normalmente es así. El líder del campo siempre intentaba advertir a los guardias; no faltaban letreros como NO AYUDAR AL ENEMIGO y HABLAR SIN CUIDADO REVELA SECRETOS. Pero aun así los guardias hablaban entre ellos.

/ fue en un tiempo una cabina de interrogatorio habitual, después fue un edificio de tortura, más tarde un edificio administrativo. Se me salía el corazón del pecho; me estaba volviendo loco. No podía soportar la tortura. Una / / / / / / / / / / / / / / / / delgada y pequeña entró en la habitación y detrás suyo el Sr. Tipo Duro.[21] / era /. Tampoco me saludó ni me soltó las manos / .

—¿Qué es esto? —preguntó / / / / / / / / / / / / , mostrándome una bolsa de plástico con una pequeña varilla de soldadura en su interior.[22]

—Es incienso hindú —respondí. Fue la primera cosa que me vino a la mente. Pensé que / / / / / / / / / / querían hacerme un obsequio con la buena idea de encender incienso durante el interrogatorio.

—¡No, te equivocas! —me espetó en la cara / / / / / / / / .

—No sé —dije.

—Ahora sí que tenemos pruebas contra ti; no necesitamos nada más —aseveró / / / / / / / / . Yo estaba asombrado, pensando *qué diablos está pasando, ¿es esto parte de una bomba que quieren ponerme?*

—Esta es una varilla de soldadura que estabas escondiendo en tu baño —dijo / .

—¿Cómo podría yo tener algo así en mi celda, a menos que tú o los guardias me la hubieran puesto? No tengo contacto alguno con ningún preso.

—Eres listo, podrías haberlo conseguido de contrabando —dijo / / / / / / / / / / / / / / .

—¿Cómo?

—Llévatelo al baño —dijo / / / / / / / / /.

/ . Los guardias me llevaron hasta el baño. Yo iba pensando: *¿Está tan desesperada esta gente como para culparme de cualquier cosa?* Mientras tanto, un guardia / / / / / / / / / le estaba explicando a / cómo acabaron estas varillas de soldadura en las celdas; capté sus últimas palabras cuando los guardias me llevaban de vuelta de la sala de descanso. “…es habitual que los trabajadores las tiren al baño después de usarlas”. Nada más entrar, inmediatamente todo el mundo se calló. / / / / / / / / / / / puso la varilla de soldadura en un sobre amarillo. / / / / / / / / / / / no se presentó nunca a sí misma, ni yo esperaba que / / / / / lo hiciera. Cuanto peores son las intenciones de un interrogador, más / encubre su identidad. Pero esas personas son las que más se equivocan, y así le paso a / / / / / / / / / / /, cuando uno de sus compañeros por error la llamó / / / / / / / / / / / / al usar su nombre.

—¿Qué te parece tu nueva situación? —me preguntó / / / / / / / / /.

—¡Me va genial! —le respondí. En realidad estaba sufriendo; pero no quería darles la satisfacción de pensar que habían logrado su malévolo objetivo.

—Creo que está demasiado a gusto —dijo / .

—¡Bájate de la silla! —me gritó / / / / / / / / / / / / /, tirando de ella desde detrás de mí—. Prefiero que se siente un sucio granjero en la silla que un culo listo como el tuyo —continuó / / / / / / / / / / , cuando caí con todo el peso de mi cuerpo sobre el suelo sucio. / me dolía mucho. Desde el 20 de junio no encontraba alivio. / era evidente que se estaba cansando de tratar conmigo,

de modo que su jefe le ofreció sangre fresca, que se manifiesta en la persona de /. / / / / / / / / / / / / / / / / / / / extendió las imágenes de los sospechosos del 11 de septiembre frente a mí, a saber /.

—Mira a estos hijos de puta —dijo / / / / / / / / / /.

—De acuerdo. Ahora, ¡dinos lo que sepas sobre estos hijos de puta! —lo secundó / / / / / / / / .

—Juro ante Dios que no te voy a decir ni una palabra, sea la que sea.

—¡Levántate! ¡Guardias! Si no te pones de pie se va a poner feo —dijo / / / / / / / / / / / / . Y antes de que el grupo de torturadores entrara en la habitación, me levanté, con la espalda doblada porque / no me permitía ponerme derecho.[23] Me tocó sufrir dolor en cada centímetro del cuerpo el resto del día. Lidié en silencio con el dolor; estuve rezando hasta que mis agresores se cansaron y me mandaron de regreso a mi celda al anochecer, después de agotar sus recursos de humillación por aquel día. No dije ni una palabra, como si no hubiera estado allí. Tú, querido lector, les dijiste más palabras que yo.

—Si quieres ir al baño, pide educadamente usar el lavabo. Di “Por favor, ¿podría?”. O si no, hazte en los pantalones —dijo / / / / / / / / / / / /.

Antes de la comida, / se dedicó a hablar mal de mi familia y a describir a mi mujer con los peores adjetivos que puedas imaginar. Por el bien de mi familia, no voy a reflejar sus denigrantes palabras. Todo el tiempo / me estuvo ofreciendo solamente agua y una comida fría. “No tienes derecho a una comida caliente hasta que no colabores”, me dijo una vez / / / / / / / / / / / / / / / /. Cada vez que me torturaban, yo me negaba a comer o a beber. / / / / / / / / / / / / / / trajo su comida del exterior para exasperarme.

—Delicioso, el jamón es sabroso —dijo / / / / / / / / / comiéndose su plato.

Aquella tarde estuvo destinada a abusos sexuales. / blusa y me susurraba en la oreja: “Sabes lo buena que soy en la cama” y “a los hombres norteamericanos como yo les gusta que les susurre en los oídos” / “Tengo un cuerpo estupendo”. Cada cierto tiempo / / / / / / / / / / / / / me ofrecía la otra cara de la moneda. “Si empiezas a colaborar, voy a dejar de acosarte. De otra manera, seguiré haciendo lo mismo contigo y cada día peor. Soy / y esa es la razón por la que mi gobierno me asignó este trabajo. Siempre he tenido éxito. Tener sexo con alguien no se considera tortura”.[24]

/ / / / / / / / / / / / llevaba el monólogo / . De vez en cuando el / entraba e intentaba hacerme hablar: “No puedes vencernos; somos demasiados y

seguiremos humillándote con / / / / / / / / / / / / estadounidenses” (masculino o femenino).

A última hora del mediodía, otro equipo de torturadores empezó con otro pobre preso. Podía escuchar la música alta sonando. “¿Quieres que te mande con ese grupo, o vas a cooperar?”, preguntó / / / / / / / / / / / / / / . No respondí. Los guardias solían llamar / porque las torturas tenían lugar en aquellos edificios y por la noche, cuando la oscuridad empezaba a cubrir el triste campamento.[25]

/ me mandó de regreso a mi celda, avisándome: “Lo de hoy es solo el principio, lo que viene es aún peor”.

***

Sin embargo, para que / / / / / / / / / / / / / / / / / / sepa la tortura que puede soportar un detenido, necesitan asistencia médica. Me llevaron a ver a un médico, un oficial de la Marina. De él puedo decir que es una persona gentil y humana.[26]

—/ . No examino a las personas que están en estas condiciones —le dijo al / / / / / / / / / / / / escolta—. El caballero padece un caso grave de ciática.

—No puedo soportar más las condiciones en las que estoy le dije—. Me han obligado a que dejara de tomar mis medicamentos para el dolor y el Ensure, necesarios para mantenerme a flote. Los interrogadores organizan las sesiones de manera que se extiendan en el tiempo en que se supone que debes tomar las medicinas. Yo tenía dos prescripciones. Pastillas para el dolor del nervio ciático y Ensure para compensar la pérdida de peso que no había parado desde mi arresto. Normalmente me tomaba los medicamentos entre las cuatro y las cinco de la tarde; por lo tanto, los interrogadores se aseguraban de que estuviera con ellos y no pudiera tomarlos. Pero fíjate qué poco sentido tiene que los interrogadores se esfuercen por dañarme la espalda y después me den medicación para el dolor de espalda, o que me den una mala alimentación y después quieran que gane peso.

—No tengo mucho poder. Puedo escribir una recomendación, pero son otras personas las que deciden. ¡Tu caso es muy grave! —me contestó. Salí de la clínica con alguna esperanza, pero mi situación empeoró.

—Mira, el doctor dijo que tengo hipertensión. Eso es grave; saben que yo era hipotenso antes —le dije a / / / / / / / / / / / / / la siguiente vez que me llamó para interrogarme.

—Tienes razón, hablamos con el doctor —respondió uno de los interrogadores. Supe entonces que la receta que me estaban aplicando iba a continuar.

La tortura iba en aumento día tras día. Los guardias del bloque participaban activamente en el proceso. El / les dice lo que tienen que hacer con el detenido cuando regresan al bloque. Había guardias dando golpes en mi celda para impedir que durmiera. Me maldecían sin motivo. Me despertaban continuamente, a menos que mis interrogadores decidieran darme un descanso. Nunca me quejé con mis interrogadores del asunto porque sabía que ellos lo programaban todo con los guardias.

Según lo prometido, / / / / / / / / / / / / / me sacó temprano un día. Estaba solo en mi celda y me sentí aterrado cuando escuché a los guardias transportando las pesadas cadenas y gritando “¡Reserva!” en mi puerta. El corazón se me salía del pecho, porque siempre me ponía en lo peor. Pero al no estarme permitido ver la luz, “disfrutaba” del corto trayecto entre mi terriblemente fría celda y la sala de interrogatorio. Era una bendición cuando el cálido sol de GTMO me acariciaba. Sentía que la vida volvía sigilosamente a cada parte de mi cuerpo. Siempre sentía esta engañosa felicidad, aunque solo fuera un momento. Es como tomar drogas.

—¿Cómo has estado? —me dijo uno de los guardias puertorriqueños en un pobre inglés.

—Estoy bien, gracias. ¿Y tú?

—No te preocupes; vas a volver con tu familia —atajó. Cuando me dijo eso no pude evitar que se me saltaran las / / / / / / / / / / / / .[27] Estaba tan vulnerable últimamente. ¿Qué me pasaba? Una simple palabra de aliento en este mar de agonía era suficiente para hacerme llorar. / teníamos una división entera de

puertorriqueños.[28] Eran diferentes a otros norteamericanos; no estaban tan alerta y ni eran tan desagradables. Algunas veces llevaban a los presos a darse un baño / . A todo el mundo le caían bien. Pero se metían en problemas con los responsables del campo debido a su trato amigable y humano con los detenidos. No puedo hablar con objetividad sobre la gente de Puerto Rico porque no he conocido a ninguna; sin embargo, si me preguntan ¿has visto alguna vez a una mala persona de Puerto Rico?, respondería que no. Pero si me preguntan ¿hay alguna? Eso no lo sé. Me pasa lo mismo con la gente sudanesa.

—/ y no me dio una silla —dijo el trabajador de D.O.C. en la radio cuando el grupo de escoltas me dejó en / entró en la habitación. Trajeron una fotografía de un hombre afroamericano llamado /. “Hoy vamos a hablar sobre / ”, después de sobornarme con una desgastada silla metálica.[29]

—Te he contado lo que sé sobre /.

—No vale una mierda. ¿Vas a decirnos algo más?

—No, no tengo nada más qué decir.

El nuevo / / / / / / / / / / / / / / / / se llevó la silla metálica y me dejó sobre el suelo.

—Ahora, ¡háblanos sobre /!

—No, eso es pasado —dije.

—Sí, es verdad. Pues si es pasado no te hará daño hablar sobre ello —intervino el nuevo / / / / / / / / / / / / / / / / / .

—No.

—Entonces hoy vamos a enseñarte el fantástico sexo estadounidense. ¡Levántate!

Me incorporé en la misma dolorosa posición en que había estado durante alrededor de setenta días.[30] Hubiera preferido seguir sus órdenes y combatir el dolor causado por los juegos de los guardias; estos aprovechaban cualquier oportunidad de contacto físico para golpear sin parar a los presos. “El detenido opone resistencia”, era la “palabra de Dios” con la que salían, y adivina a quién iban a creer. “Eres muy listo, porque si no te pones de pie, esto se va a poner feo”, / .

En cuanto me puse de pie, las dos / / / / / / / / / / / / / / / / / se quitaron la blusa y se pusieron a decir todas las groserías que puedas imaginar, algo que no me importaba demasiado. Lo que más me dolía era que me forzaran a tomar parte en un trío de la manera más degradante. Lo que muchas / / / / / / / / / / / / / no saben es que a los hombres se les hace daño igual que a las mujeres cuando nos fuerzan a tener sexo, quizá aún más debido a la postura tradicional del hombre. Ambas / / / / / / / / se me pegaron, literalmente una por delante y la otra / / / / / / / / / / , de mayor edad, por mi espalda, rozando su cuerpo entero contra el mío. Al mismo tiempo me decían cosas sucias y jugaban con mis órganos sexuales. Te voy a ahorrar las asquerosas y humillantes palabras que tuve que escuchar de su boca desde el mediodía o antes hasta las diez de la noche, momento en que me entregaron a / / / / / / / / / / / / , el nuevo personaje que vas a conocer enseguida.

Siendo sinceros, el / / / / / / / / / / / / / / / / no me despojó de mi ropa en ningún momento, todo sucedió con el uniforme puesto. El / veterano observaba todo / .[31] Estuve continuamente rezando.

“¡Deja de rezar de una vez! Estás teniendo relaciones con una / / / / / / / / / / / / / / norteamericana, y ¿te pones a rezar? ¡Qué hipócrita eres!”, dijo con enfado / entrando en la habitación. Me negué a dejar de rezar, y después de aquello me prohibieron realizar mis rituales en el año siguiente. También me prohibieron ayunar durante el mes sagrado del Ramadán de octubre de 2003 y me alimentaron a la fuerza. En esta sesión también rechacé la comida y la bebida, aunque me ofrecían agua de vez en cuando. “Tenemos que darte comida y bebida; si no comes, de

acuerdo”. También me daban las raciones militares más asquerosas que había en el campo. Los detenidos sabíamos que / obtienen información de la comida que le gusta o no le gusta a un preso, cuando reza y otro tipo de cosas que son simplemente ridículas.

Deseaba morirme y así no sufrir, y, en realidad, esa era la principal razón de realizar una huelga de hambre; yo sabía que personas como estas no se dejan impresionar por huelgas de hambre. Desde luego, no querían que muriera y comprendían que había muchas fases previas a mi muerte. “No vas a morir; te vamos alimentar por el culo”, dijo /.

Nunca me había sentido tan humillado interiormente como cuando el equipo DOD empezó a torturarme para que admitiese cosas que no había hecho. Tú, mi querido lector, no podrías llegar a entender hasta dónde llega el dolor físico y mucho menos el dolor psicológico que sufre una persona en mi situación, por más que intentes ponerte en mi lugar. Si hubiera admitido lo que me acusaban, me habría librado desde el primer día. Pero el problema es que no puedes admitir sin más algo que no has hecho; tienes que dar todos los detalles, y no puedes si no has hecho nada. No se trata solamente de decir: “¡Sí, lo hice!”. No, esto no funciona así: tienes que inventar una historia entera que tenga sentido hasta para un tonto. Una de las cosas más difíciles de hacer es contar una historia falsa y mantenerla, que es exactamente lo que me tocaba hacer. Por supuesto, no quería involucrarme en crímenes horribles que no había cometido –y menos en las circunstancias en las que me encontraba, cuando el gobierno norteamericano se abalanzaba sobre los musulmanes intentando acusarlos de cualquier delito.

—Vamos a hacerte esto todos los santos días, un día sí y otro día también, hasta que hables sobre / / / / / / / / y admitas tus crímenes —dijo / / / / / / / / / / / / / / / / .

—Tienes que proporcionarnos una prueba irrefutable sobre un amigo tuyo. Algo así podría ayudarte mucho —dijo / / / / / / / / / en una sesión posterior—. ¿Por qué vas a soportar todo esto si puedes detenerlo?

Decidí permanecer en silencio durante la tortura y hablar cuando me liberaran. Me di cuenta de que, incluso al pedirles a mis interrogadores educadamente ir al baño, que es un pinche derecho que tengo, les daba un poder, una especie de control, que no se habían ganado. Sabía que no se trataba solamente de tener que pedirles permiso para ir al cuarto de baño: tenía que ver más con humillarme y hacerme decir lo que querían escuchar. Básicamente, lo que le interesa a un interrogador es conseguir información, y es normal que en relación con eso el fin justifique los medios. Y esa era otra de las razones por las que me negaba a comer y beber: de esa forma no tenía que usar el escusado. Y funcionaba.

La singularidad del momento me daba más fuerzas. Mi lema era que iba a luchar hasta derramar la última gota de mi sangre.

"Somos más fuertes que tú, tenemos más gente, tenemos más recursos y te vamos a vencer. Pero si empiezas a cooperar con nosotros, podrás dormir algo y tener comida caliente", me dijo / / / / / / / / / / / / / infinidad de veces. "Si no cooperas, no comes, esto no se soluciona".

Humillación, abuso sexual, terror e inanición era el pan nuestro de cada día hasta las diez de la noche. Los interrogadores se ocupaban de que no tuviese ni idea de la hora, pero nadie es perfecto. Siempre me lo revelaban sus relojes. Utilicé este error suyo más tarde, cuando me pusieron en aislamiento a oscuras.

"Ahora te voy a enviar a tu celda y mañana la experiencia será aún peor", me dijo / / / / / / / / / después de consultarlo con / / / / / / / compañeros. Me alegró que me soltaran; solo quería tomar un descanso y que me dejaran solo. Me sentía destrozado y solo Dios sabía qué pinta tendría. Pero / / / / / / / / / me mintió; / / / / / / / / / montó una trampa psicológica para hacerme más daño. De soltarme, nada. El D.O.C., que cooperaba totalmente cuando se trataba de torturar, envió a otro equipo de escoltas. En cuanto llegué hasta el banco de la puerta / me caí de bruces, mis piernas se negaron a moverse y mi cuerpo no me respondía. Los guardias no pudieron levantarme, así que tuvieron que arrastrarme sobre las puntas de los pies.

—Traigan a ese hijo de puta otra vez! —chilló / / / / / / / / / / / , una eminencia entre el equipo de torturadores.[32] Era más o menos /, medía aproximadamente un metro ochenta, tenía constitución atlética y /. / / / / / / / / / / / / era consciente de que estaba cometiendo crímenes de guerra muy graves, y por eso le ordenaron sus jefes que se cubriera. Pero si hay algo parecido a la justicia, sus jefes revelarán su identidad; sabemos sus nombres y rangos.

Cuando pude conocer a / / / / / / / / / / / / más y lo escuché hablar, me pregunté: *¿Cómo puede un hombre tan inteligente como él aceptar un trabajo tan denigrante como ese, que probablemente lo va a atormentar por el resto de su vida?* Siendo justos y honrados, he de decir que / / / / / / / / / / me hablaba con convicción, aunque no tuviese información y estuviera completamente equivocado. Tal vez no tenía muchas opciones, porque muchos miembros del ejército vienen de familias pobres y por eso les dan los trabajos que nadie quiere. Quiero decir que, teóricamente, / / / / / / / / / / / / podría haberse negado a cometer crímenes de guerra, y tal vez salir impune. Más adelante debatí con algunos guardias por qué ejecutaban la orden de impedirme rezar, puesto que es una orden ilegal.

—Podía haberme negado, pero mi jefe me habría dado un trabajo de mierda o trasladado a un lugar miserable. Sé que puedo ir al infierno por lo que te he hecho —me dijo uno de ellos.

La historia se repite a sí misma: durante la Segunda Guerra Mundial, a los soldados alemanes no les sirvió de mucho su argumento de que recibían órdenes.

—A / lo estás haciendo pasar muy mal —continuó / / / / / / / / / / , arrastrándome hasta una habitación oscura con la ayuda de los guardias. Me dejó caer sobre el suelo mugriento. La habitación estaba oscura como el ébano. / / / / / / / / / / / / puso una canción muy alta, pero *muy* alta. La canción era *Let the Bodies Hit the Floor* (*Deja que los cuerpos golpeen el suelo*). No olvidaré nunca esa canción. A la misma vez, / / / / / / / / / / trajo unas luces de color que hacían daño a la vista. “Si se te ocurre dormirte, te voy a quemar vivo”, dijo. Tuve que escuchar la canción una y otra vez hasta la mañana siguiente. Empecé a rezar.[33]

—Deja de una puta vez de rezar —dijo en voz alta. En aquel entonces yo estaba realmente cansado y asustado, por lo que decidí rezar interiormente. Cada cierto tiempo / / / / / / / / / / / me daba agua. La bebí aunque tenía miedo de que me hiciera daño. No tuve conciencia real del paso del tiempo.

Hasta donde llega mi conocimiento, / / / / / / / / me envió de vuelta a mi celda más o menos a las cinco de la mañana.

—Bienvenido al infierno —dijo el guardia / cuando puse los pies dentro del bloque. No respondí y tampoco / / / / / / / / / / se lo merecía. Pero pensé: *¡Que te mereces más que yo, porque estás trabajando dócilmente para llegar allí!*

***

Cuando / / / / / / / / / / se incorporó al equipo, organizaron un régimen de turnos de 24 horas. El turno de la mañana con / empezaba entre las siete y las nueve de la mañana y terminaba entre las tres y las cuatro de la tarde; el turno de la tarde/noche iba desde las cuatro y media hasta las diez o las once de la noche, y el turno de la noche era con / / / / / / / / /. Él siempre tomaba el relevo cuando / / / / / / / / / / / / / / se marchaba; / / / / / / / / me entregaba literalmente en mano. Así estuvimos hasta el 24 de agosto de 2003; rara vez me dieron un descanso en uno solo de los turnos.[34]

—¡Tres turnos! ¿No es demasiado para un ser humano ser interrogador 24 horas al día un día tras otro? —le pregunté a / era / / menor de entre los muchos malvados, así que tan solo intenté hablarle como a un ser humano. Podría sorprenderte si te dijera que / / / / / / / posee cualidades de buena persona. Por mucho que detestara lo que / / / / / / / / estaba haciendo, debo ser justo y honrado.[35]

—Podríamos detener a más personas y hacer cuatro turnos. Tenemos más personas —respondió / / / / / / / / / / / / /. Y eso fue exactamente lo que pasó. Llegaron refuerzos con otro equipo /, y en lugar de equipos de tres turnos, tuve que tratar con cuatro grupos de personas frescas por un período de 24 horas.

—¡Estás jodido! —dijo un escolta que por accidente tuvo que llevarme dos veces en un día de un edificio a otro—. ¿Qué haces aquí? ¡Ya has estado en la reserva!

—Me están interrogando las 24 horas.

El guardia se rio a carcajadas y maliciosamente repitió: "¡Estás jodido!". Simplemente lo miré y sonreí.

Al tercer día de los turnos, el equipo de escoltas se presentó en mi puerta por la mañana temprano, justo cuando había caído rendido después de un durísimo interrogatorio de veinte horas. Ya sabes, justo cuando te estás durmiendo y empieza a caerse la saliva de tu boca.

—¡Reserva! —gritó uno de los guardias. Apenas me sostenían mis pies —. ¡Date prisa!

Rápidamente me lavé las manos y la cara. Intentaba aprovechar cada oportunidad para estar aseado, a pesar de que no me concedieran el derecho de bañarme como el resto de los presos. El equipo pretendía humillarme.

—¡Vaya peste! —solía decirme / / / / / / / / / / / / cuando entraba a la habitación en la que interrogaba.

—¡Hombre, hueles a mierda! —vociferaba uno de los guardias de vez en cuando. Solamente podía darme un baño y cambiarme de ropa cuando su vileza / no soportaba más mi olor—: Llévate a este tipo, dale un baño, huele que apesta —decía. Solo entonces podía bañarme en muchos meses.

—¡Date prisa! —no dejaban de decir los guardias. / . Tenía dolor de cabeza, náuseas y taquicardia por la falta de sueño de los últimos días. Mis ojos no me respondían y hacían cosas raras. Detestaba el lugar adonde me llevaban.

Los guardias me arrojaron en /. No había nadie en la habitación. Yo no dejaba de cabecear mientras esperaba en /. Oh, me dolía mucho el cuello. Estaba ansioso de que llegaran, porque dormir así era insoportable: al menos se la pasarían bien viendo que no podía dormir. / es una de las personas más perezosas que conozco. No le alcanzaba el tiempo para leer los informes, y por tanto siempre me confundía con otros sospechosos. La mayoría de las veces llegaba tarde, pero me reservaba temprano igualmente, así que no podía dormir.[36]

En realidad no había muchas novedades: / y yo enfrentándonos a los mismos asuntos, como en la película *El día de la marmota*. Pero como entonces me estaban quitando el descanso, me estaba sintiendo muy nervioso.

La rutina era siempre la misma. / se ponía a leer cualquier bazofia en papel que traía con él y me hacía preguntas.

—¿Por qué fuiste a Canadá?

—Quería encontrar un trabajo y llevar una buena vida.

—¡Vete al diablo! ¡Ponte de pie!

—¡Prefiero ponerme de pie de esta forma antes que hablar con tu cara de culo!

Cuando / me hizo levantarme, se aseguró que los guardias seguían sus órdenes mientras / / / / / / / / / / / llenaba su gran estómago de comida: cada vez que yo intentaba cambiar mi incómoda postura, los guardias aparecían de la nada y me obligaban a mantenerme

todo lo derecho que podía. A todos los interrogadores que conocí se les pasaba a veces la comida por cualquier razón. / / / / / / / / / / / / / / / / / no se la perdía nunca, pasara lo que pasara.

—Si dejas de negar lo que has hecho, empezaremos a darte comida caliente y podrás dormir algo. Somos más fuertes que tú.

—No necesito lo que no tengo.

—Te vamos a meter en un agujero el resto de tu vida. Ya estás condenado. No verás a tu familia jamás.

—No está en tus manos; pero si lo estuviera, anda, hazlo, ¡cuanto antes mejor!

Algunas veces / / / / / / / / / / / / / / / / / / / se ponía a mirar los carteles propagandísticos de los detenidos que supuestamente habían liberado. “Mira a este tipo, es un criminal, pero lo ha reconocido todo y ahora puede llevar una vida normal”. Todos los interrogadores mienten, pero tengo que decir que las mentiras de / / / / / / / / / / / / / / / / / / / eran más que evidentes. Cuenta una mentira igual que una verdad: su rostro tiene siempre el mismo desagradable aspecto. En cambio, si otro interrogador miente, su apariencia cambia.

Cuando el dolor se volvió insoportable, me puse más suave en las negociaciones y dejó que me sentara en la incómoda silla. Pero enseguida se sorprendió cuando no le di la respuesta que quería escuchar.

—¡Voy a hacer todo lo que se me permita para hacerte talco! —/ / / / / / / / / / / / / / / / / dijo furiosamente. / me amenazó con todo tipo de ambientes horribles. “Vas a pasar el resto de tu vida en la cárcel”. “Vamos a borrarte de la base de datos y ponerte en un agujero donde nadie sepa nada de ti”. “No volverás a ver a tu familia”. Mi respuesta siempre era: “¡Haz lo que tengas que hacer! ¡Yo no he hecho nada!”, y en cuanto escupía mis palabras / / / / / / / / / / / / / / / / / se ponía terriblemente loco, como si quisiera comerme vivo. De manera que evitaba responderle y lo dejaba hablar la mayor parte del tiempo. Lo que dije, a / / / / / / / / / / / / / / / le gustaba hablar y no escuchar. Algunas veces tenía dudas de que le funcionaran los oídos. Hablaba como si estuviera leyendo la palabra de Dios.

—Si proporcionas información inculpatoria sobre alguien, dice / , que sea convincente, tu vida será mucho mejor. —No le respondí porque no tenía lo que estaba buscando. / visión de la justicia era muy burda: aunque le dijera todo lo que quería, me condonaría la silla eléctrica, pero pasaría tal vez treinta años en prisión. Sinceramente no me interesaba su oferta.

En su turno, / le informaba a su jefe en los descansos. No estaba seguro en aquel momento de quién era su jefe, probablemente /. Pero estoy convencido de que la más alta autoridad en su cadena de mando en GTMO era /, y de que le informaban regularmente sobre mi caso y siempre daba las órdenes sobre qué hacer a continuación con “ese bastardo”. De acuerdo con / , esos informes también se los enviaban puntualmente al presidente Bush, y así era /. / mandó a su secretario / para controlarme en el verano de 2004. Me hizo algunas preguntas. Por aquel entonces, de todos modos, se había aliviado la tensión.[37]

Pasé el turno de la tarde con / . Como mencioné antes, / / / / / / / / / / / / / / / / era / / / menos mal/ de todos. / / / / / / / / rutina diaria era la siguiente. Cuando / / / / / / / / me sacaba para interrogarme, / / / / / / / / instruía al D.O.C. para que no me dieran una silla, y así tenía que sentarme en el mugriento suelo, pero ni siquiera eso, porque el D.O.C. siempre le pedía a los guardias que me tuvieran de pie hasta que / / / / / / / / / / llegara. Entonces / / / / / / / / / / decidía si me podía sentar o debía permanecer de pie durante todo su turno, y después de aquello / / / / / / / / / me tenía levantado las siguientes 24 horas.[38]

Comencé a recitar el Corán en voz baja, puesto que rezar estaba prohibido. Una vez, / dijo, “¿Por qué no rezas? ¡Anda, reza!”. Y yo pensé: *¡Qué amable!* Pero en cuanto empecé a rezar, / se puso a burlarse de mi religión, de modo que decidí que rezaría interiormente para no darle a / / / /

/ / / / / / / / / / / / / / / / la oportunidad de blasfemar. Burlarse de la religión de una persona es uno de los mayores actos de barbarie. El presidente Bush describía su guerra santa contra el así llamado terrorismo como una guerra del mundo civilizado contra la barbarie. Pero su gobierno cometió actos de barbarie aun peores que los de los mismos terroristas. Puedo mencionar toneladas de crímenes de guerra en los que el gobierno de Bush está implicado.

Este día en concreto fue uno de los más duros de mi interrogatorio antes del día de mi “Fiesta de cumpleaños”, como lo llamaba / / / / / / / / / / / / / / , alrededor de finales de agosto. / / / / / / / / / / / trajo a alguien que aparentaba ser un marine, llevaba puesto un / .

/ /.

/ / / / / / / / / / / / me ofreció una silla metálica.

—Te dije que iba a traer a algunas personas para que me ayudaran a interrogarte —dijo / / / / / / / / / / / / , sentándose a unos metros frente a mí. El invitado se sentó casi pegado a mis rodillas. / comenzó a hacerme algunas preguntas que no recuerdo.

—¿Sí o no? —gritó el invitado, increíblemente alto, montándome un espectáculo para asustarme y tal vez impresionar a / / / / / / / / / / / / / / / /, ¿quién sabe? Su sistema me pareció muy pueril y estúpido.

Lo miré, sonreí y dije:

—¡Tampoco!

El invitado me arrojó la silla a la espalda con violencia. Me caí sobre las cadenas. Oh, duele.

—Levántate, hijo de puta —gritaron los dos casi a la vez. Entonces comenzó una sesión de tortura y humillación. Empezaron por hacerme las preguntas de nuevo después de que me hicieran levantarme, pero ya era demasiado tarde, porque les dije millones de veces:

—Una vez que comiencen a torturarme, no voy a decir ni una sola palabra.

Y exactamente así era siempre. El resto del día solamente ellos hablaron.

/ / / / / / / / / / / / / / / puso el aire acondicionado a la máxima potencia para que me congelara. Este método se había practicado en el campo al menos desde agosto de 2002. Yo había visto personas a las que habían expuesto a la habitación fría un día tras otro; por aquel entonces, la lista era larga. Las consecuencias de la habitación fría son devastadoras, por ejemplo / / / / / / / / tismo, aunque solo se manifiesta a una edad avanzada, porque lleva un tiempo hasta que acaba afectando a los huesos. La cuadrilla de la tortura estaba tan bien entrenada que casi cometían crímenes perfectos, evitando dejar cualquier prueba evidente. Nada se dejaba al azar. Golpeaban en lugares predefinidos. Practicaban métodos terribles, cuyas secuelas solo aparecen más adelante. Los interrogadores ponían el aire acondicionado muy bajo intentando alcanzar los cero grados, aunque es obvio que estos aparatos no están diseñados para matar. De modo que en la bien aislada habitación el aire acondicionado llegaba a un máximo de 49ºF, lo que significa, si estás interesado en las matemáticas como yo, 9.4ºC –en otras palabras, mucho frío, particularmente para alguien que tiene que estar ahí más de 12 horas, que no lleva ropa interior, que viste simplemente un uniforme muy fino y que además viene de un país cálido–. Una persona de Arabia Saudita no puede soportar tanto frío como una de Suecia, y viceversa, si se trata de calor. Los interrogadores tomaban estos factores en cuenta y los usaban eficazmente.

Te preguntarás: ¿Dónde se metían los interrogadores después de instalar al detenido en la cámara fría? En realidad, es una buena pregunta. Primero, los interrogadores no se quedaban en la habitación; solo iban para todo lo que tenía que ver con humillar, degradar, desalentar o cualquier otro aspecto de la tortura, y después de eso se retiraban a la habitación de monitoreo en la puerta contigua. Segundo, los interrogadores iban vestidos convenientemente; por ejemplo, / / / / / / / / / / vestía como alguien que fuera a entrar a un cuarto de carnicería. De lo contrario, no se quedaban mucho tiempo con el detenido. Tercero, hay una gran diferencia psicológica

entre exponerte a un espacio frío con fines de tortura o cuando vas simplemente a divertirte o a tener la experiencia. Y por último, los interrogadores se mueven continuamente por la habitación, lo que significa que la sangre circula, y eso los mantiene calientes, mientras que el detenido estaba / / / / / / / / / / / / todo el tiempo, de pie casi siempre.[39]

En aquella ocasión, todo lo que podía hacer yo era mover los pies y frotarme las manos. Pero entonces un marine me detuvo y ordenó que me pusieran una cadena especial que me esposaba las manos a la cadera contraria. Cuando me pongo nervioso, siempre me froto las manos y escribo en mi cuerpo, lo que vuelve locos a mis interrogadores.

—¿Qué estás haciendo? —chilló / / / / / / / / / / / / / / / / / / / —. O me hablas o dejas de fregar con eso. —Pero no podía parar; no era intencionado. El marine empezó a lanzar las sillas de alrededor, a golpearme con su frente y a llamarme todo tipo de cosas, sin razón alguna, con adjetivos que no merecía.

—Te has equivocado de sitio, muchacho. Estás luchando por una causa perdida —me dijo, junto con un montón de insultos que degradaban a mi familia, a mi religión y a mí mismo. Por no mencionar toda la clase de amenazas que lanzó contra mi familia, que tendría que pagar “mis delitos”, lo que va en sentido contrario al sentido común. Yo sabía que él no tenía poder pero que estaba hablando en nombre del país más poderoso del mundo, y, evidentemente, gozaba de todo el apoyo de su gobierno. Sin embargo, prefiero librarte, querido lector, de tener que leer toda esa clase de basura. El hombre estaba loco. Me preguntaba por cosas de las que no tenía ni idea y por nombres que nunca había oído.

—He estado en / / / / / / / —me explicó—, y ¿sabes quién era nuestro anfitrión? ¡El presidente! La pasamos bien en el palacio. —El tipo de la Marina hacía preguntas y se respondía a sí mismo.[40]

Cuando vio que no me había impresionado con todas las denigrantes palabras y con las amenazas de arrestar a mi familia, puesto que / era un obediente siervo de los Estados Unidos, empezó a darme más fuerte. Trajo agua helada y me empapó el cuerpo con la ropa puesta. Fue horrible; no paraba de tiritar como si fuera un enfermo de Parkinson. En ese estado era imposible hablar. El tipo era estúpido: me

estaba ejecutando de forma lenta. / le hizo un gesto para que dejara de mojarme. Otro preso me había dicho que un interrogador “bueno” le había recomendado comer para reducir el dolor, pero yo rechacé la comida; de todas formas no podía abrir la boca.

El hombre estaba muy alterado cuando / / / / / / / / / / / / / / / / / / / lo paró porque / / / / / / / / / / / / / / / / / / / tenía miedo de todo el papeleo que habría que hacer si moriría. Así que encontró otro método, digamos que encontró un reproductor de CDs con amplificador y puso algo de rap en el aparato. En realidad, la música me daba igual porque me hacía olvidar el dolor. Lo cierto es que la música era una bendición oculta; me puse a tratar de recordar la letra. Todo lo que entendí era que hablaba de amor. ¿Es posible? ¡Amor! Todo lo que estaba experimentando por aquel entonces era odio o sus consecuencias.

—¡Escucha eso, hijo de puta! —gritó el visitante mientras cerraba la puerta violentamente.

—Vas a oír la misma historia día tras día, y ¿adivina qué?, se va a ir poniendo peor. Lo que ves es solo el principio —dijo / / / / / / / / / / / / / / / /. Seguí rezando y haciendo caso omiso de lo que estaban haciendo.

—Oh, Alá, ayúdame… Oh, Alá, ten piedad de mí —/ / / / / / / / / / / / / no paraba de hacerme burla mientras yo rezaba—: “Alá, Alá… No existe Alá. ¡Te ha abandonado!

Sonreí ante la ignorancia de / / / / , que hablaba así del Señor. Pero el Señor es muy paciente, y no necesita apresurarse en el castigo porque no hay forma de escapar de él.

Los detenidos sabíamos las normas del campo: si los militares creen que estás ocultando información esencial, te torturan en el Campo /, te secuestran, te llevan a un lugar secreto y nadie sabe lo que están haciendo contigo. En el tiempo que estuve en el Campo / / / / / / / / / / / / / / dos individuos fueron secuestrados y desaparecieron para siempre, a saber /

/ / / / /. Empecé a tener la sensación de que me iban a secuestrar porque en verdad estaba atascado con mis interrogadores, de manera que me puse a recabar información.

—Ese campo es el peor —dijo un joven militar.

—¿No les darán de comer? —le pregunté.

—Algo así —contestó.

Entre las diez y las once de la noche, / / / / / / / / / / / / / / me entregó a / dio órdenes de que los guardias me llevaran a una habitación especialmente preparada por él.[41] Estaba congelada y llena de imágenes que mostraban las glorias de los Estados Unidos: arsenales armamentísticos, planos, fotografías de George Bush.

—¡No se reza en este momento! Insultas a mi país si rezas mientras suena el himno nacional. Somos el país más grande en el mundo libre y tenemos el presidente más inteligente del mundo —me dijo.

Tuve que escuchar toda la noche el himno de los Estados Unidos. Odio los himnos de cualquier manera. Todo lo que recuerdo es el principio: “Oh, ¿no ves…”, que oí sin parar. Me alegré de que no me echaran más agua helada encima. Al comienzo intenté rezar a hurtadillas, pero / me vigilaba de cerca por medio de / . “¡Deja de rezar esa mierda! ¡Estás insultando a mi país!”. Me encontraba exhausto, y lo último que quería era buscar problemas; por tanto, decidí rezar interiormente. Estuve toda la noche tiritando.

Entre las cuatro y las cinco de la mañana / / / / / / / / me liberó, tan solo para dos horas después ser llevado / para continuar con la misma rutina. Pero lo peor siempre son los comienzos; los días más difíciles fueron los primeros, y según pasaban me hacía más fuerte. Mientras tanto, yo era el principal tema de conversación en el campo. Aunque muchos otros presos estaban sufriendo la misma suerte, yo era el “criminal número uno”, y se me trataba como tal. Algunas veces, cuando me encontraba en el patio de recreo, los detenidos me gritaban: “Ten paciencia. Recuerda, Alá pone a prueba a quienes más ama”. Comentarios así eran mi único consuelo, además de mi fe en el Señor.

No hubo apenas cambios interesantes en mi rutina: cámara fría, estar de pie durante horas, los interrogadores con las mismas amenazas sobre mi secuestro y encierro permanente.[42] / / / / / / / / / / me hizo escribir toneladas de papel sobre mi vida, pero nunca le parecía suficiente. Una noche me desvistió con la ayuda de / / / / / / / / / / / / / / / un guardia varón. A la espera de la cámara fría, me había puesto pantalones cortos encima de mis pantalones para reducir el frío que estaba penetrándome hasta los huesos. Pero estaba como loco, y eso lo llevó a pedir que un guardia / / / / / / / / / / me desvistiera. No me había sentido nunca tan humillado. Estuve toda la noche de pie en el cuarto frío rezando, ignorando sus aullidos y órdenes para que dejara de rezar. No me importaba absolutamente nada lo que pudiera suceder.[43]

/ apareció arrastrándose de detrás de la escena. / / / / / / / / / / / me dijo un par de veces antes / visita sobre una persona, un alto cargo del gobierno que iba a venir a visitarme y a hablar conmigo sobre mi familia. No tomé la información como negativa; pensé que me traería noticias de mi familia. Pero estaba equivocado, se trataba de hacerle daño a mi familia. / estaba aumentando la tensión de la situación implacablemente.

/ vino alrededor de las 11 de la mañana, escoltado por / / / / / / / / / / / y el nuevo / . Fue escueto y directo:

—Mi nombre es / . Trabajo para / . Mi gobierno está desesperado porque le des información. ¿Entiendes?[44]

—Sí.

—¿Lees inglés?

—Sí.

/ me entregó una carta que evidentemente había falsificado. La carta venía del DOD y básicamente decía: “Ould Slahi está implicado en el ataque de la Conjura del Milenio y en el

reclutamiento de tres de los secuestradores del 11 de septiembre. Puesto que Slahi se ha negado a colaborar, el gobierno de los Estados Unidos va a arrestar a su madre e ingresarla en unas instalaciones especiales”.

Leí la carta.

—¿No te parece cruel e injusto? —dije.

—No estoy aquí para hacer justicia. Estoy aquí para impedir que algunas personas sigan estrellando aviones contra los edificios de mi país.

—Pues ve y córtales las alas a ellos. Yo no le he hecho nada a tu país —repliqué.

—Tienes dos opciones: o ser acusado o ser testigo.

—Ninguna de las dos cosas.

—No tienes elección, o si no, tu vida va a cambiar drásticamente —me dijo.

—Hazlo cuando quieras. ¡Cuánto antes sea, mejor! —respondí con coraje. / / / / / / / / / / / / / / / / / / / volvió a meter la carta falsificada en su bolsa, la cerró furiosamente y abandonó la habitación.

/ era quien iba a dirigir el equipo que trabajaba en mi caso hasta agosto o septiembre de 2004. Siempre me hizo creer que su verdadero nombre era / ; pero lo que él no sabía es que yo conocía su nombre incluso antes de conocerlo: /.[45]

***

Después de aquel encuentro / / / / / / / / / / / / / / / / / estaba informándose de cuáles eran los protocolos necesarios para raptarme y llevarme fuera del campo a un lugar desconocido. “Tu estancia aquí requiere muchas firmas. Hemos estado intentando durante un tiempo traerte aquí”, me vino a decir más tarde uno de mis guardias. / también estaba reuniendo a un equipo completo que ejecutaría el secuestro. Todo esto se estaba urdiendo en la sombra; los implicados solo sabían lo que era necesario que supiera. Por ejemplo, sé que / / / / / / / / / / / / no conocía los detalles del plan.

El lunes 25 de agosto de 2003, alrededor de las cuatro de la tarde, me reservó para un interrogatorio conmigo / .[46] Entonces yo había estado el fin de semana en / , totalmente vacío de otros presos, para mantenerme aislado del resto de la comunidad. Pero lo vi como algo positivo: la celda estaba más cálida y podía ver la luz del sol, mientras que en / estaba encerrado en una cuartucho congelado.

—Ahora tengo control absoluto sobre ti y puedo hacer lo que quiera contigo; puedo incluso trasladarte al Campo /.

—Sé por qué me cambiaste al Bloque / —le dije—. Es que no quieres que vea a nadie.

/ / / / / / / / / / / / / / / / no hizo ni un comentario; tan solo sonrió. Fue algo muy parecido a una charla entre amigos. A las cinco y media de la tarde, aproximadamente, / / / / / / / / / / / / / me llevó una ración militar fría. Me había acostumbrado a las raciones frías; no las saboreaba, pero había perdido tanto peso últimamente que tenía que comer si quería sobrevivir.

Empecé a comer. / / / / / / / / / / / / / / / / / / / entraba y salía, aunque no resultaba un comportamiento sospechoso, / siempre había sido así. Apenas si había terminado mi plato cuando de pronto / / / / / / / / / / / / / y yo escuchamos una conmoción: varios guardias maldiciendo en voz alta (“¡Te lo dije, hijo de puta…!”), gente pateando violentamente el suelo, perros ladrando, puertas que se cerraban de golpe. Me quedé petrificado en mi asiento. / / / / / / / / / / / / / se quedó sin habla. Nos mirábamos el uno al otro sin saber qué pasaba. El corazón me latía muy fuerte porque sabía que algún detenido iba a pasar un mal rato. Sí, y ese era yo.

—¡Hijo de puta, te dije que te ibas a largar! —dijo / / / / / / / / /.[47] Su compañero no dejaba de darme puñetazos por todas partes, sobre todo en la cara y las costillas. También él iba cubierto de la cabeza a los pies; me golpeaba sin decir ni una palabra, porque no quería que lo reconociera. El tercer hombre iba con la cara descubierta; estaba de pie en la puerta sujetando al perro por la correa, preparado para echármelo encima.

—¿Quién te dijo esto? ¡Estás agrediendo al detenido! —gritó / / / / / / / / / / / / / / , que estaba tan aterrada como yo. / / / / / / / / era la líder de los guardias que ejecutaban el ataque y cumplía órdenes de / . En cuanto a mí, no pude ni meter las manos. Lo primero que me vino a la cabeza fue: Me confunden con otra persona. Lo segundo, intenté reconocer mi entorno mirando alrededor, mientras uno de los guardias me estrujaba la cara contra el suelo. Vi al perro luchando por soltarse. Vi a / / / / / / / / / / / / / / de pie, mirando impotente a los guardias que se despachaban conmigo.

—Véndenle los ojos a este hijo de puta si intenta mirar.

Uno de ellos me cruzó la cara muy fuerte y rápidamente me colocó las gafas en los ojos, las orejeras en los oídos y una pequeña bolsa en la cabeza. No podría decir quién lo hizo. Me apretaron las cadenas alrededor de tobillos y muñecas; algo más adelante, empecé a sangrar. Todo lo que pude oír fue a / / / / / / / / / / / blasfemando: “¡Hijo de puta esto e hijo de puta aquello!”. Yo no dije absolutamente nada; estaba sobrecogido y sorprendido. Pensé que me iban a matar.

Merced a los golpes no podía ponerme en pie, de modo que / / / / / / / y los otros guardias me arrastraron fuera del recinto, rozando el suelo con las puntas de los dedos, y me lanzaron a un camión, que partió al instante. El festival de golpes continuó en las tres o cuatro horas siguientes, antes de que me entregaran a otro grupo que iba a emplear otras técnicas de tortura.

—Para de rezar, hijo de tu madre; estás matando a la gente —dijo / / / / / / / / / / / y me tiró un fuerte puñetazo a la boca. Me empezaron a sangrar la boca y la nariz y se me hincharon tanto los labios que me era imposible volver a hablar. El compañero de / / / / / / / resultó ser uno de los guardias, /. / / / / / / / y / / / / / / / / / / / / / / /, cada uno por un lado, se despacharon conmigo a puñetazos y golpes contra la carrocería de la camioneta. Uno de ellos me pegó tan fuerte, que me cortó la respiración y me dio un espasmo. Sentí como si respirara por las costillas. Casi me ahogué sin que lo supieran. Si ya de por sí me costaba respirar con lo que me pusieron en la cabeza, y como además me atizaron tantas veces en las costillas, por un momento dejé de respirar.

¿Me quedé inconsciente? Tal vez no; lo único que sé es que varias veces noté como / / / / / / / / / me rociaba la nariz con amoníaco. Lo gracioso es que el Sr. / / / / a la vez era mi “salvavidas”, como pasó con todos los guardias con los que estuve en contacto durante el año siguiente o con la mayoría de ellos. A todos se les permitía darme medicamentos y primeros auxilios.

Tras 10 o 15 minutos, se detuvieron en la playa; mis escoltas me arrastraron fuera del camión y me subieron a una lancha de alta velocidad. / no me daban ni un respiro; seguían pegándome y / para que se me clavaran.[48] “Están matando a la gente”, me dijo / / / / / / / / . Creo que pensaba en voz alta: él sabía que el suyo era el crimen más cobarde: torturar a un detenido totalmente sumiso y que se había entregado a sí mismo. ¡Qué operación tan valiente! / / / / / / / / / / trataba de convencerse a sí mismo de que estaba haciendo lo correcto.

En el barco, / / / / / / / / / / / me obligó a beber agua salada, creo que directamente del mar. Estaba tan asquerosa que vomité. Me ponían cualquier cosa en la boca y me gritaban: “¡Traga, cabrón!”; pero me propuse no tragar el agua de mar, pues podía dañar mis órganos, y me ahogaba cuando la vertían en mi boca. “¡Trágala, idiota!”. Lo consideré rápidamente, y me decidí por beber la asquerosa y nociva agua antes que morir.

/ y / me escoltaron unas tres horas en la lancha de alta velocidad. El objetivo de un viaje de esa clase era: primero, torturar al detenido y declarar que “el detenido se lesionó a sí mismo durante el traslado”, y segundo, hacer creer al prisionero que lo estaban trasladando a una cárcel secreta muy, muy lejana. Los presos sabíamos todo eso; había detenidos que nos informaban que los habían tenido dando vueltas durante muchas horas para encontrarse al final en la misma cárcel en la que había empezado todo. Desde el principio me quedó claro que me llevaban a / a unos cinco minutos de distancia. / tenía muy mala reputación: solo oír el nombre me producía náuseas.[49] Sabía que el largo viaje en el que me

embarcaban iba destinado a atemorizarme. ¿Pero qué más daba? Me importaban más las personas que me habían arrestado que el lugar al que me llevaban. Me llevaran adonde me llevaran, seguiría siendo un detenido de las Fuerzas Armadas Norteamericanas; y en cuanto a que me entregaran a otro país, ya había pasado por ello, ya me habían enviado a Jordania ocho meses. Las políticas del DOD en mi caso eran que ellos se harían cargo de mí por su cuenta. “El 11 de septiembre no ocurrió en Jordania; no esperamos que otros países extraigan la información de los detenidos de la manera en que lo hacemos nosotros”, dijo / una vez. Obviamente, los norteamericanos no estaban satisfechos con los resultados alcanzados por sus “aliados de tortura”.

Pero pienso que cuando la tortura aparece en escena, las cosas se descontrolan. La tortura no garantiza que el detenido vaya a cooperar. Para que dejen de torturarlo, el detenido tiene que complacer a su agresor, incluso con información falsa o engañosa; poner orden en la información lleva mucho tiempo. Y la experiencia demuestra que la tortura no frena, ni siquiera reduce, los ataques terroristas: Egipto, Argelia, Turquía son buenos ejemplos. Por otra parte, las negociaciones han producido resultados enormemente positivos. Después del ataque fallido contra el presidente egipcio en Addis Abeba, el gobierno alcanzó un alto el fuego con Al-Gawaa al-Islamiyah, y este último acabó optando más tarde por una lucha política. No obstante, los estadounidenses habían aprendido mucho de las prácticas de tortura de sus aliados y estaban trabajando mano a mano.

Cuando el barco llegó a la costa, / / / / / / / y sus compañeros me sacaron y me sentaron con las piernas cruzadas. Gemía por el dolor tan insoportable. “Uh… Uh… ALÁ… ALÁ… Te dije que no nos jodieras, ¿no es verdad?”, dijo el Sr. X haciéndome burla.[50] Quería poder dejar de gemir porque el caballero no paraba de imitarme y de blasfemar contra el Señor. Sin embargo, gemir era necesario para poder respirar. Tenía los pies dormidos porque las cadenas impedían que me circulara la sangre por las manos y los pies; me alegraba de cada golpe que me daban porque así podía cambiar de posición. “¡No te muevas, hijo de tu madre!”, dijo / , aunque a veces no podía evitar cambiar de posición, y así valía la pena el puntapié. “Somos agradecidos con las

personas que nos ayudan en el trabajo. Gracias, caballeros”, dijo /.[51] Reconocí su voz; aunque se dirigiera a los visitantes árabes, el mensaje se dirigía a mí más que a nadie. Era por la noche. La venda no me impedía sentir el brillo de la luz de algún tipo de proyector de alto voltaje.

—Nos alegramos por Zat. Tal vez lo llevemos a Egipto. Nos lo dijo todo —dijo en árabe un tipo cuya voz no había escuchado jamás y que hablaba con un fuerte acento egipcio. Se diría que el hombre rondaba la treintena, a juzgar por su voz, su discurso y más tarde su comportamiento. También podía decirse que su inglés era malo y definitivamente mal pronunciado. Luego escuché conversaciones incomprensibles por aquí y por allá, después de lo cual el egipcio y otro hombre se aproximaron. Entonces me hablaron directamente en árabe:

—¡Qué cobarde! ¿Y ustedes hablan de derechos civiles? No vas a conseguir nada —dijo el egipcio.

—En Jordania solo nos lleva una hora conseguir que un cobarde como este lo escupa todo —contestó el jordano. Estaba claro que no sabía que yo había estado ocho meses en Jordania y que no había ocurrido ningún milagro.

—Nos lo llevamos a Egipto —afirmó el egipcio, dirigiéndose a / .

—Tal vez más tarde —aseveró / / / / / / / / / / / / / / .

—¡Qué pena dan estos estadounidenses! Están echando a perder a estos cabrones. Pero ahora nosotros trabajamos con ellos —dijo el tipo egipcio, dirigiéndome la palabra directamente en árabe. Cuando escuché la palabra *Egipto* y una nueva posible entrega, se me salió el corazón del pecho. Odiaba horrores la interminable gira mundial forzosa a la que me estaban sometiendo. Pensé seriamente que era posible que me entregaran a Egipto en el acto, porque sabía lo enervados y desesperados que estaban los norteamericanos con mi caso. El gobierno estaba y está aún equivocado sobre mí.

—Pero tú debes saber que hacemos trabajo de campo con los agentes estadounidenses —dijo el interrogador egipcio. Tenía razón: los presos yemeníes me habían dicho que fueron interrogados por / / / / / / / / / / / / / / / /

/ y por los estadounidenses en la misma mesa cuando los capturaron en Karachi y que más tarde fueron trasladados a un lugar secreto el 11 de septiembre de 2002.[52]

Después de toda clase de amenazas y denigrantes declaraciones, llegó un punto en que comencé a desconectarme de todos los insultos que salían de los árabes y de sus cómplices norteamericanos, y me sumí en mis pensamientos. Me avergonzaba que mi gente estuviera siendo utilizada para trabajos tan horribles por un gobierno que afirma ser el líder del mundo democrático y civilizado, un gobierno que predica contra la dictadura y que "lucha" por los derechos humanos y manda a sus jóvenes a morir por ello. ¡Qué forma tan burda de reírse de su propia gente!

¿Qué pensaría el ciudadano estadounidense de a pie si pudiera ver lo que su gobierno le estaba haciendo a alguien que no ha cometido ningún crimen contra nadie? Aunque también me avergonzaba por los compañeros árabes, era evidente que ellos sin duda alguna no representaban al árabe medio. Los árabes están entre las personas más maravillosas en este planeta: son sensibles, emocionales, cariñosas, generosas, sacrificadas, religiosas, caritativas y de corazón noble. Nadie merece ser utilizado para un trabajo tan sucio, por pobre que sea. No. ¡Somos mejores que todo eso! Si la gente del mundo árabe supiera lo que está pasando en este lugar, el odio contra los Estados Unidos se vería alimentado y se consolidaría la acusación de que Norteamérica está ayudando y trabajando junto a los dictadores de nuestros países. Me gustaría, o más bien desearía, que estas personas no salieran impunes de sus crímenes. La situación no me llevó a odiar a unos y a otros; tan solo me dolía por los árabes ¡y lo pobres que somos!

Estos pensamientos desfilaban por mi mente y me mantenían concentrado para no escuchar las conversaciones sin sentido que me rodeaban. Después de unos 45 minutos, no sé decir exactamente cuántos, / ordenó al equipo árabe que se pusieran al mando. Los dos tipos me agarraron con rudeza y, puesto que no podía caminar por mí mismo, me arrastraron de puntitas hasta el bote. Debí de

haber estado muy cerca del agua, porque el viaje hasta allí fue breve. O bien me habían puesto en otro barco o en un asiento distinto. El que ahora ocupaba era duro y derecho.

—¡Muévete!

—¡No puedo!

—¡Muévete, cabrón! —Me dieron esta orden sabiendo que estaba demasiado adolorido para poder moverme. Después de aquello estaba sangrando por la boca, los tobillos, las muñecas y quizá la nariz, no podía decirlo con seguridad. Pero el equipo quería que el factor miedo se mantuviese.

—¡Siéntate! —dijo el tipo egipcio, quien estuvo acaparando la palabra mientras los otros dos me metían hasta abajo, dándome contra el metal. El egipcio se sentó a mi derecha y el jordano a mi izquierda.

—¿Cómo mierda te llamas? —preguntó el egipcio.

—¡M-O-O-H-H-A-M-EE-D-D-O-O-U! —le respondí. No podía hablar debido a la hinchazón de los labios y al dolor en la boca. Estaba absolutamente aterrado. En general, no hablaba si alguien empieza a hacerme daño. En Jordania, cuando el interrogador me atizaba en la cara, me negaba a hablar, haciendo caso omiso de todas sus amenazas. Este era un logro de mi historial de interrogatorio. Se podría decir que esta vez me habían hecho daño como nunca antes; ya no era yo y no volvería a ser el mismo. Se había marcado un antes y un después entre mi pasado y mi futuro con el primer golpe que / me lanzó.

—¡Es como un niño! —expresó el egipcio con exactitud, hablándole a su compañero jordano. Me sentía cómodo entre ellos dos, aunque no por mucho tiempo. Con la colaboración de los norteamericanos, se estaba preparando un largo viaje hacia la tortura.

No podía sentarme recto en la silla. Me pusieron una especie de chaqueta gruesa que me ceñía al asiento. El sentimiento era de bienestar. Sin embargo, había un inconveniente muy perjudicial: tenía el pecho tan apretado que no podía respirar de manera adecuada. Además, la circulación del aire era peor que en el primer trayecto. No sabía por qué exactamente, pero, en definitiva, algo no iba bien.

—¡No p…u…e…do… re…s…pi…r…ar!

—¡Toma aire! —rugió el egipcio sarcásticamente. Me estaba ahogando literalmente dentro de la bolsa que llevaba puesta alrededor de la cabeza. Mis ruegos y súplicas por un poco de aire fresco no servían de nada.

Escuché conversaciones incomprensibles en inglés; pensé que eran / / / / / / , su compañero y probablemente /. Quienesquiera que fueran, estuvieron suministrando material de tortura al equipo de árabes durante las tres o cuatro horas que duró el viaje. El orden seguido fue como se dice a continuación: Llenaron el espacio entre mi cuerpo y la ropa con cubitos de hielo desde el cuello hasta los tobillos. Cada vez que se derretía el hielo, añadían más cubitos. Además, de vez en cuando, uno de los guardias me atizaba, la mayoría de las veces en la cara. El hielo me estaba haciendo una doble función: causar dolor y aliviar los moretones de aquella tarde. Todo parecía estar perfectamente planificado. Los habitantes de las regiones frías tal vez no entiendan hasta dónde puede llegar el dolor de unos cubitos de hielo pegados a tu cuerpo. Históricamente, los reyes durante la Edad Media usaban este método para causar una muerte lenta a su víctima. La otra técnica, golpear a la víctima estando con los ojos vendados a intervalos irregulares, la empleaban los nazis durante la Segunda Guerra Mundial. No hay nada más terrible que tener a la víctima esperando un golpe con cada latido de su corazón.

—Yo soy de Hasi Matruh, ¿de dónde eres tú? —dijo el egipcio, dirigiéndose a su colega jordano. Hablaba con toda tranquilidad, como si nada. Parecía estar acostumbrado a torturar personas.

—Soy del sur —respondió el jordano. Intenté seguir rezando interiormente. Sabía que necesitaba la ayuda de Dios, como siempre; pero apenas si podía recordar alguna oración. Cada vez que recobraba la conciencia, me hundía en mis pensamientos. Finalmente me habitué a la rutina: cubitos de hielo que se derriten, golpes. Pero, ¿qué hubiera pasado de haber estado 25 horas sometido a tortura hasta tomar tierra en Egipto? ¿Cómo se habría resuelto allí el interrogante? / un / me describió su desafortunado viaje de Pakistán a Egipto. Hasta ese momento, la historia de / coincidía con lo que yo

estaba experimentando. De manera que estaba esperando las descargas eléctricas en la alberca. ¿Qué potencia iba a ser capaz de resistir mi cuerpo, especialmente mi corazón? Sé algo sobre electricidad y sus irreversibles y devastadores efectos: vi cómo / se desplomaba en los bloques de internamiento un par de veces a la semana mientras sangraba por la nariz hasta empaparse la ropa. / era un entrenador de artes marciales y de constitución atlética.

Fui reconstruyendo una y otra vez todo el interrogatorio, sus preguntas, mis respuestas. Pero, ¿y si no me creían? No, ellos tenían que creerme, porque comprendían mejor que los norteamericanos la fórmula del terrorismo y tenían más experiencia que ellos. La barrera cultural entre el mundo cristiano y el mundo árabe todavía crispa de manera considerable el acercamiento de los estadounidenses a todo el asunto. Los norteamericanos tienden a ampliar el círculo de los implicados para detener al mayor número de musulmanes posible. Siempre están hablando de la Gran Conspiración contra los Estados Unidos. A mí, en lo personal, me habían preguntado por personas que simplemente practicaban lo básico de su religión y simpatizaban con los movimientos islámicos. Me pidieron que proporcionara todos los detalles sobre los movimientos islámicos, sean moderados o radicales. Es sorprendente que en un país como los Estados Unidos las organizaciones terroristas cristianas, como los nazis o los defensores de la supremacía blanca, tengan la libertad de expresarse y convencer abiertamente a la gente sin que nadie las moleste. Sin embargo, como musulmanes, tienes un grave problema si se te ocurre simpatizar con las visiones políticas de una organización islámica. Incluso por asistir a la misma mezquita que un sospechoso estás en un problema. Todo esto puede parecer evidente para quienes entiendan los principios fundamentales de la política estadounidense hacia el así llamado terrorismo islámico.

La fiesta árabe-estadounidense había terminado, y los árabes me dejaron otra vez en las manos del mismo equipo de los Estados Unidos. Me arrastraron fuera del bote y me lanzaron en el mismo camión, diría yo, de aquella tarde. Estaba claro que íbamos por un camino sin asfaltar.

—¡No te muevas! —me dijo / / / / / / / / / . Pero yo era incapaz de reconocer el mensaje. No creo que me pegaran más, aunque no estaba consciente para saberlo. Cuando el camión se detuvo, / / / / / / / / / / y su fortachón ayudante me remolcaron desde la camioneta y me arrastraron unos pasos más allá. Sentí el impacto del aire fresco de la habitación, y boom, me tiraron cabeza abajo sobre el suelo metálico de mi nuevo hogar.

—No te muevas. ¡Te dije que no me jodieras más, hijo de puta! —dijo / / / / / / / / /, con la voz apagada. Era evidente que estaba cansado. Se marchó enseguida con la promesa de volver con más rutinas, al igual que el equipo de árabes.

Breve tiempo después de mi llegada, sentí cómo alguien me quitaba / de la cabeza. Me causaba alivio y dolor a la vez. Dolor porque habían empezado a penetrar en la piel y a pegarse, ocasionando heridas. Y alivio porque pude respirar normalmente y porque la presión que había en torno a mi cabeza desapareció. Cuando me quitaron el vendaje vi un /.

/ . Supuse que era un médico, pero ¿por qué diablos se ocultaba detrás de un antifaz? ¿Por qué era del ejército norteamericano, cuando era la Marina la que estaba a cargo de la atención médica de los detenidos?

—Si te mueves, cabrón, ¡te reviento! —Me preguntaba cuánto me era posible moverme y qué daño me podría hacer. Estaba lleno de cadenas y me dolía cada centímetro del cuerpo. ¡Ese no era un médico, era un carnicero!

Cuando el muchacho joven me hizo la revisión, se dio cuenta de que necesitaba más cosas. Salió y regresó al poco con equipo sanitario. Eché un vistazo a su reloj; eran alrededor de la una y media de la madrugada, lo que

significaba que habían pasado ocho horas desde que fui secuestrado del Campo / / / / / / / / / / / / . Los médicos me limpiaron la sangre de la cara con un vendaje húmedo. Después de aquello, me pusieron sobre el colchón –el único objeto que había en la celda desnuda– con la ayuda de los guardias.

—No te muevas —dijo el guardia que estaba de pie frente a mí. El doctor me puso varias vendas elásticas alrededor del pecho y las costillas. Después me hicieron sentarme—. Si intentas morderme, ¡te voy a dar a llenar! —me amenazó el médico mientras me hinchaba de pastillas. No respondí; me movían de un lado a otro como un objeto. Un rato después me quitaron las cadenas y más tarde uno de los guardias tiró una vieja cobija pequeña y fina sobre mí a través de la rejilla. Esto era todo lo que me acompañaba en la habitación. Ni jabón, ni cepillo de dientes, ni esterilla, ni Corán, ni nada.

Procuré dormir pero era de risa; tenía el cuerpo molido. Pasó un tiempo hasta que la medicación empezó a hacer efecto, y entonces me fui apagando, y solo me desperté cuando los guardias golpearon con fiereza la celda con sus botas.

—¡Levántate, basura! —El doctor volvió a darme un montón de medicamentos y me revisó las costillas—. Hemos acabado con este hijo de puta —dijo, dándome la espalda mientras se dirigía hacia la puerta. Me tenía muy impactado ver a un médico actuar así, porque entendía que al menos el 50% del tratamiento médico tiene un factor psicológico. Me sentía como en el infierno, y mi único consuelo era este bastardo.[53]

Muy pronto estuve fuera de juego. Siendo sincero, es muy poco lo que puedo contar del siguiente par de semanas porque no me encontraba en posesión de mis facultades mentales. Estuve todo el tiempo tumbado en la cama y no era capaz de tomar conciencia de mi entorno. Intenté averiguar la Kibla, o dirección de La Meca, pero no tenía ni idea.

Notas:

[1] En la audiencia de la ARB de 2005, MOS le dijo al jurado: “Entonces el FBI, en la bahía de GTMO durante la era del general Miller, sacó a la luz una lista de los detenidos de más alta prioridad en GTMO. Era una lista de 15 personas, y yo estaba, imaginen con qué número, con el número UNO.

Después enviaron a un equipo especial del FBI y el líder era [censurado], y yo trabajaba con él principalmente en mi caso… Pensé que me estaba tomando el pelo cuando me dijo que yo era el número UNO en el campo, pero no me mentía; me decía la verdad, como demostrarían los hechos siguientes. Estuvo conmigo hasta el 22 de mayo de 2003" (ARB 24).

2 De hecho, había personas "trabajando en la sombra". Aunque el FBI dirigía aún los interrogatorios de MOS, el DOJ IG encontró que a lo largo de la primavera de 2003 "el personal de la Inteligencia Militar observó muchas de las entrevistas de Slahi con Poulson y Santiago desde una cabina de observación", y que los agentes militares se quejaban de los métodos del FBI para crear vínculos. La Comisión de Servicios Armados del Senado informó que los interrogadores militares hicieron circular un borrador de un Plan Especial de Interrogatorio para MOS en enero de 2003 (DOJ IG 298).

3 Este tal vez sea el agente al que el inspector general del DOJ llama Santiago. El IG informó que MOS "identificó a Santiago como un 'tipo agradable'" y registró que MOS declaró a los investigadores que "Santiago le dijo a Slahi que lo enviarían a Irak o Afganistán si se demostraban los cargos que había contra él" (DOJ IG 296).

4 Probablemente el pasaje se refiere a Ramzi Bin al-Shibh. MOS explicó en la audiencia de la ARB, así como también en algún lugar del manuscrito, que se enteró del trato recibido por Bin al-Shibh en los centros clandestinos de detención de la CIA por presos que habían sido capturados y retenidos junto a él en lugares clandestinos antes de ser trasladados a Guantánamo. Le dijo al jurado de la ARB que "un tipo yemení al que capturaron con Ramiz [*sic*]" le manifestó que "Ramiz fue torturado. Escuchábamos sus llantos y sus gemidos cada noche" (ARB 25; ver también el Manuscrito 83, 294).

5 Parece que se refiere a una historia que la CNN transmitió el 6 de marzo de 2002, cuya transcripción se titula *Al-Qaeda Online para el Terrorismo*. Tal y como indica MOS aquí, la historia insinúa que él "dirigía una página web aparentemente inofensiva" en la que Al-Qaeda intercambiaba mensajes clandestinos a través del libro de visitas de la página. El hecho de que MOS dirigiera una página web que promoviera las comunicaciones de Al-Qaeda no aparece en ninguno de los sumarios de Guantánamo de pruebas contra MOS (http:/ / cnn.it/1JcOBmM).

6 *Mauritania* aparecerá sin censurar unas frases más adelante. Presuntamente, es uno de los agentes del FBI que interrogó a MOS en Nouakchott en febrero de 2000.

7 Posiblemente Ramzi Bin al-Shibh. Ver la nota 8 de este mismo capítulo.

8 Parece que este interrogador ha estado o dice haber estado interrogando a Ramzi Bin al-Shibh en las cárceles clandestinas de la CIA. En la vista de la ARB, al mencionar a Bin al-Shibn, MOS describió esta misma conversación con un interrogador de esta manera: "Bien, entonces su interrogador [censurado] del FBI le pidió que se aventurara a decir qué tipo de persona era yo. Dijo: Pienso que es un operativo de Osama Bin Laden, y sin él yo nunca hubiera participado en el 11 de septiembre. Era una acusación muy grave. El interrogador podría haber mentido, porque mienten todo el tiempo, pero esto es lo que dijeron" (ARB 23-24).

9 Un estudio de la CIA de 1956, titulado *Técnicas comunistas de control: Un análisis de los métodos usados por la Policía Estatal Comunista en el arresto, interrogatorio y adoctrinamiento de las personas consideradas como "enemigas del Estado"* decía esto sobre los efectos de la privación del sueño y la manipulación de la temperatura como métodos de interrogatorio coercitivo: "[E]l oficial a cargo tiene otras formas muy efectivas y simples para aplicar presión. Dos de las más efectivas son la fatiga y la falta de sueño. La presencia constante de luz en la celda y la necesidad de mantener una posición rígida en la cama producen alteraciones del sueño causadas por la ansiedad y las pesadillas. Si esto no es suficiente, los guardias fácilmente pueden despertar a los presos a intervalos. Esto es especialmente eficaz si al prisionero se le despierta en cuanto se echa a dormir. Los guardias también pueden acortar las horas disponibles para el sueño, o negarle el sueño de una

vez. La pérdida continuada de horas de sueño produce el enturbiado de la conciencia y una pérdida de atención. Ambos efectos afectan la capacidad de la víctima de soportar el aislamiento. También provocan fatiga profunda. Otra forma sencilla y efectiva de presión es mantener la celda a una temperatura que sea o demasiado calurosa o demasiado fría para ser confortable. El calor continuado, a un nivel que precisa de sudar constantemente para mantener la temperatura corporal, es debilitante y produce fatiga. El frío sostenido es desagradable y mal tolerado…".

"Los comunistas no ven 'tortura' en estos métodos. Indudablemente, usan los métodos que concuerdan con los principios comunistas explícitos de una manera típicamente legalista, que exigen que 'no sean usadas la fuerza ni la tortura para extraer información a los prisioneros'. Pero estos métodos, por supuesto, constituyen tortura y coerción físicas. Todos ellos conducen a serias alteraciones de muchos procesos biológicos".

La privación del sueño se ha empleado concretamente para preparar a los prisioneros cuando se requiere que hagan confesiones falsas. Un estudio llevado a cabo por Albert Biderman, sociólogo de las Fuerzas Aéreas Norteamericanas, sobre los medios por los cuales los interrogadores norcoreanos eran capaces de coaccionar a los pilotos estadounidenses para hacer falsas confesiones de crímenes de guerra, encontró que la privación del sueño, como una forma de inducir el quebrantamiento personal, "debilita las capacidades mentales y físicas para resistir" (http:/ / bit.ly/1KCYOXC y http:/ / bit.ly/1V0XTrd).

10 Estos podrían ser agentes de los Servicios de Inteligencia de Seguridad Canadienses (CSIS). El *Toronto Star* ha informado que unos agentes del CSIS se entrevistaron con presos de Guantánamo que tenían lazos con Canadá, incluyendo a MOS, en febrero de 2003 (ver Michelle Shepard, "Grupo de Tres del CSIS en Guantánamo", disponible en http:/ / on.thestar.com/1LydKdE).

11 El adolescente es muy probable que sea Omar Khadr. En 2010, el Tribunal Supremo de Canadá descubrió que los interrogatorios a Khadr por los agentes de los Servicios de Inteligencia de Seguridad Canadienses (CSIS) y de la División de Inteligencia Internacional del Departamento de Asuntos Exteriores y de Comercio Internacional (DFAIT), realizados en Guantánamo en febrero y septiembre de 2003 y en marzo de 2004, violaban la Carta Canadiense de Derechos y Libertades. El Tribunal Supremo estableció: "La privación de [Khadr] del derecho a la libertad y seguridad de la persona no está de acuerdo con los principios de la justicia fundamental. El interrogatorio de un joven detenido sin acceso a un abogado, para obtener información sobre graves cargos delictivos, sabiendo que el joven ha sido sometido a privación del sueño y sabiendo que los resultados de los interrogatorios serían compartidos con la acusación, ofende a las normas más básicas sobre el trato a los sospechosos jóvenes detenidos" (opinión del Tribunal Supremo, disponible en http:/ / bit.ly/1KcUtOX).

12 MOS le dijo a la Junta Administrativa de Revisión que su última entrevista con los interrogadores del FBI tuvo lugar el 22 de mayo de 2003. El informe del DOJ IG confirma que "A finales de mayo de 2003 los agentes del FBI que estaban en relación con Slahi se fueron de GTMO y los militares asumieron el control de los interrogatorios" (ARB 25; DOJ IG 122).

Unos días después de que el ejército tomara el relevo de los interrogatorios de MOS, un agente del FBI hizo circular un informe que documentaba la preocupación de la agencia sobre los métodos militares de interrogatorio en Guantánamo. De acuerdo con el informe del DOJ IG, un mes más tarde, el 1 de julio de 2003, Spike Bowman, el consejero general adjunto, le envió un mensaje de correo electrónico a varios oficiales veteranos del FBI "alertándolos de que el ejército había estado empleando técnicas 'agresivas de interrogatorio', que incluían 'agredir' físicamente a los detenidos, desnudarlos y verter sobre ellos agua fría dejándolos expuestos (uno tuvo hipotermia) y medidas similares". Bowman opinó que, 'Más allá de toda duda, lo que están haciendo con estos prisioneros de guerra (EPW) (y no conozco el alcance de ello) es ilegal. Aunque no estén denominados como tales, no se puede permitir hacer algo que no puedes hacerle a un EPW o delincuente". Bowman

expresó su preocupación por el hecho de que el FBI metiera "todo en el mismo saco" y buscó información sobre si el FBI debería referir el asunto al inspector general del DOD, afirmando que "si yo [es]tuviera en activo, no tendría ninguna duda de que eso sería responsabilidad nuestra" (ARB 25; DOJ IG 122, 121).

13 MOS describió este nuevo grupo del DOD en la audiencia de la ARB diciendo que lo dirigía "una mujer... una señora muy hermosa y respetable" y a quien identifica, aparentemente por error, como una agente del FBI. De hecho, ella podía simplemente haberse hecho pasar por una agente del FBI. El inspector general del DOJ encontró que "la persona que se presentó a sí misma como 'Samantha' era en realidad un sargento del ejército". Según el inspector general, "en diversas ocasiones a principios de junio de 2003, un sargento del ejército, del Equipo de Proyectos Especiales DIA en GTMO, se presentó a Slahi como FBI SSA 'Samantha Martin', en un intento de persuadir a Slahi de cooperar con los interrogadores". En su audiencia ante la ARB, MOS dijo que el equipo incluía "otro tipo raro, creo que era de la CIA o algo así, pero era muy joven" (ARB 25; DOJ IG 296, 125).

14 En su audiencia de 2005 de la ARB, MOS describió a un miembro del equipo militar de interrogatorio que era un primer sargento del ejército, y dijo: "No lo odio, pero era un tipo odioso". Parece que MOS le dio el nombre real de este interrogador al comité de la ARB. Creo que se trata del mismo interrogador al que se refiere como Yo-Soy-El-Hombre en esta escena y también con el mote de Sr. Tipo Duro, que aparece sin censurar en la página 267. En todos ellos parece que son cuatro los interrogadores que tienen más peso en el equipo de proyectos especiales de MOS (ARB 25).

15 No sabemos a quién nombra MOS aquí. Sin embargo, nos consta que los interrogadores militares de Guantánamo estaban bajo las órdenes de las Fuerzas Especiales del Centro de Detención de Guantánamo (JFT-GTMO), dirigido en aquel momento por el general Geoffrey Miller. Sus métodos de interrogación fueron aprobados por las "Técnicas de Contra Resistencia", que primero firmó el secretario de Defensa Donald Rumsfeld el 22 de diciembre de 2002, después por un dictamen jurídico del 13 de marzo de 2003 escrito por John Yoo, de la Oficina del Consejo Legal, y finalmente por otro memorando de autorización que firmó Rumsfeld el 16 de abril de 2003. La Comisión de Servicios Armados del Senado encontró que el general Miller buscó la aprobación oficial del Pentágono y Rumsfeld personalmente firmó el Plan Especial de Interrogatorio de MOS (SASC 135-138).

16 El informe Schmidt-Furlow, el informe del IG DOJ, el informe de la Comisión de Servicios Armados del Senado y muchas otras fuentes de información documentan las humillaciones y abusos sexuales de los presos de Guantánamo, a menudo llevadas a cabo por mujeres militares. Siguiendo la publicación del informe Schmidt-Furlow de 2005, un artículo de opinión del *New York Times* titulado "Las mujeres de GTMO" condena la "explotación y degradación de las mujeres en el ejército", señalando que el informe "contenía páginas y páginas de descripciones espantosas del uso de mujeres soldados como objetos sexuales en los interrogatorios" (ver http:/ / nyti.ms/1JsxgaO).

17 Probablemente es a mediados de junio de 2003. MOS le dijo a la Junta Administrativa de Revisión: "Alrededor del 18 de junio de 2003, me sacaron del Bloque Mike y me llevaron al Bloque India en aislamiento total". Antiguos detenidos a los que se les tuvo un tiempo en el Bloque India describen las celdas de confinamiento solitarias y sin ventanas que estaban normalmente a temperaturas muy frías. Ver, *e.g.*, James Meek, "La gente que olvidó la Ley", *The Guardian*, 2 de diciembre de 2003. El segundo detenido al que se retuvo en el Bloque India cuando llegó MOS al parecer es identificado en el siguiente párrafo como de Yemen (ARB 26; http:/ / bit.ly/1EaB7c6).

18 Parece probable por el contexto que el interrogador se esté refiriendo a Ramzi Bin al-Shibh.

19 Parece que MOS está contrastando el estilo de dos de sus interrogadores, posiblemente la interrogadora identificada en los documentos gubernamentales como Samantha y el interrogador al que llama Yo-Soy-El-Hombre.

20 Según los Procedimientos Operativos del Campo Delta, D.O.C. es el acrónimo de Centro de Operaciones de Detención, que dirige todos los movimientos en Guantánamo.

21 Aquí *Sr. Tipo Duro* aparece sin censurar.

22 Se ve que, por los pronombres aquí censurados, y queda claro a partir de los pronombres sin censurar más adelante en la escena, que este interrogador es una mujer. En la transcripción de la ARB, MOS indica que un par de días después de que el primer sargento comenzara a interrogarlo, una interrogadora mujer se unió al equipo. Parece que se trata del segundo de los cuatro interrogadores que llevarán a cabo el Plan de Interrogatorio Especial. Ella se convertirá en un personaje central (ARB 25).

23 Muy probablemente debido a los grilletes. Solo unas páginas más arriba, MOS describía cómo el interrogador "me hizo ponerme en pie, con la espalda doblada, porque tenía las manos esposadas a los pies, a la cintura y también al suelo". El Comité de Servicios Armados del Senado encontró que encadenar a MOS al suelo estaba prescrito en su Plan de Interrogatorio Especial (SASC 137).

24 Este incidente está bien documentado en los informes de Schmidt-Furlow y del DOJ IG y en alguno más (Schmidt-Furlow 22-23; DOJ IG 124).

25 Podría ser "el Local Nocturno". En otro lugar del manuscrito MOS se refiere a un detenido que era "miembro del Local Nocturno" y a un guardia que era "uno de los empleados del Club Nocturno" (Manuscrito 293).

26 En los documentos judiciales que se completaron para la solicitud de habeas de MOS se hace referencia a unos informes que podrían ser de este examen médico: "El historial médico documenta un dolor en la parte baja de la espalda 'de los últimos cinco días estando en aislamiento y bajo interrogatorios más intensos'", y menciona que la medicación recetada para su dolor no podía ser administrada en todo el mes de julio de 2003 porque se encontraba en la reserva (el Alegato de Apelación del 9 de junio de 2010 está disponible en http:/ / bit.ly/1WLJAZw).

27 Parece increíble aunque probable que el gobierno de los Estados Unidos pueda haber censurado aquí la palabra *lágrimas*.

28 MOS se puede estar refiriendo aquí en concreto al bloque de celdas del Campo Delta en el que se encontró a la división puertorriqueña.

29 Enseguida queda claro que el interrogador jefe está acompañado por un interrogador mujer, tal y como lo habían anunciado en la sesión anterior.

30 Esta posición es probablemente un forzado intento de permanecer erguido provocado por estar encadenado por la cintura al suelo. Ver las notas 23 y 26 de este mismo capítulo.

31 Como en todos los interrogatorios, esta sesión podría estar siendo observada desde una habitación de control. La Normativa de los Procedimientos Operativos del Campo Delta de 2003 lo ordenaba en todos los interrogatorios. "Se ubicará un monitor JIIF, o bien en una habitación de control equipada con falsos espejos y CCTV (sistema de videovigilancia), o bien en una habitación con solo CCTV" (SOP 14.2).

32 El tercero de los cuatro interrogadores que llevarán a cabo el "Plan de Interrogatorio Especial" de MOS Este interrogador enmascarado es designado como Sr. X en los informes de Schmidt-Furlow, del DOJ IG y de la Comisión de Servicios Armados del Senado. En la audiencia de 2005 de la Junta Administrativa de Revisión, con su ingenio característico, MOS dijo que este interrogador se cubría siempre "como se cubren las mujeres en Arabia Saudita", con "aberturas para los ojos" y "guantes O.J. Simpson en las manos" (ARB 25-26).

33 La Comisión de Servicios Armados del Senado, que revisó los informes del interrogatorio JTF-GTMO, data la que parece ser esta sesión de interrogatorio el 8 de julio de 2003. Aquel día el comité encontró que "Slahi fue interrogado por el Sr. X y expuesto a patrones de iluminación variables y a música de rock, a la canción *Let the Bodies Hit [the] Floor*, de Drowning Pool's" (SASC 139).

34 Basándonos en las descripciones de MOS de las sesiones de interrogatorio que se siguen, pienso que los turnos deben de funcionar así: el turno de la mañana y mediodía con los interrogadores Primer Sargento/Yo-Soy-El-Hombre/Sr. Tipo Duro, el turno de la tarde con la interrogadora mujer del equipo de proyectos especiales y el turno de noche con el interrogador conocido como Sr. X.

35 Este párrafo podría referirse al miembro femenino del equipo de proyectos especiales. Ver la nota 38 de este mismo capítulo.

36 Dado que incluye la comida, parece que MOS está describiendo la rutina del interrogador de su primer turno del día.

37 A la vez que transcurrían estas sesiones en julio de 2003, el general Miller estaba presentando el "Plan de Interrogatorio Especial" de Slahi al comandante general del Comando Sur, James Hill, para su aprobación. El 13 de julio de 2003, Hill remitió el plan al secretario de Defensa, Donald Rumsfeld. El plan fue aprobado por el secretario de Defensa Adjunto, Paul Wolfowitz, el 28 de julio de 2003, y firmado por Rumsfeld el 13 de agosto de 2003. Ver el informe de la Comisión de Servicios Armados del Senado para obtener una explicación detallada del desarrollo y autorización del "Plan de Interrogatorio Especial" de MOS (SASC 135-14).

38 Este *her* (posesivo de ella en inglés) aparece sin censurar, de modo que está claro que el turno de la tarde lo cubría el miembro femenino del equipo de interrogatorio. Dado que la describe como "la menos mala" de los malvados con los que se enfrenta, es muy probable que sea el mismo interrogador que describe unas páginas antes como "/ / menor de entre los muchos malvados".

Cuando el secretario de Defensa Rumsfeld emitió su autorización original para emplear técnicas de interrogatorio más allá de las que se incluían en el Manual de Campo del Ejército, incluyendo la postura erguida forzosa, es ya famoso el comentario que hizo: "Yo estoy de pie de ocho a diez horas al día. ¿Por qué vamos a limitar la posición erguida a cuatro horas?". Pero en su estudio de las técnicas coercitivas de interrogatorio empleadas por los interrogadores norcoreanos durante la Guerra de Corea, Albert Biderman encontró que "los retornados que habían pasado largos períodos en postura erguida y sentada… cuentan que no había otra experiencia más atroz". Biderman explicaba: "Cuando se le pide al individuo que permanezca en posición de firme por largos períodos se introduce otro factor. La fuente inmediata de dolor no es el interrogador sino la propia víctima. La lucha tiene lugar, de alguna manera, contra sí mismo. La fuerza de voluntad del individuo queda probablemente agotada en este conflicto interno. Llevar al sujeto a actuar 'contra sí mismo' de esta manera tiene ventajas añadidas para el interrogador. Conduce al prisionero a exagerar el poder del interrogador. Mientras el sujeto permanece de pie, le atribuye a su captor el poder de hacerle algo peor, aunque de hecho no haya confrontación real con la habilidad del interrogador para hacerlo" (ver http:/ / bit.ly/1V0XTrd).

39 De nuevo, probablemente esposado. Ver la nota 23 de este mismo capítulo.

40 El interrogador tal vez se refiera a Mauritania y al entonces presidente Maaouya Ould Sid'Ahmed Taya. Ver en capítulo 2 Senegal-Mauritania las notas 11 y 12.

41 Parece que está describiendo una sesión en el turno de noche con el Sr. X. Se menciona la escena de nuevo en el capítulo final.

42 El Departamento de Justicia Militar y los investigadores del Senado han descrito más detalladamente muchas de estas amenazas. Según una nota al pie en el informe de Schmidt-Furlow, "El 17 de julio de 2003 el interrogador enmascarado dijo que tuvo un sueño en el que el sujeto del segundo interrogatorio moría. Concretamente, le dijo al sujeto del segundo interrogatorio especial que en el sueño 'vio a cuatro detenidos encadenados juntos por los pies. Estaban cavando un agujero de unos dos metros de largo, dos de profundo y metro y pico de ancho. Después observó cómo los detenidos arrojaban un ataúd de pino con su número de identificación escrito en naranja y bajado al sueño'. El interrogador enmascarado le dijo al detenido que su sueño significaba que jamás iba a dejar GTMO a menos que empezase a hablar, que en

realidad iba a morir allí de viejo, en 'suelo estadounidense… cristiano'". El 20 de julio de 2003 el interrogador enmascarado, Sr. X, le dijo al sujeto del segundo Plan de Interrogatorio Especial que su familia estaba "encarcelada". El informe continúa: "El MFR, en la fecha del 2 de agosto de 2003, indica que el sujeto del segundo interrogatorio especial 'le dejó un mensaje aquel día' con un mensajero. El mfr sigue y afirma: 'El mensaje era simple: sus colegas interrogadores están hartos de escuchar las mismas mentiras una y otra vez y están considerando seriamente deshacerse de él. Una vez que hagan eso, desaparecerá y no se volverá a saber nada de él. Los interrogadores le aseguraron que se imaginara el peor escenario posible en el que podría acabar. Le dijo al preso que los golpes y el dolor físico no son lo peor sobre la tierra. Al fin y al cabo, tras varios golpes el ser humano tiende a desconectar la mente del cuerpo y así soportarlo. En cambio, hay cosas peores que el dolor físico. Los interrogadores le aseguraron al detenido que al final hablaría, porque todos lo hacen. Pero, hasta que llegase ese momento, muy pronto caería en un agujero muy negro. Su misma existencia sería borrada. Los archivos electrónicos serían eliminados de la computadora, sus expedientes embalados y archivados, y su misma existencia sería olvidada por todos. Nadie sabrá qué le sucedió y, finalmente, a nadie le importará'" (Schmidt-Furlow 24-25).

43 El contexto da a entender que hay dos guardias, uno es un hombre y el otro una mujer, y que es la mujer la que le desviste. Hay un incidente en el que a MOS "le quita la ropa un interrogador mujer" registrado en el informe del DOJ IG. El informe insinúa que la fecha de esa sesión fue el 17 de julio de 2003 (DOJ IG 124).

44 La fecha, de acuerdo con el inspector general del DOJ, es el 2 de agosto de 2003. El inspector general informó: "el 2 de agosto de 2003, un interrogador militar diferente, haciéndose pasar por un capitán de la Marina de la Casa Blanca", se le presentó a MOS. Tanto la Comisión de Servicios Armados del Senado como el informe del DOJ IG describen una carta que le entregó. Según la Comisión de Servicios Armados del Senado, la carta declaraba "que su madre había sido detenida, sería interrogada y si no colaboraba podría ser trasladada a GTMO". El DOJ IG informó de que la carta se refería a "las dificultades administrativas y logísticas que su presencia representaría en un contexto eminentemente masculino hasta la fecha" y que "el interrogador le dijo a Slahi que su familia estaba 'en peligro si él (760) no cooperaba'". El DOJ IG y el SASC informan que el informe del ejército Schmidt-Furlow pone en claro que este interrogador era en realidad el jefe del equipo de proyectos especiales de MOS, y el mismo informe indica que se presentó ante MOS como "capitán Collins". MOS lo describe aquí como arrastrándose desde detrás de la escena. En su libro *El tribunal del terror: Severa justicia en la bahía de Guantánamo*, Jess Bravin, reportero del *Wall Street Journal*, escribe que el jefe del Equipo de Proyectos Especiales que llevaba adelante esta estratagema se había quedado a cargo del interrogatorio de MOS un mes antes, el primero de julio de 2003, el mismo día en que el general Miller aprobó su Plan de Interrogatorio Especial (DOJ IG 123; SASC 140; Schmidt-Furlow 25; Bravin 105).

45 El interrogador que se hacía pasar por "capitán Collins" y que dirigió el equipo de "interrogatorio especial" de MOS ha sido identificado con su nombre en los documentos judiciales del archivo de la petición de habeas corpus de MOS, en las notas al pie del informe de la Comisión de Servicios Armados del Senado y en otras fuentes públicas, como el teniente Richard Zuley. Jess Bravin describe a Zuley como un oficial de policía de Chicago y reservista de la Marina (SASC 135, 136; Bravin 100, 105; Alegato de Apelación 23).

46 Por la hora del día, estamos en el turno de la tarde, y los pronombres censurados y el contexto posterior indican que se trata de la interrogadora del grupo.

47 Se verá clara y explícitamente que se trata del Sr. X.

48 Podría ser que los escoltas estuvieran manipulando las esposas de MOS para causarle dolor.

49 La Comisión de Servicios Armados del Senado encontró que el Plan de Interrogatorio Especial para MOS incluía una escenificación en la que "el Ejército norteamericano, en pleno motín, se lo llevaba de su celda, lo metía en una embarcación y le daba unas vueltas para hacerle creer que lo habían sacado de la isla". "En realidad", la Comisión informó, "a Slahi lo iban a llevar al Campo Eco", donde su celda y su sala de interrogatorio –autocontenida en una casa de aislamiento parecida a un remolque– habían sido "modificadas de tal manera que se redujeran en la medida de lo posible los estímulos del exterior". El plan ordenaba que "[l]as puertas serán selladas hasta un punto que impida la entrada de la luz en la habitación. Las paredes se cubrirán con pintura blanca o papel para en lo posible eliminar objetos que pudieran atraer la atención del detenido. La habitación contendrá una argolla en el suelo y altavoces de sonido". El SASC también registró que un correo electrónico del 21 de agosto de 2003 de un especialista de inteligencia de las JTF-GTMO al teniente Richard Zuley "hablaba de sellar la celda de Slahi en el Campo Eco para 'impedir que entrase la luz del sol' y tapar todo el exterior de su celda con [una] lona para 'evitar que tuviera contacto visual con los guardias'" (SASC 137-138, 140).

50 El Sr. X aparece aquí sin censura en el original.

51 Basándose en los documentos judiciales de la petición de habeas corpus de MOS, es factible que se refiera a Richard Zuley ("capitán Collins"), jefe del Equipo de Proyectos Especiales que se encargaba del caso de MOS (Alegato de Apelación 25).

52 Posiblemente MOS se esté refiriendo a los detenidos que fueron capturados junto a Ramzi Bin al-Ahibh el 11 de septiembre de 2002 y también retenidos un tiempo por la CIA antes de ser llevados a Guantánamo. Ver la nota 4 de este mismo capítulo.

53 El informe de la petición de habeas de MOS hace referencia al historial médico del que podría ser este examen, describiendo a un médico del Ejército "que atendió sus heridas mientras lo insultaba" y citando "el expediente médico que confirmaba el diagnóstico de Slahi en el pecho y la cara" así: '*1)* fractura ¿? 7-8 costillas, *2)* edema del labio inferior'" (Alegato de Apelación 26).

6

GTMO II

Septiembre — diciembre de 2003

Primera visita en la cárcel clandestina … Mi conversación con mis interrogadores y cómo encontré la manera de calmar su sed … Confesiones en cadena … El bienestar llega paulatinamente … La gran confesión … Un gran hito

De vuelta a /, la *Kibla* estaba indicada con una flecha en cada celda. Incluso podía oírse la llamada a la oración cinco veces al día en /.[1] Los Estados Unidos siempre han repetido que la guerra no es contra la religión islámica –lo que es muy prudente porque es estratégicamente imposible luchar contra una religión tan extendida como el Islam– y han mostrado al mundo cómo debería mantenerse la libertad religiosa.

Pero en los campos clandestinos la guerra contra la religión islámica era más que evidente. No solo no existía la indicación de la dirección a La Meca, sino que también estaban prohibidas las oraciones rituales. Recitar el Corán estaba prohibido. Poseer el libro sagrado estaba prohibido. El ayuno estaba prohibido. Prácticamente cualquier ritual islámico estaba estrictamente prohibido. No estoy contando rumores, sino lo que yo mismo

he vivido. No creo que el estadounidense medio esté pagando impuestos para financiar la guerra contra el Islam; aunque sí creo que hay personas en el gobierno que tienen un problema con la religión islámica.

Las primeras dos semanas después de mi “Fiesta de cumpleaños” no tuve conciencia del tiempo, si era de día o de noche, por no hablar de la hora. Solo podía rezar en silencio tumbado boca abajo, porque no podía tenerme en pie ni doblarme. Cuando me incorporé de mi semicoma, intenté establecer la diferencia entre el día y la noche. Era relativamente fácil: miraba por dentro de la taza del baño, y cuando el desagüe estaba de un color oscuro brillante, entonces era mi momento del día. Conseguí burlar la prohibición y entonar algunas oraciones, pero / me atrapó.

—¡Está rezando! —/ /. —¡Vamos! —Se pusieron los antifaces—. Deja de rezar. —No recuerdo si terminé de rezar sentado, o si acaso pude terminar. Como castigo, / / / / / / / / / / / / / me prohibió usar el baño un tiempo.

En cuanto el doctor hubo diagnosticado que había mejorado de mis dolores, fue el momento de volver a golpearme antes de que las heridas curaran, siguiendo el lema “Golpear a hierro candente”. Cuando oí a la muchedumbre detrás de la puerta y reconocí las voces de / y su compañero egipcio, me ahogué en sudor, me mareé y los pies no me respondían.[2] Me latía tan fuerte el corazón, que pensé que me iba a asfixiar y que se me saldría por la boca. Se entablaron conversaciones irreconocibles entre / y los guardias.

—/ , déjenme que lo agarre —le dijo el egipcio a / en su chapucero inglés—. Quiero que / me deje entrar para tener una pequeña charla contigo —manifestó luego en árabe, dirigiéndose a mí.

—Apártate ya; déjame verlo a solas —dijo / / / / / / / / / / / / / / / / / / / . Yo estaba temblando, escuchando el regateo entre los estadounidenses y el egipcio sobre quién iba a detenerme. Parecía que iban a hacerme la autopsia estando aún vivo e indefenso.

—Vas a cooperar lo quieras o no. Puedes elegir la vía razonable, que personalmente prefiero, o la otra vía —afirmó / cuando los guardias me arrastraron fuera de mi celda. De fondo se oía al egipcio farfullando y amenazándome con toda clase de dolorosos actos de venganza.

—Estoy colaborando —musité con la voz muy débil. Había pasado un tiempo desde la última vez que había hablado, y se notaba que la boca ya se había acostumbrado a no hacerlo. Tenía los músculos muy doloridos y estaba increíblemente asustado. El / con la máscara de Halloween se había pegado literalmente a mí, moviéndose alrededor y preparado para golpearme en un abrir y cerrar de ojos.

—No; deja de negarte. No nos interesan tus negativas. No me friegues —respondió / / / / / / / / / / / / / / / / / / /.

—No lo hago.

—Voy a llamar a algunos interrogadores para continuar con las preguntas. A algunos los conoces y a otros no.

—¡De acuerdo! —exclamé. La conversación se terminó. / le ordenó a los guardias que me regresaran a mi celda y desapareció.

Entonces pasó algo que no fue milagroso: / en el “lejano lugar secreto”.

—Me has causado muchos problemas –nah, bueno, en París no se estaba tan mal, pero en Mauritania el tiempo era horrible. Me senté en la mesa al otro lado de / / / / / / / / / / / / / / / / , y cuando le pregunté: ‘¿Quién te reclutó para Al-Qaeda?’, su respuesta fue que tú. Y lo mismo pasó con /. / / / / / / / / / / / / / / / / / trabajan con nosotros ahora. Sabes, formas parte de una organización que el mundo libre quiere borrar de la faz de la Tierra —me dijo /.

Yo lo escuchaba atentamente y me preguntaba *¿Mundo libre?* Me decía a mí mismo si realmente tenía que escuchar esas tonterías. / iba acompañado por el mismo / que había traído unos dos meses antes para agredirme sexualmente.[3]

—Sabes, en la cárcel gana el primero que habla. Tú has perdido y / ha ganado. Lo dijo todo de ti —/ /—. Lo bueno de esto es que no tenemos que ensuciarnos las manos contigo; ya están los egipcios y los israelíes para hacerlo por nosotros —continuó / / / / / / /, mientras tonteaba sexualmente conmigo tocándome por todas partes. Ni hablé ni mostré resistencia. Estaba allí sentado como un muerto.[4]

—¿Por qué tiembla tanto? —preguntó el / / / / / / / / / / / / .

—No lo sé —respondió / .

—¡Pero es una barbaridad cómo le sudan las manos!

—En su lugar, a mí me pasaría lo mismo —afirmó / / / / / / / / / / / / / / / —. Crees que esto es como / , donde sobreviviste a todo intento de / ; pero aquí no sobrevivirás si sigues jugando con nosotros —me dijo.

—¿Como qué? —le pregunté.

—Como en tu viaje a Eslovenia. Solo me hablaste de ello porque sabías que ya lo conocía. Ahora dime, ¿vas a colaborar con nosotros? —preguntó.

—*Estoy* cooperando —afirmé.

—No, no lo haces, y ¿sabes qué? En mi informe voy a escribir que estás de mierda hasta el culo y que se va a encargar de ti otra gente. ¡A los egipcios les interesas mucho!

Mientras tanto, la / / / / / / / / / / / / / / / / dejó de molestarme al no mostrar ninguna resistencia.

—¿Qué le pasa? —volvió a preguntar / / / / / / .

—No lo sé. Tal vez esté demasiado relajado en este lugar. Quizá deberíamos quitarle algunas horas de sueño —dijo /

/ /. No había visto nunca a un ser humano más insensible que él. Hablaba de no dejarme dormir sin una sola variación en su voz, en su rostro o en su gesto. Me refiero a que, independientemente de raza o religión, los seres humanos más o menos siempre empatizamos con alguien que está sufriendo. Personalmente, yo no puedo evitar romper a llorar cuando leo una historia o veo una película triste. No tengo problema en admitirlo. A algunos podría parecerles que soy débil. Bueno, ¡que piensen lo que quieran!

—Deberías pedirle a / que te perdone todas tus mentiras y comenzar de nuevo —dijo el/la / / / / / / / / / / /. No dije nada—. Empieza poco a poco. ¡Danos alguna información que no nos hayas dicho antes! —continuó / / / / / / /. Tampoco tuve respuesta a aquella sugerencia maliciosa y absurda.

—Tu madre es una señora mayor. No sé por cuánto tiempo va a soportar las condiciones de las instalaciones carcelarias —dijo / / / / / / / / / / / / / / / /. Sabía que estaba hablando de su cola. Pero también sabía que el gobierno estaba preparado para tomar cualquier medida para sacarme información, aunque fuera hacer daño a los miembros de mi familia, especialmente cuando sabes que el gobierno / está colaborando ciegamente con los Estados Unidos. El gobierno norteamericano tiene más poder sobre / que sobre sus propios ciudadanos, hasta ahí llega la cooperación. Un ciudadano estadounidense no puede ser arrestado sin las debidas garantías procesales, pero / sí puede – ¡y por el gobierno norteamericano![5] Siempre les decía a mis interrogadores: “Pongamos que soy un criminal. ¿Es más sagrado un criminal estadounidense que uno que no lo es?”. Y la mayoría de ellos no tenía respuesta. Aunque estoy seguro de que los norteamericanos no son mucho más afortunados. He oído hablar de muchos que han sido perseguidos y arrestados equivocadamente, concretamente musulmanes y árabes, en el nombre de la guerra contra el terror. Estadounidenses o no estadounidenses, como dice el proverbio alemán, *Heute die! Morgen du!* (¡Hoy ellos, mañana tú!).

Era muy difícil empezar una conversación con /; era odiado incluso por los guardias. Ese día no podía llegar a ninguna parte con él. No había manera de encontrar dónde agarrarse en su desenfrenado discurso. Y respecto a la otra / / / / / / / / / / / /, / / / / / / enviaron exclusivamente para abusar sexualmente de mí, aunque yo me encontraba en un estado en que ya no sentía nada / . Por consiguiente, / / / / misión ya estaba acabada antes de empezar.

—Ya sabes cómo se siente nuestra cólera —dijo / , y me dejó muchas otras amenazas que tomé muy en serio, incluyendo privación del sueño e inanición. Los guardias me llevaron de vuelta a mi celda con brutalidad.

En los siguientes días casi me volví loco. Me aplicarían el siguiente tratamiento. Me iban a raptar de / y llevarme a una cárcel clandestina. Me harían creer que estaba en una isla muy, muy lejana. / me informaría que mi madre había sido capturada y que estaba en unas instalaciones especiales.

En la cárcel clandestina el sufrimiento físico y psicológico sería extremo. No distinguiría la noche del día. No podría ver el paso de los días, todo mi tiempo consistiría en una constante y desquiciante oscuridad. Los tiempos para las comidas se confundirían deliberadamente. Me tendrían sin comer por largos períodos y después me alimentarían sin darme el tiempo necesario para comer.

“Tienes tres minutos. ¡Come!”, me gritaba un guardia, y más o menos medio minuto más tarde agarraba mi plato. “¡Has terminado!”. Y después sucedía lo opuesto: me daban mucha comida y venía un guardia a mi celda y me forzaba a comérmela toda. Cuando pedía agua porque se me quedaba la comida pegada a la garganta, me castigaba haciéndome beber una botella de litro y medio de agua.

“No puedo beber”, le dije cuando sentía que me iba a explotar el abdomen. Pero / se puso a chillar y a amenazarme, empujándome contra la pared y levantándome la mano para pegarme. Entendí que era mejor beber, y bebí hasta que vomité.

Todos los guardias iban cubiertos con antifaces de carnaval, igual que los médicos. Además, se les informó que yo era un terrorista de primer nivel e increíblemente inteligente.

—¿Sabes quién eres? —dijo el amigo de / —. ¡Eres un terrorista que ayudó a matar a tres mil personas!

—¡Es verdad, lo soy! —respondí. Me di cuenta de que era inútil discutir mi caso con un guardia, especialmente cuando no sabía nada sobre mí. Los guardias eran todos muy hostiles. Maldecían, gritaban y constantemente me sometían al insoportable entrenamiento militar básico. “Levántate”, “Camina hacia la rejilla”, “¡Detente!”, “¡Recoge la basura!”, “Come”, “¡Tienes dos minutos!”, “¡Ya has terminado!”, “¡Entrega la basura!”, “¡Bebe!”, “¡Acábate toda la botella de agua!”, “¡Date prisa!”, “¡Siéntate!”, “¡No te sientes hasta que yo te lo diga!”, “¡Busca la mierda esa!”. Rara vez los guardias me agredían físicamente; pero / me golpeó una vez hasta que me caí cabeza abajo sobre el piso, y cada vez que él y su ayudante me agarraban, me sostenían con fuerza y me hacían correr con las pesadas cadenas. “¡Muévete!”.

No estaba permitido dormir. Para hacer cumplir la prohibición, me obligaban a beber botellas de agua de litro y medio a intervalos de una a dos horas, dependiendo del estado de ánimo del guardia, 24 horas al día. Las consecuencias eran devastadoras. No podía ni cerrar los ojos ni por diez minutos porque estaba casi todo el tiempo sentado en el baño. Más adelante, una vez que disminuyó la tensión, le pregunté a uno de los guardias: “¿Por qué me tienen a dieta de agua? ¿Por qué no me mantienen despierto estando de pie, sin más, como en / ?”.

—Psicológicamente, es mucho más destructivo mantener a alguien despierto por sí mismo, sin tener que ordenárselo —dijo / —. Créeme, no has visto nada todavía. Hemos tenido presos desnudos bajo la regadera durante días, comiendo, orinando y ¡cagando en el baño! —continuó. Otros guardias me hablaron de otros métodos de tortura de los que preferían no haber sabido nada.

Solo se me permitía decir tres frases: “¡Sí, señor!”, “¡Quiero ver a mi interrogador!” y “¡Quiero ver a los médicos!”. Cada cierto tiempo todo el equipo de guardias irrumpía en mi celda, gritando e insultándome de un

modo humillante. Tampoco era para tanto: me habían privado de cualquier mínima comodidad que necesita un detenido, excepto por un colchón y una cobija pequeña, delgada y envejecida. Durante las primeras semanas tampoco me bañé, no lavé mi ropa ni pude cepillarme los dientes. Casi me salieron pulgas. Me daba asco mi propio olor.

Sin dormir, a dieta de agua. Cualquier sonido detrás de la puerta hacía que me levantara y adoptara la postura de firme con el corazón saltándome en el pecho. Mi apetito había desaparecido. Cada minuto esperaba que empezara la siguiente sesión de tortura. Deseaba morirme e ir al cielo; por más pecador que fuera, esta gente no podía compararse a Dios en compasión. Al final del camino todos vamos a encontrarnos con el Señor y rogarle misericordia, admitiendo nuestros pecados y nuestras debilidades. Apenas si recordaba alguna oración, todo lo que podía decir era "Por favor, Señor, líbrame del sufrimiento…".

Comencé a tener alucinaciones y a escuchar voces tan claramente como si fueran reales. Escuché a mi familia en una conversación cotidiana a la que no podía unirme. Escuché voces celestiales leyendo el Corán.[6] Escuché música de mi país. Más adelante, los guardias utilizaron estas alucinaciones y empezaron a imitar las voces a través de las tuberías del agua, animándome a atacar a los guardias y tramar una huida. Pero no me engañaron, aunque tomaba parte en el juego.

—Hemos oído a alguien, ¡tal vez un genio! —solían decir.

—Sí, pero no lo estoy escuchando —les respondía. Me di cuenta de que estaba al borde de la locura. Empecé a hablar solo. A pesar de que intenté convencerme con todas mis fuerzas de que no estaba en Mauritania, de que no estaba cerca de mi familia y, por tanto, de que no era posible que la oyera hablar, seguí oyendo las voces constantemente, día y noche. Era impensable que me dieran apoyo psicológico o, en realidad, cualquier asistencia médica, más allá de la del imbécil al que no quería ni ver.

Me encontraba en el fondo de un pozo. En ese momento no sabía si era de día o de noche, aunque suponía que era de noche porque el desagüe del escusado estaba más bien oscuro. Reuní todas mis fuerzas, adiviné como pude la *Kibla*, me arrodillé y me puse a orarle a Dios. "Por favor, guíame. No sé qué hacer. Estoy rodeado de lobos sangrientos, que no te tienen

miedo”. Mientras rezaba rompí a llorar, aunque ahogué la voz para no ser oído por los guardias. Sabes que siempre hay plegarias serias y plegarias negligentes. Mi experiencia me dice que Dios siempre responde a tus oraciones serias.

—Señor —dije, cuando terminé de orar. Uno de los guardias se presentó con su máscara de Halloween.

—¿Qué? —preguntó el guardia con frialdad.

—Quiero ver a /. No a / ; quiero ver al hombre / —dije.

—¿Quieres decir / ? —Oh, oh, el guardia cometió un grave error al revelar el verdadero nombre de /. De hecho, yo ya estaba familiarizado con ese nombre, porque lo había visto tiempo atrás en el archivo / / / / / / / / / / / / / / / / / / / , y atando cabos te llevan a resolver el enigma.[7]

—Sí, /, no el /. —De verdad quería hablar con alguien que pudiera entenderme, en lugar de / , que apenas era capaz de entender nada. Pero / no apareció y / / / / / / / / / / / / / / / / / / / sí lo hizo.

—¿Has preguntado por /?

—Sí.

—¿Y no has querido verme a mí?

—Así es.

—Bien, trabajo para /. ¡Él me envía! —dijo / con sequedad.

—De acuerdo. No tengo problema en cooperar contigo como haría con / . De todas formas, también me gustaría que el Sr. / participara en las entrevistas —le dije.

—No soy yo quien decide esas cosas, aunque imagino que no habrá problema —contestó.

—Me muero de hambre. Quiero que le digas a los guardias que me traigan algo de comer.

—Si empiezas a colaborar te darán más comida. Vendré más tarde para hacerte unas preguntas. Solo quiero decirte que has tomado la decisión correcta.

***

Las confesiones son como las cuentas de un collar: si el primer abalorio se cae, le sigue el resto.

Siendo sincero, aquí estoy diciendo muchas cosas que he estado ocultando sencillamente por puro miedo. No pude encontrar un punto común para debatir acerca de mi caso con tranquilidad en un ambiente confortable. No tenía crímenes que confesar, justo ese era el punto en el que me quedaba atascado con mis interrogadores, que no estaban precisamente buscando empresas inocentes. Ellos buscaban empresas diabólicas. Pero hablando con el FBI y con el DOD, tuve una buena idea en lo que respecta a las desquiciantes teorías que el gobierno tiene sobre mí.

—Sabemos que viniste de Canadá para conspirar y hacerle daño a los Estados Unidos —me dijo /.

—¿Y en qué consistía mi malévolo plan?

—¿Tal vez no era hacer daño a los Estados Unidos exactamente, sino atacar la Torre CN en Toronto? —fue su respuesta. Yo pensaba: *¿Está loco este tipo? No he oído hablar de esa torre en mi vida*.

—¡Te das cuenta de que si admito algo así tengo que acabar implicando a otras personas! ¿Y si resulta que miento? —le dije.

—Bueno, ¿y qué? Sabemos que tus amigos son mala gente, de modo que si arrestan a / / / / / / / / / / / / , aunque sea por tus mentiras, da igual, porque es gente perniciosa”. Pensé que era un idiota que quería encerrar a gente inocente ¡tan solo porque son árabes musulmanes! ¡Es una locura! Por lo tanto, / me sugirió un crimen concreto que podría admitir y que encajaría en la teoría de Inteligencia.

—Allá, en los Estados Unidos, si le recomiendo a alguien una buena escuela y termina disparando y matando gente, ¿es culpa mía? —me preguntó / / / / / / / / / / / una vez.

—¡No!

—Así que, si has reclutado personas para Al-Qaeda, ¡no es culpa tuya si se hicieron terroristas! —dijo / / / / / / / / / / / / / / / / / .

—El único inconveniente es que no lo he hecho, sin importar las consecuencias.

/ / / / / / / / / / / / / fue más claro:

—Nos importa una mierda si ayudaste a / y a otros dos secuestradores a ir a Chechenia. Solo nos importa si los enviaste a tu /.

De manera que, de acuerdo con / / / / / / / / / /, podía detener la tortura si decía que recluté a / y a dos secuestradores. Si te soy sincero, me hicieron creer que recluté a /. Pensé: *¡Dios mío, debí de haber reclutado al muchacho antes de nacer!*

“Se parece a un perro, camina como un perro, huele como un perro, ladra como un perro, debe de ser un perro”, solía decirme / / / / / / / / / / / repetidamente en sus sesiones conmigo. Sonaba fatal. Sé que no soy un perro y, aun así, debo serlo. Toda esa teoría de la policía de hacer lo que fuera para retener a la gente en la cárcel inculpándola de lo que fuera no tenía sentido. Creo que un sospechoso inocente debe ser simplemente liberado. Como dijo el legendario y ecuánime rey Omar: “Más vale liberar a un criminal que encarcelar a un hombre inocente”.

—/ le explicó a / la mayoría: / / / / / / / / / / / / dijo que lo ayudaste a ir a Chechenia al sugerirles que él y sus amigos cruzaran Afganistán, porque en Georgia estaban devolviendo muyahidines. Es más, cuando le pregunté a / / / / / / / / / / / / / / / / / / lo que cree que haces para Al-Qaeda, me dijo que eres un reclutador de la organización. Creo que sin ti el 11 de septiembre no habría sucedido jamás —concluyó /. Según su teoría, yo era el hombre; solo tenía que admitirlo. Muchos interrogadores me preguntaron: “¿Qué sabes sobre las células de Al-Qaeda en Alemania y Canadá?”. Para serte sincero, nunca he oído nada

parecido. Conozco las organizaciones de Al-Qaeda; pero no sé nada sobre las células de la organización en otros países, lo que no quiere decir necesariamente que no las haya.

/ presionó aún más para sacar el asunto a la luz. “Eres un líder, a la gente le gustas, te respetan y te siguen”, me dijo infinidad de veces. Como puedes ver, mi fórmula ya estaba preparada. No solo formo parte de una célula de Al-Qaeda tanto en Alemania como en Canadá, sino que soy el líder.

Discutí el caso de / / / / / / / / / / / / / / / / con / muchas veces.

—Según dices, recluté a / / / / / / / / / / / / / / / / y sus dos amigos para Al-Qaeda —le expresé.

—Sí.

—De acuerdo. Pero esa afirmación requiere muchas otras demostraciones y coincidencias.

—¿Como cuáles? —preguntó.

—En primer lugar —le expliqué—, supuestamente conocía a / / / / / / / / / / / / / / / / , y / / / / / / / / / / / / / / / mismo dijo que solo me había visto una vez, lo cual no es suficiente para conocer a alguien, aparte de que lo haya reclutado. En segundo lugar, debo de haber reclutado a / / / / / / / / / / / / / / / / sin que él lo supiera, porque él tan solo afirma que le dije cómo llegar a Chechenia. Según tú —continué—, y tal vez según él, le dije que atravesara Afganistán; por tanto, nada garantizaba que fuera a quedarse en Afganistán. Y si por un golpe del destino se quedó en Afganistán, nada aseguraba que fuera a recibir entrenamiento. Y si hubiera decidido entrenarse allí, nada garantizaba que fuera a cumplir las condiciones de Al-Qaeda. Y si por casualidad cumpliera con sus condiciones, nada nos asegura que fuera a estar preparado para convertirse en un terrorista suicida y para aprender a pilotear. ¡Todo esto es ridículo!

—Qué listo eres —dijo / / / / / / / / / / / / /.

—En estas condiciones, estoy de acuerdo contigo en que soy mucho más que inteligente: ¡soy un psicópata! Pero hombre ¿qué los hace pensar que yo sea tan malvado?

—No sabemos bien, pero las personas inteligentes no dejan ningún rastro. Por ejemplo, tuvimos un / que había estado trabajando para Rusia durante veinte años sin que lo descubrieran —dijo / / / / / / / / / / / / / / /.[8]

—Hay gente que aún cree que conspiraste con / —me dijo / / / / / / / / / / / / / cuando le pedí que no me hiciera más preguntas sobre / puesto que el FBI había archivado su caso al haber empezado a cooperar con ellos.[9]

—Está claro que con ustedes no hay forma de entenderse —me dirigí a / / / / / / / / / / / / / / / / / / /.

—¡Te estoy diciendo cómo! —me respondió / / / / / / /.

En esos momentos era tan insoportable el dolor que estaba sufriendo que no tenía nada que perder, y me permití decir lo que fuera necesario para darle satisfacción a mis agresores. Desde que llamé a / una sesión siguió a otra.

—Estamos muy satisfechos con lo que estás diciendo —dijo / tras la primera sesión. Respondí a todas sus preguntas acusándome. Hice todo lo posible para aparecer como un tipo malo, exactamente lo que querían oír. Me hice a la idea de que pasaría en la cárcel el resto de mi vida. Ya ves que la mayoría de las personas podemos aguantar un encarcelamiento injusto; pero nadie puede soportar vivir día tras día en la agonía por el resto de su vida.

/ iba tomando la forma de un ser humano, aunque fuera malvado.

—Estoy escribiendo mi informe como si fueran artículos periodísticos y los miembros del grupo van añadiendo sus comentarios. Están muy satisfechos —aclaró / / / / / / / / / / / / / / .

—Yo también —le dije. Estaba esperando ver la cara pseudosatisfecha de / es una persona amargada. Cuando te habla mira siempre al techo; rara vez mira a alguien a los ojos. Apenas puede mantener un diálogo, pero es muy bueno para los monólogos. “Me divorcié de mi mujer porque era inaguantable”, me confesó una vez.

—No se ha aprobado tu petición de ver / ; mientras tanto, sigo trabajando en tu caso —afirmó.

—¡De acuerdo! —Supe que / era una prueba y que el DOD quería que siguiera tratando con el “tipo malo”.

—/ —me dijo.

—Han conseguido que traspasara mis límites —respondí. Cuando empecé a hablarle a / , / volvió a sacar/ / / la fotografía. Por alguna razón, el equipo quería que / / / / / / / / regresara también.

—Muchas gracias por traer la / / / / / / / / / / / / otra vez —dije.

/ / / / / / / / / / / / / parecía content/ y triste a la vez.

—Me gusta hablar contigo; es fácil y tienes unos dientes bonitos —aseveró / / / / / / antes de que me secuestraran de / . / / / / / / / / / / / / era la persona más cercana a mí y la única con la que podía relacionarme.[10]

—Yo no puedo hacer lo que / está haciendo; lo único por lo que se preocupa es por cumplir con su trabajo —dijo / / / / / / / / / / / / / haciendo comentarios sobre los métodos / cuando / estaba ausente.

/ me interrogaban por turnos. Se dedicaron todo el tiempo, hasta aproximadamente el 10 de noviembre de 2003, a preguntarme sobre Canadá y el 11 de septiembre. No me hicieron ni una pregunta sobre Alemania, donde había estado el centro de mi vida. Cada vez que me preguntaban por alguien de Canadá, les daba información incriminatoria sobre esa persona, incluso sin conocerla. Cada vez que la frase “no sé” me venía a la cabeza me daban ganas de vomitar porque recordaba las palabras de / : “Todo lo que tienes que decir para que te quememos vivo es decir ‘No sé, no me acuerdo’”, o / / / / / / / / / / / / / / “¡No queremos oír más tus negativas!”. De este modo, borré esas frases de mi diccionario.

—Nos gustaría que escribieras tus respuestas en un papel. Es demasiado trabajo para nosotros seguir el ritmo de tus confesiones y podrías olvidar cosas según nos las cuentas —dijo /.

—¡No faltaba más! —Me agradaba la idea porque prefería hablar con un papel que con él. Por lo menos el papel no me gritaría a la cara ni me amenazaría. / me sumergió en un pila de papeles, que obedientemente llené de mi puño y letra. No era mala oferta para mi desánimo y frustración.

—Estás siendo muy generoso con tus declaraciones escritas; incluso has redactado un montón sobre /, a quien no conoces en realidad —puntualizó / con exactitud, olvidando que me había prohibido emplear la frase “no sé”.

—/ está leyendo lo que escribes con mucho interés —dijo / . Me asusté muchísimo cuando escuché esta afirmación tan ambigua.

—Te vamos a pedir las tareas sobre /. Está detenido en el estado de Florida y no hay forma de hacerlo hablar; lo único que hace es negarlo todo. Más te vale proporcionarnos alguna acusación contra él —me dijo /. ¡Qué triste! ¿Cómo podía ser tan desagradable este tipo para pedirme que acusara a alguien a quien apenas conozco?

—Todo lo que puedo decir es que Ahmed L. es un criminal y que debería estar entre rejas por el resto de su vida.[11] Estoy preparado para testificar contra él en el juzgado —le respondí, aunque no era cierto que estuviera dispuesto a mentir ante un tribunal para hacer daño a un inocente.

—/ se enfrentaría a la pena de muerte si conseguimos acusarlo de contrabando de drogas —me dijo una vez /, mostrándome su fotografía. Se me escapó una carcajada en cuanto vi la expresión de su rostro y el uniforme carcelario tipo Bob Baker–Calvin Klein.[12]

—¿De qué te ríes? —me preguntó /.

—¡Es que es gracioso!

—¿Cómo puedes reírte de un compañero? —Me sentí culpable casi instantáneamente, aunque sabía que no me estaba riendo de él. Después de todo, mis condiciones eran peores que las suyas. Me reía de la situación:

podía saber lo que estaba pasando por su cabeza solamente por la expresión de su rostro. Me habían hecho la misma fotografía muchas veces en Senegal, en Mauritania, en Alemania, en Jordania, en Bagram y en GTMO. Odio la pose, el aspecto, la toma de medidas. Te diré una cosa, cuando veas una cara deprimente en un uniforme carcelario, posando enfrente de una escalera de altura en la pared, puedes asegurar que esa persona es un infeliz.

De hecho, en realidad me sentía mal por el pobre muchacho. Había buscado asilo en Canadá por un tiempo pero los canadienses rechazaron su petición, en parte porque lo consideraban un islamista. / estaba deseando probar suerte en los Estados Unidos, donde se encontró con la dura realidad del enrarecido ambiente contra los árabes y los musulmanes, y donde le dieron asilo en una prisión de seguridad de alto nivel, y ahora estaban intentando vincularlo con algún crimen. Su cara de contrición decía algo como "¡Que se pudran los estadounidenses! ¡Los odio con toda mi alma! ¿Qué quieren de mí? ¿Cómo pude acabar en la cárcel si vine aquí buscando protección?".

—Hablé hoy con los canadienses y me dijeron que no creen tu historia de que / intentara introducir ilegalmente drogas en los Estados Unidos, aunque nosotros sabemos que sí lo hizo —me dijo una vez.

—Solo puedo contar lo que sé —le contesté.

—Pero queremos que nos des una prueba que relacione a / con la Conjura del Milenio. Por ejemplo, que dijera que los mujs o creyentes en la yihad son buenos, aunque no fuera tan efusivo como para tenerlo preso el resto de su vida —me aclaró.

—Oh, sí, claro —dije. Me pasó una pila de papeles y regresé a mi celda. Oh, Dios mío, no dejaba de pensar que estaba siendo injusto conmigo mismo y con mis hermanos. Y me decía sin descanso: "Nada malo nos va a suceder… *Ellos* irán al infierno… Nada malo nos va a suceder… *Ellos*…". Es lo que rezaba interiormente una y otra vez. Tomé la pluma y el papel y escribí toda clase de acusaciones falsas sobre un pobre hombre que tan solo buscaba ser un refugiado en Canadá y hacer algo de dinero para poder formar una familia. Además, es discapacitado. Me sentí terriblemente mal y continué rezando en silencio: "No va a sucederte nada malo, querido

hermano…”, cagándome en los papeles según terminaba. Por supuesto, no podía evitar decirles lo que sabía sobre él con sinceridad, porque ya / me había dado las instrucciones: “¡/ está esperando tu testimonio contra / con sumo interés!”. Le entregué a / la tarea hecha, y después de examinarla, vi a / / / / / / / / / / / / / / / / / / / sonriendo por primera vez.

—Lo que has escrito sobre Ahmed es muy interesante; sin embargo, queremos que nos des más detalles —recalcó. Me pregunté qué información quería este idiota si ni siquiera me acordaba de lo que acababa de escribir.

—Sí, no hay problema —le dije.

Me alegré mucho de que Dios hubiera escuchado mis plegarias por / cuando supe, en 2005, que le habían dado la libertad incondicional y enviado de vuelta a su país. “Se enfrentaría a la pena de muerte”, ¡solía decirme / / / / / / / / / / / / / / / / ! Realmente mi situación no era mejor.

—¿Qué van hacer conmigo ahora que estoy cooperando? —le pregunté a / / / / / / / / / / / / / / / / .

—Depende. Si nos das suficiente información, quién sabe; lo vamos a sopesar con tus cargos. Por ejemplo, podemos conmutar la pena de muerte por un encarcelamiento de por vida, y luego reducir esta sentencia a treinta años —me contestó. ¡Señor ten piedad de mí! ¡Qué condena tan dura!

—Oh, es estupendo —respondí. Me sentí muy ruin por las personas a las que estaba haciendo daño con mis falsos testimonios. Tan solo me consolaba, uno, que el daño que me causaba a mí mismo era aún mayor del que hacía a los demás; dos, que no tenía elección, y tres, que estaba convencido de que finalmente triunfaría la justicia, era solo cuestión de tiempo. Es más, no culparía a nadie que mintiera sobre mí bajo tortura. Ahmed era solo un caso. En este tiempo escribí más de mil páginas sobre mis amigos con información falsa. La Inteligencia norteamericana quería que pasara por el aro, y eso es exactamente lo que hice.

Al principio de esta etapa de cooperación apenas disminuyó la presión. Fui interrogado /

/ /
/ . Me parecía muy desconsiderado interrogar así a un ser humano, especialmente a alguien que se muestra colaborador. Me hicieron escribir nombres y lugares / / / / / / / / / /
/ /
/ /. Me enseñaron miles de fotografías. Las conocía todas porque las había visto cientos de veces; todo me resultaba conocido. ¡Qué gente tan despiadada!

Los guardias no hallaban qué hacer contra mí.

—No tengan piedad con él. Aumenten la presión. Hay que sacarlo de sus casillas —dijo / . Y eso fue exactamente lo que hicieron los guardias. Daban golpes en mi celda para mantenerme despierto y asustado. Me sacaban violentamente de la celda para inspección al menos dos veces al día. Me llevaban fuera en mitad de la noche y me obligaban a hacer ejercicio que no podía realizar debido a mi condición física. Me ponían de cara a la pared varias veces al día y me amenazaban directa e indirectamente. A veces incluso me interrogaban. Pero nunca les dije nada a mis interrogadores porque sabía que ellos estaban detrás de todo eso.

—¿Sabes quién eres? —decía / .

—Uh…

—Eres un terrorista —continuaba.

—¡Sí, señor!

—No bastaría con matarte una vez. Habría que matarte mil veces. Y en lugar de eso, ¡te alimentamos!

—¡Sí, señor!

La dieta de agua seguía machacándome. “Todavía no has visto nada”, me repetían.

—No se me antoja saber más. No hacen falta medidas más severas.

Los guardias se organizaban en dos turnos, el de día y el de noche. En cada cambio de turno me dejaban clara su presencia dando fuertes golpes en la puerta de la celda para asustarme. Al llegar el nuevo turno se me aceleraba el corazón, porque siempre aparecían con nuevas ideas para joderme la vida; como dejarme solo de treinta segundos a un minuto para

comer, o forzarme a comer hasta la última porción en muy poco tiempo. “¡Más vale que te lo acabes!”, me gritaban. O me hacían limpiar el baño en exceso, o doblar las toallas y la cobija de formas imposibles una y otra vez hasta decir basta. Incluyeron nuevas normas en su afán de prohibirme cualquier tipo de comodidad. Una: no podría estar tumbado; siempre que se presentara un guardia en mi agujero tenía que estar despierto y levantarme en cuanto se acercara a mi espacio. No había posibilidad de dormir propiamente hablando. Dos: ¡la taza tenía que estar siempre seca! ¿Y cómo, si estaba todo el tiempo orinando y tirando de la cadena? Para mantenerlo todo limpio, tenía que usar mi único uniforme para secar la taza, quedándose todo empapado y lleno de mierda. Tres: mi celda tenía que estar ordenada de un modo predeterminado, lo que incluía tener la cobija doblada, de modo que nunca podía usarla.

Estas eran las normas que los guardias me marcaban. Como método de autodefensa, siempre me mostraba más temeroso de lo que realmente me sentía. No es que me guste ser un héroe; no soy tal cosa. No sentía miedo de los guardias porque sabía que las órdenes venían de arriba. Si ellos informaban que “¡el preso no siente miedo!”, aumentarían la dosis.

Mientras tanto, yo seguía mi propia estrategia. En primer lugar, sabía que me encontraba a solo unos pocos metros de /.[13] Los interrogadores y los guardias me daban pistas sobre el “lugar dejado de la mano de Dios” en el que estaba, pero yo los ignoraba completamente. Entonces me preguntaban: “¿Dónde crees que estás?”. Simplemente les respondía: “No estoy seguro pero no me preocupa. En realidad, no me importa saber dónde estoy, puesto que estoy lejos de mi familia”. Y así cerraba el tema. Tenía miedo de que me torturaran si descubrían que sabía dónde estaba; aunque era también un consuelo saber que no estaba tan lejos de mis compañeros.

Una vez averigüé cómo distinguir el día de la noche. Seguía el control de los días recitando diez páginas del Corán cada vez. A los sesenta días terminaba y volvía a empezar, y de este modo podía llevar la cuenta. “¡Cierra esa pinche boca! Se acabó la hora de cantar”, decía / cuando me oía recitar el Corán. Después de aquello lo recité en silencio para que no pudieran oírme. Pero los días de la semana

aún los confundía. No logré controlarlos hasta que vislumbré el reloj de / cuando lo sacó de su bolsillo para mirar la hora. Solía ser muy cuidadoso y precavido, pero era demasiado tarde, vi MO/ y él ni se dio cuenta. El viernes es un día muy importante en el calendario musulmán, y por esa razón quería llevar el cómputo de los días de la semana. Además, no soportaba el hecho de que me privaran de una de mis libertades más fundamentales.

Intenté averiguar el nombre de todas las personas que habían estado implicadas en mi tortura –no para tomar represalias ni nada parecido–. No quería que ninguna de aquellas personas pudiera ponerles la mano encima a mis hermanos, ni a nadie, fuera quien fuese. Creo que no solo se les debería privar de su poder, sino también meterlos en la cárcel. Pude saber los nombres de / dos de mis interrogadores, dos de los guardias y otros interrogadores que no estuvieron directamente implicados en mi tortura pero que podrían servir de testigos.

Cuando conocí a los norteamericanos por primera vez, sentí repulsión por su lengua por todo el daño que me estaban causando sin motivo alguno; no quería aprenderla. Pero era una reacción emocional, y, actuando con sabiduría, decidí aprender inglés. Aunque sabía cómo conjugar los verbos *to be* y *to have*, mi bagaje lingüístico era muy limitado. Al no tener libros, tuve que captar lo que podía de los guardias y, en ocasiones, de mis interrogadores. Después de un breve tiempo llegué a hablar coloquialmente: “He don’t care, she don’t care, I ain’t done nothin’, me and my friend did so and so, F— this and F— that, damn x and damn y . . .”.

También analicé a las personas que me rodeaban. Mis observaciones dieron como resultado que solo me designaron estadounidenses blancos, tanto guardias como interrogadores. Solo había un guardia de raza negra que no pintaba nada. Su ayudante era un / / / / / / / / / / / / / / / / blanco más joven que siempre estaba a cargo. Te estarás preguntando cómo puedo saber los rangos de los guardias si iban tapados. Se suponía que no debía saber quién era el responsable, ni ellos debían haberme dado pistas. Pero es muy fácil apreciar quién es el jefe en los Estados Unidos: es inconfundible.

Mis sospechas de encontrarme cerca de / se confirmaron cuando un día me dieron una ración de comida como la que solía recibir en / . “¿Por qué me han dado comida caliente?”, le pregunté sarcásticamente al guardia principal. “Nos lo ha ordenado el médico”. En verdad parecía yo un fantasma, todo huesos y pellejo. En cuestión de semanas me habían salido canas a los lados de la cabeza, un fenómeno que en mi cultura se toma como el resultado de una profunda depresión. Era necesario en mi proceso de interrogatorio mantener la presión. El plan funcionó: cuánta mayor era la presión, más historias salían y más contentos estaban conmigo mis interrogadores.

Y entonces, de forma lenta pero segura, a los guardias se les avisó para que me permitieran cepillarme los dientes y bañarme, además de tomar más comidas calientes. Los interrogadores comenzaron a preguntarme / fue quien dio el primer paso, aunque estoy seguro de que habían tenido una reunión para hablar de ello. Todos en el equipo se daban cuenta de que estaba a punto de perder la cabeza debido a mi situación física y mi estado psicológico. Había estado mucho tiempo aislado.

—Por favor, ¡sáquenme de este infierno! —les decía.

—No vas a regresar con la población carcelaria en ningún momento —me dijo / / / / / / / / / / / / /. Ella me respondió con dureza, pero era la verdad: no estaba en los planes dejarme regresar.[14] Estaban obcecados en mantenerme aislado todo lo posible y sacarme toda la información.

Aún no tenía nada en mi celda. Me pasaba el tiempo recitando el Corán en silencio. El resto del tiempo lo pasaba hablando solo, dándole vueltas a mi vida y pensando en las peores situaciones que se me podrían presentar. Seguí contando los agujeros de la jaula en la que me encontraba. Hay unos 4 100 agujeros.

Tal vez por eso / / / / / / / / / / / / / / empezó a traerme algunos rompecabezas para entretenerme un poco. “Si descubrimos que nos mientes, nos vamos a poner muy furiosos contigo y vamos a quitarte todo esto. Todo podría volver a ser como antes, ya lo sabes”, solía decirme / / / / / / / / / / / / / / cada vez que me traía un rompecabezas. Me daba el corazón un vuelco, pero me decía: *¡Vaya un imbécil! ¿Por qué no me deja disfrutar de mi “premio” del momento? Mañana será otro día*.

Comencé a ampliar mi vocabulario. Tomé un papel y me puse a escribir en él las palabras que no entendía; / me las explicaba. Si algo bueno tiene / / / / / / / / / / / / / / / / / / / es que su vocabulario es muy rico. No recuerdo una palabra que no conociera. El inglés era su única lengua, aunque afirmaba hablar farsi. “Quise aprender a hablar francés; pero no me gustaba cómo sonaba y lo dejé”, decía.

—/ quiere verte en un par de días —dijo / / / / / / / / / / / / / / / . Estaba tan asustado y en una situación tal, que incluso ya me parecía bien que viniera a visitarme.

—Será bien recibido —afirmé. Iba al baño sin parar. La presión sanguínea se me había puesto por las nubes. Me preguntaba cómo sería la visita. Pero gracias a Dios fue mucho mejor de lo que me imaginaba. / vino escoltado por / / / / / / / / / / / / / / / . Como siempre, se mostró práctico y breve.

—Estoy muy contento con tu colaboración. ¿Recuerdas cuando te decía que prefiero las conversaciones civilizadas? Creo que nos has contado 85% de lo que sabes; pero estoy seguro de que nos proporcionarás el resto —me dijo, abriendo una bolsa de hielo y algo de jugo.

—Oh, sí. ¡Yo también estoy contento! —contesté, bebiéndome el jugo a la fuerza y tratando de actuar con normalidad. Pero no, estaba sorprendido de lo que había salido de su boca: un 85%. / me aconsejó seguir cooperando.

—Te he traído este regalo —me dijo, entregándome una almohada. Sí, una almohada. La recibí con una desbordante y falsa alegría, y no porque estuviera muriéndome de ganas de tener una. No, tomé la almohada como una señal de que la tortura física llegaba a su fin. Hay un chiste de mi pueblo sobre un hombre que está plantado totalmente desnudo en la calle.

Cuando alguien le pregunta: “¿Necesitas algo?”, el hombre responde: “Dame unos zapatos”. Eso era exactamente lo que me estaba pasando. ¡Todo lo que necesitaba era una almohada! Era más que nada: solo en mi celda seguí leyendo la etiqueta una y otra vez.

—Acuérdate cuando / te habló de ese 15% que aún no nos has contado —me dijo / / / / / / / / / / / / / / un par de días después de que / viniera a verme—. Creo que tu historia sobre Canadá no tiene sentido. Ya sabes los cargos que el FBI y nosotros tenemos contra ti —continuó.

—Entonces, ¿qué tendría sentido? —le pregunté.

—Sabes exactamente lo que tendría sentido —dijo con sarcasmo.

—Tienes razón, me equivoqué con Canadá. Exactamente lo que pasó fue…

—Quiero que escribas lo que acabas de decir. Tiene todo el sentido y lo entendí perfectamente; pero ponlo por escrito.

—¡Encantado, señor! —le dije.

***

> Llegué a Canadá con el plan de hacer estallar una bomba en la Torre CN de Toronto. Mis cómplices eran / y /. / fue hasta Rusia a conseguirnos los explosivos. / creó un programa de simulación de explosivos que le pedí para probarlo yo mismo y se lo pasé a / en un soporte de datos. Este último iba a enviárselo a / / / / / / / / / / / / / / / / / / / con todo el plan a Londres y así poder recibir la orden final del líder. / / / / / / / / / / / / / tenía que comprar azúcar en grandes cantidades para mezclarla con los explosivos y ocasionar más daños. / nos financió. Gracias a la Inteligencia canadiense, se descubrió el plan y acabó en fracaso. Reconozco mi culpabilidad tanto como la de los demás implicados y me siento arrepentido y avergonzado por lo que hice. Firmado, M.O. SLAHI.

Le entregué el papel a / y lo leyó satisfecho.

—Esta declaración encaja perfectamente.

—Si les interesa, esto es lo que puedo ofrecerles —les dije. / no podía estarse quieto en la silla; tenía ganas de salir de inmediato. Supongo que había conseguido una buena presa. A / se le veía abrumado pues había hecho un gran avance donde otros interrogadores no lo habían logrado, a pesar de casi cuatro años de interrogatorio ininterrumpido de todo tipo de agencias de más de seis países. ¡Vaya éxito! A / casi le da un infarto de la alegría.

—¡Voy a verlo!

Creo que / / / / / / / / / / / era la única persona que no se alegraba, porque / / / / / / dudaba de la veracidad de la historia.

De hecho, al día siguiente / vino a verme, escoltado como siempre por su /.

—¿Te acuerdas cuando te hablé de ese 15% que no nos habías contado?

—Sí, claro.

—¡Creo que esta confesión cubre ese 15%! —me dijo—. ¡Cielos, sí!

—Me alegro de que sea así —expresé.

—¿Quién puso el dinero?

—/ / / / / / / / / / / / / / / /

—¿Y tú, también? —me preguntó / .

—No, yo me encargué del montaje electrónico. —En realidad no sé por qué negué haber participado en la financiación. ¿Había acaso alguna diferencia? Tal vez estaba tratando de mantener la coherencia.

—¿Y si te decimos que hemos encontrado tu firma en una tarjeta de crédito falsa? —dijo / . Sabía que estaba tratando de fregarme porque yo estaba seguro de no haber estado metido jamás en esas cosas. Pero no iba a discutir con él.

—Solo dime cuál es la respuesta correcta. ¿Puedo responder con sí o con no? —le pregunté. En ese momento deseé estar involucrado en algo que pudiera admitir sin más y librarme de tener que escribir sobre todos los musulmanes que he conocido y todas las organizaciones islámicas de las que he oído hablar. Hubiera sido mucho más sencillo admitir un crimen auténtico y decir sí, eso es.

—Esta confesión es coherente con la información que tenemos otras agencias y nosotros —dijo / .

—Me alegro.

—¿Esta historia es verdadera? —preguntó / / / / / / / / / / / / / / / / / /.

—Mira, estas personas con las que me relacionaba son mala gente de todos modos y deberían estar entre rejas. Y en lo que a mí respecta, me da igual mientras ustedes estén satisfechos. Así que, si les interesa, esto es lo que puedo ofrecerles.

—Pero tenemos que contrastarlo con las otras agencias, y si la historia está mal, lo van a averiguar —/ .

—Si quieren saber la verdad, esta historia no ha sucedido —dije con tristeza. / me había traído algunas bebidas y dulces que me tragué a la fuerza. Me sabían fatal, con lo nervioso que estaba. / sacó fuera su / / / / / / / / / / / y se enfrentó a mí. / regresó acosándome y amenazándome con toda clase de sufrimientos y agonía. / .

—Ya sabes hasta dónde puede llegar nuestra rabia —me dijo / . Yo me decía qué demonios quiere este cabrón de mí. Si quiere una confesión, ya le he proporcionado una. ¿Quiere que haga milagros? ¿Quiere que le abra los ojos? Ni soy un profeta, ni él cree en ellos. “La Biblia es solamente la historia del pueblo judío, nada más”, solía decir. Si quiere la verdad, ¡ya le he dicho que no he hecho nada! No veía ninguna salida. “¡Sí!... ¡Sí!... ¡Sí!”. Una vez / me hizo sudar hasta la última gota de agua, / lo llamó y le dio instrucciones sobre los pasos siguientes. / se marchó y / / / / / / / / / / / / / / / / / / prosiguió.

—/ tiene control sobre todo. Si él está satisfecho, todo el mundo lo está. Y si no, no. —/ empezó a hacerme preguntas sobre otras cosas, oportunidad que yo empleé para parecer todo lo villano que podía ante sus ojos.

—¡Te voy a dejar solo con papel y pluma, y quiero que escribas todo lo que recuerdes sobre este plan en Canadá!

—Sí, señor.

Dos días más tarde ya estaban tocando mi puerta.

—¡Levántate! ¡Pasa las manos por la rejilla! —me ordenó un guardia que sonaba muy desagradable. No eran bienvenidos: no había echado de menos sus caras durante el fin de semana. Los interrogadores me tenían atemorizado. Los guardias me engrilletaron y me llevaron fuera del edificio, donde / me esperaba. Era la primera vez que veía la luz del día. Muchas personas están tan acostumbradas a ella que no la valoran como cuando la tienen prohibida. El brillo del sol me hizo entornar los ojos hasta que se adaptaron. El sol me rozó y recibí su calidez como una bendición. Estaba aterrado y temblaba.

—¿Qué te pasa? —me preguntó uno de los guardias.

—No estoy acostumbrado a este lugar.

—Te hemos sacado para que puedas ver el sol. Habrá más recompensas como esta.

—Muchas gracias —intenté decir, aunque tenía la boca seca y la lengua me pesaba como el plomo.

—No te va a pasar nada si sigues hablándonos de lo que has hecho. Ya sé que tienes miedo de que cambiemos de opinión —me dijo / mientras / tomaba apuntes.

—Lo sé.

—Vamos a hablar hipotéticamente. ¿Entiendes la palabra *hipotético*? —dijo / .

—Sí, la entiendo.

—Supongamos que has hecho lo que has confesado.

—Pero no es cierto.

—Solo supongamos.

—De acuerdo —asentí. Para ser / de un rango elevado, era el peor interrogador que había visto. Me refiero a su profesionalismo. Saltaba de una cosa a otra sin centrarse en nada concreto. Jamás hubiera dicho que se dedicaba a interrogar personas.

—De los dos, / y tú, ¿quién estaba al mando?

—Depende: en la mezquita yo era el responsable y fuera, era él —le respondí. La pregunta daba por hecho que Hannachi y yo éramos miembros de una banda, aunque yo ni siquiera conocía al Sr. / , y mucho menos podía haber colaborado con él en una conspiración como parte de una organización que nunca existió.[15] Pero, de todos modos, no podía decirle algo así a / ; tenía que contarle algo que me incriminara.

—¿Has conspirado con estos individuos como admites, sí o no?

—¿Quieres saber la verdad?

—¡Sí!

—No lo he hecho —le dije. / y / intentaron engañarme de todas las formas posibles; pero, en primer lugar, ya me sabía todos sus trucos, y en segundo, ya les había dicho la verdad. De modo que era inútil tratar de engañarme. Pero me pusieron entre la espada y la pared: si les mentía, “Sufrirás nuestra cólera”, y si les decía la verdad, aparecería como inocente, lo que les haría creer que estoy ocultando información, porque a sus ojos SOY UN CRIMINAL y aún no había sido capaz de hacerlos cambiar de opinión.

/ me pasó una versión impresa del llamado Programa de Protección de Testigos. Se olvidó de desactivar la nota con la fecha de impresión, y así pude enterarme. Se suponía que no debía saber la fecha. Pero nadie es perfecto.

—Oh, muchas gracias —dije.

—Si nos ayudas, vas a ver lo generoso que es nuestro gobierno —me dijo / .

—Lo leeré.

—Creo que esto es para ti.

—Claro.

/ les indicó a los guardias con un gesto que me llevaran a mi celda. Me habían tenido sujeto todo este tiempo / .[16]

Una vez que el equipo de interrogatorio se hubo marchado, uno de los guardias se introdujo a mi celda y me gritó: “Levántate, hijo de puta”. Yo pensaba: *Oh, Dios mío, ¿otra vez?* / me sacó de la celda y me puso de cara a la pared.

—Tú, pinche maricón. ¿Por qué no admites de una vez?

—He dicho la verdad.

—No. Los interrogadores nunca preguntan si no tienen evidencias. Solo querían probarte. Y ¿sabes qué? La has cagado y has perdido la oportunidad —continuó. Yo estaba sudando y temblando, mostrándome más aterrado de lo que realmente estaba—. Es muy fácil: solo queremos que nos digas lo que has hecho, cómo lo has hecho y quién más estaba contigo. Usamos esa información para impedir otros ataques. ¿No es fácil?

—Sí, lo es.

—Entonces, ¿por qué sigues jodiendo?

—¡Porque es maricón! —dijo /.

—¿Crees que / / / / / / / / / / / / / / / / / te ha dado la información de la protección de testigos por diversión? Diablos, deberíamos matarte, pero en lugar de eso te vamos a dar dinero, casa y un bonito coche. ¡Qué rabia me da! Al final, no dejas de ser un terrorista —continuó—. Más vale que les digas todo la próxima vez que vengan. Agarra un papel y una pluma, y escríbelo todo.

Los interrogadores y los guardias creen que el Programa de Protección de Testigos es una especialidad estadounidense, pero no lo es. Se pone en práctica en todo el mundo; incluso en los países dictatoriales los criminales pueden beneficiarse de un programa como ese. / me contó historias de otros criminales que acabaron siendo amigos del gobierno de los Estados Unidos, como /

/ y otros comunistas que huyeron de los soviéticos durante la Guerra Fría. No me descubrieron nada nuevo, pero tomé los papeles de todos modos: algo más para leer, aparte de la etiqueta de la almohada. Los leí sin parar, una y otra vez, por el mero placer de leer y porque no tenía otra cosa.

—Te acuerdas de lo que le contaste a / , cuando te dijo que estabas ocultándonos el 15% —me dijo / / / / / / / / / / / / / / / / / / en nuestra siguiente sesión.

—Sí. Pero ya ves que no puedo discutir con /. Si lo hago se vuelve loco. —/ / / / / / / / / / / / / / / / / / tomó mi confesión impresa y empezó a leerla, sonriendo.

—No solo te inculpas tú. También estás haciendo daño a otras personas inocentes.

—Así es. Pero, ¿qué otra cosa podía hacer?

—¿Dices que querían mezclar azúcar con explosivos?

—Sí, eso dije. —/ / / / / / / / / / / / / / / sonrió.

—Pero esto no es lo que queríamos escuchar cuando te preguntamos qué querías decir con *azúcar*. En realidad, /.

—/ / / / / / / / / / de verdad que eso no lo sé —le dije.

—No puede ser que nos mientas sobre algo tan importante como eso —afirmó / / / / / / / / / / / —. Tenemos un experto muy calificado que podría venir y preguntarte. ¿Qué te parece, /?

—/ / / / / / / / / / / / / / / / / / / ¡Estoy deseando pasar por ello! —aseguré, aunque el corazón se me salía del pecho porque sabía que podría no pasar la prueba aunque estuviera diciendo la verdad.

—Voy a preparar un / / / / / / / / / / / / / / / / / para ti lo antes posible.[17]

—Sé que quieres caerme bien —dije.

—No; me preocupo por ti. Me gustaría verte fuera de aquí, llevando una vida normal. Hay algunos presos a los que me gustaría que pasaran aquí el resto de sus vidas. ¡Pero a ti no! —/ sintiéndolo de

verdad.

—Muchas gracias. —/ / / / / / / / / / se marchó con esta promesa y yo me retiré a mi celda completamente deprimido.

—Recuerda que el / / / / / / / / / / / / / / / / / / / es de una importancia decisiva en tu vida —me dijo / poco después de salir de una de sus sesiones, intentando, con ayuda de su verdugo / , sacarme información inexistente. Me encabroné porque ahora toda mi vida estaba pendiendo de un / / / / / / / / / / / / / / / / / / / .

—Sí señor, lo sé.

—Quién quieres que esté contigo durante el / / / / / / / / / / / / / / / / / / ? —me preguntó / / / / / / / / / / / / / / / / / / un par de días antes del / / / / / / / / / / /.

—Creo que sería una buena idea /; pero ¡también estaría bien si tú estuvieras allí!

—O el otro / / / / / / / / /. —/ .

—Sí —dije de mala gana—. Pero, ¿por qué no vienes tú?

—Lo intentaré; pero si no soy yo, será el / / / / / / / / / / / / .

—Me da mucho miedo lo que / diga —le dije a / / / / / / / / / / / el día anterior a la prueba.

—Mira, yo he pasado por esa prueba muchas veces y la he aprobado. Lo único que tienes que hacer es llevar la mente despejada y ser honesto y sincero —respondió / / / / / / / / / / /.

—Lo haré.

/ “¿Adivina?” —dijo / / / / / / / / / / / / / / , mirando a través de los barrotes de mi celda. Enseguida me puse de pie junto a la mirilla.

—¡Sí, señor! —Pensé que / / / / era uno de los guardias. / / / / / / / / / / / / / con sorpresa y / / / / / me miró, sonriendo.

—¡Oh, si eres tú! Lo siento, creí que eras uno de los guardias. Has venido para el / / / / / / / / /, ¿verdad?

—Sí, dentro de un par de horas estaré de vuelta con el tipo del / / / / / / / / / / / / / / /. Solo quería avisarte para que estés preparado.

—Está bien. Muchas gracias.

/ / / / / / / se marchó. Me lavé ritualmente y traté de orar a escondidas de los guardias; no recuerdo si lo hice formal o informalmente. ¡Oh, Dios! Necesito tu ayuda más que nunca. Por favor, hazles ver que estoy diciendo la verdad. Por favor, no les des a estas personas tan crueles más razones para hacerme sufrir. Por favor. ¡Por favor! Después de orar practiqué una especie de yoga. En realidad, no había practicado esta técnica de meditación antes; pero esta vez me senté en mi cama, puse las manos sobre los muslos e imaginé mi cuerpo conectado al polígrafo.[18]

“¿Has cometido algún crimen contra los Estados Unidos?”, me pregunté.

“No”.

¿Lo pasaré? ¡Que se pudran! No he cometido ningún crimen. ¿Por qué iba a preocuparme? ¡Son el demonio! Y entonces pensé: No, no son el demonio: tienen derecho a defender su país. Son buena gente. ¡De verdad que sí! Y de nuevo, que les den, no les debo nada. Me han torturado, ¡ellos están en deuda conmigo! Repasé todas las posibles preguntas del / / / / / / / / /.

“Has dicho la verdad sobre /”.

“No”.

Oh, es un gran problema, porque / / / / / / / / / / / / / / / / / dijo: “Si te encontramos mintiendo vas a sentir todo el peso de nuestra cólera”. Que se pudra / / / / / / / / / / / / / / / / ; no pienso mentir para darles gusto y destruir mi propia vida. De ninguna manera. Voy a decir la verdad de cualquier manera. Pero, ¿y si no paso la prueba aunque responda con la verdad? ¡Bien! Pues nada, voy a mentir. Pero ¿qué pasa si el / / / / / / / / / descubre mis mentiras? En serio, voy a estar atascado en un callejón sin salida. Solo Dios puede ayudarme: mi situación es muy grave, y los norteamericanos están locos. No te preocupes por eso, pasa el / / / / / / / / y todo va a salir bien. Estaba yendo tan a menudo al baño, que pensé que iba a orinar los riñones.

Sonó el timbre de la puerta y / / / / / / / / / / / surgió de repente con el /.

/ /.

—Mi nombre es / . Encantado de conocerte.

—El gusto es mío —le dije, estrechándole la mano. Sé que me mintió sobre su nombre. Desafortunadamente escogió mal, y me dijo: /, que yo sabía que era un nombre genérico. Pero en verdad me daba igual. Después de todo, ¿qué interrogador es honesto sobre algo? También podía haberse presentado como / con el mismo resultado.

—Hoy vas a trabajar conmigo. ¿Cómo estás?

—Estoy muy nervioso —le respondí.

—Perfecto. Así debería ser. No me gustan los presos demasiado relajados. Dame un minuto, voy a instalar el / / / / / / / / / / / / / / / / / / . —En realidad, / / / / / / / / / / / y yo le ayudamos /.

—Ahora quiero que te sientes y me mires todo el tiempo mientras te hablo. —/ / / / / / / / / / / / / / / no era precisamente un interrogador malvado. Pienso que era escéptico pero correcto.

—¿Has pasado la / anteriormente?

—Sí.

—Entonces entiendes el / .

—Supongo que sí.

Pero de todos modos, /

/ / / / / / / / / / / / / / / / / / / /…

Notas:

1 De hecho, el material publicitario del Departamento de Defensa sobre Guantánamo enfatiza en la protección de la expresión religiosa en el centro de detención. Ver, *e.g.*, "Diez hechos sobre Guantánamo" (disponible en http:/ / 1.usa.gov/1Lrsixm), que manifiesta: "La llamada a la oración musulmana suena cinco veces al día. Varias flechas orientan a los detenidos hacia la ciudad santa de La Meca". Aquí MOS parece estar contrastando la situación vivida durante su detención en el Campo Delta con la vivida en la celda en el Campo Eco.

2 El informe de la petición de habeas describe lo que podría ser esta misma escena: "Después de que Slahi había estado aislado durante unos días, Zuley le dijo que tenía que 'dejar de negar las acusaciones del Gobierno'. Mientras Zuley hablaba, el [censurado] hombre estaba detrás de la lona, maldiciendo y gritándole a Zuley para que lo dejara entrar" (Alegato de Apelación 26-27).

3 El tono de esta sesión de interrogatorio indica que el interrogador jefe podría ser el mismo "odioso" primer sargento que MOS identificó ante el ARB de 2005 como miembro del Equipo de Proyectos Especiales. El segundo interrogador de esta escena parece ser la misma mujer que asistió a la anterior agresión sexual.

4 Era habitual amenazar a los prisioneros con el espectro de los interrogatorios abusivos a manos de los agentes israelíes o egipcios. En 2010, un antiguo interrogador militar de Guantánamo llamado Damien Corsetti testificó en el juicio de la comisión militar de Omar Khadr que mientras estuvo en Guantánamo "los interrogatorios incluían amenazas de mandar a los detenidos a Israel y Egipto" (ver http:/ / on.thestar.com/1fyxvF7).

5 Aquí debe de estar refiriéndose al gobierno mauritano y su estrecha colaboración con el gobierno de los Estados Unidos y al propio arresto de MOS en Mauritania en nombre de los norteamericanos.

6 De manera escalofriante, queda corroborado este hecho en los documentos gubernamentales. De acuerdo con la Comisión de Servicios Armados del Senado, el 17 de octubre de 2003 un interrogador de JFT-GTMO envió un correo a un psicólogo del Equipo de Consultores de Ciencias de la Conducta (BSCT), que dice: "Slahi me dijo que 'oye voces'… está preocupado porque sabe que esto no es normal… Por cierto… ¿esto le pasa a las personas que apenas tienen estímulos externos como la luz del día, la interacción humana, etcétera? Parece un poco espeluznante". El psicólogo respondió: "La privación sensorial puede causar alucinaciones, normalmente visuales en lugar de auditivas, aunque nunca se sabe… En la más absoluta oscuridad puedes inventar cosas a partir de lo poco que tienes…" (SASC 140-141).

7 El informe Schmidt-Furlow data esta sesión el 8 de septiembre de 2003, y señala que el historial del interrogatorio muestra que en aquella fecha "el sujeto del segundo interrogatorio especial quería ver al "capitán Collins" y que el equipo de interrogatorio "comprendió que el detenido había tomado una decisión importante y que el interrogador estaba deseando escuchar lo que el detenido tenía que decir". Parece que otro miembro del equipo de proyectos especiales continuó con la dirección del interrogatorio en su lugar (Schmidt-Furlow 25).

8 Aquí debe de referirse a Robert Hanssen, un agente del FBI que trabajó desde 1979 como espía para la Unión Soviética y después para los servicios de Inteligencia rusos hasta su arresto y posterior condena en 2001.

9 Debe de referirse a Ahmed Ressam y a su cooperación con las autoridades estadounidenses. Ver en capítulo 1 Jordania-Afganistán la nota 37

10 Los pronombres censurados y descripciones como "la persona más cercana a mí" y "la única con la que podía relacionarme" señalan posiblemente al miembro femenino del equipo de proyectos especiales que había dirigido el segundo turno de interrogatorios. Ver en capítulo 5 GTMO I la nota 38.

11 Ahmed L. aparece sin censurar en el manuscrito. Podría tratarse de Ahmed Laabidi, un tunecino que vivía en Montreal en el año 2000 y que más tarde fue detenido en los Estados Unidos en un control de inmigrantes. Lo retuvieron en inmigración en el país y después fue deportado a Túnez en septiembre de 2003.Ver la nota 15 de este mismo capítulo.

12 La empresa Bob Baker Incorporated, que se define a sí misma como "Líder del Suministro Carcelario", es el proveedor principal de uniformes carcelarios del Departamento de Defensa norteamericano (ver http:/ / bit.ly/1PsDSpW).

13 MOS tal vez se está refiriendo a la distancia entre la celda de aislamiento en la que está retenido y los pabellones principales de detenidos del Campo Delta, donde estuvo anteriormente.

14 El pronombre femenino aparece aquí sin censurar.

15 Con "Hannachi" podría estar refiriéndose a Raouf Hannachi, un ciudadano canadiense nacido en Túnez que también vivía en Montreal en el año 2000. Por lo que se aprecia en la evaluación del detenido de 2008 y en el fallo de habeas corpus, declaraciones como las que describe aquí MOS llegaron a formar parte de los alegatos del gobierno contra él. Hannachi y Ahmed Laabidi aparecen tanto en la "Valoración del Detenido", de 2008, como en la "Orden del Memorándum" de habeas del juez James Robertson, de 2010. En ambas el gobierno presenta a MOS, Hannachi y Laabidi como miembros de la célula en Montreal de Al-Qaeda, con Hannachi como el líder de la célula y Laabidi como el financiador. En una nota al pie del documento del juez Robertson, este señala concretamente que la declaración de MOS en el interrogatorio de que "Laabidi [es] un terrorista que apoyó el uso de terroristas suicidas" se produjo en una sesión fechada el 16 de septiembre de 2003 –en torno al momento de la situación que MOS describe aquí–. La Valoración del Detenido de 2008 está disponible en http:/ / nyti.ms/1yluDC0 (Detainee Assessment 10; Memorandum Order 26-28).

16 MOS señala más adelante en el manuscrito que lo mantuvieron en la misma celda en la que lo habían dejado al final de su secuestro durante todo el tiempo que le llevó la creación de esta obra. No hay indicios de que lo hayan trasladado desde entonces. Un artículo del *Washington Post* describe un "pequeño espacio cercado dentro del recinto de la cárcel militar", que concuerda con la descripción de la situación en que vivía MOS cuando escribió el manuscrito. Ver http:/ / wapo.st/1LpyPpp. (Manuscrito 233).

17 Según el contexto, incluyendo la palabra *poli* que aparece un poco más adelante en este pasaje, parece que el tema de conversación y la extensa censura que sigue podría ser la prueba del polígrafo que MOS describe hacia el final de su testimonio ante la ARB. Tras narrar el viaje en barco y sus secuelas, declara: "Como me dijeron que, o hablaba o seguirían haciéndome esto, les dije que iba a decirles todo lo que quisieran… Les dije que iba a intentar hacerlo por mí mismo, y entonces me dijeron que lo escribiera. Lo escribí y lo firmé. Metí a muchas personas, personas inocentes, porque tenía que inventar una historia que tuviera sentido. Pensaron que mi confesión era falsa, así que me hicieron pasar por el polígrafo" (ARB 27).

18 Aquí aparece *polígrafo* sin censurar.

7

GTMO III

2004 — 2005

Buenas noticias … Despedida familiar … La televisión y la laptop … Primera alegría no oficial en un mar de lágrimas … La situación actual …

El dilema de los detenidos cubanos

Yo estoy content/ y / está muy satisfecho —dijo / / / / / / / / / cuando apareció / / / / / / / / el día siguiente al / / / / / / / / / / / / / / / / / / / , acompañad/ por un/ / / / / / / / / / / / / / / / blanc/ / / / / / / / / / / / / de veintitantos.

—¿Qué significa *satisfecho*? —le pregunté a / / / / / / / / / /. Me hacía una ligera idea, pero quería que me lo aclarara puesto que lo había dicho /.

—*Satisfecho* quiere decir *muy contento*.

—Ah, muy bien. ¿No te dije que no estaba mintiendo?

—Sí, me alegro —dijo / / / / / / / / / / / / sonriendo. Su alegría era evidente y sincera. Mi alegría no era mucho mayor que la de / / / / / / / / / / / / / .[1] Entonces, el resentimiento de la tortura se alejaba en otra dirección de

manera lenta pero segura. Aunque yo estaba muy escéptico porque aún me encontraba rodeado por las mismas personas que estuvieron desde el primer día.

—Mira tu uniforme y mira el nuestro. Tú no eres de los nuestros. ¡Eres nuestro enemigo! —acostumbraba decir /.

—Lo sé.

—No quiero que lo olvides. Cuando te hablo, hablo con mi enemigo.

—¡Lo sé!

—No lo olvides.

—¡No lo haré!

Conversaciones como esta no dejan duda sobre el grado de animadversión al que habían llegado los guardias. Muchas veces sentía que los habían entrenado para devorarme en vida.

/ / / / / / / / / / / / me presentó a su acompañante: —Es otro interrogador a quien puedes / como conmigo.

El nuevo interrogador / era tranquilo y amable. En realidad, no puedo decir nada negativo sobre / era adict/ al trabajo, y no se abría demasiado a los demás. / seguía literalmente las órdenes de su jefe / y algunas veces trabajaba como una máquina.

—¿Sabes algo sobre el viaje a Irak de / en 2003? —me preguntó / / / / / / / / / una vez.

—Vamos, / / / / / / / / / /. Sabes que me entregué en 2001. ¿Cómo voy a saber lo que pasó en 2003? No tiene ningún sentido, ¿no? —le dije.

/ / / / / / / / / / / / sonrió:

—Ya lo he tenido en cuenta al preguntarte.

—¡Pero sabes que he estado detenido desde 2001! —le aclaré. / / / / / / / / / / / / / tenía mucho cuidado, demasiado: / / / / / / / / / / / / / / / / / ocultaba su rango y su nombre continuamente y nunca hacía referencia a sus creencias. Personalmente, yo estaba conforme con aquello mientras no representara ningún problema.

—Me gusta cómo conectas las cosas —dijo /, sonriéndome en aquella sesión. Los interrogadores tienen la costumbre de entrar a la casa por la ventana en lugar de por la puerta. En vez de hacer una pregunta directa, dan todo tipo de rodeos. Lo tomé como un reto, y deducía la pregunta directa y respondía a ella—: Me preguntas si sí o si no a… —le inquiría. Y a / / / / / / / / / / / / parecía gustarle el atajo.

¿Pero acaso ha existido alguna vez en la historia de la humanidad un interrogatorio que se haya prolongado por el espacio de seis años, un día sí y el otro también? Ya nada de lo que me dijera un interrogador era nuevo para mí. Ya había oído todas las variaciones posibles. Cada nuevo interrogador salía con las más ridículas teorizaciones y mentiras, y todos ellos parecían salidos de la misma escuela: antes incluso de que un interrogador abriera la boca, ya sabía yo lo que él o / / / / / / / iba a decir o por qué él o / / / / / / / lo estaba diciendo.[2]

—Soy tu nuevo interrogador. Tengo mucha experiencia en mi trabajo. Me enviaron específicamente desde Washington, D.C., para evaluar tu caso.

—Eres el detenido más importante de este campamento. Si cooperas conmigo, te acompañaré personalmente al aeropuerto. Si no cooperas, vas a pasar el resto de tu vida en esta isla.

—Eres muy listo. No queremos tenerte entre rejas. Preferimos capturar al pez gordo y soltar al chico, es decir a ti.

—Tú no has estrellado un avión contra un edificio; tu implicación puede llegar a olvidarse con una charla de cinco minutos. Los Estados Unidos son el país más importante del mundo; preferimos olvidar que castigar.

—Muchos detenidos han hablado de ti como de una mala persona. Yo personalmente no les creo. De todos modos, me gustaría escuchar tu versión de la historia para poder defenderte adecuadamente.

—No tengo nada contra el Islam; tengo incluso muchos amigos musulmanes.

—He ayudado a muchos detenidos a salir de este lugar simplemente escribiendo un informe positivo declarando que han dicho la pura verdad…

Y así constantemente, en una historia interminable que todos los interrogadores recitan cuando se encuentran con sus detenidos. La mayoría de los presos no podían evitar reírse al tener que escuchar este cúmulo de

sinsentidos. De hecho, era la única diversión que teníamos en la cabina de interrogatorio. Cuando su interrogador le dijo: “Yo sé que eres inocente”, uno de mis compañeros detenidos se rio a carcajadas y le respondió: “Prefiero ser un criminal y estar sentado en casa con mis hijos”. Pienso que cualquier cosa pierde fuerza entre más la repetimos. Si oyes una expresión como “Eres el peor criminal sobre la faz de la Tierra”, la primera vez probablemente te encabrones. Pero el miedo disminuye entre más la oigas, y llegará el momento en que no tendrá ningún efecto sobre ti. Incluso, puede llegar a sonarte como un cumplido rutinario.

Pero mirémoslo desde la perspectiva del interrogador. Se les ha enseñado literalmente a odiarnos. “Estas personas son los seres más malvados que hay en el mundo…”, “No ayudes al enemigo…”, “Ten en cuenta que son enemigos…”, “Ten cuidado, los árabes son los más negativos, especialmente los saudíes y los yemeníes. Son de lo peor, son salvajes…”, “Ojo, no / a menos que estés seguro de todo…”. En GTMO, a los interrogadores se les enseña más sobre el posible comportamiento de los detenidos que sobre su verdadera inteligencia, y así, los interrogadores norteamericanos tenían la dudosa habilidad de que se les escapara la información más trivial sobre sus propios presos. No hablo de oídas, sino de mi propia experiencia.

—¡/ / / / / / / / / / / / / / / / habló de ti! —me dijo / / / / / / / / / / / / / / una vez.

—/ / / / / / / / / / / / / / / / / / no me conoce; ¿cómo podría hablar de mí? Lee mi informe otra vez.

—Estoy seguro de que lo dijo. ¡Te lo voy a mostrar! —aseguró / / / / / / / / / / . Pero / / / / / / / / nunca lo hizo porque / / / / / / / se equivocaba. Tengo / / / / / / / / de ejemplos como estos y peores en los que se refleja el desconocimiento que tienen los interrogadores de sus detenidos. El gobierno ocultaba a los interrogadores, por razones estratégicas, información elemental. Les decía: “El detenido que te ha sido asignado está implicado en terrorismo y tiene información esencial sobre atentados ya cometidos o por cometer. Su trabajo consiste en conseguir toda la información de que disponga”. En realidad, casi nunca conocí a un preso que estuviera envuelto en crímenes contra los Estados Unidos.

Así que tenemos interrogadores que han sido preparados, educados, entrenados y enfrentados a sus peores enemigos. Y tenemos detenidos que normalmente fueron capturados y entregados a las fuerzas de los Estados Unidos sin un debido procedimiento judicial. Tras esto, sufrieron maltrato extremo y se encontraron encarcelados en el otro hemisferio, en la bahía de Guantánamo, por un país que se proclama defensor de los derechos humanos en todo el mundo –un país que muchos musulmanes sospechan está conspirando con otras fuerzas del mal para borrar la religión islámica de la faz de la Tierra–. En resumen, el clima no contribuye al amor y la reconciliación. Aquí se respira el odio.

Peo, aunque parezca increíble, he visto a guardias llorar porque tenían que dejar sus obligaciones en GTMO.

—Soy tu amigo; no me importa lo que digan los demás —me dijo uno de los guardias antes de marcharse.

—Me enseñaron cosas negativas sobre ti; pero mi criterio me dice algo diferente. Me caes muy bien y me gusta hablar contigo. Eres una persona estupenda —declaró otro.

—Espero que te liberen —me deseó / / / / / / / / / / con ingenuidad.

—Ustedes son mis hermanos, todos ustedes —susurró otro.

—¡Te quiero! —le dijo un / / / / / / / / / / / / médico militar una vez a mi vecino, un tipo joven muy divertido con el que yo disfrutaba charlar. Este se quedó impactado.

—Qué… Aquí no hay amor… ¡Soy musulmán! —Me reí mucho de aquel “amor prohibido”.

No pude contenerme y llorar un día cuando vi a un guardia / / / / / / / / / / / / / de ascendencia alemana llorar porque a / / / / / / / / / / / / / le hicieron solo un poco de daño. Lo gracioso fue que oculté mis sentimientos porque no quería que mis hermanos los malinterpretaran tomándolos como una debilidad o traición. Llegué al punto en que me odié a mí mismo por ello, sintiéndome muy confundido. Empecé a hacerme preguntas sobre las emociones humanas que estaba sintiendo hacia mis enemigos. ¿Cómo podía alguien derramar lágrimas por quien le había causado tanto daño y destrozado su vida? ¿Cómo era posible sentir agrado por alguien que ignora y odia tu religión? ¿Cómo tolerar a estas malvadas personas que no dejaban

de agredir a tus hermanos? ¿Cómo podían gustarme personas que trabajaban día y noche para echarme mierda encima? Estaba en peor situación que un esclavo: al menos un esclavo no está engrilletado con cadenas, tiene cierta libertad limitada y no tiene que escuchar las sandeces de un interrogador todos los días.

A menudo me comparaba con un esclavo. A los esclavos los sacaron a la fuerza de África, como a mí. Se les vendía un par de veces de camino hacia su destino final, como a mí. Se les asignaba a una persona a la que no escogían, como a mí. Y cuando miraba la historia de los esclavos, me daba cuenta de que acababan siendo una parte esencial de la casa del amo.

He pasado por varias fases durante mi cautiverio. La primera fue la peor: casi pierdo la cabeza luchando por regresar junto a mi familia y a la vida que llevaba. Lo peor llegaba durante el sueño; en cuanto cerraba los ojos, me veía quejándome ante ellos por lo que me había pasado.

—*¿Estoy con ustedes en realidad o estoy soñando?*

—*No. ¡Es real, estás en casa!*

—*¡Por favor reténganme! ¡No me dejen regresar!* —Pero la realidad me golpeaba una vez que me despertaba en la oscura e inhóspita celda, mirando a mi alrededor el tiempo justo para volver a dormirme y vivirlo otra vez. Pasaron varias semanas antes de que pudiera ser consciente de que estaba en la cárcel y no iba a volver a casa pronto. Por duro que fuera esto, este paso era necesario para hacerme consciente de mi situación y trabajar objetivamente para evitar lo peor, en lugar de malgastar mi tiempo en juegos mentales. Muchas personas no superan esta fase; se les va la cabeza. Vi a muchos presos que acabaron volviéndose locos.

La segunda fase viene cuando aceptas la realidad de que estás en la cárcel y no tienes nada más que todo el tiempo del mundo para pensar en tu vida –aunque en GTMO los detenidos también tienen que preocuparse por los interrogatorios diarios–. Caes en la cuenta de que no tienes control sobre nada, no decides cuándo comer, cuándo dormir, cuándo tomar un baño, cuándo despertarte, cuándo ver al médico, cuándo ver a tu interrogador. No tienes privacidad; no puedes ni siquiera soltar una gota de orín sin que te

vigilen. Al principio es horrible perder todos estos privilegios en un abrir y cerrar de ojos; pero, créeme, la gente se acostumbra. Yo, por ejemplo, lo hice.

La fase tres consiste en descubrir tu nuevo hogar y tu nueva familia.

Tu familia incluye a guardias e interrogadores. Es verdad, no la elegiste, ni te criaste con ella, pero sigue siendo una familia, te guste o no, con todas las ventajas y los inconvenientes. Yo quiero a mi familia y no la cambiaría por nada del mundo, pero he llegado a tener una familia en la cárcel por la que también me preocupo. Cada vez que un buen miembro de mi actual familia se marcha, siento como si me arrancaran un trocito de mí. Y me alegro cuando un miembro malo de mi familia se tiene que marchar.[3]

—Me voy a marchar pronto —me dijo / / / / / / / / / / / / / / / / / un par de días antes de marcharse.

—¿En serio? ¿Por qué?

—Se trata de tiempo. Pero el otro / se va a quedar contigo. —No sonaba precisamente tranquilizador, pero hubiera sido inútil discutir: el traslado de agentes del ejército no es un tema de discusión—. Vamos a ver una película juntos antes de que me marche —añadió / / / / / / / / / / / / / / / / / .

—¡Oh, qué bien! —dije. Todavía no había digerido la noticia.

/ / / / / / / / / / / / / / / / / es muy probable que estudiara Psicología y venía de la costa oeste, tal vez de California / treinta y tantos /.

/ . Creo que / / / / / / / / / / / / / / viene de una familia pobre. El / proporciona buenas oportunidades para las personas de clase baja y la mayoría de las personas / / / / / / / / / / / / / / / / / / / que he visto son de esa clase. / y tiene una relación más bien inestable / tiene una personalidad muy fuerte, / / / / / / / / / mira a / y / / / / / / / / / / ideas muy bien. Al mismo tiempo, / / / / / / / / / / / / / / / le gusta / / / / / / / trabajo y debe de haberse visto

forzada a pasar por encima de sus principios algunas veces. “Sé que lo que estamos haciendo no es sano para nuestro país”, me decía a menudo / / / / / / /.

/ / / / / / / / / / / / / / / / era mi primer encuentro verdadero con un / norteamericano, ¡eres muy malhablada! Me da vergüenza ajena”, le dije una vez. / / / / / / / / / se rio.

“Es porque he estado la mayoría del tiempo /”. Al principio me costaba iniciar una conversación con una / / / / / / / / / / / malhablada; pero después aprendí que no había forma de hablar coloquialmente en inglés sin J***r esto y J***r aquello. El inglés es una lengua que emplea muchas palabrotas en comparación con otras lenguas. Enseguida aprendí a decir groserías como los demás. Algunas veces los guardias me pedían que tradujese algunas de esas palabras al árabe, al alemán o al francés. Le daba vueltas a la traducción en mi cabeza y no era capaz de soltarla, de lo grosera que me sonaba. Por otra parte, cuando decía groserías en inglés no tenía sentimiento negativo de ningún tipo, porque era la forma en la que había aprendido el idioma desde el primer momento. Me causaba problemas blasfemar, pero el resto de las cosas era tolerable. Las palabrotas son mucho más dañinas cuando todo el mundo las usa temerariamente.

/ / / / / / / / / / / / / / / / / / / era un/ de mis profesor/s principales del diccionario de palabras malsonantes, junto con / habían tenido algunos problemas en su relación. A / / / / / / / / / / / / le habían puesto los cuernos y otras cosas por el estilo.

—¿Lloraste cuando te enteraste? —le pregunté a / / / / / / / / / / /.

—No, no quería / . Me cuesta mucho llorar.

—Ya veo. Personalmente no lo veo mal: yo lloro cada vez que tengo ganas, y eso me hace sentir más fuerte, al admitir mis debilidades.

/ /, su compañero / y otros tipos que estaban en un segundo plano habían abusado de /. Sé que estoy

buscando excusas para disculpar a / era mayorcita para saber que lo que estaba haciendo estaba mal y que / / / / / / / podía haber salvado su trabajo y que hubieran despedido a los otros oficiales de alto rango. Desde luego / contribuía a aumentar la presión de la que yo había sido objeto. Pero también sé que / no defiende la tortura.

Solía burlarme de los letreros que ponían para subir la moral de los guardias y los interrogadores, como “El honor te obliga a defender la libertad”. Una vez le cité este mensaje a /.

—Odio ese letrero —me dijo / / / / / / / / / / .

—¿Cómo pueden decir que defienden la libertad si la están eliminando? —secundé.

Los jefes se dieron cuenta de la estrecha relación que se estaba creando entre / y yo, así que / / / / separaron de mí cuando me secuestraron. Las últimas palabras que escuché fueron: “¡Le estás haciendo daño! ¿Quién te dio las órdenes?” / / / / / / / / gritos se iban apagando mientras / / / / / / / / / / y / me sacaban a rastras de la habitación en /. Y cuando decidieron darme una oportunidad de tener un interrogatorio semihumano, / / / / / / / / / / / / / / / / / / / apareció otra vez en escena. Pero esta vez / / / / / / / / / / / / fue de algún modo desagradable conmigo y aprovechaba cualquier oportunidad para que pareciera estúpido lo que yo decía. No podía entender su actitud. ¿Era por mí o es que estaba hart/ de todo el mundo? No voy a juzgar a nadie; esa parte se la dejo a Alá. Tan solo estoy aportando los hechos tal y como los he visto y los he vivido sin dejar nada para hacer aparecer a la persona como buena o mala. Comprendo que nadie es perfecto y que todo el mundo tiene tanto cosas buenas como cosas malas. La cuestión es ¿cuánto de cada tipo de cosas?

—¿Odias a mi gobierno? —me preguntó / / / / / / / / / / / / / / / / / / / una vez mientras ojeaba un mapa.

—No, no odio a nadie.

—Yo en tu lugar odiaría a los Estados Unidos! —dijo / / / / / / / / / / / / / / / / / /—. Sabes, nadie sabe realmente lo que hacemos aquí. Solo unas pocas personas del gobierno lo saben.

—¿De verdad?

—Sí. El presidente lee los expedientes de algunos presos. Tu caso lo lee.

—¿En serio?

/ / / / / / / / / / / / / / / / disfrutaba más premiando que castigando a los detenidos. Puedo decir sin miedo a equivocarme que a / no le gustó acosarme, aunque / / / / / / / / / intentara actuar como una "profesional". Por otra parte, / / / / / / / / / disfrutaba mucho teniendo detalles. Incluso fue / / / / / / / / / quien propuso la mayor parte de los textos literarios que me dejaron leer.

—Este libro es de / —dijo / / / / / / un día, entregándome una gruesa novela llamada algo así como *Vida en el bosque*.[4] Era una novela de ficción histórica escrita por un autor británico, ambientada en la invasión normanda durante la Europa medieval. Recibí el libro con gratitud y lo leí con voracidad al menos tres veces. Más tarde, / / / / / / / / / me trajo varios de los libros de *Star's War.* Cuando acababa uno, / / / / / / / / / me lo cambiaba por otro.

—¡Oh, muchas gracias!

—¿Te ha gustado *La guerra de las galaxias*?

—¡Claro que sí! —La verdad es que no me gustaban los libros de *Star's War* ni su lenguaje, pero tenía que adaptarme a cualquier libro que me llevaran. En la cárcel tienes todo el tiempo del mundo para pensar sobre tu vida y tus objetivos en ella. Creo que la cárcel es una de las escuelas más viejas y más increíbles del mundo: aprendes sobre Dios y aprendes paciencia. Unos pocos años en la cárcel equivalen a décadas de experiencia fuera de ella. Desde luego, también hay una cara destructiva de la cárcel, especialmente para presos que, además de tener que lidiar con la dura rutina carcelaria, también tienen que hacerlo con las secuelas psicológicas que resultan del confinamiento sin haber cometido un crimen. Muchas personas inocentes en prisión se plantean el suicidio.

Imagínate a ti mismo yendo a la cama, dejando todas tus preocupaciones a un lado, disfrutando de tu revista favorita antes de dormirte, has dejado a los niños en la cama, tu familia ya duerme. No tienes miedo de que te saquen de la cama en mitad de la noche a un lugar que no has visto antes, privado del sueño y aterrorizado todo el tiempo. Ahora

imagina que no tienes voz ni voto en tu vida para dormir, despertarte, comer, y a veces para ir al baño. Imagina que todo tu mundo se restringe a una celda de cuando mucho 2 x 2. Aun imaginándote todo esto no alcanzarás a comprender lo que significa realmente la cárcel a menos que la vivas en carne propia.

/ / / / / / / / / / / / / / / / / / / apareció según lo prometido unos días más tarde con una laptop y dos películas, y me dijo "¡Puedes escoger cuál de las dos quieres ver!". Escogí la película *Black Hawk derribado*; no me acuerdo de la otra opción.

La cinta es sangrienta y triste. Presté más atención a las emociones de / / / / / / / / / / / / / / y de los guardias que a la película en sí. / / / / / / / / / / / / / / se encontraba tranquil/; / pausaba la película cada cierto tiempo para explicarme el contexto histórico de ciertas escenas. Los guardias casi pierden los nervios al ver a tantos estadounidenses acribillados hasta morir. Pero se olvidaban de que el número de bajas norteamericanas era insignificante comparado con los somalíes que fueron atacados en sus propias casas. Me pregunté cómo podemos ser los humanos tan estrechos de miras. Cuando vemos algo desde una perspectiva, no somos capaces de obtener la imagen completa, y esta es la principal razón de la mayoría de los malos entendidos que a veces nos conducen a sangrientos enfrentamientos.

Después de ver la película, / / / / / / / / / / / / / / / cerró la computadora y nos preparamos para irnos.

—Eh, por cierto, ¡no me has dicho cuándo te marchas!

—Ya he terminado, ¡no nos veremos más! —Me quedé paralizado como si mis pies estuvieran pegados al suelo. / / / / / / / / / / / / / / / no me había dicho que / / / / / / / / / / / / / se iba tan pronto; pensé que tal vez en un mes, tres semanas o algo así, pero ¿hoy? En mi mundo eso era imposible. Imagina a la muerte devorando a un amigo tuyo mientras tú tan solo puedes observar impotente cómo se desvanece.

—Oh, de verdad, ¿tan pronto? ¡Estoy sorprendido! No me dijiste nada. Adiós —le dije—. Te deseo todo lo mejor.

—Tengo que seguir órdenes, pero te dejo en buenas manos. —Y / / / / / / se marchó. Regresé a mi celda de mala gana y en silencio rompí a llorar, como si hubiera perdido a / / / / / / / / / / / / / / / / / / / , y no a alguien cuyo trabajo consistía en hacerme daño y extraer información de un modo maquiavélico. Me odiaba y me daba lástima de mí mismo por lo que me estaba sucediendo.

—¿Puedo ver a mi interrogador, por favor? —le pregunté a los guardias, confiando en que pudieran alcanzarl/ antes de que llegara a la puerta principal.

—Lo intentaremos —dijo / / / / / / / / / /. Me retiré a mi celda, y de pronto / / / / / / / / / / / / / apareció en la puerta.

—Esto no es justo. Sabes que he sufrido tortura y que no estoy preparado para otra tanda.

—No te han torturado. Tienes que confiar en mi gobierno. Mientras hayas dicho la verdad, ¡nada malo puede sucederte! —Desde luego, / / / / / / / / / se refería a la verdad oficialmente definida. Pero no quería discutir con / / / / / / / / / de nada.

—No quiero empezar desde el principio con nuevos interrogadores —le dije.

—Eso no va a suceder —replicó / / / / / / / / / / / / / /—. Además, puedes escribirme. Te prometo que responderé a todos tus correos —continuó / / / / / / .

—No, no te escribiré —dije.

—De acuerdo —respondió / —. ¿Estás bien? —preguntó / / / / / / .

—No lo estoy; pero tú tienes que marcharte.

—No me voy hasta que me asegures que todo está bien —dijo / / / / / / .

—Dije lo que tenía que decir. Buen viaje. Que Alá te guíe. Yo estaré bien.

—Seguro que sí. Dentro de una semana como mucho me habrás olvidado. —No hablé después de aquello. Me fui a mi celda y me tumbé. / / / / / / / / / / / / / / estuvo un par de minutos repitiendo / / / / / / / / / / / / / / / / / / “No me voy hasta que me asegures que todo está bien”.

Después de que / / / / / se marchara, no / / / / volví a ver ni intenté ponerme en contacto con / / / / / / . Y así se cerró el capítulo entre / / / / / / / / / / / / / / / / / / y yo.

—He oído que tu despedida de ayer fue muy emotiva. Nunca pensé que fueras así. ¿Te describirías como un criminal? —me dijo / al día siguiente.

Respondí prudentemente: “Hasta cierto punto”. No quería caer en una posible trampa, aunque sentí que me hacía la pregunta con honestidad e inocencia, ahora que se había dado cuenta de que sus teorías malignas sobre mí eran falsas. “Ya no hay más preguntas retorcidas”, dijo / .

—No las echaré de menos —le aseguré.

/ vino a cortarme el pelo. ¡Justo a tiempo! Una de las medidas de mi castigo era privarme de cualquier maquinilla de afeitar, cepillo de dientes o corte de pelo, así que aquel era un gran día. Me trajeron a un barbero enmascarado; el tipo tenía un aspecto que daba miedo, pero hizo su trabajo. / también me trajo un libro que me había prometido tiempo atrás, *Último teorema de Fermat*, que me gustó mucho –tanto, que lo leí con ansia más de dos veces–. El libro está escrito por un periodista británico y habla del famoso teorema de Fermat, que dice que la ecuación *An + Bn = Cn* no tiene solución cuando *n* es mayor que 2. Durante más de trescientos años los matemáticos de todo el mundo se estuvieron enfrentando al aparentemente inofensivo teorema sin poder con él, hasta que un matemático británico sacó en 1993 una prueba muy complicada, que seguramente no era a la que Fermat se refería cuando escribió: “Tengo una demostración clara pero no tengo espacio en el papel”.

Me cortaron el pelo y después me di un buen baño. / no era una persona muy conversadora; / / / / / / me preguntó solo una cosa sobre computadoras.

—¿Vas a cooperar con el nuevo / / / / / / / / /?

—Sí.

—¿O con cualquiera que vaya a trabajar contigo?

—Sí.

***

Los guardias querían bautizarse con los nombres de los personajes de las películas de *La guerra de las galaxias*. “De ahora en adelante somos los / / / / / / / / / y así nos llamarás. Tu nombre es Almohada”, dijo / / / / / / / / / / / / / / /. Terminé por enterarme por los libros que / / / / / / / / / / / / / / / / / / son los tipos buenos que luchan contra las fuerzas del mal. Así que desde ese momento me obligaron a representar a las fuerzas malignas mientras los guardias eran los buenos.

—/ /, así es como me llamo —dijo él. También lo llamaban / .

/ /.

/ tenía unos cuarenta y tantos, casado, con hijos, pequeño pero de constitución atlética. Estuvo algún tiempo trabajando en el / , y terminó haciendo “misiones especiales” para el /.

—/ . He estado trabajando / —me dijo.

—Ya tienes el trabajo hecho. Estoy acabado —le respondí.

—No me preguntes nada. Si quieres preguntar algo, hazlo con tu interrogador.

—Eres tú —dije. Sonará confuso o incluso contradictorio, pero aunque / era un tipo duro, era humano. Es decir, era perro ladrador y poco mordedor. / / / / / / / / / / / / / / / / comprendió lo que muchos guardias no comprendían: si hablas y le dices a tu interrogador lo que quiere oír, debería soltar cuerda. Muchos de esos tontos doblaban la presión que ejercían sobre mí por el mero hecho de hacerlo.

/ / / / / / / / / / / / / / / / / / / estaba a cargo de los otros guardias. “Mi trabajo consiste en hacerte ver la luz”, dijo / , dirigiéndose a mí por primera vez cuando yo estaba comiendo. Los guardias no tenían permiso para hablarme o para hablar entre ellos, y yo tampoco podía hablarles. Pero / no era un tipo al uso. Pensaba más que los demás guardias y su objetivo era que su país saliera victorioso sin importar los medios.

—Sí, señor —le respondí, sin entender a lo que se refería. Pensé en el sentido literal de la palabra *luz*, que hacía mucho tiempo que no oía, y que quería que cooperara para así poder ver la luz del día. Pero / / / / / / / / / se refería al sentido figurado. / / / / / / / / / / / / siempre me gritaba y me asustaba, aunque nunca llegaba a golpearme. De manera ilícita me interrogó varias veces, motivo por el que lo llamaba / quería que confesara muchas de las absurdas teorías que había escuchado de boca de los interrogadores. Es más, quería enterarse sobre el terrorismo y los extremistas. Creo que su sueño en la vida era ser un interrogador. ¡Qué mierda de sueño!

/ es un republicano convencido y odia a los demócratas, concretamente a Bill Clinton. Cree que los Estados Unidos no deberían intervenir en los asuntos de otros países y sí centrarse más en los temas internos; pero si cualquier país o grupo ataca a los Estados Unidos, ese país debería ser destruido sin compasión.

—Es lo justo —dije. Tan solo quería que dejara de hablar. Es el tipo de hombre que no para una vez que ha arrancado. Por favor, ¡ya me dolían las orejas! Cuando / / / / / / / / / / empezó a hablar conmigo, no quise responder porque todo lo que me permitían decir era: “Sí, señor. No, señor. Necesito un médico. Necesito al interrogador”. Pero él buscaba una conversación conmigo.

—Tú eres mi enemigo —dijo / / / / / / / / / /.

—Sí, señor.

—Entonces hablemos de enemigo a enemigo —dijo / / / / / / / / / /. Me abrió la celda y me ofreció una silla. / / / / / / / / / / / habló casi todo el tiempo. Habló sobre lo fantásticos y lo poderosos que son los Estados Unidos.

“Estados Unidos esto y Estados Unidos aquello, nosotros los norteamericanos somos esto y lo otro…”. Yo me limitaba a reflexionar y a asentir ligeramente. De vez en cuando confirmaba que le estaba prestando atención, “Sí, señor… ¿de verdad?... Oh, no lo sabía… Tiene razón… Lo sé”. A lo largo de nuestra conversación, astutamente intentaba hacerme admitir cosas que no había hecho en realidad.

—¿Cuál fue tu participación en el 11 de septiembre?

—No tomé parte en el 11 de septiembre.

—¡Puta mentira! —gritaba como un loco.

Me di cuenta de que no me beneficiaba parecer inocente, al menos por el momento. De modo que le dije:

—Trabajé para Al-Qaeda en Radio Telecom.

Parecía más contento con una mentira.

—¿Qué rango tenías? —continuó indagando.

—Era comandante.

—Sé que has estado en los Estados Unidos —trató de engatusarme. Esta era una barbaridad y no podía mentir sobre ello. Podían tragarse que hubiera hecho un montón de cosas en Afganistán, porque los estadounidenses no pueden confirmarlo o refutarlo. Pero podían comprobar en un santiamén si había estado o no en su país.

—Has estado en Detroit. —Sonrió sarcásticamente.

Le devolví la sonrisa. “En realidad no”. Aunque / / / / / / / / / / no me creyese, no fue más allá. A / / / / / / / / / / / le interesaba un diálogo conmigo a largo plazo. En compensación por mis confesiones, / / / / / / / / / me dio más comida y dejó de gritarme. Mientras tanto, para mantener el terror, los otros guardias seguían gritándome y golpeando la puerta metálica de mi celda. Cada vez que lo hacían, el corazón se me salía del pecho, aunque cuanto más hacían ese tipo de cosas, menor efecto me producía.

—¿Por qué estás temblando? —me preguntó / / / / / / / / / / / una vez cuando me sacó para conversar. Tanto me desagradaba como me gustaba cuando él estaba de servicio: no me gustaba que me interrogase, aunque sí que me diera más comida y uniformes nuevos.

—No lo sé —le respondí.

—No voy a hacerte daño.

—De acuerdo.

Me tomé cierto tiempo hasta aceptar hablar con / / / / / / / / /. Empezó a darme lecciones y me hacía practicarlas por las malas. Las lecciones consistían en proverbios y remedos de frases que quería que memorizara y pusiera en práctica en mi vida. Aún me acuerdo de las siguientes: *1) Piensa antes de actuar*. *2) No confundas la amabilidad con la debilidad*. *3) Pregunta / / / / / / / / / / / / / / siempre en mente cuando se te pregunte sobre alguien*. Cuando / / / / / / / / / / / / / consideraba que había faltado a alguna de las enseñanzas, me sacaba de la celda y desparramaba todas mis pertenencias. Después me pedía que volviera a colocar cada cosa en su sitio. Siempre fallaba en organizar mis cosas en el tiempo marcado. Entonces me hacía repetirlo varias veces, tras lo cual, milagrosamente, ponía todo en su lugar a tiempo.

Mi relación con / iba mejorando día a día, y lo mismo con el resto de los guardias, porque lo tenían en muy alta consideración.

—¡Hay que joderse! Al mirar a Almohada no pienso que sea un terrorista; creo que es un viejo amigo mío con el que me divierto bromeando —le dijo a los otros guardias. De alguna forma, me relajé y gané cierta confianza en mí mismo. Entonces los guardias descubrieron al bromista que hay en mí y se entretenían conmigo. Me pusieron a reparar los reproductores de DVD y las PC. A cambio, me dejaban ver una película. El modelo de la computadora de / / / / / / / / / / / / / / / / / / no era exactamente el más actual. Cuando / me preguntaba si había visto la computadora de / / / / / / / / / / / / / / / , le respondía:

—¿Te refieres a esa pieza de museo?

/ se reía a carcajadas.

—Mejor que no te oiga decir eso.

—¡No se lo digas!

De forma lenta pero segura nos fuimos convirtiendo en una sociedad y empezamos a bromear sobre los interrogadores y a ponerles apodos. Mientras tanto, / / / / / / / / me enseñó las reglas del ajedrez. Antes de entrar en prisión no conocía la diferencia entre un peón y un alfil visto por detrás, ni era un gran jugador. Pero en el ajedrez descubrí un juego muy

interesante, especialmente por el hecho de que un preso tiene el control total sobre sus piezas, lo que me devolvía alguna seguridad. Cuando empecé a jugar lo hacía de forma muy agresiva para dejar salir mi frustración, lo cual no era una buena estrategia en el juego. / / / / / / / / / / / fue mi mentor y / / / / / / / / / me ganó en la primera partida que jugué. Pero en la siguiente me repuse y gané en todas las que siguieron. El ajedrez es un juego de estrategia, arte y matemáticas. Hay que reflexionar con profundidad y en él la suerte no tiene nada que ver. Obtienes castigo o recompensa por tus acciones.

/ me trajo un tablero para que pudiera jugar contra mí mismo. Cuando los guardias se percataron de ello, todos querían jugar conmigo, y cuando empezaron a hacerlo, siempre ganaban. El mejor entre los guardias era / . Me enseñó cómo controlar el centro. Más aún, / me trajo algunas libros que, decididamente, me ayudaron a pulir mi estilo. Después de aquello, los guardias no pudieron derrotarme.

—Así no es como yo te enseñé a jugar —comentó / / / / / / / / / / / / enfadado cuando le gané una partida.

—¿Qué debería hacer?

—¡Seguir una estrategia y organizar tu ataque! Por eso los pinches árabes nunca tienen éxito.

—¿Por qué no te limitas a jugar? —le pregunté.

—El ajedrez no es solo un juego —me dijo.

—¡Imagínate que estás jugando contra una computadora!

—¿Te parezco una computadora?

—No. —En la siguiente partida procuré seguir una estrategia para dejar que ganara / / / / / / / / / / / / / .

—Ahora sí entiendes cómo hay que jugar ajedrez —me puntualizó. Sabía que / / / / / / / / / / / / / / / / / / tenía algún problema con la derrota; por eso no disfrutaba jugando con él, porque no me sentía a gusto poniendo en práctica mis recién adquiridas habilidades.

/ / / / / / / / / / / / cree que hay dos tipos de personas: los norteamericanos blancos y el resto del mundo. Los primeros son más inteligentes y mejores que nadie. Yo siempre intentaba explicarle las cosas diciendo, por ejemplo, “Yo en tu lugar” o “Tú en mi lugar”, pero él se enfadaba y decía: “¡No te atrevas a compararte conmigo o a comparar a cualquier estadounidense contigo!”. Me sorprendía, pero hacía lo que me pedía. A fin de cuentas, yo no tenía por qué compararme con nadie. / / / / / / / / / odiaba al resto del mundo, especialmente a los árabes, los judíos, los franceses, los cubanos, y otros. El único país al que se refería en términos positivos era Inglaterra.

Después de una partida, lanzó al aire el tablero.

—A la mierda tu ajedrez negro, este ajedrez es judío —dijo.

—¿Tienes algo contra los negros? —le pregunté.

—Los negros no son blancos; los negros son estúpidos —argumentó. Teníamos muchas discusiones como estas. Entonces solo teníamos un guardia negro que no tenía voz propia y cuando trabajaba con / / / / / / / / / / / / nunca interactuaban. / / / / / / / / / / estaba resentido con él. / / / / / / / / / / / / tenía una personalidad muy fuerte, dominante, autoritaria, patriarcal y arrogante.

—Mi mujer me llama cabrón —me dijo con orgullo. / / / / / / / / / / / / / / / / / sobre todo escuchaba *rock-and-roll* y alguna clase de música *country*. Sus canciones favoritas eran *Muere terrorista muere*, *La canción del talibán* y *Deja que los cuerpos golpeen el suelo*.

/ /.

/ /

/ /
/ /
/ /
/ /
/ /
/ /
no tuve nunca oportunidad de verle la cara porque se dejaba / / / / / / / / / / / /
/ /
/ /
/ . Pero no me importaba; estaba en un momento en el que no me interesaba verle la cara a nadie. Al principio fue muy rudo conmigo: me jalaba fuerte y me hacía correr con los grilletes, chillando a toda voz “¡Muévete!”.[5]

—¿Sabes quién eres? —me preguntó.

—¡Sí, señor!

—¡Eres un terrorista!

—¡Sí, señor!

—Vamos a hacer un poco de números. Si mataste a cinco mil personas por tu vinculación con Al-Qaeda, nosotros deberíamos matarte cinco mil veces. Pero no, como somos estadounidenses, te damos de comer y estamos dispuestos a darte dinero si nos das información.

—¡Es cierto, señor! —Pero después / daba órdenes a los guardias de que fueran amables conmigo. / empezó a tratarme como un ser humano. Me gustaba debatir cosas con él porque su inglés era aceptable, aunque siempre tenía que llevar la razón.

“¡Nuestro trabajo es alojarte!”, me decía sarcásticamente. “Necesitas una doncella”. Dado que los guardias se imitan unos a otros, / tendían a copiar a / . / era el inspector: le gustaba inspeccionar mi habitación y asegurarse de que todo estaba puesto en su lugar, la sábana doblada en el borde del colchón en un ángulo de 45º, y cosas así. También inspeccionaba el baño constantemente, y si encontraba

un solo pelo, él y / me hacían limpiarlo todo otra vez. Daba igual cuántas veces tuviera que limpiar; todo tenía que estar perfecto.

/ me explicaba de qué manera podía empeorar mi situación. “No has visto nada”.

“Y te garantizo que no tengo ninguna gana de ver más”, le decía. Probablemente tenía razón, aunque se olvidaba del hecho de que ninguno de los guardias había sido testigo de todo lo que me había sucedido. El único guardia que participó en la fiesta del traslado fue / , y aprovechaba cualquier oportunidad para pegarme en el nuevo lugar. Parece que no le costaba nada hacerlo, puesto que lo hacía con la bendición de la máxima autoridad en GTMO.

/ era el único guardia que no dormía durante la vigilancia. Me volvía loco paseando de un lado a otro todo el tiempo. Y le gustaba sorprenderme en medio de la noche con los golpes dados en la puerta metálica de mi celda y hacer que me bañara y que limpiara todo perfectamente. No podía descansar en mi celda más de una hora: este es uno de los métodos más importantes para destruir a alguien que está detenido, porque llegas a odiar tu vida, tu celda, a tus guardias, a tus interrogadores e incluso a ti mismo. Y eso era exactamente lo que / hizo hasta que / y / ordenaron otra cosa.

/ era un hombre blanco de unos veinte años, muy alto, perezoso, aspecto nada atlético.[6]

—/ / / / / / / / / / / / / / / / es mi mejor amigo —me dijo una vez.

—¿Cómo es que conoces a / / / / / / / / / / / / / / / /? —No me respondió; tan solo sonrió, pero siguió mencionando a / / / / / / / / / / / / y cómo había abusado de mí. Yo cambiaba de tema porque no quería que los otros guardias supieran que golpearme era algo normal. Me alegraba de que los guardias no supieran todo lo que me había pasado; no era necesario instigar a la horda a que cometieran más crímenes.

/ era el guardia más violento. En el edificio / / / / / / / / / / / / los guardias me asaltaban habitualmente para mantener el terror. Venían en grupo y enmascarados, chillando y dándome órdenes contradictorias para que no supiera qué hacer. Me arrastraban fuera de la celda y arrojaban mis pertenencias por ahí.

“Levántate… Cara a la pared… Has descansado mucho últimamente… Tienes una almohada… ¡Ja Ja!... Mira dentro de su celda… Este asqueroso podría estar escondiendo algo… Encontramos dos granos de arroz escondidos debajo de su colchón… ¡Tienes veinte segundos para poner cada cosa en su lugar!”. El juego se acababa cuando me hacían sudar. Sabía que no tenían orden de golpearme, pero este guardia empleaba cualquier ocasión para hacerlo y rasguñarme con fuerza. No creo que sea un tipo muy inteligente; pero lo habían entrenado bien para saber cómo golpear a alguien sin dejarle lesiones irreparables. “Dar en las costillas es doloroso y no deja heridas permanentes, sobre todo si enseguida se pone hielo en la zona”, me dijo uno de los guardias. / era tanto violento como ruidoso, pero gracias a Dios era muy perezoso. Solo ladraba al comienzo del turno, y después de un breve tiempo desaparecía de la escena para ver una película o irse a dormir.

/ no se sentía mal por su trabajo; al contrario, más bien se sentía orgulloso de lo que estaba haciendo. Y estaba obsesionado con el hecho de que se estaba ocupando de la parte sucia del trabajo y quería ser recompensado por ello adecuadamente. “A la mierda los interrogadores: nosotros hacemos el trabajo y ellos se llevan el mérito”, me dijo / / / / / / / / / / / / / / / / / una vez.

Tampoco se llevaba bien con / , el único tipo que tenía un rango superior al suyo. “¡Es un marica!”, comentó una vez. Pero de todos modos / no era una persona sociable. No podía mantener una conversación normal como todo el mundo. Rara vez hablaba, y cuando lo hacía, era sobre sus experiencias sexuales salvajes. Algo típico entre los guardias es que la mayoría de ellos nunca entendieron que hubiera personas que no tuvieran relaciones sexuales fuera del matrimonio.

—Eres gay —era su respuesta habitual.

—Me parece bien. Pero no puedo tener relaciones sexuales fuera del matrimonio. Puedes tomarme por idiota. ¡No pasa nada!

—¿Cómo puedes comprarte un coche sin haberlo probado antes?

—En primer lugar, una mujer no es un coche. Y lo hago por mi religión.

Incluso / interrogador / / / / / / / / / / / me impactó una vez cuando / / / / / / / / / dijo: “No me casaría con nadie sin probarlo primero”. Pero aun así creo que algunos norteamericanos no confían en el sexo premarital.

/ /.

/ sobre sí mismo.[7] Me dijo que le habían pedido que consiguiera información sobre mí antes de mi secuestro de / / / / / / / / / / / / / / / / / / / y dio muestras de ello al darme detalles exactos de mi especial situación. No lo había visto nunca en los bloques de / ni me estaba permitido. / Al principio, trabajaba en equipo principalmente con / . Y en el momento clave, / / / / / / / / / / era el responsable. / / / / / / / / / / / / / / / / / / estaba físicamente en forma, no así su amigo / .

/ / / / / / / / / / / / / / / / / / seguía obediente y razonablemente las normas que le imponían / y el resto de / . Su colega me traía el agua, las raciones, me prohibía rezar o ayunar y me sometía a la “fiesta del baño”. / / / / / / / / / / / / / / / / / / / incluso fue el que apareció con aquel fastidio de / cada pieza en un lugar determinado, la taza

y el lavabo siempre secos, de modo que acabé teniendo que usar mi uniforme porque no tenía toalla. /.

/ A pesar de ello, puedo asegurar que / no disfrutaba molestarme o torturarme.

—¿Por qué me prohibiste rezar si sabes que es una orden ilegal? —le pregunté cuando nos hicimos amigos.

—Podría haberte dejado pero me hubieran dado trabajos de mierda. —También me dijo que / le dio la orden de impedir que yo practicara cualquier actividad religiosa. / / / / / / / / / / / / / / / / / / / dijo—: Voy a ir al infierno porque te he prohibido rezar.

/ se sintió muy bien cuando le ordenaron tratarme amablemente. “Me la paso mejor estando aquí contigo que en casa”, me dijo muy en serio. Era un tipo muy generoso; me daba panqués, películas, juegos de la PS2. Antes de irse me dio a elegir entre dos juegos: Madden 2004 y Nascar 2004. Escogí Nascar, que tengo aún. Por encima de todo, me entretenía mucho con /. Tendía a exagerar y me hablaba de todo tipo de cosas. Algunas veces me daba demasiada información, cosas que no quería ni debía saber.

/ era un gran jugador. Jugaba con la computadora a todas horas. Yo soy malísimo para los videojuegos; no son para mí. Siempre le decía a los guardias: “Los estadounidenses son como niños grandes. En mi país no es adecuado que alguien de mi edad se siente enfrente de una consola a malgastar su tiempo con estos juegos”. De hecho, uno de los castigos de su civilización es que los norteamericanos se vuelvan adictos a los videojuegos.

Y los estadounidenses adoran sus cuerpos. Comen bien. Cuando me trasladaron a la base aérea de Bagram, me dije: *¿Qué demonios pasa aquí? Estos soldados no paran de masticar alguna cosa*. Y aun así, aunque Dios haya bendecido a los norteamericanos con montones de comida sana, son

los mayores derrochadores de basura alimentaria que haya visto jamás. Si todos viviéramos como ellos, nuestro planeta no podría asimilar la cantidad de basura que produciríamos.

Y hacen ejercicio. Tengo una gran cantidad de amigos de todos los entornos sociales, y nunca he oído a ningún grupo de ellos hablar sobre la siguiente tabla de ejercicios como hacen los norteamericanos.

—¿Es una revista de homosexuales? —le pregunté a uno de los guardias que sostenía una revista de entrenamiento masculino con unos tipos sobredimensionados. Sí, esos tipos que siguen entrenando hasta que les desaparece el cuello y apenas les cabe la cabeza entre esos hombros agrandados.

—¿De qué diablos estás hablando? Es una revista de entrenamiento —me respondió. Los estadounidenses son más intolerantes con los homosexuales que los alemanes y entrenan en el gimnasio como si se estuvieran preparando para una batalla.

—Cuando abrazo a mi mujer se siente segura —me dijo una vez / .

—Mi mujer siempre se siente segura; no necesita un abrazo para estar tranquila —le respondí.

/ era como cualquier otro estadounidense; compraba más comida de la que necesitaba, se ejercitaba incluso estando de servicio, tenía planes de alargar su miembro, jugaba con los videojuegos y tenía ideas muy confusas sobre su religión.

—Almohada, te digo, en realidad no lo sé. Pero soy cristiano y mis padres celebran la Navidad cada año —me dijo, y añadió—: Mi novia quiere convertirse al Islam, pero le dije que no.

—Vamos, / / / / / / / / / / / / / / , deberías dejarla elegir. ¿Ustedes no creen en la libertad religiosa? —le respondí. / / / / / / / / / / / / / / / / / / / tenía todas las cualidades de un ser humano; me gustaba conversar con él porque siempre tenía algo que decir. Le gustaba impresionar a las mujeres de la isla. Y estaba especialmente molesto con /. En realidad, ¡no puedo culparlo!

Todo el mundo lo estaba.[8] Era perezoso y siempre iba lento. Nadie quería trabajar a su lado y siempre estaban hablando mal de él. / no tenía iniciativa ni personalidad propia; solía copiar a cualquiera de los guardias. Cuando empezó a trabajar en el equipo era tranquilo; tan solo me servía la comida y obedientemente me hacía beber agua cada hora. Y hasta ahí bien. Pero enseguida aprendió que me podía gritar, quitarme la comida y ponerme a hacer un duro ejercicio físico que no quería hacer. No podía creer que tuviera tanto poder. Casi pierde el control teniéndome de pie durante horas en medio de la noche, incluso a sabiendas de que padezco de ciática. Me hacía limpiar mi celda una y otra vez. Me hacía limpiar el baño una y otra vez.

—Ojalá cometieras un error, cualquiera, para poder golpearte —me decía, mientras practicaba algún tipo de ridículo arte marcial que debió de haber aprendido con objeto de su misión. Incluso después de que / diera la orden a los guardias de que me trataran bien, él empeoró, como tratando de ponerse al día por haberse perdido algo.

—Me llamarás Amo, ¿de acuerdo? —decía.

—Sí, claro —respondía, pensando: *¿Quién se habrá creído que es?* Cuando veía a los otros guardias jugando ajedrez conmigo, quería jugar también. Muy pronto descubrí lo mala que puede ser una persona para jugar ajedrez. Es más, tenía sus propias reglas que siempre hacía cumplir, siendo él el Amo y yo el detenido. En su mundo el rey se situaba en la casilla de su propio color, rompiendo la norma básica en el ajedrez de que el rey se debe situar en el color opuesto cuando comienza el juego. Yo sabía que se equivocaba, pero no se le podía corregir, así que con él tenía que jugar su propia versión del ajedrez.

***

En marzo / me regaló un televisor con videograbadora integrada para ver películas. / mismo me trajo la película *Gladiador* de su propia colección personal. Me gusta esta película porque refleja vívidamente cómo las fuerzas del mal son finalmente derrotadas, por invencibles que parezcan. / /

/ y / / / / / / compañero me trajeron muchas películas interesantes después de recibir el consejo y la aprobación correspondientes.[9]

En la vida real no soy un gran aficionado a las películas; no recuerdo haber visto una entera desde que cumplí los 18. Me gustan los documentales y las películas basadas en historias verídicas; pero me cuesta dejar llevar mi mente y seguir el fluir de la acción cuando sé que todo lo que sucede es ficticio. Aunque en la cárcel es diferente: se agradece cualquier cosa que muestre seres humanos vestidos con ropa casual hablando sobre cualquier cosa que no sea terrorismo e interrogatorios. Aquí me conmuevo con solo ver algún mamífero con el que me identifique.

Los norteamericanos que conocí veían muchas películas. Para ellos hay una relación entre las películas que has visto y el tipo de persona que eres. Es claro que si de algo pueden estar orgullosos es de su industria cinematográfica.

Por supuesto, el televisor no tenía entrada de señal porque no me permitían ver la televisión o saber qué sucedía fuera de mi celda; todo lo que podía ver eran las películas que / aprobaba. Es evidente que es muy injusto aislar a una persona del resto del mundo y prohibirle saber qué está pasando en el exterior, haya estado metido en asuntos criminales o no. No obstante, me fijé que el aparato tenía un receptor de señal de radio que podía captar emisoras locales que nunca toqué: aunque tengo todo el derecho de escuchar la radio que me plazca, me parecía deshonesto morder la mano que me daba de comer. Y sin importarme lo que / me hubieran hecho, valoraba el entretenimiento que me ofrecían y no iba a usarlo contra ellos. Además, / me entregó una laptop, que disfruté muchísimo. Desde luego, el principal motivo para traérmelo era hacerme pasar mis respuestas durante los interrogatorios y así ahorrar tiempo y energía / . Pero la idea me parecía bien; después de todo, quería transmitir mis palabras y no su interpretación de las mismas.

—Mira, he conseguido algo de música árabe —me dijo / entregándome un CD de audio.

—¡Oh, qué bien! —Pero el texto del CD ni se parecía al árabe; era bosnio. Me reí con todas mis ganas—. Casi lo mismo. Es música bosnia —dije cuando el CD empezó a sonar.

—¿No es lo mismo el bosnio y el árabe? —preguntó /. Este es solo un ejemplo de lo poco que los estadounidenses conocen a los árabes y al Islam. / es miembro de / / / / / / / / y no cualquier persona. Se supone que / / / / / / / / / / / está preparado con nociones básicas sobre estos temas. Pero / / / / / / / / / / / / / y otros interrogadores siempre se dirigían a mí como “ustedes, los de Medio Oriente…”, algo completamente equivocado. Para muchos norteamericanos el mundo consiste en tres lugares: los Estados Unidos, Europa y el resto del mundo: el Medio Oriente. Afortunadamente, el mundo, en sentido geográfico, es un poco más complejo que todo esto. En mi trabajo, cuando estaba en mi país, tenía que hacer algunas llamadas a los Estados Unidos por motivos profesionales. Recuerdo la siguiente conversación:

—Hola, trabajamos con material de oficina. Nos interesaría representar a su empresa.

—¿De dónde nos llama? —preguntó una mujer al otro lado.

—De Mauritania.

—¿Qué estado? —preguntó la señora, en busca de información más precisa. Me sorprendió negativamente lo pequeño que era su mundo.

La confusión de / era tan evidente como su ignorancia sobre todo el asunto del terrorismo. El hombre se sentía absolutamente aterrado, como si estuviera ahogándose y buscando agarrarse a un clavo ardiendo. Supongo que yo era uno de los clavos a los que más fuerte debía aferrarse en su forcejeo.

—No entiendo por qué la gente nos odia. ¡Ayudamos al mundo entero! —afirmó una vez, pidiéndome mi opinión.

—Yo tampoco —le respondí. Sabía que era inútil tratar de iluminarlo con razones históricas y objetivas hasta llegar donde estamos, de modo que opté por no considerar su comentario. Además, no era nada fácil hacer cambiar de opinión a un hombre tan viejo como él.

Muchos hombres y mujeres jóvenes se alistan en el ejército norteamericano engañados por la propaganda del gobierno de los Estados Unidos, que hace creer a la gente que las fuerzas armadas son como una batalla por el honor. Si te unes al ejército eres un mártir viviente: defiendes no solo a tu familia, a tu país y a la democracia estadounidense, sino también la libertad y a los oprimidos de la Tierra. Maravilloso, no hay nada de malo; puede que sea el sueño de todo hombre o mujer joven. Pero la realidad de las fuerzas armadas norteamericanas es ligeramente diferente. Yendo directamente a lo esencial: todo el mundo piensa que los estadounidenses son un puñado de bárbaros vengativos. Puede sonar duro, y yo en particular no pienso que el estadounidense medio sea un bárbaro vengativo. Pero el gobierno de los Estados Unidos invierte hasta el último centavo en la violencia como si fuese el remedio milagroso para todos los problemas, y así sucede que el país pierde amigos con cada día que pasa sin parecer importarle.

—Mira, / / / / / / / / / / / / / / / / todo el mundo los odia, muchacho, incluso sus amigos tradicionales. Los alemanes los odian, los franceses los odian le dije una vez a /.[10]

—Que se pudran todos. Que nos odien; nosotros les patearemos el trasero —respondió / / / / / / / / . Me limité a sonreír ante la solución tan sencilla que encontraba.

—Es una forma de verlo —respondí.

—Que se pudran los terroristas.

—Que se pudran —le dije—. Pero deberían encontrar a los terroristas primero. No pueden perder la cabeza e ir haciendo daño a todo el mundo en nombre del terrorismo. —Él pensaba que todos los árabes eran terroristas hasta que se demuestre lo contrario.

—Te necesitamos para meter entre rejas a / / / / / / / / / / / / / / por el resto de su vida —me dijo.

—Ya lo hago. Les he estado proporcionando suficiente información para condenarlo.

—Pero continúa negándolo todo. Está tratando con otras agencias que tienen normas diferentes a las nuestras. Ojalá pudiera ponerle las manos encima: ¡entonces las cosas serían distintas!

Yo me decía: *Espero que no llegue a ponerle a nadie las manos encima*.

—Dice que ejecutó la operación él solo, y de ahí no sale —dijo / / / / / / / / / / / / .

—¡Oh, muy correcto! —dije irónicamente. Por aquel entonces había empezado a imitar a / , empleando exactamente las mismas expresiones que / . Él me decía: "¡Solo sabes decir 'No sé', 'No recuerdo'! ¡Es muy correcto! ¿Crees que vas a impresionar a un jurado norteamericano con tu carisma?". Le gustaba citar al presidente de los Estados Unidos diciendo: "No los vamos a mandar a nuestros tribunales, muchachos, para permitirles usar nuestro sistema judicial mientras planean destruirlo".

—¿Forma parte de la Gran Conspiración? —reflexioné irónicamente.

—Al-Qaeda está utilizando nuestro sistema judicial liberal —continuó. En realidad, no sé de qué sistema estaba hablando: los norteamericanos han batido el récord del número de personas que tienen en la cárcel. Su población carcelaria es de unos dos millones de personas, más que la de cualquier otro país del mundo, y sus programas de rehabilitación son un absoluto fracaso. Los Estados Unidos son el país "democrático" con el sistema de penas más severas; de hecho, es un buen ejemplo de que este tipo de penas no contribuyen a eliminar el crimen. Europa es, con mucho, más justa y humana, y sus programas de rehabilitación funcionan. Así, la delincuencia en Europa es definitivamente menor que en los Estados Unidos. Hay un dicho estadounidense: "Cuando la situación se pone difícil, los fuertes se ponen en marcha". La violencia engendra violencia; es el único préstamo que tiene garantizado el pago. Puede que no sea inmediato, pero con el tiempo siempre se pagará.

Según mejoraban las cosas, le pedí a / que me trasladaran a otro lugar porque quería olvidar los malos recuerdos vividos donde estaba. / intentó atender mi solicitud; me prometió muchas veces el traslado, pero no cumplió su promesa. No dudo de su seriedad, aunque se diría que había una especie de lucha de poder en la pequeña isla de GTMO. Todos querían el

trozo más grande del pastel y el mayor mérito por el trabajo de /. Honestamente, me prometió muchas otras cosas que tampoco pudo cumplir.

Algo sorprendente de / era que nunca sacó a relucir la historia de mi tortura. Siempre esperé que expusiera el tema, pero no pasó nada parecido: ¡Era tabú! Personalmente me daba miedo hablar de ello; no me sentía suficientemente seguro. Aunque hubiera tratado el tema, yo hubiera evitado hablar de ello.

Pero finalmente me dijo dónde estaba.

—Tengo que informarte, contra la voluntad de muchos de los miembros de nuestro equipo, que estás en GTMO —dijo—. Has sido sincero con nosotros y te debemos lo mismo. Aunque el resto del mundo no tuviera ni idea de dónde me tenía encarcelado el gobierno de los Estados Unidos, yo lo supe desde el primer día, gracias a Dios y a la torpeza de los / . Pero reaccioné como si no lo supiera y me alegré porque me dijeran dónde estaba, lo que significaba mucho para mí. Mientras escribo estas líneas estoy sentado en la misma celda; sin embargo, al menos no tengo que actuar como si no supiera dónde estoy, y eso está bien.

/ el ejército de los Estados Unidos me entregó la primera carta de mi familia.[11] La enviaron a través del Comité Internacional de la Cruz Roja. Mi familia la escribió meses antes, en julio de 2003. Habían transcurrido 815 días desde que me secuestraron de mi hogar y de que forzosamente se rompió todo contacto con mi familia. Les había estado mandando muchas cartas desde que llegué a Cuba, pero en vano. En Jordania se me prohibió toda posibilidad de enviar cartas.

/ fue quien me entregó en mano el anhelado trozo de papel, que decía:

Nouakchott, /

En nombre de Dios Misericordioso.

La paz sea contigo y con la Gracia de Dios.

De tu madre /.

Después de mi saludo te informo que el resto de tu familia y yo nos encontramos bien. Deseamos que tú también. Mi estado de salud es correcto. Sigo cumpliendo con las citas con el doctor. Me voy sintiendo mejor. Y la familia está bien también.

Como te digo, todos te envían sus saludos. ¡Querido hijo! Por el momento hemos recibido tres cartas tuyas. Y esta es nuestra segunda respuesta. Los vecinos están bien y te envían sus saludos. Para acabar esta carta, te vuelvo a saludar. La paz sea contigo.

TU MADRE / / / / / / / / / / / / / / / /

No podía creer que, después de todo lo que había pasado, estuviera sosteniendo entre mis manos una carta de mi madre. Olí el aroma de la carta que mi madre había tocado con sus manos, así como también otros miembros de mi amada familia. Se me mezclaban las emociones: no sabía si reír o llorar. Al final hice ambas cosas. Estuve leyendo el corto mensaje una y otra vez. Supe que era real, no como aquel falso que me dieron un año atrás. Pero no pude responder la carta porque aún no me permitían ver a la ICRC.

Mientras tanto, me seguían llevando libros en inglés que disfrutaba leyendo, la mayoría literatura occidental. Todavía me acuerdo de un libro llamado *El guardián entre el centeno*, que me hizo reír hasta dolerme el estómago. Es un libro muy divertido. Intentaba reírme por lo bajo, aplacando la risa, pero los guardias lo notaron.

—¿Estás llorando? —preguntó uno de ellos.

—No, estoy bien —respondí. Fue mi primera risa extraoficial en un mar de lágrimas. Dado que los interrogadores no son cómicos profesionales, todo el humor al que me tenían acostumbrado era un puñado de chistes malos que, en realidad, no me hacían reír, aunque forzara una sonrisa convencional.

/ llegó un domingo por la

mañana y esperó fuera del edificio. / apareció ante mi celda /. No lo reconocí, por supuesto; pensé que era un nuevo interrogador.[12] Pero cuando habló supe quién era.

—¿Estás /?

—No te preocupes. Tu interrogador te está esperando fuera. —Sentí agobio y terror al mismo tiempo; era demasiado para mí. / me condujo al exterior del edificio; vi a / buscándome, con timidez porque le vería la cara. Si tratas con una persona con la cara cubierta por mucho tiempo, así es como llegas a conocerlo /. Pero cuando / / / / / / / / / / / / / / / / / se quita la máscara tienes que vértelas con sus rasgos, y eso cambia mucho la historia para ambas partes. Se veía que los guardias se sentían incómodos al mostrarme sus rostros.

/ me lo dijo sin rodeos:

—Si te atrapo mirándome, te voy a hacer daño.

—No te preocupes, no me muero de ganas por verte la cara.

A lo largo del tiempo me había figurado cuál sería el aspecto de todo el mundo, aunque la imaginación estaba muy lejos de la realidad.

/ preparó una pequeña mesa con un modesto desayuno. Me tenían muy asustado; primero porque / / / / / / / / / nunca me habían sacado del edificio, y segundo, porque no estaba acostumbrado a las “nuevas” caras de mis guardias. Traté de actuar despreocupadamente, pero me delataba el temblor.

—Qué te pasa —me preguntó / / / / / / / / / / / / / /.

—Estoy muy nervioso. No estoy muy acostumbrado a esta situación.

—Pero es por tu bien —dijo / / / / / / / / . / / / / / / / / / / / / / / / / era una persona muy correcta. Si / / / / / / / te interrogaba, ella lo hacía correctamente, y si / / / / / / / / te comía, / / / / / / / / / lo hacía como parte de su trabajo, y eso estaba bien.[13]

Yo tan solo quería que llegara el desayuno para así poder regresar a mi celda, porque / / / / / / / / / / / / / / / / / / me había traído la película *Enrique V*, basada en Shakespeare.

—/ / / / / / / /, ¿podría ver la película más de un vez? —pregunté—. Me temo que no voy a entenderlo todo de una vez.

—Sí, puedes verla todas las veces que desees.

Cuando / trajo el televisor, / / / / / / / / / / / les dio instrucciones a los guardias de que solo me dejaran ver una vez cada película, y luego se acabó.

—Solo tienes permiso para ver la película una vez, pero por nuestra parte puedes verla todas las veces que quieras, mientras no se lo digas al interrogador. No nos importa —me dijo más tarde / / / / / / / / / / / / / / / / / / .

—No, si / / / / / / / / / / / / / lo dice, me voy a ceñir a eso. No voy a hacer trampas —contesté. Lo cierto es que no quería meter la pata con un lujo que acababa de conseguir, así que decidí tratarlo con cuidado. Pero sí les pedí una cosa.

—/ , ¿puedo quedarme con la botella de agua en mi celda y beber cuando se me antoje?

Estaba cansado de la falta de sueño. En cuanto cerraba los ojos, se abría la pesada puerta de metal y tenía que beberme otra botella de agua. Me di cuenta de que / no era la persona indicada para pedirle eso; / / / / / / / / / / / / / / / / / / / había seguido al pie de la letra las órdenes de / / / / / / / / / / / / / / / / / / /. Pero, ante mi sorpresa, / / / / / / / / / / / / / llegó al día siguiente y dio órdenes a los guardias de que la botella de agua podía quedarse en mi celda. No puedes imaginarte lo feliz que me hizo poder decidir cuándo y qué cantidad de agua podía beber. Quien no ha estado nunca en una situación así no puede valorar la libertad que implica.

Entonces, en julio de 2004 encontré una copia del Sagrado Corán en la caja de la ropa. Cuando vi el libro debajo de las prendas me sentí mal, pensando que tendría que robarlo para salvarlo. Pero lo llevé a mi celda y nadie me preguntó jamás por qué lo hice, ni yo lo mencioné. Me habían prohibido realizar todo tipo de rituales religiosos, de modo que supuse que tener una copia del Corán en mi celda no les haría mucha gracia a mis interrogadores. Más allá de eso, por aquel entonces el asunto religioso se había vuelto muy delicado. Detuvieron al capellán musulmán de GTMO y denunciaron a un soldado musulmán por traición –oh, sí, *traición*–.[14] Se prohibieron muchos libros religiosos árabes y también libros de enseñanza

de la lengua inglesa. De alguna manera comprendí que se prohibieran libros religiosos. “¿Pero por qué libros de aprendizaje en inglés?”, le pregunté a / .

—Porque los detenidos captan rápido la lengua y entienden a los guardias.

—Eso es comunista, / —le dije. Hasta entonces no había conseguido un solo libro islámico, aunque yo los pedía continuamente. Todo lo que pude conseguir fueron novelas y libros de animales. / y / empezaron a aceptar mis rezos. Había estado calibrando la tolerancia hacia la práctica de mi religión; cada cierto tiempo la ponía a prueba, y ellos seguían impidiéndomelo. Así, tuve que mantenerme rezando secretamente. Pero ese día, hacia finales de julio de 2004, recé bajo la supervisión de los nuevos guardias, y nadie dijo nada. Había comenzado una nueva era en mi detención.

/ le cedió el liderazgo del equipo a / , no conozco su verdadero nombre. Fueron muchos en / los que, para mantener el factor miedo, me hicieron creer que / seguía al mando. De hecho, a / lo enviaron a Irak /. / volvió de allí una vez en / y me hizo una visita, asegurándome que aún seguía al frente.[15]

—Ya ves, tengo mucho trabajo que hacer en D.C. y en el extranjero. Puede que no me veas tan a menudo como antes. Pero sabes lo que me gusta y lo que no —dijo.

—¡Desde luego!

/ marcó algunas diferencias que había a mi favor con el nuevo equipo, y me dio un sombrero de camuflaje del desierto de recuerdo. Todavía tengo el sombrero. Nunca más lo volví a ver después de aquella sesión.

Finalmente, en el mes de septiembre de 2004 la ICRC obtuvo permiso de visita después de una larga batalla con el gobierno. A la ICRC le parecía muy extraño que de repente yo hubiera desaparecido del campo, como si me hubiera tragado la tierra. Todos los intentos de los representantes de la organización por verme o simplemente por saber el lugar donde me encontraba caían en saco roto.

La ICRC había estado muy preocupada por mi situación, aunque no pudo acudir cuando más la necesité. No puedo culparla; ella de verdad lo intentó. En GTMO, el / es totalmente responsable tanto del bienestar como de la agonía de los detenidos, en aras de mantener un control total sobre ellos. / y su compañero / le negaron categóricamente a la ICRC tener contacto conmigo. Solo fue posible que me visitara una vez que / / / / / / / / / / / / se marchó.

—Eres el último detenido por el que tuvimos que pelear. Hemos podido ver a todos los demás —me dijo / / / / / / / / / / / / / / / / . / intentó que le contara lo que me había sucedido durante el tiempo en el que no pudieron visitarme—. Nos hacemos una idea porque hemos hablado con otros detenidos que sufrieron abuso. Pero siempre es necesario que nos cuentes para así poder evitar otros actos similares.

Pero siempre oculté los malos tratos cuando la ICRC me preguntaba porque tenía miedo de una represalia. Además del hecho de que no tenía verdadero poder sobre el gobierno de los Estados Unidos: la ICRC intentó, pero el gobierno no cambió de trayectoria ni un milímetro. Si dejaban a la Cruz Roja ver a un detenido, eso significaba que la operación contra esa persona había finalizado.

—No podemos actuar si no nos cuentas lo que te ha pasado —me decían.

—¡Lo siento! Solo me interesa enviar y recibir correos, y estoy muy agradecido de su ayuda en este sentido.

/ / / / / / / / / / / / / / / / / envió a un alto / desde Suiza que había estado trabajando en mi caso. / / / / / / / / / / / / / / / intentó hacerme hablar, pero sin resultado.

—Entendemos tu preocupación. Todo lo que nos interesa es tu bienestar, y respetamos tu decisión.

Aunque las sesiones con la ICRC eran supuestamente privadas, me interrogaron sobre las conversaciones que mantuvimos en la primera sesión, y con sinceridad le dije al interrogador lo que habíamos hablado. Más adelante le conté a la ICRC esta rutina, y después de aquello nadie me preguntó por lo que ocurría en nuestras reuniones. Los detenidos sabíamos que las reuniones con la ICRC eran escuchadas. A algunos los confrontaron con declaraciones que le habían hecho a la organización internacional, y la única explicación era que hubieran vigilado esas reuniones. Muchos presos se negaban a hablar con la ICRC porque sospechaban que se trataba de interrogadores disfrazados. Yo incluso oí hablar de interrogadores que se hacían pasar por periodistas privados. Yo encontraba todo eso muy inocente; muy estúpido tendría que ser un detenido para confundir a un interrogador con un periodista, y hay formas más eficaces para hacer hablar a un estúpido. Estas trampas generaban tensión entre los presos y la ICRC. A algunas personas de la Cruz Roja incluso se les maldecía y despreciaba.

Por esas fechas me pidieron que hablara con un periodista auténtico. / habían sido tiempos duros para todos; era una persona muy violenta y le hizo mucho daño a la ya perjudicada imagen del gobierno de los Estados Unidos.[16] Por aquel entonces, muchos miembros del gobierno estaban tratando de suavizar la mala reputación que se habían granjeado por su mal trato a los detenidos.

—Sabrás que muchas personas están diciendo mentiras sobre este lugar afirmando que los torturamos. Nos gustaría que le hablaras a un periodista moderado del *Wall Street Journal* y alejaras todas esas sospechas.

—Bueno, a mí me torturaron y al periodista le voy a decir la verdad, solamente la pura verdad, sin exageraciones ni medias tintas. No pienso limpiar la reputación de nadie —le aclaré. Después de aquello se canceló la entrevista por completo, lo que me pareció bien porque de cualquier manera no quería hablar con nadie.

Paulatinamente me fui enterando del nuevo jefe “secreto”. No sé con certeza por qué el equipo lo mantenía en secreto mientras intentaban hacerme creer que / seguía al mando.

Probablemente pensaron que no cooperaría igual con otra persona que no fuera / / / / / / / / / / / / / / / / . Pero se equivocaban: me interesaba más que a nadie del grupo de Inteligencia que mi caso saliera a la luz. A / le aconsejaron trabajar en mi caso en la sombra, lo que hizo durante cierto tiempo, y entonces vino y se presentó ante mí. No conozco su verdadero nombre, pero se presentó como un / / / / / / / / / / / / es /.

/ más bien amable. Intentó todo lo que estaba en su mano para hacer mi vida en cautiverio lo más fácil posible.

Le pedí que terminara mi aislamiento y que me dejara ver a otros detenidos, y él consiguió organizar diversos encuentros con / , fundamentalmente para comer juntos y jugar ajedrez. / no hubiera sido mi primera elección, pero no era yo quien escogía con quién estar, y de cualquier forma, me moría de ganas de ver a otras personas con quienes relacionarme.

A comienzos del verano / se mudó / junto a mi chamizo y nos dejaban vernos durante el recreo.[17] / está en la parte más vieja, de unos / años. / no parece haber superado bien el impacto de la detención. Tiene paranoia, amnesia, depresión y otros problemas de salud

mental. Algunos interrogadores creen que les está tomando el pelo, pero yo pienso que ha perdido totalmente la cabeza. Ciertamente, no sabía qué pensar, pero no me importaba demasiado. Tenía muchas ganas de tener compañía, y él me la daba de alguna forma.

Sin embargo, hay un inconveniente en que los detenidos estén juntos, especialmente si solo se conocen desde que están en el campo. Tendemos a mostrarnos recelosos unos de otros. Pero yo me sentía muy tranquilo en este sentido porque no tenía nada que ocultar.

—¿Te dijeron que me sacaras información? —me preguntó una vez. No me sorprendió porque yo di por supuesto que lo haría.

—/ / / / / / / / / /, relájate y asume sin más que estoy aquí solo para espiarte. Mantén la boca cerrada y no hables de nada que no se te antoje —le dije.

—¿Tú no tienes secretos? —me preguntó.

—No, qué va, y te doy permiso para que cuentes cualquier cosa que te enteres de mí —le respondí.

***

Recuerdo el primer día de agosto en que / / / / / / / / / / irrumpió por la puerta sonriendo y me saludó:

—Salamu Alaikum.

—¡Waalaikum As-Salam! ¿Tetkallami Arabi? —le respondí saludándola y preguntándole / / / / / / / / si hablaba árabe.[18]

—No. —De hecho, / / / / / / / / / / / / / / acababa de decir todo lo que sabía en árabe, es decir el saludo: “Que la paz sea contigo”. / / / / / / / / / / / / / / empezamos a hablar como si nos conociéramos de años atrás. / / / / / / / / / / / / / / estudiaba Biología y se alistó / recientemente como soldado raso, probablemente para pagar la colegiatura de la universidad. Muchos norteamericanos lo hacen, pues la educación superior en los Estados Unidos es cara.

—Te voy a ayudar para que pongas tu huerta —dijo /. Hacía mucho tiempo que le había pedido a los interrogadores que me trajeran algunas semillas para poder experimentar y

tal vez conseguir que creciese algo en el hostil suelo de GTMO—. Tengo experiencia en jardinería —continuó / / / / / / / / / / / / / / / / / /. Y parecía cierto que tenía experiencia: / me ayudó a cultivar girasoles, albahaca, salvia, perejil, cilantro y cosas de este tipo. Pero aunque / / / / / / / / / / / / / / / / me ayudaba mucho, hubo algo que me obligó a hacer que nos dio algún quebradero de cabeza.

—Tengo un problema con los grillos que me están destrozando la huerta —me quejé.

—Prepara agua con jabón y riega las plantas ligeramente con eso cada día —me aconsejó / / / / / / / / / / / / / / / / /. Y yo seguí las instrucciones / / / / / / / / / / / / ciegamente. Sin embargo, notaba que mis plantas crecían sin alegría y como enfermas. De modo que decidí regar solamente la mitad de las plantas con el jabón diluido y observar los resultados. No tardé mucho tiempo en ver que el jabón era el causante del mal crecimiento de las plantas, así que detuve completamente el tratamiento.

Después de aquello, le decía a / / / / / / / / / / / / / / todo el tiempo:

—Ya sé lo que estudias: ¡cómo matar plantas con jabón y agua!

—¡Cállate! Lo que pasa es que no lo hiciste bien.

—Lo que tú digas.

/ me había presentado a / / / / / / / / / / / / / / / / / y, desde ese momento, / / / / / / / / tomó mi caso en sus manos. Por alguna razón el / pensó que le faltaría al respeto a / / / / / / / / y se mostraban escépticos en cuanto a si fue buena idea escoger/ / /. Pero no tenían por qué preocuparse: / / / / / / / / / / / / / / / / / / me trataba como a su hermano y yo a / / / / / / / / como a mi herman/ / . Por supuesto algunos dirán que este asunto de los interrogadores es una treta para poner un señuelo a los detenidos y que les den información: pueden parecer amables, sociables, humanos, generosos y sensibles pero en realidad son malvados e hipócritas. Me refiero a que hay buenas razones para dudar de la integridad de los interrogadores, aunque solo sea por la naturaleza de su trabajo. El objetivo final de todo interrogador es conseguir información, mejor cuanto más sucia. Pero los interrogadores son seres humanos, con sentimientos y emociones. Me han interrogado ininterrumpidamente desde enero de 2000 y he visto a toda clase de

interrogadores: buenos, malos y regulares. Además, aquí en la bahía de GTMO todo es distinto. El gobierno de los Estados Unidos te asigna un equipo de interrogadores que está pegado a ti prácticamente todo el día durante un tiempo, después del cual viene otro a tomar el relevo, y así sin descanso. Así que, te guste o no, tienes que vivir con ellos e intentar estar lo mejor posible. Es más, yo me relaciono con todo el mundo de acuerdo con lo que me muestran y no con lo que podrían estar escondiendo. Este es el lema que sigo al acercarme a la gente, incluyendo a mis interrogadores.

Como no he recibido una educación formal en inglés, necesitaba y aún necesito mucha ayuda para perfeccionar el idioma. / / / / / / / / / / / / trabajó mucho conmigo, especialmente en mi pronunciación y ortografía. La ortografía inglesa es horrible: no conozco otra lengua que escriba la palabra *Colonel* y pronuncie *Kernel.* Hasta los propios nativos tienen tremendos problemas con la inconsistencia de los sonidos y su correspondiente combinación de letras.

Por añadidura, las preposiciones en inglés no siguen ninguna norma, lo único que puedes hacer es memorizarlas. Me acuerdo que decía “Tengo miedo desde…”, y / / / / / / / / / / / / se me echaba encima y me corregía: “miedo de”. Estoy seguro de que / / / estaba volviendo loc/ / . Mi problema es que he estado aprendiendo de las personas “indebidas” –es decir, los reclutas del ejército estadounidense, que hablan con incorrecciones gramaticales–. Por tanto, necesitaba alguien que me quitara los vicios lingüísticos y me diera buenos ejemplos. Tal vez sea posible enseñarle a un perro viejo trucos nuevos, exactamente eso es lo que / / / / / / / / / / intentaba hacer conmigo. Pienso que / / / / / / lo consiguió al final, aunque se la puse a veces un poco difícil. Una vez / / / / / / / / se olvidó de que / / / / / / / estaba por allí y dijo algo así como “Voy a usar el baño”,* y yo fui y le dije:

—Oh, esa es la palabra que no entendía.

—¡Ni se te ocurra aprender eso! —me dijo / / / / / / / / . / / / / / / / / / / / / / / / me enseñó el inglés estadounidense.

—Pero los británicos lo dicen así y así —le decía.

—Tú no eres británico —me decía / / / / / / / / / / .

—Solo digo que hay formas diferentes de pronunciarlo —le respondía.

Pero / / / / / / / / / / / / / / / / / / / no lograba darme las reglas gramaticales que debía seguir, única forma en que podría aprender. Como hablante nativo, / / / / / / / / / / / / / / / / / / / tenía una intuición lingüística de la que yo carezco. Además de su lengua materna, / / / / / / / / / / / / / / / / / / / también hablaba ruso y le propuse enseñarme. Estaba ansioso, pero / no tenía tiempo, y poco a poco perdí las ganas. Una persona perezosa como yo no aprende un idioma si no tiene que hacerlo. / tenía muchas ganas de aprender árabe pero / tampoco encontró el momento para hacerlo. Su trabajo / / / / / / / / / / / / / / / / / / / tenía muy ocupada a todas horas.

Por aquel entonces mi situación de salud era bastante mejor que en Jordania, pero aún estaba por debajo de mi peso, débil y enfermo la mayor parte del tiempo. A medida que pasaban los días, no cabía duda de que mi situación empeoraba. Algunas veces, cuando el equipo de escoltas me arrastraba por delante del falso espejo me llevaba un susto al verme la cara. Era una imagen lastimosa. Aunque la dieta iba mejorando poco a poco en el campo, yo no le sacaba partido.

—¿Por qué no comes algo? —me preguntaban siempre los guardias.

—No tengo hambre —les respondía. Entonces sucedió que un día mi interrogador / / / / / / / / / / / / / / / / / vio cuando me traían la comida.

—¿Puedo echar un vistazo a tu plato?

—Sí, claro.

—¿Qué mierda te han servido? ¡Esto es basura! —dijo / / / / / / / / /.

—No, está bien. No me gusta hablar de comida —contesté. Y es la verdad.

—Mira, para ti puede que esté bien, pero no para mí. Hay que cambiarte la dieta —expresó / / / / / / Y, casi milagrosamente, / / / / / / / / / / / / / / / / / hizo las gestiones para que, en relativamente poco tiempo, me organizaran una dieta más adecuada. Aquello, sin duda, mejoró mi estado de salud.

/ / / / / / / / / / / / / / / resultó también ser una persona religiosa en comparación con el estadounidense medio. Me encantó que hubiera alguien de quien pudiera aprender alguna cosa.

—/ / / / / / / / / / / / / / / / , ¿me puedes conseguir una Biblia?

—Veré qué puedo hacer dijo / / / / / / / / / / . Y, de hecho, / / / / / / / / / / / me trajo su propia Biblia, una edición especial.

—Según tu religión, ¿cuál es la vía de ascenso al cielo? —le pregunté a / / / / / / / / / / / / / / .

—Has de considerar a Cristo como tu salvador y creer que él murió por tus pecados —contestó.

—Yo creo que Cristo fue uno de los mayores profetas, pero no creo que muriera por mis pecados. A eso no le encuentro sentido. Soy yo quien debe salvarse a sí mismo haciendo lo correcto —le respondí.

—No es suficiente para conseguir la salvación.

—Entonces, ¿cuál es el lugar al que iré después de mi muerte? —pregunté.

—De acuerdo con mi religión, irás al infierno.

Me reí con todas las ganas. Le dije a / / / / / / / / / / / / / / / /:

—Qué triste es eso. Yo le rezo a Dios todos los días y le pido perdón. Sinceramente, yo lo venero mucho más que tú. De hecho, como puedes ver, no he tenido mucha suerte en esta vida en la Tierra, y por esa razón tengo mis esperanzas puestas en el más allá.

/ / / / / / / / / / / / / / / se enfadó y se avergonzó al mismo tiempo –se enfadó porque me había reído de su afirmación, y se avergonzó porque / / / / / / / / / / / / / / / no podía encontrar un camino para mi salvación.

—No voy a mentirte; esto es lo que dice mi religión —dijo / / / / / / / / .

—No, en realidad no me preocupa eso. Puedes guisártelo y comértelo como desees. No me enfada que me mandes al infierno.

—Y en la fe islámica, ¿iré al cielo?

—Esa es otra historia. En el Islam, para ir al cielo tienes que aceptar a Mahoma, el sucesor natural de Cristo, y ser un buen musulmán. Si rechazas a Mahoma no puedes ir al cielo —le respondí con sinceridad.

/ / / / / / / / / / / / / / / / / se tranquilizó al ver que yo también / / / / / / mandaba al infierno.

—¡Pues vámonos los dos al infierno y nos encontramos allí! —dijo / / / / / / / / / / / / / / /.

—No se me antoja ir al infierno. Aunque reconozco mis pecados, le pido perdón a Dios por ello.

Cada vez que teníamos tiempo, debatíamos sobre religión, sacábamos la Biblia y el Corán y nos enseñábamos el uno al otro lo que decían los libros.

—¿Te casarías con un musulmán?

—Jamás —respondió / / / / / / / / .

Sonreí.

—Yo, personalmente, no tendría ningún problema en casarme con una mujer cristiana mientras ella no tuviera nada en contra de mi religión.

—¿Estás intentando convertirme? —me preguntó / / / / / / / / / / / muy emotiva.

—Sí.

—Nunca, nunca, jamás me haré musulman/ / .

Me reí.

—¿Por qué te ofendes tanto? Tú, de alguna manera, estás intentando convertirme, y yo no me siento ofendido, puesto que son tus creencias.

Continué:

—¿Te casarías con un católico, / / / / / / / / / /?

—Sí.

—Pues no entiendo. La Biblia dice que no puedes casarte después de un divorcio. Estarías en pecado. —/ / / / / / / / / / / / / / / / / / se mostró totalmente ofendid/ / / / cuando le mostré los versos de la Biblia.

—No se te ocurra seguir por ahí, y si no te importa, vamos a cambiar de tema. —Me sorprendió y le devolví una sonrisa hueca.

—Oh, ¡de acuerdo! Siento haber hablado de esto.

Dejamos de discutir de religión por el momento e hicimos un descanso por los días siguientes. Después reanudamos la conversación.

—/ / / / / / / / / / / / / / , de verdad que no entiendo la doctrina de la Trinidad. Cuanto más lo intento, más me confunde.

—Están el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, tres sustancias que representan la existencia de Dios.

—¡Espera! Vamos a descomponerlo un momento. Dios es el padre de Cristo, ¿no?

—¡Sí!

—¿El padre biológico? —le pregunté.

—No.

—Entonces, ¿por qué lo llamas padre? Quiero decir, lo entiendo si dices que Dios es nuestro padre en el sentido de que cuida de nosotros —remarqué.

—Sí, eso es —dijo / / / / / / / / .

—Por tanto, no tiene sentido llamar a Jesús “el Hijo de Dios”.

—Pero es lo que dice en la Biblia —afirmó / / / / / / / / / / / / / / / / / /.

—Pero / / / / / / / / / / / / / / / / /, no creo que la Biblia sea cien por ciento precisa.

—Da igual, Jesús es Dios —dijo / / / / / / / / .

—Oh, ¿Jesús es Dios, o es Hijo de Dios?

—¡Ambas cosas!

—Lo que dices no tiene sentido, ¿no? / / / / / / / / / / / / / / / .

—Verás, en realidad no entiendo la Trinidad. Debería investigar y preguntar a un experto.

—Me parece bien —dije—. Pero, ¿cómo puedes creer en algo que no entiendes? —continué.

—Lo entiendo pero no puedo explicarlo —respondió / .

—Vamos a avanzar con otro tema —propuse—. De acuerdo con tu religión, yo estoy condenado sin remedio. Pero ¿qué me dices de los aborígenes africanos que nunca tuvieron la oportunidad de conocer a Jesucristo? —le pregunté.

—No tienen la salvación.

—¿Pero qué han hecho mal?

—No estoy de acuerdo en que sufran; es lo que mi religión dice.

—Está bien.

—¿Y en el Islam? —preguntó / / / / / / / / / / / / / / / /.

—En el Corán se dice que Dios no castiga; solo envía a un mensajero para enseñar a la gente.

/ era uno de esos hombres que te resultan agradables nada más verlos.[19] /

/ /
/ /
/ /
/ /
/ /
/ /
/ /
/ /
/ /
/ . Es un hombre de amor no de odio. / son buenos amigos. Él estaba trabajando por mejorar nuestras condiciones.

/ / / / / / / / / / / / / / / / me lo presentó como un amigo que podía ayudar / / / / / / / / / / / / / / / con mi avidez de conocimiento sobre el cristianismo. Aunque fue muy grato conocer a /, no pudo ayudarme a entender la Trinidad. Me confundió todavía más, y mi suerte no mejoró con él: también me mandó al infierno. / terminó discutiendo con / / / / / / / / / / / / / / / / / / / porque tenían algunas diferencias en su creencia, aunque ambos eran protestantes. Me di cuenta de que no podían ayudarme a entender, y así dejé el tema y nos pusimos a hablar de otros asuntos.

Es gracioso ver qué imagen tan errónea tienen los occidentales de los árabes: salvajes, violentos, insensibles y desalmados. Puedo afirmar con absoluta seguridad que los árabes son pacíficos, sensibles, civilizados y muy amorosos, entre otras cosas.

—/ / / / / / / / / / / / / / / / / /, ustedes afirman que somos violentos; pero si escuchas música árabe o lees poesía árabe, encontrarás que trata siempre de amor. Por otro lado, la música norteamericana trata de violencia y odio casi toda ella. —El tiempo que estuve con / / / / / / / / / / / / / / / nos pasamos muchos poemas. No me quedé con ninguna copia; / / / / / / / / / / los tiene todos. / / / / / / / / / / / / también me dio un pequeño diván. / / / / / / / / / / tiene un estilo muy surrealista. Yo no entiendo el surrealismo; apenas entendí sus poemas.

Uno de los míos decía

//
//
/////////…

—por SLAHI, GTMO

Durante todo este tiempo me negué a hablar del maltrato que había recibido, lo cual / / / / / / / / / / / / / / entendió y respetó. No quería hablar, primero porque tenía miedo a las represalias; segundo, porque tenía mis dudas sobre que el gobierno estuviera preparado para tratar estas cosas adecuadamente, y tercero, porque la religión islámica aconseja elevar tus quejas a Dios antes que revelarlas a los seres humanos. / / / / / / / / / / / / / / / siguió intentando persuadirme con paciencia; más aún, / / / / / / / / / / / / / / / me explicó que / / / / / / / debía informar a sus superiores de la mala conducta de sus compañeros.

Tras meditarlo concienzudamente, decidí hablarle a /. Cuando / / / / / / / / / / / / / / / escuchó mi relato, / / / / / / / / / / / trajo a / que me interrogó sobre la cuestión después de haberse deshecho de los guardias. / quería evitar toda posible filtración y divulgación de la historia. No tengo ni idea de qué sucedió después de aquello, aunque creo que hubo una especie de investigación interna del Departamento de Defensa (DOD), porque me preguntaron algunas cosas algo más adelante.[20]

—¡Eres muy valiente! —solía decirme / / / / / / / / / / / / / / en relación con mi historia.

—¡No lo creo! Solo soy un tipo pacífico. Lo que sí sé con seguridad es que las personas que torturan a presos indefensos son unos cobardes. / …

No mucho después de aquello, / / / / / / / / / / / / / / / / se dio de baja por tres semanas. “Voy a Montreal con un / / / / / / / / / / / / / / / / / amigo mío. Cuéntame algo de Montreal”. Le conté todo lo que recordaba sobre la ciudad, que no era mucho.

Cuando / / / / / / / / / / / / / / / / regresó, ni se cambió de ropa después del viaje para venir a verme; / / / / / / / / / / / / / / / / / / tenía verdaderas ganas de verme de nuevo, y yo también. / me dijo que / se la había pasado bien en Canadá y que todo fue bien, pero / / / / / / / / / / / / / se le veía más feliz de estar en GTMO. / / / / / / / / / / / estaba cansad/ / del viaje, de modo que solamente se quedó un breve tiempo para comprobar cómo estaba y se marchó.

Yo volví a mi celda y le escribí a / / / / / / / / / / / / / esta carta.

> Hola, / / / / / / / / / / / / /. Sé que has estado en Canadá / no te he preguntado por ello, pero no me gusta que me mientan y me tomen por un idiota. No sé en qué estarías pensando cuando te inventaste esa historia para engañarme. No me merezco que me trates así. He preferido escribirlo y no decírtelo para darte la oportunidad de pensar en todo ello, en lugar de obligarte a improvisar cualquier respuesta. Es más, no tienes ni que darme una respuesta. Simplemente destruye esta carta y haz como si no existiera. Afectuosamente, SLAHI.

Le leí la carta a los guardias antes de entregarle el sello cerrado a / / / / / / / / , y le pedí a / / / / / / / / que no lo leyese en mi presencia.

—¿Pero qué? ¿Cómo demonios sabes que / / / / / / / / / / / / / / / / estaba con /? —me preguntó el guardia de servicio.

—¡Mi intuición, que nunca me falla!

—No tiene sentido. Además, ¿por qué mierda debería importarte?

—Si no te das cuenta de si / tiene una relación íntima con un hombre, no eres un hombre —le dije—. Me da igual, pero no me gusta cuando / utiliza mi hombría y me toma el pelo, más aún en mi situación. / / / / / / / / / / / / / / debe de pensar que soy vulnerable, pero soy fuerte.

—¡Tienes razón! Es una mierda.

/ / / / / / / / / / / / llegó al día siguiente y me lo confesó todo.

—¡Lo siento! Supuse que teníamos una relación muy estrecha y pensé que te haría daño / .

—En primer lugar, te agradezco mucho que te hayas abierto. ¡Estoy confuso! ¿Crees que estoy deseando / ? ¡No lo estoy! Por amor de Dios, ¡eres un/ cristiana metida en una guerra contra mi gente y mi religión! Además, yo estoy / dentro de esta prisión.

/ / / / / / / / / / / / / después de aquello siempre intentó decirme que / / / / / / / / / / no pensaba que / / / / / / / / seguiría con / / / / / / / / / / / / /. Pero no hice ningún comentario sobre el asunto. Tan solo le hice una pulsera y se la envié a él como el / que era agradable conmigo y me había ayudado en tantas ocasiones.

***

—Estamos intentando obtener información de ti desesperadamente —dijo / cuando me vio por primera vez.

Era verdad: cuando llegué al campo en agosto de 2002, la mayoría de los detenidos se negaban a colaborar con sus interrogadores.

—Mira, les he contado mi historia millones de veces. Ahora, o me envían a los tribunales o me dejan en paz —les decía.

—Pero hay algunas incoherencias en ella —respondían los interrogadores. Una manera amable de decir “Estás mintiendo”.

Igual que yo, todos los detenidos que conozco pensaron que al llegar a Cuba se encontrarían con un interrogatorio corriente, después del cual se les acusaría y enviaría a los tribunales, y los jueces decidirían si eran culpables o no. Si no se les encontraba culpables, o si el gobierno de los Estados Unidos no presentaba cargos, se les mandaría a casa. Tenía todo el sentido: los interrogadores nos dijeron que así es como iba a ser, y nosotros pensamos: *Adelante*. Pero resultó que, o bien los interrogadores nos mintieron deliberadamente para animarnos a cooperar con ellos, o bien el gobierno les mintió a ellos sobre el procedimiento como táctica para coaccionar a los detenidos para que les dieran la información.

Pasaron las semanas y los meses, y la codicia de los interrogadores por la información parecía no tener fin. Cuanta más información proporcionaban los detenidos, más complicaban los interrogadores el caso haciendo más preguntas. Había un punto en el que todos los detenidos estaban de acuerdo: estaban cansados de interrogatorios interminables. Al principio, como recién llegado, fui uno de los pocos que aún seguían cooperando. Pero enseguida me pasé al otro bando. “Tan solo explíquenme por qué me han arrestado, y responderé a todas sus preguntas”, les dije.

La mayoría de los interrogadores regresaban día tras día con las manos vacías. “No se ha obtenido información de la fuente”, reportaban cada semana. Y tal y como dijo /, el / estaba desesperado por hacer hablar a los presos. Así que / / / / / / / / / / / / / / / / / / / construyó un mini / / / / / / / / / / / / / / / / / dentro de la organización mayor. Estas Fuerzas Especiales, que incluían al Ejército de los Estados Unidos, los Marines, la Infantería Naval y civiles, tenían como tarea conseguir información a la fuerza de los detenidos. Era una operación de máxima confidencialidad.

/ / / / / / / / / / era un personaje muy distinguido en este grupo sub / / / / / / / /. Aunque / / / / / / / / / era una persona inteligente, le dieron el trabajo más sucio de la isla y, sorprendentemente, le lavaron el cerebro para que

creyera que hacía lo correcto. / / / / / / / / iba siempre cubierto con un uniforme que le tapaba de la cabeza a los pies, porque / / / / / / / / / / era consciente de que estaba cometiendo crímenes contra detenidos indefensos. / / / / / / / / / / / / era El Búho Nocturno, El Devoto Diabólico, El Hombre de la Música Alta, el Tipo Antirreligioso, el interrogador por excelencia. Todos y cada uno de estos sobrenombres tenían su razón de ser.

/ / / / / / / / / / / / solía “entretener” a los detenidos a los que no se les permitía dormir. Me tuvo sin dormir unos dos meses, durante los cuales intentó romper mi entereza mental sin resultado. Para mantenerme despierto, bajaba hasta el límite la temperatura de la habitación, me hacía escribir todo tipo de cosas sobre mi vida, no paraba de darme agua y a veces me tenía toda la noche de pie. Una vez me desnudó con la ayuda de un/ guardia / / / / / / / / / / / / / para humillarme. Otra noche me metió en una habitación helada llena de imágenes propagandísticas de los Estados Unidos, incluyendo fotos de George W. Bush, y me hizo escuchar el Himno Nacional una y otra vez.

/ / / / / / / / / / / estaba con varios detenidos al mismo tiempo. Podía escuchar el ruido de los portazos, la música alta y los presos yendo y viniendo, según se perdía el sonido de las pesadas cadenas metálicas. / / / / / / / / / / metía a los presos en una habitación oscura con imágenes que supuestamente representaban diablos. Hacía a los presos escuchar música sobre odio y locura y la canción *Let the Bodies Hit the Floor* toda la noche sin parar. Era muy claro respecto a su odio hacia el Islam; prohibía categóricamente cualquier práctica religiosa, incluidos los rezos y recitaciones del Corán.

A pesar de todo esto, alrededor de / el equipo especial se dio cuenta de que no iba a cooperar con ellos como deseaban, de modo que aprobaron el siguiente nivel de tortura. / y otro tipo con un pastor alemán aparecieron por la puerta de la sala de interrogatorio en la que estábamos sentados / / / / / / / / / y yo. Era en el edificio / / / / / / / / / / / / . / / / / / / / / / / y su colega me golpeaban, sobre todo en las costillas y en la cara, y me hicieron beber agua salada durante tres horas antes de entregarme a un equipo de árabes con un interrogador egipcio y otro jordano. Estos

continuaron pegándome mientras me envolvían en cubitos de hielo, para primero torturarme y segundo hacer desaparecer los moretones recién ocasionados.

Después de unas tres horas, el Sr. X y su amigo me agarraron y me arrojaron en mi celda actual.[21] “¡Te dije que no me jodieras, hijo de la gran puta!”, fue lo último que oí de / / / / / / / / / / /. Más tarde, / me dijo que / / / / / / / / / querían hacerme una visita amistosa, pero yo no mostré ningún interés, de modo que cancelaron la visita. Sigo en la misma celda, aunque ya no tengo que fingir que no sé dónde estoy.

Finalmente dejaron que me viera un doctor en marzo de 2004 y pude obtener apoyo psicológico por primera vez aquel mes de abril. Desde ese momento he estado tomando el antidepresivo Paxil y Klonopin para dormir. También me recetaron un complejo multivitamínico para combatir la falta de exposición solar. Asimismo, acudí a algunas sesiones con algunos psicólogos que me estaban evaluando. Realmente me ayudaron, aunque no les pude contar la auténtica razón de mi enfermedad porque temía represalias.

“Mi trabajo consiste en ayudarte en tu recuperación”, me dijo uno de los guardias en el verano de 2004. El gobierno se dio cuenta de que estaba muy afectado y necesitaba una verdadera rehabilitación. Desde el momento en que empezó a trabajar como guardia mío, en julio de 2004, / me trataba correctamente; de hecho, apenas hablaba con nadie cuando estaba conmigo. Puso su colchón justo enfrente de mi celda y empezamos a hablar sobre todo tipo de cosas como si fuéramos viejos amigos. Hablábamos de historia, cultura, política, religión, mujeres, de todo, excepto de eventos de actualidad. A los guardias les enseñaron que yo era un detenido que intentaría sacarles información sobre noticias de actualidad. Pero, y los guardias son mis testigos, yo no intenté ser más listo que nadie, ni me interesaban los eventos de actualidad, ya que me ponían enfermo.

Antes de que / / / / / / / / / / / / / / / / / se marchara, me trajo un par de regalos de recuerdo y, con / y /, me dedicó una copia de *El placer de mi compañía*, de

Steve Martin.

/ escribió, “Almo, en los últimos diez meses he llegado a conocerte y nos hemos hecho buenos amigos. Te deseo buena suerte; estoy seguro de que me acordaré de ti a menudo. Cuídate. / / / / / / / / / / / / / / / / / / / ”.

/ escribió: “Almohada, buena suerte con tu situación. Recuerda que Alá siempre tiene un plan. Espero que nos recuerdes como algo más que tus guardias. Creo que hemos llegado a ser amigos”.

/ escribió: “19 de abril de 2005. Almohada: he hecho todo lo que he podido para mantener una mera relación de guardia-detenido contigo. En ocasiones me ha salido mal: es imposible no llegar a querer a alguien como tú. Sigue teniendo fe. Estoy seguro de que te guiará en la dirección correcta”.

Solía discutir sobre fe con uno de los nuevos guardias. / / / / / / / / / / / / / / / / / / fue educado en el catolicismo conservador. En realidad no era religioso, pero podría asegurar que era el niño de la casa. No dejé de intentar convencerlo de que la existencia de Dios se deriva de una necesidad lógica.

—No creo en nada que no pueda ver —me decía.

—Una vez que has visto algo, no necesitas creer en ello —le respondía —. Por ejemplo, si te dijera que tengo una pepsi fría en mi refrigerador, o lo crees o no. Pero una vez que la has visto, ya lo sabes, y no necesitas creer en ello. —Por mi parte, yo tengo fe. Y si estuviéramos en otras circunstancias, los vería a él y a los otros guardias como buenos amigos míos. Ojalá Dios los guíe y los ayude a escoger bien en la vida.

La crisis siempre saca lo mejor y lo peor de las personas –y de los países también–. ¿Tortura realmente a los detenidos el líder del mundo civilizado, los Estados Unidos? ¿O las historias de tortura son parte de una conspiración para hacer aparecer a Norteamérica de un modo horrible para que el resto del mundo la odie?

Ni siquiera sé cómo tratar este tema. Solo he escrito lo que he vivido, lo que he visto y lo que he aprendido de primera mano. He intentado no exagerar ni omitir detalles. He intentado ser lo más justo posible con el gobierno de los Estados Unidos, con mis hermanos y conmigo mismo. No

espero que me crean quienes no me conocen; pero espero que al menos me concedan el beneficio de la duda. Y si los estadounidenses están deseosos de defender aquello en lo que creen, yo también espero que la opinión pública obligue al gobierno de los Estados Unidos a abrir una investigación sobre la tortura y los crímenes de guerra. Estoy más que convencido de que puedo demostrar hasta el último detalle de lo escrito en este libro, si acaso se me diera la oportunidad de llamar a testigos en un procedimiento judicial debido y si el personal militar no gozara de las ventajas de ocultar sus mentiras y de destruir las pruebas en su contra.

De forma natural, el ser humano no soporta la tortura hacia otros seres humanos, y los norteamericanos no son diferentes en esto. Muchos de los soldados hacían su trabajo de mala gana y se alegraron cuando tuvieron que dejarlo. Por supuesto que hay gente enferma en todas partes, que disfruta del sufrimiento de los demás; no obstante, en general, los seres humanos hacen uso de la tortura cuando están confundidos y fuera de lugar. Y los estadounidenses ciertamente se volvieron confusos, caóticos y vengativos después de los ataques terroristas del 11 de septiembre.

Bajo la dirección del presidente Bush, los Estados Unidos comenzaron una campaña contra el gobierno talibán de Afganistán. El 18 de septiembre de 2001, un acuerdo conjunto del Congreso autorizó al presidente Bush a emplear la fuerza contra las “naciones, organizaciones o personas” que “planearon, autorizaron, perpetraron o ayudaron en los ataques terroristas del 11 de septiembre de 2001, o dieron amparo a estas organizaciones o personas”. Entonces el gobierno de los Estados Unidos dio inicio a una operación secreta cuyo objetivo era el secuestro, detención, tortura o asesinato de los terroristas sospechosos, una operación que no tiene base legal.

Yo fui víctima de tal operación, aunque no hubiera hecho nada de esa naturaleza ni hubiese tomado partido en delitos semejantes. El 29 de septiembre de 2001 recibí una llamada en mi celular y me pidieron que me entregase, lo que hice inmediatamente, seguro de que me soltarían. En lugar de eso, los estadounidenses me interrogaron en mi propio país natal y después llegaron a un común acuerdo con el gobierno mauritano para enviarme a Jordania y extraer de mí hasta la última gota de información.

Durante ocho meses me encarcelaron e interrogaron en Jordania en horribles condiciones. Después los norteamericanos me llevaron a la base aérea de Bagram para ser interrogado durante dos semanas, y finalmente a la base naval de Guantánamo /, donde aún estoy.

Según escribo estas palabras, los Estados Unidos y su gente aún se enfrentan al dilema de los detenidos de Cuba.

Al principio, el gobierno norteamericano estaba satisfecho con las operaciones secretas, pensando que había logrado reunir a todos los malvados de la Tierra en GTMO, pasando por alto la ley estadounidense y los tratados internacionales para llevar a cabo su venganza. Pero entonces se dio cuenta, después de mucho sufrimiento, que habían reunido a un puñado de civiles. Ahora el gobierno de los Estados Unidos está atascado en medio del problema, pues no tiene intención de ser transparente y develar la verdad sobre la operación que ha emprendido.

Todos cometemos errores. Opino que el gobierno de los Estados Unidos le debe a su gente la comunicación de la verdad sobre lo que está sucediendo en Guantánamo. Hasta la fecha, el centro de detención de Guantánamo le ha costado a los contribuyentes norteamericanos al menos un millón de dólares, y el contador sigue marcando día tras día. Y la situación de los otros centros de reclusión está más o menos por el estilo. Así las cosas, los estadounidenses necesitan y tienen el derecho de saber qué diablos está ocurriendo.

Muchos hermanos están perdiendo la cordura, especialmente los más jóvenes, debido a las condiciones del cautiverio. Mientras escribo esto, hay muchos compañeros en huelga de hambre, decididos a continuar hasta el final.[22] Estoy muy preocupado por mis hermanos en huelga, a los que observo impotente, que están prácticamente muriendo y que es seguro que van a sufrir un daño irreparable aunque finalmente decidieran comer. No es la primera vez que secundamos una huelga de hambre; yo mismo participé en una en septiembre de 2002, y el gobierno ni se inmutó. De modo que mis compañeros siguieron poniéndose en huelga por las mismas razones de siempre. Y no parece que lleguemos a ninguna solución. El gobierno espera que las fuerzas norteamericanas de GTMO se saquen soluciones mágicas de

la manga. Sin embargo, estas comprenden la situación aquí mejor que cualquier burócrata de Washington, D.C., y saben que la única solución es que el gobierno sea transparente y libere a los detenidos.

¿Qué piensan los estadounidenses de a pie? Estoy deseoso de saberlo. Me gustaría creer que la mayoría de los norteamericanos quieren que se haga justicia y que no les interesa seguir financiando la detención de personas inocentes. Soy consciente de que hay una pequeña minoría de extremistas que piensan que todos los que estamos en la prisión cubana somos malvados y que se nos trata mejor de lo que merecemos. Pero esta opinión se basa en la ignorancia. Me sorprende que alguien pueda construir una opinión tan negativa como esta sobre personas a las que ni siquiera conoce.

Notas:

[1] Por los pronombres censurados y el tono de la conversación, se supone que el interrogador jefe podría ser la mujer del equipo de interrogatorio especial. En esta escena parece evidente que ella presenta a un nuevo interrogador que va a trabajar también con MOS Las partes censuradas dan a entender que este interrogador podría también ser mujer.

2 El contexto indica que las palabras censuradas en esta oración podrían ser "o ella". De ser así, este sería un ejemplo particularmente absurdo del esfuerzo por ocultar el hecho de que los norteamericanos empleaban interrogadoras.

3 M.O.S añade aquí una nota en el margen del original: "Fase cuatro: habituarse a la prisión y sentir miedo del mundo exterior".

4 Por la descripción se insinúa que el libro podría ser la novela histórica *El bosque*, de Edward Rutherfurd, publicada en el año 2000.

5 En esta sección, que MOS encabeza como "Guardias", nos presenta a varios personajes. Toda la parte desde la apertura hasta esta amplia censura parece referida al guardia número uno, claramente el líder del equipo de guardias. La censura dificulta distinguir los muchos guardias que siguen a continuación, aunque esta parte probablemente marca la presentación del guardia número dos, cuyo itinerario parece acabar antes de que los interrogadores del equipo de proyectos especiales permitiese a los guardias de MOS quitarse las máscaras delante de él.

6 Esta censura podría estar presentándonos al tercer guardia que MOS está describiendo.

7 En esta censura parece que se presenta al cuarto guardia que MOS describe en este capítulo.

8 Todo el pasaje desde aquí hasta el final del capítulo parece referirse a un quinto guardia.

9 Es muy probable que estemos en marzo de 2004 –más de siete meses después de que MOS fuera llevado a la celda de aislamiento en el Campo Eco–. El párrafo podría referirse al capitán Collins, quien aparece en anteriores pasajes como la persona que se quedó a cargo del interrogatorio de Slahi hasta que fue trasladado a Irak en el verano de 2004 y llegó el nuevo interrogador, al parecer una mujer. Ver la 15 de este mismo capítulo.

[10] Aquí y en los siguientes párrafos, tal vez MOS está recordando una o varias conversaciones con uno de sus interrogadores.

11 Más arriba del manuscrito, MOS indica que recibió la primera carta de su familia el 14 de febrero de 2004.

[12] Este podría ser uno de los guardias de MOS que aparece sin máscara por vez primera.

[13] Ella aparece sin censurar; debe de tratarse de la interrogadora de aspecto formal que MOS nos presentó al principio de este capítulo.

14 Tres miembros de la plantilla de Guantánamo, que eran musulmanes practicantes, fueron arrestados en septiembre de 2003 y acusados de extraer información clasificada fuera de la prisión. MOS podría estar refiriéndose aquí concretamente al capitán y capellán del ejército James Yee, al que acusaron de cinco delitos, incluyendo sedición y espionaje, y al aviador jefe Ahmad al-Halabi, un traductor de la lengua árabe al que acusaron de 32 cargos, que iban desde espionaje y ayuda al enemigo hasta entregar comida no autorizada a los detenidos, como el postre árabe *baklava*. Los casos de sedición y espionaje se vinieron abajo. Todos los cargos contra Yee finalmente se eliminaron, y este recibió una baja militar con honores. Al-Halabi admitió su culpabilidad ante cuatro tribunales, incluyendo haber mentido a los investigadores y desobedecido órdenes, y obtuvo una baja militar por "mala conducta" (ver, *e.g.*, http:/ / usat.ly/1JEgzLv y http:/ / usat.ly/1C1UfbC).

15 Podría estar refiriéndose al jefe del Equipo de Proyectos Especiales, capitán Collins. En abril de 2004 el general Miller abandonó Guantánamo para asumir el mando de la prisión y las operaciones de interrogatorio en Irak. A partir de este pasaje, parece que al jefe del Equipo de Proyectos Especiales encargado del caso de MOS también lo reasignaron a Irak.

16 Es muy probable que aluda a la era del general Miller, que abarca su "interrogatorio especial".

17 Los informes de prensa identificaron a un detenido que era vecino de MOS con el nombre de Tariq al-Sawah. Un artículo de 2010 del *Washington Post* señaló que MOS y Al-Sawah ocupaban "un pequeño recinto cercado en la prisión militar, donde llevan una vida relativamente privilegiada, cuidando del jardín, escribiendo y pintando". En una entrevista de 2013 con *Slate*, el coronel Morris Davis, que ejerció como fiscal jefe de la Comisión Militar de Guantánamo en 2005 y 2006, describió los encuentros con MOS y Al Sawah en el verano de 2006: "Están en un entorno único: dentro del perímetro del centro penitenciario hay una gran valla que rodea las instalaciones, y allí están, dentro de lo que llaman la alambrada, que es otra zona dentro de aquella, así que nuestro personal hace un esfuerzo muy grande para tratar a estos dos hombres...". Davis da a entender en esta entrevista que este alojamiento organizado ha permanecido sin cambios (ver http:/ / wapo.st/1KD4wst y http:/ / slate.me/1fyyHrX).

18 El pronombre femenino aparece sin censurar. Esta parte parece que nos presenta y se centra en la nueva interrogadora en jefe. Ver la nota 20 en este mismo capítulo, donde se cita el historial que indica que MOS tuvo una interrogadora a finales de 2004.

[19] Parece que el interrogador está empleando a un compañero como apoyo en la discusión teológica.

20 El informe Schmidt-Furlow declara que el 11 de diciembre de 2004, "después de meses de colaboración con los interrogadores, el sujeto del segundo interrogatorio especial le notificó a su interrogador que había 'sufrido tortura' de los anteriores interrogadores durante los meses de julio a octubre de 2003". Luego amplía esta información en una nota: "Le transmitió estas acusaciones a un interrogador. Este era miembro del equipo de interrogatorio en el momento de elaborarse el informe. El interrogador reportó estas denuncias a su supervisor. Poco tiempo después de ser informado de la supuesta agresión, el supervisor se entrevistó con el sujeto sobre sus declaraciones en presencia del interrogador. Basándose en esta entrevista y en las notas tomadas por el interrogador, el supervisor preparó el Memorándum para el Expediente del 11 de diciembre de

2004 (11 Dec 04 MFR), dirigido al Grupo Conjunto de Inteligencia de las Fuerzas Especiales del Centro de Detención de Guantánamo (JTF-GTMO JIG) y al Servicio de Inmigración y Control de Aduanas de los Estados Unidos (ICE). El supervisor le envió este Memorándum al JTF-GTMO JIG. Entonces este mandó la denuncia al Cuerpo Jurídico de la Marina (JAG) para iniciar los procedimientos habituales de GTMO para la investigación de dichas acusaciones de maltrato. El JAG encargó por correo electrónico del 22 de diciembre de 2004 al Grupo Conjunto de Operaciones de Detención (JDOG), al JIG y al Grupo Conjunto Medico (JMG) que revisaran esta acusación resumida en el Memorándum (Dec 04 MFR), y les ordenó que le proporcionaran cualquier información relevante. La investigación internacional de GTMO nunca llegó a completarse" (Schmidt-Furlow 22).

21 El Sr. X aparece aquí sin censurar.

22 MOS concluyó el manuscrito en el otoño de 2005; la última página está firmada y fechada el 28 de septiembre de 2005. Una de las huelgas de hambre más prolongadas de Guantánamo dio comienzo en agosto de 2005 y se extendió hasta el final del año (ver, *e.g.*, http:/ / nyti.ms/1hB2EKa y http:/ / bit.ly/1SY632A).

* Nota del traductor: La frase original es "Amana use the bathroom". *Amana* es la palabra sobre la que gira la conversación, transcripción libre que hace MOS de *I'm gonna*, versión coloquial y gramaticalmente incorrecta de la estructura *I'm going to*.

NOTA DEL AUTOR

En una reciente conversación con uno de sus abogados, Mohamedou expresó que no alberga resentimiento contra ninguna de las personas que menciona en este libro, a quienes invita a que lo lean y expresa que lo corregirá si ellos consideran que contiene errores. De igual manera, manifiesta que sueña con que un día podrá sentarse con todos ellos en torno a una taza de té, después de haber aprendido tanto el uno del otro.

AGRADECIMIENTOS DEL EDITOR

Que podamos leer este libro se lo debemos a los esfuerzos de los abogados probono de Mohamedou Ould Slahi, quienes lucharon durante más de seis años por tener el manuscrito listo para su lanzamiento público. Lo hicieron de forma discreta y respetuosa, pero también con tenacidad, creyendo –y, finalmente, probando– que la verdad no es incompatible con la seguridad. El tiempo no podrá más que poner de relieve el gran logro que ha sido esto, y la gran deuda de gratitud que tienen los lectores con Nancy Hollander y Theresa M. Duncan, sus abogados principales; con sus codefensores privados Linda Moreno, Sylvia Royce y Jonathan Hafetz, y con sus codefensores Hina Shamsi, Brett Kaufman, Jonathan Manes y Melissa Goodman, del Proyecto de Seguridad Nacional de la Unión Americana de Libertades Civiles (UECL), y con Art Spitzer, de la UECL del área de la capital nacional.

Mi agradecimiento personal a Nancy Hollander y al resto del equipo legal de Mohamedou Ould Slahi, y, por encima de todo, a Mohamedou Ould Slahi, por darme la oportunidad de ayudar a que estas palabras quedaran impresas. Cada día que he pasado leyendo, reflexionando y trabajando con el manuscrito de Mohamedou me ha iluminado de alguna nueva forma sobre el regalo tan grande que han sido su fe y su confianza.

El material editorial que sigue siendo objeto de severas restricciones de censura no es para los débiles de corazón, así que estoy especialmente agradecido con todos aquellos que han defendido la publicación del trabajo de Mohamedou: con Will Dobson y con *Slate* por la oportunidad de presentar extractos del manuscrito y por el espacio para poner dichos extractos en contexto; con Rachel Vogel, mi agente literaria; con Geoff

Shandler, Michael Sand y Allie Sommer, de Little Brown, y con Jamie Byng y Katy Follain de Canongate por su visión y su paciente bregar por una serie de desafíos editoriales; y con todos en Little Brown, Hachette y Canongate, y con todas las editoriales en lengua extranjera del *Diario de Guantánamo* por hacer posible que esta obra, que alguna vez fue suprimida pero que es irreprimible, se lea en todo el mundo.

Quien haya escrito sobre lo que ha ocurrido en Guantánamo está en deuda con el Proyecto de Seguridad Nacional de la UECL, cuyo litigio de la Ley de Libertad de Información puso al descubierto el tesoro de documentos secretos que se erige como el cruel registro histórico de las abusivas prácticas de detención e interrogación por parte de los Estados Unidos posteriores al 11-S. Estoy agradecido por ese registro, sin el cual las referencias cruzadas, la corroboración y la anotación del relato de Mohamedou no habrían sido posibles, y todavía más agradecido por las oportunidades que me ha brindado la UECL a lo largo de los últimos cinco años de explorar, absorber y escribir acerca de ese registro indispensable.

Estoy en deuda con muchas personas que compartieron conmigo su tiempo, sus reflexiones, sus experiencias y sus ideas mientras trabajaba en este manuscrito. No puedo mencionarlas a todas, pero no puedo dejar de mencionar a Hahdih Ould Slahi por ayudarme a comprender la experiencia de Mohamedou desde la perspectiva de su familia, y a Jameel Jaffer, Hina Shamsi, Lara Tobin y Eli Davis Siems por su apoyo constante, sus bien pensados consejos y sus cuidadosas lecturas de las versiones editadas de este libro.

Finalmente, mi agradecimiento eterno a Mohamedou Ould Slahi por el valor de escribir este manuscrito; por la integridad, el ingenio y la humanidad de su escritura, y por la fe que ha mostrado en todos nosotros, el público lector, al confiar sus experiencias para ser impresas. Que, al menos, y finalmente, reciba el mismo juicio honesto que él nos ha brindado.

~~UNCLASSIFIED~~

16

you keep me in jail so why should I cooperate? I said so not knowing that Americans use torture to facilitate interrogation. Of course, I was very tired from being taken to interrogation every day. My back was just conspiring against me. I sought Medical help, "you're not allowed to sit for so long time" said the [2] physiotherapist, "Pls, tell my interrogators so bc they make sit for long hours almost every day", "I will write a note but I am not sure whether it will have effect" She replied. Feb 03 [3] washed his hands off me, "I am going to leave but if you're ready to talk about ~~my~~ your telephone conversations request me. I'll come back" he said, "~~Be sure~~ I assure you that I am not going to talk about anything unless you answer my question - Why I am here?". [3] asked me to dedicate an English copy of Koran to him, which I happily did, and off he went. I never heard about [3] after that. [3] and I to "not" working together but he was an over-baring person. I don't think in a negative way. [3] just had tons of reports with all kind of evil theories. The mis-mash of what-ifs was mainly fueled with prejudices, ~~and~~ hatered, and ignorance toward the Islamic Religion. "I am working on showing you

~~UNCLASSIFIED~~

I hungrily started to read the letter but soon I got chocked. The letter was a cheap forgery, it was not from my family. It was the production of the Intel community. "Dear brothers, what I received no letter, I am sorry!", "Bastards, they have done so with other detainees" said a detainee. But the forgery was so clumzy and un professional that no fool would fall for it. First, I have no brother of mine with that name, second, my name was misspelled, third my family doesn't live where the correspondent mention but close enough, forth I know not only the hand-writing of every single member of my family, I also know every phrases his ideas. The letter was kind of a sermon, "Be patient like your ancestors, and have faith that Allah is going to reward you". I was so mad at this attempt to fraud me, and play with my emotions. Next day, [redacted]3 pulled me for interogation, "How is your family doing?", "I hope they're doing well", "I've seen working to get you the letter!", "Thank you very much, good effort, but if you guys want to forge a mail let me give some advices", "What are you talking about?", I smiled "I don't really know is okay, but it was cheap to force a message and make me believe I have contact with my dear family!" I said handing him

UNCLASSIFIED

MOHAMEDOU OULD SLAHI nació en Mauritania. Dejó su país a la edad de 18 años gracias a una beca para estudiar en Alemania. A principios de los noventa interrumpió sus estudios y se fue a Afganistán para adherirse a las unidades de Al-Qaeda que peleaban (con el apoyo estadounidense) contra el gobierno respaldado por Rusia en Kabul. Regresó a Alemania en 1992. Al terminar su carrera de Ingeniería, trabajó en Alemania y más adelante en Montreal. Después de su aprehensión en noviembre de 2001 por parte de un comando jordano, fue aislado e interrogado durante los siguientes siete meses y medio antes de que los jordanos llegaran a la conclusión de que no estaba involucrado en la Conjura del Milenio. No obstante, un equipo de rendición de la CIA lo capturó y el 5 de agosto de 2002 fue encarcelado en Guantánamo. A pesar de haber sido exculpado por múltiples cortes y gobiernos extranjeros, permanece en prisión. Jamás se le ha acusado de ningún delito.

LARRY SIEMS es escritor y activista de derechos humanos. Durante muchos años dirigió el Freedom to Write Program en el PEN American Center. Recientemente escribió *The Torture Report: What the Documents Say About American's Post-9/11 Torture Program.* Vive en nueva York.

This file was downloaded from Z-Library project

Your gateway to knowledge and culture. Accessible for everyone.

z-library.sk z-lib.gs z-lib.fm go-to-library.sk

Official Telegram channel

Z-Access

https://wikipedia.org/wiki/Z-Library